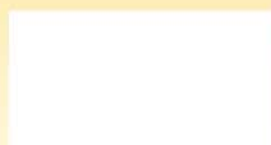


A la joven de 20 años Elisabeth Dmitrieff, Marx la llamaba *The Russian Lady*. Había ido a Londres a discutir con él sobre el rol de las comunas campesinas en la revolución. La sorprendió allí la formación de La Comuna de París, en una ciudad con dos millones de habitantes. Marx le pidió ir de corresponsal a París. Ella fue más allá que ese rol y se transformó en comunera. Fundó la sección femenina más importante de la 1ª Internacional. Organizó cooperativas de trabajo, etcétera. E impulsó la defensa de París con brigadas femeninas armadas de bombas incendiarias y armas de fuego desde las barricadas. A pesar de todo esto su historia está ignorada y desaparecida incluso en Rusia ¿por qué? La autora de este libro, Sylvie Braibant, nos incita a pensar las respuestas.



Mujeres prisioneras de la Comuna de París

Elisabeth Dmitrieff
Comunera, aristócrata e incendiaria



Sylvie Braibant

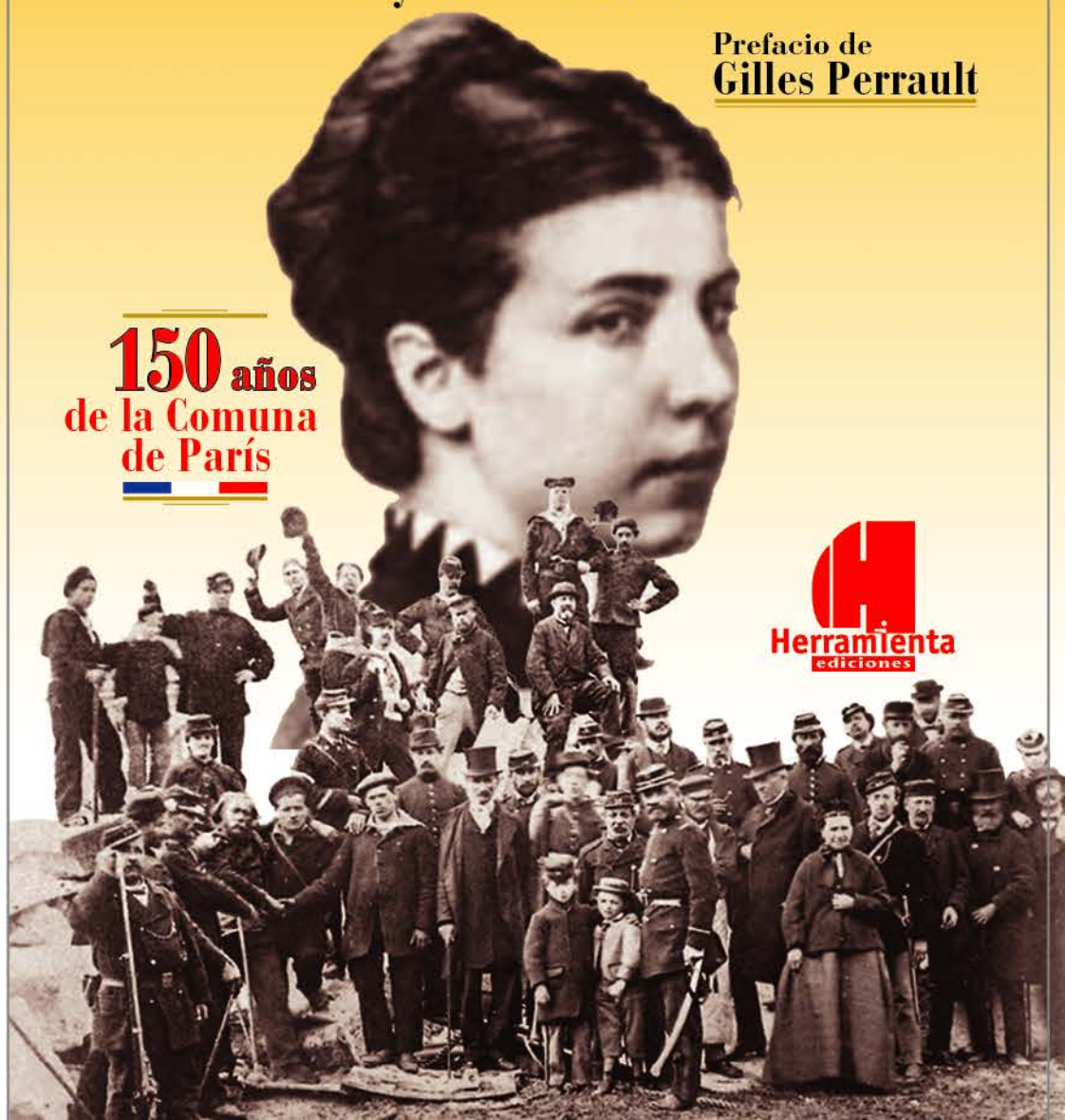
Elisabeth Dmitrieff

Comunera, aristócrata e incendiaria

— Sylvie Braibant —

Prefacio de
Gilles Perrault

150 años
de la Comuna
de París



Sylvie Braibant

Como periodista, trabajé durante mucho tiempo como reportera para la televisión pública francesa, incluyendo 25 años en el canal francófono TV5MONDE, y colaboré en dos revistas internacionales editadas en Francia, *Le Monde diplomatique* y *Cosmopolitiques*. Antes de escribir el libro sobre Elisabeth Dmitrieff, participé en la redacción de otra biografía, la de Henri Curiel, fundador del Partido Comunista Egipcio, luego activista internacionalista al frente de "Solidaridad", una red de ayuda a los combatientes revolucionarios del mundo entero (entre ellos, argentinos, chilenos, brasileños, nicaragüenses...). Más allá de Elisabeth Dmitrieff, me apasionan las mujeres revolucionarias rusas del siglo XIX, a las que dediqué, en 1991, un trabajo universitario de historia social: "Las heroínas revolucionarias rusas del siglo XIX, ¿imágenes, estereotipos, mitos, para qué historias?". Mi próximo libro cuenta la historia de mis padres, mi madre polaca y mi padre egipcio, que se conocieron en París después de la Segunda Guerra Mundial, en el Partido Comunista.

Elisabeth Dmitrieff
Comunera
Aristócrata
e Incendiaria



**AMBASSADE
DE FRANCE
EN ARGENTINE**

*Liberté
Égalité
Fraternité*



Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra cuenta con el apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français.

Agradecimientos

Esta edición, como toda obra humana, es una obra colectiva. Agradecemos a los que desinteresadamente ayudaron a dar a luz esta versión española de *Elisabeth Dmitrieff, Comunera, Aristócrata e incendiaria*, de Sylvie Braibant.

En primer lugar, a la propia autora por su generosa predisposición y entusiasta ayuda. A Marita Yulita por su esmerada traducción. A Nancy Berthier, profesora de Artes Visuales del mundo hispánico de la Universidad de la Sorbona quien revisara la traducción. A Elisabeth Stempak de la Editorial Belfond que facilitó que este libro pudiera editarse en español. A Fernando Shon quien, en París, encontró el libro editado en 1993, de segunda mano. Un agradecimiento especial a Sagrario de Saude quien, desde España, nos hizo precisas observaciones a la traducción. A Mario de Mendoza, artista diagramador que puso su esfuerzo colaborativo involucrándose en el contenido. A Miguel Vedda que junto a Gabriel Pascansky corrigieron esmeradamente la traducción. A Lucía Contartese que transcribió los borradores con iniciativa y alegría. Y a mis compañeros de la página web Comunizar.com.ar, quienes permanentemente nos alentaron a seguir adelante. A los compañeros de Herramienta que sumaron su entusiasmo. Y por supuesto al Instituto Français que nos premió con su ayuda para que el libro pudiera llegar a ser editado en papel. A todos muchas gracias.

Sylvie Braibant

Elisabeth Dmitrieff
Comunera
Aristócrata
e Incendiaria*

PRÓLOGO
de Gilles Perrault

TRADUCCIÓN
Marita Yulita

* Incendiarias (llamadas en francés “petroleuses”) son las mujeres que hacían bombas caseras con petróleo fundamentalmente usadas en la defensa de París desde las barricadas.

Legales

Elisabeth Dmitrieff Comunera, aristócrata e incendiaria
Sylvie Braibant

© 2021 Ediciones Herramienta, Buenos Aires, Argentina.
ISBN: 978-987-1505-

Editor literario: Néstor A. H. López
Traducción: Marita Yulita
Diseño de tapa e interiores: Mario a. de Mendoza f.
Transcripción: Lucía Contartese
Corrección: Gabriel Pascanski y Miguel Vedda

Ediciones Herramienta
Av. Rivadavia 3272 – 1/B – (C1204AAP) Buenos Aires, Argentina
Tel. (+5411) 4982-4146
Correo electrónico: revista@herramienta.com.ar
Sitio web: www.herramienta.com.ar

Printed in Argentina. Impreso en la Argentina, mayo de 2021
Todos los derechos reservados

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

<i>Presentación de la autora a la edición castellana</i>	9
<i>Presentación del editor</i>	11
<i>Prólogo</i>	21
<i>Preámbulo</i>	25

PRIMERA PARTE

Vólok - San Petersburgo. Padre e hija

1. Huellas	27
2. Palabras	51
3. Rupturas	71

SEGUNDA PARTE

Ginebra - Londres. “Les Serres Chaudes De L'intrigue”

1. Disonancias	87
2. Dialécticas	99
3. “La dama rusa”	115

TERCERA PARTE

París. Una Bufanda Roja

1. La intrusa	133
2. Sanguíneos	147
3. Bajo la mirada del otro	191

CUARTA PARTE

Moscú - Krasnoiarsk. Exiliados

1. La reina de corazones	211
2. Lejano Este	231
3. Una silla en Siberia	245
4. Variaciones rusas	255

<i>Bibliografía</i>	263
-------------------------------	-----

Presentación de la autora a la edición castellana

Sylvie Braibant

Esos días felices...

A menudo protesto contra las redes sociales y, sin embargo, gracias a ellas, el 30 de junio de 2020 fue “un día feliz”, de los que apenas nos atrevemos a esperar en estos tiempos de mal viento. Llegó un mensaje a través de una de ellas. Me encantó el universo cibernético, y no sólo porque me llamaran “*Sylvie muy estimada Braibant*”. Las pocas palabras habían sido enviadas desde el otro lado del mundo, desde Buenos Aires, Argentina, precisamente, de un grupo de investigadores enamorados de La Comuna de París. Ellos vieron su reinención a principios del siglo XXI, en todos los continentes, especialmente en América Latina y particularmente en el vecino Chile, agitado por un movimiento social desde otoño de 2019. Y entre los miles de libros publicados en todos los idiomas sobre el tema (más de 5,000 libros) desde el 28 de mayo 1871, último día de la “semana sangrienta”, eligieron traducir la biografía de Elisabeth Dmitrieff, que había ocupado cuatro años de mi vida, entre 1989 y 1993, “porque, con su trayectoria contradictoria, encarnó la importancia de las mujeres

durante La Comuna”. Como un eco de mujeres, nuevas *petroleras* federadas por #MeToo, que hoy están en las protestas.

Durante casi 150 años, la Comuna de París ha inspirado movimientos revolucionarios en todo el mundo. Sin duda porque tenía en sus filas a ciudadanos que habían venido de todas partes. Quizás también porque fue breve, ahogada en sangre después de 72 días. La Comuna no tuvo tiempo de ser pervertida o dañada. Sigue siendo una brillante experiencia democrática, social y societaria en la memoria colectiva universal.

Viva, decidida, clarividente y también molesta, Elisabeth Dmitrieff, mujer, cosmopolita, surgida de la aristocracia rusa, formada en la escuela del movimiento obrero suizo, se presenta como la quintaesencia del espíritu comunalista y comunero.

Este 30 de junio de 2020, cuando recibí la solicitud de traducción de “*Elisabeth Dmitrieff, aristócrata e incendiaria*”, acababa de terminar un nuevo libro, una saga del siglo XX, de sus tragedias, de peleas, de sus citas perdidas y sus desilusiones, contadas por la historia de mis padres, ella venida de Polonia, él de Egipto, judíos y comunistas, que también tenían la utopía en el corazón y “la locura en la mente”. Un eterno reinicio.

Presentación a la edición castellana del libro

Néstor Augusto López

Elisabeth Dmitrieff, fue prácticamente ignorada por la historiografía republicana francesa y también desaparecida para la “soviética”.

Para unos, porque siendo rusa tuvo una destacada actuación en la Comuna de París, sumando esfuerzos por llevar adelante una revolución internacionalista, anti estatal y anticapitalista. ¿Pero...? ¿Por qué Dmitrieff fue ignorada por el gobierno que surge de la revolución rusa? Es uno de los interrogantes que surgen del libro de Sylvie Braibant.

Otro interrogante es ¿qué discutía con Marx?

Y en medio de una pandemia que conmueve al mundo; de una brutal crisis del capitalismo que está llevando a cabo un verdadero genocidio por hambre y miseria a millares de seres humanos y hasta la destrucción del planeta tierra, cabe preguntarse, ¿por qué tiene sentido volver a dar a luz un libro sobre Elisabeth Dmitrieff, ahora traducido al español?

Una búsqueda ardua

No existe, en Rusia, ninguna calle, ninguna placa, ningún libro o artículo que mencione el nombre de Elisabeth. Sólo Riazánov, director del Instituto Marx-Engels de Moscú, intentó a fines 1930 iniciar una investigación. Publicó avisos en diarios para que se presentaran testigos. Nadie respondió. Y a poco fue detenido por la GPU, despedido y unos años después detenido, sometido a la farsa de los juicios de Moscú y finalmente fusilado. Otros intentos de rescatar a Elisabeth también fracasaron.

La autora del presente libro, Sylvie Braibant, debió realizar un trabajo de investigación profunda superando fronteras, buscando fuentes en Francia y Rusia, llegando hasta la lejana aldea de Volok, donde descubrió que, por iniciativa de los vecinos, hay un pequeño museo dedicado a Elisabeth. Desde allí, Sylvie corre el velo que tapaba la enorme labor revolucionaria que Elisabeth Dmitrieff llevó a cabo en La Comuna de París. Sorteó el muro del silencio buscando recuerdos y testimonios orales, de viejos pobladores de la aldea natal. Así dio a luz hace 24 años este libro en Francia.

Marx y Dmitrieff

Sola, con veinte impulsivos años, Dmitrieff llegó a Londres desde Ginebra, donde llevaba viviendo dos años y participando en las reuniones y actos de revolucionarios, como también de la Primera Internacional, en esa época orientada por Marx.

Se dirigió directamente a la casa de Marx, llevando una carta de presentación escrita por Nikolái Utin. Marx, que estaba estudiando las particularidades de Rusia, se encontró con la oportunidad de tener una interlocutora directa conocedora del proceso de lucha de intelectuales y campesinos contra el zarismo. Se inició una relación diaria de coincidencias, admiración y diferencias. Un diálogo que duró tres meses. A veces se sumaba Engels.

¿Cuál era el motivo de estas conversaciones? El misterio se re-

vela mediante una carta transcrita por Braibant que Elisabeth le escribe a Marx por las desavenencias acerca del rol de las comunas campesinas rusas en un futuro proceso revolucionario. Fue a Londres a discutir con Marx comisionada por Chernichevsky, socialista ruso de San Petersburgo famoso por haber escrito un libro llamado *¿Qué hacer?* que fuera ampliamente aceptado por la juventud rusa, aunque admirador de las ideas económicas y sociales de Marx, no coincidía en que la revolución debería ser obrera y en la que deberían tener un papel secundario los campesinos y sus comunas. Esta discusión se interrumpió después de tres meses por la irrupción, el 18 de marzo de 1871 de la Comuna de París. Marx le pidió a Elisabeth que viajara a Francia como corresponsal de la Internacional- Ella partió y excedió ese rol, se sumó a las comunas como una más.

La discusión sobre las comunas campesinas rusas con Marx se saldaría 11 años después con la respuesta que éste hizo a Vera Zasúlich, donde dice: “*me ha convencido de que esta comuna es el punto de apoyo de la regeneración social en Rusia*”. Esto significaba una crítica al materialismo histórico determinista, además lo hizo público en la introducción de una reedición del *Manifiesto Comunista*,¹ fechada el 21 de enero de 1882, donde Marx escribe:

La única respuesta hoy posible a esta pregunta [sobre el rol de las comunas campesinas] es la siguiente: si la revolución rusa es la señal de una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen entre sí, *entonces la actual propiedad común de la tierra en Rusia puede servir de punto de partida para una evolución Comunista*.²

1 Marx, Karl: *El Manifiesto Comunista*, nueva traducción, de Miguel Vedda, págs. 78/79. Ediciones Herramienta 2008, Buenos Aires

2 Marx, Karl / Engels, Friedrich, *Manifiesto del Partido Comunista*. Apéndice: Friedrich Engels, *Principios del comunismo*. Introducción, traducción y notas de Miguel Vedda. Buenos Aires: Herramienta, 2008, p. 90. Las bastardillas son mías.

La noche en que Lenin patinó sobre el Neva congelado

El 18 de enero de 1918, a las 12 de la noche, se abrió el portón principal del Palacio de Invierno y apareció un hombre de baja estatura, con sobretodo negro. Llevaba en la cabeza el ushanka –el típico gorro de piel ruso– y los pies calzados con patines para el hielo. Comenzó a deslizarse sobre la explanada y luego se desplazó sobre el río Neva. Los guardias atónitos lo seguían para protegerlo y no podían explicarse aquella conducta. Luego regresó sano y salvo al Palacio sin dar razones.

Nos cuenta Sylvie Braibant que:

Vladímir Ilich Uliánov llamado Lenin dijo: “¡Hoy 18 de enero, nuestra revolución ha durado un día más que La Comuna de París!”. Este hombre siente que ese día, número 74 de la Revolución Bolchevique le provoca una alegría infantil. Una versión menos romántica (y más probable) de la anécdota muestra al mismo Lenin rebosante de determinación en la galería del Palacio Tauride en Petrogrado:

“¡Camaradas! en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo, debo presentarles nuestro informe de actividad después de dos meses y quince días desde el establecimiento en Rusia del gobierno de los sóviets... Tres días más de existencia que el poder anterior de los trabajadores... Después de dos meses y doce días, La Comuna de París instalada por el proletariado parisino cayó bajo el fuego del ejército francés. Las condiciones en las que nos encontramos hoy son mucho más favorables”³

Y Sylvie agrega:

Los bolcheviques y parte de sus herederos tuvieron no setenta y cuatro días, sino setenta y cuatro años. En marzo de 1991, el aniversario de La Comuna (ciento veinte) se celebró en Rusia una vez más (discretamente), y probablemente por última vez”.⁴

3 Cf. *infra*, pp. 131 y s. Las bastardillas son mías [Chequear](#).

4 *Ibíd.*, p. 132.

Lenin está exponiendo una comparación por cantidad de tiempo, cuando lo importante es la calidad, la orientación y preguntarse: ¿La Comuna y la Revolución iban en la misma dirección? Como todo proceso humano en el capitalismo donde el antagonismo es parte constitutiva, las revoluciones, las insurrecciones, la propia Comuna, se desenvuelven teniendo en su seno situaciones auto antagónica, y pueden tomar caminos y direcciones opuestas, por sobre las palabras que se las designen.

La Comuna de París en los hechos fue una revolución. Una búsqueda y un hacer desde el objetivo a lograr *la [auto]determinación y la dignidad humana*⁵, como afirmaba Marx en *El trabajo alienado*, un inicio de democracia directa que, al ser profundamente anticapitalista, antiestatal, e internacionalista se contraponía a toda la burocracia estatal así como al monopolio de las armas como institución.

La Comuna disolvió el ejército y la policía estatal. La Guardia Nacional durante la Comuna devino en una milicia ciudadana donde participaban tanto hombres como mujeres, por eso fue la brigada femenina la que defendió a mano armada la última barricada.

La Comuna se negaba a ser la capital de una república. Tenía en su horizonte la organización de federaciones de comunas autónomas sin fronteras nacionales, sin nacionalismos y puso en práctica aquello de “somos ciudadanos del mundo”, por eso no hubo distinción entre comuneros, ya fueran rusos, húngaros, italianos, franceses etc., se consideraban ciudadanos del mundo Todo se consultaba en la base, mediante asambleas de barrio, y todo funcionario podía ser destituido por ese mismo medio. Fue una orientación en dirección opuesta a la que tomó la Revolución Rusa.

La revolución rusa no fue ajena a la existencia de procesos autoantagónicos. Las *formas* a veces indican la dirección que un proceso tomará en el futuro. Por ejemplo, desde el vamos designan

5 Marx, Karl, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Traducción y notas: Fernanda Aren, Silvina Rotemberg y Miguel Vedda. Colihue Clásica, pág.118. Buenos aires 2008

un gobierno sin asamblea alguna de los Soviets, integrado sólo por miembros del partido bolchevique nombrados en el Palacio Smolny, sede del partido bolchevique, alejado 5 km de donde funcionaba el Soviets en Petrogrado. Trotsky así nos lo informa:

“Estamos reunidos *unos cuantos miembros del Comité central, Una sesión fugaz en el rincón de una sala.*

–¿Y cómo vamos a llamarlo? [al gobierno]–exclamó Lenin, reflexionando en voz alta–. Todo menos ministros, que es un nombre repugnante y gastado.

–¿Por qué no comisarios? –intervine yo–, Lo malo es que hay ya demasiado comisarios⁶, Pero podríamos poner ‘altos comisarios’. Aunque no: eso de ‘altos’ suena mal. Digamos ‘comisarios del pueblo’.

–¿Comisarios del pueblo? Sí, no está mal –asintió Lenin–. ¿Y al gobierno, en conjunto?

–Sóviet, naturalmente, Sóviet..., El “Sóviet de los comisarios del pueblo” me parece que queda bien.

–Sí –repitió Lenin–: el **“Sóviet de los comisarios del pueblo”**. **¡Magnífico! ¡Esto huele formidablemente a revolución...!”**⁷

Esta acción significaba borrar con el codo aquella consigna que venía levantando el propio partido bolchevique desde abril de 1917: *“Todo el poder a los sóviets”*.

Semanas sangrientas en París y en Kronstadt

París llevaba cinco meses cercada por el ejército alemán que había derrotado a las tropas francesas del Emperador Napoleón III. Thiers, el gobernante republicano huye a Versalles. Abandona a París. Allí se reúne con Bismark, comandante de las tropas pr-

6 La palabra “comisarios” está mal traducida, en realidad significaba “comisionados”. Hay que preguntarse quién los comisionaba.

7 (Trotsky, León, *Mi Vida*. Buenos Aires, Ediciones del Siglo, 1972, 351 y ss.; cf. también Bogotá, Ediciones Antídoto/precursora, 1979 (impreso en Argentina), pp. 261 y s.

sianas y pactaron reconquistar París y terminar con la Comuna. Para ello Bismarck le devolvió todos los prisioneros de guerra, casi 100.000, con las armas, cañones, ametralladoras, etcétera. Con esta fuerza, más el reclutamiento de algunos campesinos, y ahora con la alianza del ejército alemán, se inició la campaña más sangrienta que se conozca de la era republicana, en la cual el ejército masacra a los comuneros.

Elisabeth Dmitrieff impulsa la actividad de las comuneras en la defensa de París. Las incendiarias cumplen un rol muy importante al combatir con fuego al ejército invasor y además se suman con armas en manos al frente de batalla en las barricadas. Elisabeth es vista al frente de un destacamento en la barricada con su típico vestido negro, un sombrero con cintas rojas como sus pañuelos y bandoleras, a la cintura lleva dos revólveres, el destacamento íntegramente formado por mujeres se suma a la lucha hasta que son aniquiladas, muy pocas sobreviven.

Unos 40.000 hombres, mujeres y niños fueron fusilados; otros, encarcelados y otros deportados a Nueva Caledonia. Una semana llamada Semana Sangrienta, coronó la “hazaña” de dos ejércitos, el republicano de “la igualdad, fraternidad y libertad” y el alemán a la retaguardia, masacraron con saña al pueblo.

Exactamente cincuenta años después, en febrero de 1921, otra masacre enlutó a toda la humanidad. El ejército bolchevique, que comandaba Trotsky con Lenin en el gobierno, ante un movimiento insumiso, que exigía entre otras cosas el funcionamiento del soviets de la isla de Kronstadt, base de marineros y pueblo revolucionario, inició una represión que terminó con el saldo de 10.000 muertos, heridos, exiliados en Finlandia

La más fructífera revolución

El libro de Braibant nos sugiere algunas preguntas importantes para la teoría del cambio social y, tal vez sin proponérselo, nos da claves para abordarlas, investigarlas y desarrollarlas. ¿Por qué po-

demos decir que la Comuna fue una verdadera revolución anticapitalista?

En La Comuna había unos pocos que se reconocían partidarios y amigos personales de Marx. Uno de ellos, Léo Frankel, le escribió a Marx una carta el 30 de marzo de 1871 en la que decía:

“Si pudiéramos provocar *un cambio radical en las relaciones sociales*, la revolución del 18 de marzo sería la más fructífera de las revoluciones que la historia haya registrado hasta ahora...”⁸

Obviamente, tanto Marx como Frankel consideraban que la revolución *es un cambio de relaciones sociales*, que instala la propiedad colectiva de los medios de producción, que desarrolla la autodeterminación social, la dignidad humana, la producción sin trabajo alienado que produzca mercancías y que tenga el objetivo de cubrir necesidades humanas, sin buscar enriquecer constantemente a la burguesía. Fundamentalmente, ansiaba basarse en la autogobernación, en la autoorganización, sin instituciones jerárquicas, construyendo una democracia directa en horizontalidad. En la Comuna, estas líneas estaban en el horizonte.

No quiere decir que, en el propio proceso revolucionario, no hubiera tensiones, actitudes jerárquicas, heredadas de la práctica anterior e inclusive del estado de guerra, ya que las fuerzas de defensa eran milicias. Pero la orientación era la construcción de relaciones sociales de reconocimiento mutuo, sin la opresión propia del trabajo alienado.

En Rusia, el poder estuvo desde el comienzo en manos del partido bolchevique, que orientándose en un camino opuesto, fue desarrollando un capitalismo de Estado en el que se producía a través del trabajo alienado, mediante la explotación al trabajador, profundizando las jerarquías en la producción, con salarios diferenciados para los técnicos que venían a aplicar el taylorismo-fordismo. El

8 Cf. *infra*, p. 149. Las bastardillas son mías [Mario:Chequear página en el libro](#)

poder fortaleció al Estado y terminó en la más feroz dictadura. No sólo masacró en Kronstand, sino que terminó con las comunas campesinas que, según Marx, la “propiedad común de la tierra en Rusia puede servir de punto de partida para una evolución Comunista”.

La Comuna hoy

El libro rescata la figura de Elisabeth Dmitrieff y además se pregunta por la proyección de la Comuna hoy.

Después de casi 100 años de vigencia de la teoría estado céntrica de las revoluciones, que señala que el único camino correcto para triunfar es el de la toma del poder estatal por el partido, constatamos que por este camino no se triunfó, no se llegó a la desaparición del capitalismo, es más se regresó del estatal al privado.

Por otro lado, vemos que toda lucha insumisa que, como un fantasma, recorre el mundo con todas las diferencias que cada particularidad adopte, hay líneas generales comunes del camino comunal, de la autoorganización, de la horizontalidad en un proceso también autocontradictorio, pero anti jerárquico. Los zapatistas en Chiapas con 27 años de existencia, y el movimiento kurdo de la zona de Rojava, son las experiencias vivas. Pero hay rasgos de destellos de comunalidad en cada lucha. Hay un renacer de continuidad con la experiencia de la Comuna de París con el ejemplo de sus mujeres destacadas como Louise Michel, André Leo, Elisabeth Dmitrieff, pero y fundamentalmente de miles y miles de mujeres anónimas y de niños masacrados sin piedad alguna, con saña y odio de clase en la Semana Sangrienta. La rebelión femenina era imperdonable para los republicanos.

Sylvie Braibant seguramente ha logrado el objetivo de destacar el rol femenino, central en La Comuna de París.

Nada queda ni se reproduce en el Estado ruso, ni del chino, ni del heroico Vietnam, ni de la Cuba revolucionaria, etc. Sus fracasos sólo generan una añoranza deprimente.

Las resistencias insumisas no se detienen

Pero la necesidad de la revolución social internacional orientada hacia lograr un eterno fluir de relaciones sociales de cooperación, de autodeterminación, de dignidad, es más necesaria y urgente que nunca para evitar la destrucción de la humanidad y del planeta a la que nos está llevando el capitalismo. Y la destacamos en todos los movimientos insumisos desde el mayo del 68, pasando por el *Ni una menos*; el *Que se vayan todos* de los movimientos piquetes y las asambleas populares del 2001 argentino, las rebeliones del 2011, la Comuna de Oaxaca; el *Quiero respirar* de Georg en EEUU, hasta los chalecos amarillos, etc. etc.

En búsqueda de ese camino que desarrolló la Comuna y en el ejemplo de lucha revolucionaria de Elisabeth Dmitrieff, y de millares de mujeres que nos da a conocer Sylvie Braibant, está la esperanza.

Buenos Aires, abril de 2021

Prólogo

Gilles Perrault

Esto es justo lo contrario de una biografía a la norteamericana. En este libro no encontraremos la descripción del papel de la pared de la habitación en que nació la protagonista ni el inventario razonado de sus listas de lavandería. Aunque así lo hubiera querido la biógrafa, habría fracasado, ya que Elisabeth Dmitrieff, cuyo rastro furtivo permanece en la Historia, pasó por la vida con el paso vivo y ligero que apenas deja huellas. El logro de la autora se debe a esta sorprendente constatación del lector: raras veces ha acabado la lectura de una obra con el sentimiento de conocer tan bien a un personaje del que sabemos tan pocas cosas.

La emoción que nos causa esta lectura surge en parte de la cronología. Con dieciséis años, Elisabeth Dmitrieff abraza con pasión una esperanza revolucionaria tan joven como ella. Cuando Sylvie Braibant, un siglo después, penetra en los infinitos siberianos tras las huellas de su protagonista, el tren avanza por los carriles que conducían al Gulag, la URSS se dispone a publicar su propia esquila mortuoria y la esperanza quebrada de cuatro generaciones yace en las lágrimas, el lodo y la sangre. En nuestro

caótico y crepuscular fin de siglo, ¿cómo no sentir nostalgia y encontrar consuelo en esta peregrinación al sugestivo comienzo de las grandes esperanzas?

No obstante, Elisabeth no tardó en salir del estereotipo reductor de la hermosa aristócrata rusa que sacrifica su estatus social y su riqueza por amor al pueblo. Ciertamente idealista, su recorrido la mantiene alejada de las banalidades. Al sumergirse en el núcleo revolucionario a una edad tan temprana que hoy creemos que hay que rodearla de todos los caparazones protectores; al dilapidar su suculenta fortuna por la buena causa (lo que, en los tiempos en que vivimos, equivale más o menos al sacrificio de una vida), manifiesta de inmediato una rara aptitud para insertarse en el meollo de la acción. No desvelaremos aquí las peripecias de una existencia que el lector se apresta a seguir en todo su curso; pero está claro que Karl Marx, estrictamente enclaustrado por la exigencia de la obra que escribía, no habría abierto su puerta a una joven que sólo contara con su belleza y buenos sentimientos como únicas llaves maestras. Sin duda, Elisabeth llegó a Londres con un mensaje político y, una vez entregado, el maestro no la habría recibido cotidianamente, o casi, durante tres meses, si no hubiera descubierto en ella a una interlocutora digna de él. Por lo demás, Sylvie Braibant nos enseña que, en la Rusia aún hermética al pensamiento de Marx, la adolescente Elisabeth conseguía encontrar las obras de Marx y sacarles provecho.

Así, esta mujer singular se desplaza constantemente en las bisagras entre varios mundos. Nace al pensamiento y a la acción en una Rusia en que la utopía generosa se encarna en jóvenes que sueñan con emancipar al pueblo, eventualmente con el puñal y la bomba. Se adecuaba tanto al estereotipo de aristócrata revolucionaria de esos tiempos que uno cree poder encasillarla bajo esta etiqueta; pero ahora está en Londres, en casa de Marx, que maquina una revolución de otra manera y la convierte en uno de esos “viajantes de comercio” que serán más tarde la leyenda del Komintern. Organizadora de la Comuna, combate empuñando un fusil en una

de las últimas barricadas y, una vez más, elude el acartonamiento propio del que posa para la posteridad. De regreso en Rusia, se consagra a un marido lamentable, estafador reconocido, probable asesino, al que seguirá en su ostracismo siberiano, ofreciendo la réplica degradada de aquellas esposas de decembristas cuyo heroico sacrificio había hechizado su adolescencia: último avatar que afligió a los biógrafos soviéticos, a los que tanto les hubiera gustado esculpirla hasta el último detalle como mujer marmórea... Un ser en perpetuo movimiento, para lo mejor y para lo peor. En esa época no faltaban rebeldes, pero ¿cuántos hombres y mujeres, en todos los tiempos, impulsaron el espíritu de la rebelión hasta destruir su propia estatua? “Es agradable existir en el pensamiento de los otros” escribió Sartre. Elisabeth traspasó las peripecias con una autodeterminación admirable, sin quejas ni murmullos, y nunca sometió su vida a la más poderosa de las dictaduras: la mirada del otro.

Una existencia como la suya, horadada por vastas zonas sombrías (ni siquiera sabemos dónde y cuándo murió...), despierta la tentación de la biografía novelada. Sylvie Braibant tuvo razón al rechazarla. Las preguntas son tan interesantes como las respuestas. Además, conviene sospechar tanto de las biografías perentorias, como de aquellas en las que el autor sumerge a su sujeto en las repugnantes invasiones de su propio ego. Nada de eso en este caso. El recorrido de Sylvie Braibant procede constantemente de un infinito respeto hacia Elisabeth y no afirma nada que no esté demostrado con exactitud. Eso no significa que la autora esté ausente, sino que avanza a cara descubierta; y uno de los atractivos de este hermoso libro es que nos hace entrever los procedimientos de una joven en busca de otra por la que siente una fascinación evidente; es que nos da a entender este extraño diálogo en que las respuestas de la muerta acerca del pasado suscitan el cuestionamiento de la viva sobre el presente. Lejos de ser —como tantos otros biógrafos— el juez de instrucción de un destino, Sylvie Braibant, con una intuición rara, supo ser su compañera de ruta. Su libro sumamente

sensible también nos habla de los aromas del bosque ruso, de la perfecta geometría petersburguesa, de los cielos siberianos, de los vestidos negros de Elisabeth, sobre los cuales tanto se destacaba su bufanda roja con franjas doradas.

La autora nos dice que, en Rusia, Elisabeth Dmitrieff, durante largo tiempo reverenciada, se encuentra hoy envuelta en el descrédito que se les profesa a los hombrecillos grises que hicieron del sueño revolucionario una pesadilla. Sin duda, su libro llega demasiado temprano para una rehabilitación. Pero, al cerrar su apasionante y emotiva biografía, sabemos que esta mujer, considerada indigna a los ojos de quienes fueron sucesivamente los suyos, definitivamente es una de las nuestras.

Preámbulo

Esta vida es también un itinerario. Ir tras esta mujer nos lleva a recorrer miles de kilómetros a través de Europa y Asia en líneas rectas o quebradas, Vólok - San Petersburgo - Ginebra - Londres - París - Krasnoiarsk - Moscú...

Otoño de 1991; el tren avanza en la noche siberiana. En media hora, el Rossía, directo Moscú-Vladivostok, llegará a Krasnoiarsk con sólo cinco minutos de retraso. Pese a la luz de la luna, el Ienissei permanecerá invisible, también las colinas rojas en cuya oquedad se acurrucó la ciudad. No tiene importancia. Lo único que cuenta es el cielo estrellado sobre Krasnoiarsk porque aquí, hace noventa y ocho años exactamente, Elisabeth-Lisa-Elizaveta Lukinitchna Kusheliova-Tomanóvskaia o aún Davidovskaia, llamada Elisabeth Dmitrieff, levantaba cada noche los ojos hacia la vía láctea. Esta mirada sigue siendo un misterio, una pregunta sin respuesta entre otras.

Cincuenta y seis horas y media de viaje ya desde Moscú; el tren avanza tras Elisabeth, lejos de las visiones idílicas de troikas deslizando en la nieve al son de las campanillas. El otoño se ha instalado

y aún no hay nieve ni hielo; este tren gris verdoso penetra por una vía rectilínea en una estepa gris, con arboledas de abedules desnudos, pasando de vez en cuando por pueblos negros y lodosos, ciudades insulsas, altos hornos o centrales térmicas. La vida en el vagón es un concentrado de olores –a sudor, cebollas crudas y pollo frío entremezclados– y sonidos ahogados –zapatillas arras-trándose por el pasillo, el llanto de un bebé, el ronquido de un hombre exhausto, los romances lánguidos de la radio de Novosibirsk, captada a intervalos irregulares–. Pese al lamento y la penuria, el vino georgiano baja como la seda, y el vodka y luego el coñac queman la garganta y los intestinos. Las náuseas, el calor, la asfixiante solicitud de los compañeros de viaje retroceden cuando por fin el tren para en Omsk, Tomsk, o Tioumen. Y al cabo de cincuenta y siete horas, una noche profunda en que sólo un cuarto creciente asoma tras una niebla confusa.

Noviembre de 1991... La URSS se descompone en la Comunidad de Estados Independientes (CEI), un ballet intelectual bien ritmado convierte los buenos de ayer en malos de hoy. Elisabeth, protagonista de la revolución pasada, es “desacreditada”. De modelo venerado, se transforma en malvado demonio responsable de los males actuales. ¡No importa! El tren avanza obstinadamente hacia este no-sujeto, tras el rastro de una imagen fluctuante, una buena mujer-no buena, siempre hermosa, extranjera y obstinada.

PRIMERA PARTE

Vólok - San Petersburgo
Padre e hija

1

Huellas

Sentada, con la espalda apoyada en los troncos de su isba, una señora mayor llena de arrugas se ha quedado inmóvil en su sueño. Sus ojos bien abiertos miran fijamente el largo camino que se aleja ante ella entre dos hileras de robles, el mismo por el que parece que se marchó satisfecho uno de esos sabios de las ciudades que vino expresamente a hablar con ella, Ekaterina V. Gunt. Afirmó que unas horas y unos instantes le bastarían para comprender a la que venía persiguiendo hasta este retirado lugar, este pueblo de la vieja Rusia congelado en el espacio y en el tiempo.

En efecto, Ekaterina V. Gunt sabe que es la última sobreviviente que la ha visto. Y ahora, el hombre de Moscú la obliga a rebuscar en sus recuerdos, a restituir ese momento único. Sabe que está llegando a su fin. Pero no es fácil. Su memoria de vieja campesina de ochenta años recuerda a la niña de nueve de entonces que, con los ojos bien abiertos y las orejas receptivas, retuvo como en una película esos casi dos días del otoño de 1903. Sucedió en Vólok, los padres de Ekaterina trabajaban para el propietario de las tierras circundantes, Vladímir Lukich Kusheliiov, un gran y hermoso

hombre. Éste sabía hacerse obedecer por sus empleados-siervos. Más tarde, Ekaterina se pondría a su vez al servicio del heredero, hasta que ese octubre de 1917 se llevase todo, morada y señor. Pero Vólok se quedaría, también ella, siempre, hasta su muerte.

Vólok, 1903. No necesitamos ningún esfuerzo de imaginación para transportarnos a esos tiempos. El pueblo, pese a las destrucciones y reconstrucciones, permanece inmutable: una decena de isbas distribuidas en círculo en los restos de un parque bien trazado, en torno al fantasma de una pequeña iglesia de cúpula negra y promontorio verdecido que se hundía lentamente en las arboledas, hacia los meandros del Seriozha. Ahí estaba la casa de los amos, hacia la que conducía la senda de robles centenarios. Esta senda aún avanza, pero hoy hacia el vacío. Ahora, Ekaterina clava su mirada en ella, para ver a Elisabeth, claro, esa Elisabeth a la que a toda costa hay que hacer revivir.

Esa mañana de noviembre de 1903, ante los ojos de una niña de nueve años, una señora avanza en carruaje por la senda de los robles. Es la hermana del dueño, le dicen, su último familiar. Su llegada ese día no debería suponer nada de extraordinario, su madre ha muerto y hoy se le da sepultura. Es una mujer alta y hermosa, de espeso cabello sujetado masivamente en la nuca. No aparenta sus cincuenta y dos años, al menos no en el recuerdo idealizado de Ekaterina, alimentado por los comentarios de los campesinos más viejos, aquellos que treinta años antes ya habían asistido a sus impulsivas partidas. Estos ancianos hablaban de una adolescente encantadora, exaltada, dispuesta a cederles tierra y fortuna, antes de dejarlos ahí finalmente, pueblo y campesinos. Luego, parece que hubo un regreso y una nueva partida; algo con lo cual alimentar la memoria colectiva, en la que esta mujer no podía permanecer sino como hermosa e impulsiva. Y ahora, a su vez, la pequeña Ekaterina estaba cautivada por esta silueta negra y decidida.

Se hizo el entierro con el acompañamiento de amigos, propietarios vecinos, gente humilde, sirvientes y obreros. Luego,

el hermano y la hermana se retiraron a la morada y, muy rápidamente, el silencio de los muertos se vio interrumpido por palabras de odio e incompreensión. La voz de Vladímir, fuerte y sombría, reiteraba: traición, Comuna, Revolución, mala conducta, dinero; pero nadie conseguía entender qué le respondía la mujer con su tono elevado, de lo atropellado que resultaba el flujo de sus palabras. Finalmente llegó la tarde, después la tranquilidad de la noche y por fin la mañana, con el ruido violento de una puerta cerrada de golpe. Y todos vieron a esta mujer saltar sobre un caballo y lanzarse al galope por la senda de los robles centenarios, hasta desaparecer más allá de los meandros del Seriozha. Ekaterina recuerda las preguntas, los asombros y las respuestas que tejían la leyenda –pero, sin duda, no fue una leyenda–. Treinta años antes, la hermana del dueño había dejado a sus compañeros en Londres, París o Ginebra en el mismo desconcierto, confundidos por sus caprichos, su radicalismo, los largos lapsos de mutismo que intensificaban los discursos líricos y sus constantes partidas repentinas. De este modo, su vida parecía hecha de pasiones casi rectilíneas, de impulsos frenados por desgarramientos tan profundos como inesperados; pero seguro que este recorrido tenía su lógica.

*

La propiedad de Vólók, ese Vólók intemporal en el que comenzó todo, era vasta. Los nietos parisinos del último propietario, el intolerante Vladímir, escuchaban a su abuela de Tours, perdida por un tiempo en las inmensidades rusas, narrarles el espacio. La propiedad era tan grande, decía, que, a gran velocidad, un trineo llevado por dos caballos no podía darle una vuelta alrededor de ella en menos de dos días. Se extendía sobre hectáreas de bosques de pinos mezclados con abedules, perforada por lagos y prados verde pálido y las mejores tierras estaban sembradas de lino, papas, remolacha o coles. En verano, los rebaños de ovejas corrían de un

pasto a otro, pasando en su trashumancia al lado de casas aisladas entorno a las cuales los bosques rebosaban de bayas o setas sabrosas. Pero los cultivos nobles, como el trigo, estaban descartados. Vólok, en el corazón de la vieja Rusia, a unas doscientas verstas¹ de Novgorod, había sido edificado por los ancestros de Vladímir y Elisabeth sobre las tierras menos fértiles de la provincia de Pskov, las llamadas “no negras”.

El linaje de los Koushelev se detuvo ahí casi por casualidad. Unos siglos atrás, los ancestros de Elisavieta Lukínichna Kousheleva, valerosos defensores de la Santa Rusia, habían recibido título y tierra de Alexander Nevski, en recompensa por sus actos de guerra. Pero aún tenían que encontrar el lugar donde echar raíces. Entonces bajaron desde Novgorod hacia el Sur, por aguas, lagos y ríos, adentrándose en los bosques hasta este claro que también era un obstáculo, ya que había que traspasar los barcos de un río a otro para seguir el camino. (Vólok era una encrucijada fluvial en la vía comercial que llevaba del Gran Norte a Turquía). Y sus ancestros se habían establecido ahí. Tal vez por sus olores, el río, la naturaleza en estado puro, pero sobre todo por la posibilidad, pese a que las tierras eran poco fértiles, de fundar una propiedad de buen tamaño. Con el paso de las generaciones, esta tierra, esta vida, habían establecido la marca de los Kusheliiov: una mezcla de abrupta rusticidad, modernismo y refinamiento de la que el padre de Elisabeth sería el producto puro.

La familia vivió su apogeo a finales del siglo XVIII: el abuelo de Elisabeth había sido senador bajo Pablo I, y después consejero especial de Alejandro I. El zar y la zarina habían llevado sus favores al punto de sostener en la pila bautismal a Alejandro, el primero de los hijos de Iván Ivánovitch Kusheliiov y Elisavieta Dmítrievna Lanskáiaski. Tras Alejandro vinieron Nikolái y finalmente Luká, que nació en Vólok el 28 de octubre de 1793. De los tres hermanos, el primogénito murió a los veintidós años en los

¹ Es la vieja medida de la distancia en Rusia, es igual a 1067 metros.

combates de Georgia; el segundo fue un administrador apocado e incompetente de la propiedad familiar (la dejó al borde de la quiebra); por fin, Luká edificaría una leyenda, la de un hombre que inspiraba odio y temor tanto a sus allegados como a los centenares de almas ligadas a la propiedad.

El rumor sobre sus actos y gestas llegaba hasta Novgorod; se decía que ese coloso era capaz de levantar él solo un tronco de árbol. Los dos retratos que nos llegaron tal vez puedan ayudarnos a comprender. En el primero –un fino pastel–, Luká aún es un hombre muy joven, delgado y alto. Su cara redonda, girada tres cuartos hacia nosotros, circundada por abundante cabello rizado, nos mira con un aire más bien irónico. Acababa entonces la clásica educación de joven aristócrata de buen linaje, asignado al “cuerpo de cadetes”. De este modo, tenía acceso a la corte, ya que periódicamente los alumnos eran llevados para servir al zar. Su cultura general orientada hacia Occidente conllevaba cierto desprecio hacia el ruso materno. Es el Luká de la primera leyenda, la del intrépido, que lo canta corriendo, a la cabeza de su regimiento de húsares, enfrentado con las fuerzas napoleónicas, haciendo huir en desbandada a una compañía francesa merced a su alocada audacia y persiguiéndola después hasta las puertas de París.

El segundo retrato es imponente, al estilo de los cuadros de familia alineados en las antecámaras. El niño se ha convertido en un hermoso hombre en gran uniforme, el cabello impecable, bien alisado, la mirada sombría y directa ataviada con un monóculo. Una vaga sonrisa suaviza el conjunto. De uno a otro lienzo, lo que primero captaron los retratistas fue el vigor del hombre. Es el Luká de la segunda leyenda, fuerza y crueldad. Ya estaba casado entonces –con un buen partido de una rica y noble familia de la región de Novgorod–. Las cartas de su primera esposa hablan del amor violento que sentía hacia ese hombre 15 años mayor que ella y del infierno que le hacía padecer. Anna Dmítrievna era la hija bastarda de una sierva y un gran señor, más tarde ennoblecida por la gracia del emperador y convertida en heredera de una inmensa fortuna

tras la muerte de su padre, del que era la única heredera. Tal vez porque provenía de una nobleza dudosa pero inmensamente rica, parece que Luká no cesó de someterla, reproduciendo las prácticas ancestrales de obediencia: de los siervos al amo, de los niños a los padres, de la mujer al marido. Hasta en la corte se sabía que le pegaba a su mujer, que la engañaba alegremente y que era de una posesividad exclusiva con las tres hijas nacidas de esta unión. Incluso hubo que mandar mediadores para calmar a Luká y tratar de reconciliar a la pareja. Hubo reconciliaciones seguidas de nuevas violencias y secuestros de las niñas hasta su ineluctable separación en 1832. (En pleno invierno, se vio salir de Novgorod un trineo tirado por caballos al galope. Dentro estaban tres niñas ligeramente vestidas y un hombre determinado que las protegía con la mirada).

El emisario de San Petersburgo concluirá: “No puede haber unión conyugal duradera entre ellos. En Luká Ivánovitch, las pasiones dominantes son la lujuria y la hipocresía; su arrebató —que podía llegar a la rabia— se opone radicalmente a la dulzura y humildad de su esposa”.²

Se elogiaba su sangre fría. Uno de sus amigos más cercanos, un general del ejército imperial, había divulgado por todas partes que, en el transcurso de un paseo más allá de Vólok, había enfrentado impertérrito un oso de aspecto especialmente agresivo. Luká permaneció de pie ante el animal, que daba vueltas alrededor de él, en tanto que el general había subido rápidamente a la copa del árbol más próximo.

Se contaban leyendas sobre su crueldad múltiple e imaginativa. La propiedad era aún administrada por su hermano Nikolái, y Luká sólo había heredado una parcela con apenas cien siervos. Los campesinos la trabajaban bajo sus golpes. El amo tenía la mano larga e imparable. También en las tierras de su primera esposa habían ex-

2 Informe del emisario del zar, citado por Iván Knijnik–Vietrov en *Jeunesse et Enfance d'Elizaveta Dmitrievna*, Moscú, Les Annales du marxisme, 1930.

perimentado los siervos sus malos tratos; llegaron a quejarse ante las autoridades locales siguiendo los consejos de la propia Anna Dmítrievna Kusheliova. Pero el Luká del látigo y del garrote llevaba en su interior su doble refinado. En las casas de Vólok y San Petersburgo, aún en vida de su hermano, había creado bibliotecas que no tenían parangón. Una foto amarillenta muestra a un niño junto a un árbol de Navidad que le da la mano a un hombre de gran estatura cuya poblada barba parece tolstoiana. El adulto es Vladímir, el hermano menor de Elisabeth, que entonces acababa de retomar la gestión de la propiedad. Tras ellos, se perfila una inmensa biblioteca. En las estanterías, cientos de volúmenes (se decía que quinientos), en todas las lenguas están alineados.

*

Replegado en las rudas tierras de Vólok, impaciente por asumir la plena posesión, Luká esperaba la muerte de su hermano mayor Nikolái. El acontecimiento ocurrió en junio de 1848. En sus últimos meses, el moribundo fue asistido por una enfermera perteneciente a una orden evangélica luterana. Y, mientras Nikolái agonizaba, ella se convirtió en la amante de Luká y dio a luz a un primer hijo, que nació muerto. Le seguirían, en cercanos intervalos, Sofía, Alejandro, Elisabeth y Vladímir. En la memoria del círculo familiar y amistoso, tres adjetivos definen a quien llegara a Vólok bajo el nombre de Carolina Dorothea Trotskiévich: hermosa (“una auténtica belleza”, escribió Alexis N. Kuropatkin), dulce y generosa. Sus orígenes permanecen confusos. Su ruso era vacilante y ella conservaría hasta su muerte un marcado acento alemán. Había recalado en Vólok viniendo desde Curlandia, encrucijada entre Prusia y los países bálticos, donde se había registrado como hermana de caridad en Hasenpot, un pueblo de diez mil habitantes erizado de campanarios luteranos. Como la mayoría de los ciudadanos de Hasenpot, ella era de confesión luterana; provenía de los mechanski, la pequeña burguesía de las ciudades. Sabía un poco

de varias lenguas, del letón al ídish. Algunos concluyeron de esto que era de origen judío (su hijo Vladímir, en los días malos de su vejez, bramaba encolerizado cada vez que oía esta afirmación); pero, de hecho, sus contemporáneos nunca supieron con certeza de qué país venía. Se ha “recontrado” recientemente el registro de estado civil de Vielikíe Ilouki, cabecera del distrito que administraba Vólók. Se afirma en él con certeza que era alemana.

Cuando Carolina cruzó el Vólók de los Kushelióv, ya tenía veintiséis años. Su profesión la ponía constantemente en estrecha relación con la vida y la muerte. En su práctica había recorrido un derrotero geográfico largo, pero además solitario, ya que iba donde la llamaban, permaneciendo sólo el tiempo necesario para los cuidados de sus pacientes. Podemos imaginar, por lo tanto, a una joven que no ignoraba nada de las cosas de la vida, independiente y que una fe profunda hacía avanzar. Fue una transeúnte piadosa que se adentró durante meses, durante años en lo más profundo de la Vieja Rusia, hasta llegar a ese Vólók que ya nunca habría de abandonar. Sus paisajes de tonos verdes y azules, el olor de los pinos mojados, la corriente de un sinuoso riachuelo le ofrecían el encanto de un descanso en los confines de la Tierra y la comodidad de una vida opulenta.

La relación de Carolina con Luká, veintiocho años mayor, se estableció desde la llegada de la enfermera junto a Nikolái, su enfermo. Un siglo más tarde, la unión bastante sólida entre la hermana de caridad y el pomiéchtchik (gran terrateniente), que durará hasta la muerte de éste, continúa siendo aún bastante misteriosa. Posiblemente le ofrecía juventud y belleza, pero al amo no debían de faltarle jóvenes siervas en las cercanías con las que desahogar sus necesidades, en virtud de la regla de sumisión. Algunos testigos confirmaron que Luká convirtió a Carolina en una especie de amante-sierva. Pero sus orígenes y su propia historia hacían de ella una mujer más culta que la media y ella tal vez aportara esto –una compañera instruída en medio de esos desiertos– al paradójico Luká, cuya sed de conocimientos era elogiada. Posiblemente,

fuerzas contradictorias la empujaban a aferrarse a Vólók: por un lado, caridad cristiana, hacer el bien curando las heridas de los campesinos maltratados por su amante, o incluso transformar a este en una “mejor” persona, pero sabemos que en esto fracasó; por otro lado, aspiraba a la seguridad, al bienestar y a una posición social. Las distancias y los sufrimientos acumulados habían hecho de ella una persona decidida y tal vez supo, desde el inicio de la relación con Luká, que tarde o temprano la mayoría de sus deseos se cumplirían. Una foto nos la muestra hacia los cuarenta años, como una mujer fuerte de apariencia feliz, con la mirada llena de certezas. Luká había muerto hacía más de diez años y finalmente reinaba en las tierras y casas de su marido.

La relación de Luká y Carolina no fue una repetición de la de su primer matrimonio. Nunca se rebeló contra él, y dejó caer sobre ella la violencia y continuó obstinadamente su tarea de enfermera para todos los que, en su entorno, la reclamaran. Por su origen social de pequeña burguesa citadina, se mantenía alejada de los conflictos directos entre los pomiéchtchiks y sus campesinos, contrariamente a algunas de sus contemporáneas célebres (Elisavieta Koválskaia, María Vietrova)³ revolucionarias o nihilistas. Elisabeth no sería la bastarda de un gran noble terrateniente ni una de sus siervas, sino la conjunción más rara de la ciudad y el campo, de dos religiones –la ortodoxia formal y el protestantismo pietista–, de dos culturas –la rusa y la germánica–, de la aristocracia más retrógrada y triunfante en intersección con la pequeña burguesía caritativa.

Sin embargo, de este amor improbable nacieron cinco niños. A la cuarta la llamaron Elisavieta, como su abuela paterna.⁴ El registro civil indica con precisión su fecha de nacimiento: el 1° de

3 Elizaveta Koválskaia (1850–1943), miembro revolucionario de *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad), bastarda (pero reconocida) de un terrateniente de la región de Jarkov y una sirvienta de su padre. María Vietrova (1870–1897), hija ilegítima (no reconocida) de un noble ucraniano y su sirvienta. Murió en prisión, “se suicidó” por fuego.

4 Elizaveta, Lisa, Lisotchka; diminutivos ampliamente utilizados en Rusia...

noviembre de 1850. Antes que ella, había nacido un niño –que nació muerto–, una niña –Sofía– y otro niño –Alejandro–, apenas un año y medio mayor que ella, y que siempre sería su confidente más cercano. Tras ella vino Vladímir, con el que mantuvo en general relaciones conflictivas.

Estos cuatro niños crecieron en la casa del amo, pero Luká I. Kusheliiov nunca los reconoció oficialmente. La idea de hacer de sus bastardos los herederos de una parte de sus bienes, desheredando así a las tres hijas de “pura sangre” que había tenido en su primer matrimonio, era contraria a los principios de este aristócrata. La historia decidió otra cosa, ya que la muerte segó prematuramente a las tres jóvenes. Sin embargo, en realidad, actuaba con los niños nacidos de Carolina como no había podido hacerlo con las primeras hijas, que permanecieron con su madre (a pesar del intento de secuestro). Hizo que les dieran una educación especialmente cuidada, velando él mismo por lo que se les enseñaba. Poco tiempo antes de su muerte, Luká acabó por reconocer a Sofía, Alejandro, Lisa y Vladímir como sus pupilos; podrían heredar bienes suyos, pero, aun así, se les impedía pretender al título. Treinta años después, Vladímir, para quien estas cosas importaban, se tomaría el tiempo de reunir las pruebas de sus nobles orígenes, papeles y testimonios para obtener el derecho de ostentar las armas de los Kusheliiov. El zar acabará reconociéndolo y, dotado de su reciente nobleza, será elegido para la primera Duma Estatal⁵.

Además de este acto de reconocimiento, Luká también esposó a la madre de sus hijos. Lo decidió un drama dostoiievskiano, que prefiguraba el destino del Imperio ruso.

Como numerosas leyendas, esta empieza en una cálida noche de verano. El trabajo en los campos estaba en pleno apogeo y, por lo tanto, la violencia de Luká aumentaba en proporción al ritmo de trabajo. Los siervos de Vólok lo soportaron menos que de cos-

5 Duma: Asamblea. Bajo Nikolái II, cuatro dumas ejercieron funciones legislativas. La primera fue construida en 1906.

tumbre este año de 1856, cinco antes de su emancipación. De todos los rincones de Rusia, el rumor traía los ecos de revueltas espontáneas y aisladas de los esclavos de la tierra (el propio padre de Fiódor Mijáilovich Dostoievski había sido asesinado así por sus exasperados campesinos). Hasta ese momento, Vólok se había librado; pero de repente, este verano, los campesinos de Luká se rebelaron. Decidieron actuar en lo más profundo de la noche mientras todos, familia y pueblo, estaban sumergidos en el sueño. Sin ruido y armados de hachas, cinco o seis hombres entraron a la casa de los amos y se dirigieron directamente a la habitación del propietario. Ahí estaban, inclinados sobre este hombre aborrecido, silencioso y odioso, listos para golpear, cuando su gesto fue inesperadamente parado en pleno movimiento. Aquí empieza la fábula que en la familia se transmite de una generación a otra, llegando incluso a nuestros días.

Carolina dormía profundamente en la habitación contigua. Se despertó sobresaltada. Algo la había alertado de una presencia enemiga en casa. Saltó de la cama, se precipitó al cuarto de Luká, vio los brazos levantados y se arrojó entre su amante y los hombres que habían venido a asesinarlo. Les gritó que deberían matarla a ella. Y claro, como los campesinos amaban a esta dulce mujer de manos hábiles para sanarlos, que visitaba sus chozas, bajaron los brazos. El mayor de la cuadrilla declaró con dignidad: “Si no lo matamos, es sólo por respeto hacia ti y hacia tus hijos”. Y se fueron.

La leyenda añade que, durante todo este tiempo, mientras los asesinos y la enfermera conversaban por encima de él, Luká no salió de su profundo sueño. Cuando despertó, vio desaparecer unas sombras tras la puerta y a Carolina cariñosamente vigilante a su lado. Se inquietó e hizo que le contara toda la historia. (En lo sucesivo, contrariamente al uso, no emprendió acciones punitivas y no se presentó ninguna queja por tentativa de homicidio a la justicia del distrito). La única consecuencia de esta fallida operación fue la resolución de desposar a Carolina, a quien, de ahí en más,

además del amor y de los hijos, creía deberle la vida. Por otra parte, habiendo muerto su primera esposa de cólera un tiempo antes, ya ningún impedimento moral le prohibía este mal matrimonio. Unas semanas después de esta muerte evitada, la boda se celebró en la capilla blanca y redonda de Vólok. Sin la más mínima vacilación, Carolina abrazó la fe ortodoxa y se convirtió en Natalia Iegórovna. Los esposos se prestaron juramento. Tenían sesenta y tres y treinta y cinco años respectivamente. Lisa tenía exactamente seis años, la edad en que la memoria fija en la conciencia las primeras marcas de la vida.

Natalia-Carolina reinaría como señora en la casa de Vólok. Al día siguiente de la Revolución de octubre, replegado en su forzada soledad, uno de los asiduos evocará con emoción el calor con que impregnó el lugar. Lo había convertido en un refugio de paz y disfrute: “La gran casa de los Kushelióv tenía dos pisos compuestos de veintidós habitaciones, una entreplanta y un anexo de estilo chino. Se elevaba entre los árboles, en lo alto de una colina. Detrás de la casa, un gran vergel y unas sierras se extendían hasta una gruta en la que era agradable sentarse cuando hacía mucho calor. Había un manantial de agua deliciosamente fresca que conservaba esta dulzura incluso en tiempos de canícula. Detrás del jardín había un parque suntuoso, un bosque de abedules y más allá un bosque de pinos”.⁶

Hoy, la casa ya no está: algunos dicen que fue quemada por los revolucionarios, otros afirman que fue destruida durante la Segunda Guerra Mundial, pero el parque ha conservado restos de esplendor. Una senda de robles conduce a los visitantes desde el río a la explanada de césped donde antaño debió de erigirse la casa de los Kushelióv. Árboles plantados por los ancestros al final del siglo XVIII en homenaje al ejército protector de la Santa Rusia: un roble por cada regimiento. Los que murieron por enfermedad o a la intemperie siempre fueron sustituidos. Este camino bordea

6 Alexei Mijaílovitch Kuropatkin, “70 let moiéi zhizni” (Setenta años de mi vida), manuscrito, Moscú, Archivos históricos de la guerra. Fondos N° 165.

un pequeño lago cuadrado, rodeado de álamos en sus flancos; en la otra orilla se alzan las tumbas del cementerio familiar. Natalia fue la última en ser enterrada ahí, a principios del siglo XX. La configuración también permite constatar que el pueblo y la casa del propietario estaban estrechamente imbricados. Nada que ver con los castillos de las regiones más occidentales, rodeados de gruesas murallas, barreras físicas que marcaban los límites sociales que no se podía transgredir. Las isbas de los campesinos estaban en el parque, cada quien —especialmente los niños— podía conocer las condiciones de vida de los otros.

Más allá, empieza el bosque.

*

Natalia abrió de par en par las puertas de Vólok a los amigos. La mesa siempre era abundante. En verano, los carruajes circulaban a menudo por la senda de los robles, llevando a numerosas familias vecinas a alegres encuentros. Todos eran propietarios en los alrededores. Todos obtenían su riqueza y poder, en estos tiempos de servidumbre, de estas tierras difíciles de la provincia de Pskov. A veces, los padres venían acompañados de sus hijos —la mayoría, estudiantes—, algunos de los cuales defendían ideas más o menos progresistas, incluso subversivas. De este modo, pasaron por Vólok los Tkachiov, Písarev o Lavrov, cuyos hijos pasarían a la posteridad revolucionaria. Imaginamos a los niños Kusheliov conviviendo con otros mayores que no disimulaban el tedio de estas visitas mundanas obligatorias. Puede que a veces, incluso fueran oyentes pasivos de discusiones políticas difíciles. Pero el sentido de las palabras se les escapaba, solo las captaban y las inscribían en su inconsciente.

Como los Kusheliov, la mayoría de estos vecinos dividían sus vidas en dos periodos, siguiendo el ritmo de las estaciones y la producción. Todos se establecían en sus tierras en primavera y verano hasta acabar las cosechas. Con el declinar de la naturaleza y

el otoño avanzado, se retiraban a San Petersburgo. En la infancia de Lisa, de sus hermanos y su hermana, la ciudad imperial ofrecía pocos atractivos. Por entonces, no había nada mejor que bañarse en el Seriozha, juntar bayas en el bosque o dar la vuelta a las isbas, colgados a las faldas de Natalia, su madre. Siendo hijos e hijas de un sexagenario, tenían pocas probabilidades de encontrar compañeros de juego de su edad entre los amigos de su padre.

Por lo demás, la genealogía de los Kusheliiov se parece a una escalera de doble hélice. Desde el final del siglo XVIII, matrimonio y divorcio –que la iglesia ortodoxa, más pragmática que sus “hermanas” occidentales, había acabado por tolerar– se habían vuelto la especialidad de la familia. Es fácil perderse en este linaje con cierta fascinación; a veces, entre los tíos y los sobrinos nacidos casi al mismo tiempo, entre las primeras y las segundas nupcias, entre las pasiones de unos y otros, etc.

En la época triunfal de Vólok, Sofía, Alejandro, Elisavieta y Vladímir sólo tuvieron un amigo de infancia asiduo de su universo social, Alekséi Nikoláievich Kuropatkin. Mucho más tarde, antes de morir, este se erigiría en memorialista de esta familia y de los días aparentemente felices que allí pasaron.

*

Así, la vida en Vólok transcurre feliz bajo su pluma: las risas y baños de los niños Kusheliiov, sus gritos y juegos en el río, la voz aguda y apasionada de Lisa, el despertar de un amor adolescente sin esperanzas y, en retrospectiva, demasiado cargado de admiración. Pero esta niña también es presa de emociones contradictorias. Enganchada a las faldas de su madre, escondida casi como una sombra, la seguía de isba en isba, con los ojos bien abiertos para ver a hombres, mujeres y niños pobremente vestidos y, siente vergüenza de sus ropas de heredera de un noble propietario, bien nutrida, pero no del todo su hija, ya que no la había reconocido, era y no era... Observaba y sufría estas ofensas, estas agresiones

a su cómoda vida, a sus risas y baños. ¿Acaso odiaba a este padre terrible, a este coloso arrebatador? Probablemente no, y oscilaba entre su violencia y su atención paternal. Se apegaba a su madre, de dulzura y obstinación todopoderosas, su único modelo de mujer excepto por las institutrices; ignoraba a sus abuelas, una de ellas muerta —la rusa—, la otra desconocida —la alemana—. Pero años más tarde, para Kuropatkin, ex ministro de Guerra y héroe ruso venido a menos, envuelto en la desconfianza y la hostilidad, había que insistir en las risas y la alegría. En este amoroso paisaje de densos bosques al lado de un riachuelo cristalino, su noble infancia sólo podía ser viva y alegre; una hipótesis en parte exacta. Este hombre positivo borra con convicción los miedos infantiles, las angustias y penas.

Alexis, desde su más tierna infancia, desde siempre, como vecino pasaba largas estancias en casa de sus amigos Kusheliiov. Su padre, Nikolái Serguéievich Kuropatkin, era el amigo más cercano de Luká Ivánovitch Kusheliiov. En su compañía nació la leyenda del oso, cristalizando la valentía de Luká en detrimento de su propia cobardía. Juntos, Nikolái y Luká, los padres, habían servido en el ejército. Nikolái tenía orígenes más modestos, era otro bastardo ennoblecido, pero, al fin y al cabo, era un terrateniente vecino, con más de cien verstas; por supuesto, eran amigos en este país donde las distancias son abolidas, donde lo que está a más de cien kilómetros aún es colindante...

Alejandro y Alexis, sus hijos, habían sido los primeros en ser amigos, empezaron la misma carrera militar en el cuerpo de cadetes, estudiaban en el mismo bachillerato y no se separaban durante el verano. Alexis ya no tenía madre y encontraba cariño y sosiego junto a la de su amigo, Natalia Iegórovna. Lisa era la sombra de su hermano mayor, pasaba la mayoría del tiempo con los dos chicos. Entre sus pasos, primero estarían las salidas de navegación y de pesca en el Seriozha, los baños, las indigestiones de frutas del bosque y las risas; y más tarde, los secretos intercambiados, la naciente fe revolucionaria, los textos susurrados con voz temblorosa

y, por último, un amor desdichado que dejará una intensa huella en el amante rechazado.

Alekséi Nikoláievich firmará el único testimonio vivo extenso de los Kusheliiov de Vólok en los tiempos del esplendor de Luká y del calor, en cierto modo envolvente, de su esposa Natalia.

*

El ruido de pezuñas era omnipresente. Era el de los caballos que llevaban los carros hasta la casa de Vólok por la senda de robles centenarios. Era el de la gente que salía de Vólok por el mismo camino y desaparecía tras el río martelando el puente; primero la madera, luego el hierro. En este movimiento incesante, en los tarantas atados tras las troikas, no sólo iba la gente, invitados y extranjeros, sino también Lisa, que acompañaba a sus padres en sus visitas a los vecinos. ¿Podía su mirada cansarse de estos bosques, de los lagos grises que surgían en el desvío de la carretera o tras las últimas suaves y reconfortantes alturas de las llanuras rusas? Era una niña silenciosa y obediente, impregnada de sonidos, imágenes y olores —de sudor, caballos, pinos y humedad—, cuya huella la traería siempre de vuelta a este punto de referencia cuando fuera necesario superar los momentos difíciles: a estos árboles, a estos caminos recorridos tan a menudo, sentada entre sus hermanos, frente al gigante que envejecía con la belleza reforzada por la edad y a una mujer cuyas formas adquirirían amplitud con los años.

Una de las propiedades que les gustaba frecuentar especialmente a los Kusheliiov era la de Zilioni, cuyo jefe de familia era un espíritu moderno, ilustrado y al que le gustaba rodearse de personalidades audaces y controvertidas de la época. Es otra de las paradojas de Luká Ivánovitch. El amo, conservador en la práctica, se sentía atraído por hombres de ideas nuevas. Sin duda, ese era el resultado de los episodios premonitorios que había vivido. Tenía treinta años en el momento de la revuelta de los decembristas contra el zar. El movimiento se había expandido entre los jóvenes ofi-

ciales de su edad. Y el desastre de la guerra de Crimea acabó por volar en pedazos las certezas absolutistas. En casa de los Zilioni, una vez más, Lisa y su hermano estaban inmersos en conversaciones de adultos cuyo sentido se les hacía más límpido a medida que crecían, que se empeñaban en comprender. Estas palabras iban estructurando sus individualidades tanto como la rigurosa educación de sus excelentes preceptores.

A la casa de los Zilioni –menos rústica que la de Vólok– cada verano venía a descansar un hombre con cara de niño, serio, de mirada límpida tras sus pequeñas gafas redondas. Todos lo escuchaban, sorprendidos o fascinados, pero siempre pendientes de sus palabras, ya que sólo se hablaba de él y de sus escritos, que emocionaban a toda una generación, Nikolái Chernishevski. Algunos, en su romanticismo revolucionario, afirmarán que de este modo Lisa había conocido al guía de los jóvenes radicales rusos. Pero este encuentro es tan sólo una probabilidad. Además, aún era muy joven, apenas tenía diez años. De esta posible casualidad, sólo pudieron permanecer una imagen y un simple nombre.

Tras algunos días así transcurridos en un ambiente acalorado, los caballos los conducían de nuevo a Vólok, a su casa, donde, seguramente, tenían la impresión de que “¡en ningún sitio en el mundo el aire huele tan bien! Y además, el cielo..”;⁷ allí, donde se articulaban, inmutables, pueblo, casa, iglesia, río, bosque, olores, colores; tanto en invierno como en verano, en una escala de verdes y grises.

En este lugar perdido, primero Luká y luego Natalia supieron atraer a los más refinados preceptores para sus hijos. Por esta tierra, replegada sobre sí misma y autosuficiente, desfiló toda Europa y con ella, sin duda, los relatos de otros sitios, culturas, religiones, pero también los de revoluciones. Algunos de sus maestros habían participado directamente en los movimientos europeos de 1848. En el exilio, vendían sus servicios a las nobles familias rusas.

7 Iván Turguénev, “*Père et fils*”, París, Gallimard, reedición, 1982.

Primero estuvo Miss Betsy, como perfecta educadora inglesa, una Mademoiselle irreprochable, inflexible con las faltas en gramática francesa y, por último, un maestro prusiano, un tal von Madievaiz, de buen carácter, que profesaba ideas muy poco convencionales.

Y después, llegó ese día en que de nuevo el trote de los caballos hizo vibrar los robles centenarios y un carruaje bastante cansado se detuvo ante la puerta. Acababa de recorrer los cien kilómetros que separan Vólok del pueblo de Kárievo, al otro lado de los bosques. Ahí, en la orilla de un inmenso y tranquilo lago, se erigía una casa ocre, con terraza y columnas blancas. En cada uno de los cuartos –en el salón blanco, en el gabinete púrpura, en la habitación dorada–, un piano que se sometía cada día a las manos de un joven maestro. El hombre bajó del coche. Acababa de cumplir veinte años, pero tenía el aspecto desganado de quienes parecen haber vivido demasiado. Seguramente, apenas miró con indiferencia este Vólok cuyos encantos reparadores le habían elogiado y al que venía a “recuperarse”, como hijo obediente. Seguramente, se dijo, con una complacencia casi enfermiza: “¿cómo voy a aburrirme aquí?”. Se dirigió hacia la casa y, al ver a los cuatro niños, sus futuros alumnos, el corazón probablemente se le encogió de hastío.

Hacía dos años que su padre había muerto. Y ese día, entre sus hermanos Vladímir y Alejandro, Lisa vio llegar, con el cuerpo cansado y la mirada sin vida, al nuevo maestro de música, tan elogiado por Natalia Iegórovna. Una suerte inesperada por el joven compositor de talento que tenía necesidad de curarse de una depresión nerviosa, la primera de una larga serie; se trataba de un primo lejano de los Kusheliiov de Vólok, Modest Músorgski. Iba a pasar un año en este extremo del mundo, enseñando sin alegría música a niños poco dotados, en un pianoforte cuyas teclas hoy amarillean en la gran casa ocre al borde del lago, en Kárievo. Ahí compondría algunas canciones melancólicas que dan a entender la melodía de Vólok, el recorrido de un músico atormentado y el encanto asfixiante de la intensa calma de este pueblo aislado.

También escribiría algunas cartas a sus compañeros del “poderoso cenáculo” de San Petersburgo (el grupo de los Cinco, compuesto por Balákirev, Tsézar Kiuí, Rimski-Kórsakov, Borodín y él mismo, Músorgski). Trataban de componer una filosofía musical, obras en armonía y sintonía con las tendencias de la época, una reflexión total sobre la vida, las relaciones sociales y humanas que impregnaban a la Rusia de entonces. Lisa iba a cumplir once años, crecía dotada de una madurez precoz que ya sorprendía; así, aprendió música con este Músorgski fatigado y genial, cuyas composiciones querían recuperar la esencia del pueblo y de la naturaleza. Probablemente, el músico apenas la miraba. En este remoto lugar, los únicos momentos reconfortantes se reducían a justas filosófico-políticas con ese curioso preceptor llegado de Prusia, que quería enseñar, parece ser, tanto la vida como la ciencia.

“Pueblo de Vólók,
11 de marzo de 1862,
en Balákirev.

Escribo el “Andante”

Por ahora, estoy instalado satisfactoriamente, me encuentro bien y mi estado de ánimo es relativamente bueno.

Mi estilo de vida es el de un hombre ordenado, me acuesto a las 11hs de la noche y me levanto a las 8hs de la mañana, lo que me produce una sensación muy agradable. Nieva, hay viento, hiela. Espero con impaciencia la llegada de la primavera para empezar el tratamiento. Es hora de volverse razonable, de dejar de estar de brazos cruzados, hay que trabajar, sacar adelante la obra, pero esto sólo es posible en estado normal. Cuando uno se siente afiebrado, sólo puede temblar, soñar y gastar inútilmente sus fuerzas [...]

Modest”⁸

8 *Músorgski*, Correspondencias traducidas por Madame Nina Koucheleva-Duchemin, archivos privados; ver también: *Modest Moussorgsky et le drame musical russe*, Moscú, Éditions Radouga, 1987.

En medio del silencio, en cuanto tiene tiempo, el músico trabaja. Se lo hace saber a quienes puedan dudarlo allá, en ese fermento de civilización que es San Petersburgo. Fin del andante, doloroso alumbramiento del allegro, una pequeña sonata en re mayor y, desgraciadamente, también esas dichosas lecciones de piano...

“Pueblo de Vólok,
31 de marzo de 1862,
en Balákirev.

Mientras los niños de mi hospedera golpean las teclas al azar, componiendo todo tipo de acordes posibles e imposibles (esto se llama tomar lecciones de música, lo que me impide ocuparme de mi propia música), leo una obra muy interesante sobre la naturaleza en general y la naturaleza humana en particular [...]

Modest”

El libro en que estaba inmerso el maestro de música, extraído de las estanterías de la biblioteca de quinientos volúmenes, está en armonía con lo que lo rodea, pueblo, tierras y naturaleza virgen: *El sistema de la naturaleza* del barón d’Holbach, “una obra de las tinieblas, había escrito Voltaire, una declamación perpetua sobre el mal físico y moral”. Esta oscilación en cuanto al dominio de las pasiones, los excesos, la repulsión-atracción de las voluptuosidades, el vicio y otros “desórdenes” seduce a este músico hechizado por la posible regeneración en la tierra-naturaleza y en el pueblo.

“Me hice amigo de un prusiano apasionado, el maestro de los hijos de mi anfitriona, es un señor sumamente vivo y enérgico, un espíritu lúcido y desarrollado. Su carácter espartano hace que me sea muy útil; mi flojera totalmente ateniense empieza a ceder”.

Cuando acaba con los titubeos musicales de Lisa y los demás, Modest se reúne con el prusiano en la naturaleza apremiante de

Vólok para dar paseos en la nieve, que le llega a la cintura; lo dejan exhausto, pero exaltado y convencido de la necesaria fusión del hombre con la naturaleza, un tema que compondrá una y otra vez a lo largo de su obra.

“¡Llegó la primavera! La naturaleza renueva su piel y uno se siente revivir con un vigor extraordinario; en su amabilidad, nos provee de numerosas impresiones, sanas y maravillosas”.

Es un joven revitalizado al que los niños verán alejarse por la avenida de los robles sin mirar hacia atrás; desaparecerá en la humedad del Seriozha hacia Toropiets, encantadora villa erizada de cúpulas, rodeada de lagos, en perfecta armonía con la naturaleza acuosa que durante unos meses había inspirado al joven maestro.

En adelante, en la confusa vida del músico, Vólok sería un paréntesis del que resulta difícil encontrar rastro en su rostro descompuesto e hinchado, el cuerpo consumido, fijado sin contemplaciones por el pintor Repin unas semanas antes de la muerte del compositor en 1881, con cuarenta y un años. Uno de los personajes de su inacabada Khovanchtchina gritará: “Arder es terrible”.

2

Palabras

Todos los años, los Kusheliov salían de la tierra que los alimentaba y emprendían el camino de San Petersburgo donde se instalaban en su residencia de invierno. La caravana se ponía en marcha –con Natalia, la madre, los niños, el maestro, los criados, el equipaje– a finales de octubre, a veces a principios de noviembre, en esos días tan característicos en que la naturaleza rusa pasa casi directamente del otoño al invierno. En sólo una semana, los colores cambian del rojo al dorado o al marrón; la tierra, del verde al negro, hasta que todo se vuelve gris. El padre iba a su encuentro una semana, quince días, ocasionalmente un mes después; el tiempo necesario para poner en letargo la propiedad.

En su infancia, Lisa –y probablemente también su hermana y hermanos– seguramente vivía estas partidas como una separación, como una debacle; suponían el inicio del confinamiento. Después vendrían otros tiempos; con las emociones de la adolescencia esperarían –especialmente Alejandro– a que el sol se desvaneciera y la niebla se levantara, signos premonitorios de la partida, para por fin llegar a la capital donde todo bullía y todo los llamaba: vida y revueltas.

El mismo viaje, por su duración y sus frecuentes paradas, parecía una iniciación, reiniciada en cada oportunidad. Incluso había que bajar primero hacia el Sur para subir luego hacia las alturas septentrionales, y dejar atrás lagos y bosques hasta llegar a campos mejor domesticados. Hoy en día, el recorrido se articula según el ritmo aún lento de los nombres míticos de otros tiempos, de la historia y la literatura: Moscú, Tver, Stáraia Toropa, Vielikiee Luki, Toropiets; las isbas, iglesias, lagos y bosques en un tren de noche aún prohibido para los extranjeros. El té, los pasteles y un autobús que recorría carreteras destrozadas, pero carreteras, al fin y al cabo; y por último, un gran coche, uno de los pocos de la ciudad, para llegar a este Vólok que se busca en el atlas, casi en vano, durante noches enteras.

*

Vólok, noviembre de 1990, la travesía iniciática. Los franceses decían: no podemos ir allí, aún está prohibido, y además no hay carreteras; por su parte, los rusos, los de Moscú o Leningrado, los ciudadanos, tenían visiones de desiertos mortíferos al traspasar las puertas de sus ciudades. Pero al acabar la expedición, tras un viaje sincopado por sitios de leyenda, los esperaba un vaso de leche ofrecido por un viejo maestro de ochenta años, también él originario de Vólok que asimismo había pasado por Francia, en tiempos de la guerrilla (maquis) durante la Segunda Guerra Mundial; locamente enamorado de esta Elisabeth, su compatriota, a la que nunca conoció, y que sólo reconoció en la memoria de Ekaterina Gunt, la anciana de Vólok. Quince años atrás (una vez jubilado), había decidido consagrar con entusiasmo los últimos años de su vida a la heroína del pueblo. Nos dieron ese vaso de leche cremosa procedente de la tierra de Vólok. Vimos el museo isba, las paredes rojas y la pequeña barrera azul lejos del sendero de los robles, los dos cuartos casi desnudos, amueblados sólo por la calurosa voz de su anfitrión. Sin embargo, en este vacío, en los ojos brillantes

de este anciano, rechoncho y erguido bajo su chapka, estaba Lisa como en ninguna otra parte.

*

Imaginamos que nevaba cuando Lisa, abrigada en el fondo del coche, divisó finalmente las puntas de la fortaleza Pedro y Pablo, o el campanario dorado de Santa Sofía, catedral de una ciudad mítica entre las míticas: San Petersburgo, Petrogrado, Leningrado y ahora de nuevo San Petersburgo, en un intento de borrar el pasado... La nieve realza la belleza de la ciudad, la singularidad de su arquitectura casi perfecta; sin embargo, vuelve más complicadas, secretas su comprensión y aprehensión: lo desconocido parece familiar, lo que ya se ha visto y vuelto a ver nos hace pensar en nuevos descubrimientos.

La casa de los Kusheliov se erigía en una de las “líneas” de la Isla Vasílievski, barrio habitado principalmente por esta nobleza de provincia que venía a refugiarse en la capital al acercarse el invierno. Se trata de una casa común. Una vez que se atravesó el centro de la ciudad por la Avenida Nevski, y que se ha avanzado por algunos afluentes del Neva; una vez que se ha atravesado el río para adentrarse en esta isla de urbanismo rectilíneo, la mansión de los Kusheliov –de un solo piso, con su fachada sin adornos, de un verde que hoy tiende al gris– crea una ilusión de *déjà vu*. Rodeada de construcciones más elaboradas, sorprende por su sencillez. Los Kusheliov vivían bien, pero sin lujos ostentosos. Para Lisa y Alejandro, el principal atractivo sería, llegado el momento, su situación estratégica. Al llegar el invierno, en la Isla Vasílievski se movía gran parte de la juventud revolucionaria rusa de la década de 1860. Los nombres más famosos de la *intelligentsia* residían ahí; nombres prohibidos, a veces susurrados: Turguéniev, Dostoievski, Písarev, Tkachiov, Lavrov, Dobroliúbov y más tarde Necháiev, pero para Lisa, ante todo Chernishevski.

Este año de 1862, cuando Músorgski fue el primero en alejarse hacia la capital, la servidumbre quedó formalmente abolida. La muerte libró a Luká de la obligación de plegarse a esta reforma. Dos años antes, había sucumbido por un ataque de apoplejía en su casa natal, tras una larga agonía italiana que pasó en la tranquilidad de Sorrento, donde, sintiendo su fin próximo, aún encontró las fuerzas para formular la exigencia de morir en Vólok. En 1862, Lisa, camino a la capital con los suyos, posiblemente vivió sus últimos momentos de infancia.

*

Luká abandonó la escena antes de ver vacilar uno de los fundamentos del Imperio ruso. El 19 de febrero de 1861, el zar Alejandro II decidió, a través de un manifiesto, la emancipación de los siervos. El gesto era simbólico: las obligaciones financieras, que imponían la adquisición de cargos y tierras, constreñían a la mayoría de los campesinos a permanecer bajo el yugo de los pomíéchtchiks. Así, el reino de la sumisión sobre el que se edificó la sociedad rusa quedaba fisurado; se podría decir que por esta brecha se lanzaron generaciones de revolucionarios, de insumisos.

Ya anteriormente, la revuelta de los decembristas (en diciembre de 1825), la leyenda de sus esposas valientes y abnegadas, cantada en particular por el poeta Nekrásov, así como la reciente guerra de Crimea, habían asestado duros golpes a la oligarquía zarista. La tierra era ya un bien mueble, inestable, en la que florecerán mentes lúcidas y rebeldes: Herzen, Bakunin, Turguéniev, Dostoievski y, por supuesto, Chernishevski.

Este hombre –que tal vez Lisa entrevió alguna noche de verano, en la hermosa casa de una propiedad vecina– no quería sólo reformar el sistema político y económico de la Santa Rusia. Su búsqueda aspiraba a la totalidad, enlazando su vida a su obra, tratando de hacer de esta imbricación una permanente creación literaria, amorosa, social y política. Una búsqueda entusiasta para una ju-

ventud en ruptura, asqueada con las contradicciones de su propia clase, la aristocracia, en busca de nuevas relaciones humanas, con la intención de acabar con la herencia, el matrimonio y todas las demás convenciones sociales.

Con las primeras heladas de 1862, mientras Lisa iba hacia San Petersburgo, el escritor se preparaba para pasar el invierno en un revellín de la fortaleza Pedro y Pablo, justo enfrente de la Isla Vasílievski, espiritualmente cerca de todos esos jóvenes ávidos de sus escritos y obsesionados, la mayoría de ellos, con el deseo de liberarlo. En julio de 1862, en efecto, a pesar de las reacciones que esto podría provocar, el zar decidió arrestar a este pensador considerado especialmente peligroso. Habiendo sido avisado, Nikolái Chernishevski rechazó huir al extranjero.

En 1862 –mientras que Músorgski se instalaba en una “comuna” de San Petersburgo, y Lisa escuchaba atentamente a conversaciones cuyo sentido le resultaba cada vez más límpido–, Nikolái Chernishevski, en el silencio de su detención, se abocaba a la redacción de *¿Qué hacer?*, las primeras páginas de un libro de culto para al menos una generación de rebeldes de la que, sin duda, es parte Elisabeth.

*

Por fin, los caballos se detenían delante del n° 12, primera línea, Isla Vasílievski. La modesta casa de los Kusheliov tenía la ventaja de estar justo enfrente del cuerpo de cadetes –donde había estudiado el padre y estaban internados sus hijos– y cerca de los palacios imperiales. A la izquierda, el n° 12 limitaba con una suntuosa mansión, también de fachada verde, pero más ornamentada. Allí vivían los Korvin-Krukóvskaja cuyas hijas, la rubia Anna y la más pelirroja Sofía, entrarían también en la leyenda de las mujeres rusas: la primera bajo el nombre de Anna Jaclard, la segunda bajo el de Sofía Kovalevski. La primera, matemática y científica, considerada genial y lúcida, del tipo de

una Marie Curie, elogiada por todos en todos los continentes, pero beatificada al extremo por Stalin, para quien representaba el modelo ideal de mujer soviética. El destino de Anna estará más cerca del de Elisavieta; se encontrarían en Ginebra y después en París en la misma lucha revolucionaria. En todo caso, las tres, Anna, Lisa y Sofía, fueron insumisas.

Pero los pocos meses que las separaban impidieron a Lisa trabar una verdadera amistad con sus vecinas: Anna ya era una joven muy cortejada. Era brillante y publicaba novelas cortas, bajo un pseudónimo masculino, en una revista dirigida por Dostoievski. El escritor se enamoró de ella, pero fracasó en seducir a esta persona más bien indomable. Anna confió a su hermana la claridad de sus sentimientos: Dostoievski era un ser admirable y bueno, pero no lo amaba. Desestimó con bastante sequedad su propuesta de matrimonio. “Nuestra unión no habría sido feliz”, le escribió a modo de conclusión, antes de dejar Rusia.⁹

Sofía, su hermana pequeña, era apenas más joven que Lisa. Era solitaria y sus sueños aún se dirigían hacia la infancia. Sin embargo, esta diferencia no impidió a Elisabeth frecuentar su casa y codearse con toda esta brillante e inconformista *intelligentsia* que gravitaba en torno a la radiante Anna. Tenía doce años, la edad en que las palabras leídas y oídas buscan su sentido, el comienzo de la adolescencia.

*

Leningrado, 1990. Las dos casas, la de los Kusheliiov y la de los Korvin-Krukóvskaia, aún están en pie, aunque carcomidas por la lepra de las ciudades edificadas sobre el agua; pedazos de la ciudad decadente, inmensa silueta fantasmagórica de un esplendor pasado. La Revolución de octubre las ha convertido en oficinas y apartamentos comunitarios.

9 Sofía Kovalevski, *Souvenirs d'enfance*, París, Hachette, 1907.

Más allá del centro histórico, al igual que en todas las metrópolis del mundo, la ciudad se ha expandido en barrios residenciales y monótonos. Uno de ellos está atravesado por una hilera de árboles, casi un bosque, de abedules y pinos, suelos húmedos. En las lindes, se eleva un edificio de ladrillos rojos, una curiosa construcción, más antigua que sus vecinas cúbicas. En el tercer piso, una de las puertas se abre sobre un corredor negro de polvo. En la entrada hay una dama de cabello y ropa grises; su cara indica que está por los sesenta, los rasgos son finos y delicados. Sus ojos ríen y su cuerpo es rollizo. El pasillo conduce a cuatro cuartos (primero una cocina y dos habitaciones sombrías en las que nada pretende lucir bien); aquí uno está simplemente instalado. La última, la mayor, aparece de repente como una injuria en este batiburrillo no demasiado alegre: las paredes están tapizadas de retratos familiares (entre ellos, el de Luká el terrible y el de Vladímir el conservador) y libros raros. En una esquina se encuentran el escudo de armas de la familia y pergaminos del siglo XVII. En otra, están colocados dos tomos de la edición original de una voluminosa Biblia ilustrada por Gustave Doré (Lisa la habría tocado). Los muebles y objetos nos recuerdan un lujo extinto. Aquí viven Tsiena, sobrina nieta de Elisabeth L. Kusheliova, y su sobrino de doce años, pretendiente al título de vizconde, últimos retoños rusos del linaje de los Kusheliiov.

En el piso inferior, un apartamento idéntico es ocupado por otra sobrina nieta, la de Anna Korvin-Krukovskaïa. La mayor de las casualidades ha reunido a estas dos mujeres, ingenieras jubiladas, en esta casa reservada a diplomados veteranos del instituto de estudios politécnicos. Como sus hermosas abuelas (gracias a ellas y a sus recuerdos), se han hecho amigas y se encuentran de vez en cuando para tomar té muy azucarados.

*

En la casa de San Petersburgo, lejos de los campesinos y de sus hijos enfermos, Natalia se extinguía. Resultaba difícil reconocer a

la enfermera de orígenes borrosos en la noble señora cuyas formas generosas reinaban en medio del salón. No desdeñaba recibir espíritus ilustrados. De su antigua condición, le quedaba una caridad muy cristiana que ejercía principalmente en Vólok. La opulenta fortuna heredada del difunto Luká le permitía todo tipo de generosidades: un orfanato y una clínica, una expedición de exploradores en las profundidades de Asia central. Quienes pedían, obtenían.

Natalia tenía una relación estrecha con sus hijas; sobre todo con Lisa, la menor. En Vólok, Lisa seguía los pasos de su madre en las rondas caritativas de la propiedad, lo que la puso, a temprana edad, en contacto con los sufrimientos y las miserias. En San Petersburgo, la seguía de igual modo en sus giras mundanas. Esta mujer fuerte también se propuso continuar con la educación enciclopédica de sus hijos, iniciada por su marido —el mayor, Alejandro, se educaba en el bachillerato y pronto integraría el prestigioso cuerpo de cadetes—, prestando especial atención a sus hijas; en particular, a Lisa, en la que más o menos podía reconocerse. Siguió trayendo para ellas grandes maestras. Bastardas, nobles de condición, aunque sin título, Lisa y Sofía no podían frecuentar los primeros institutos que acababan de abrirse, reservados a las jóvenes de la nobleza, y que con su enseñanza contribuirían a cambiar la imagen tradicional de la mujer rusa. A diferencia de Sofía, su hermana mayor, Lisa, decepcionada y obstinada, subsanaría esta prohibición, este no derecho a la instrucción, con horas de intensa lectura.

Vivía entre los libros. Los de Vólok y los de San Petersburgo. Las bibliotecas creadas por su padre eran la envidia de los más eruditos. Lisa podía consultar sin control ni restricción obras del mundo entero, pero sobre todo de Europa occidental, ya que dominaba a la perfección el ruso, el alemán, el francés y el inglés. A finales de este año particular, este año de 1862, alcanzó la edad de mayor permeabilidad, en que lo vivido y lo leído pueden confundirse; numerosos escritores rusos erigían como principio literario a la vida en cuanto guía de la obra, sometiendo la estética a lo real.

Así pues, hubo, en esta “edad del realismo”, “producciones”, esbozos de caminos a seguir, en los que los unos podían comprometerse y, sobre todo, sin dudas, las otras, siguiendo modelos inéditos de mujeres y hombres nuevos.

Nekrásov ya había cantado a su mujer rusa ideal: esposa de decembrista, princesa, condesa, en conclusión, noble; lo había abandonado todo, honores, familia, lujos, para seguir a un marido hasta Siberia, olvidando los títulos y su posición para mitigar la pena de los condenados.

“[...] Huyendo, yéndose discretamente
Un carruaje avanza por la ciudad.
Todo está en la oscuridad, lívido;
Una princesa dentro de él, sola, se va”.¹⁰

Probablemente, Lisa leyó estos versos. Tal vez se acordara de ellos cuando a su vez tomó el camino de Siberia, contra viento y marea, por el amor de un condenado...

Sin duda, también “leyó” la mujer reinventada por Turguéniev, que aún no era intelectual ni revolucionaria, sino una mujer dueña de su destino, de voluntad libre, a imagen de la palabra rusa *volia*, que puede asumir ambos sentidos; libre de entregarse –Primer Amor–, libre de dominar pasiones y sentimientos si esto supone la búsqueda de la libertad absoluta –Padres e hijos–... Lisa también podría representarse así: alternativamente inaccesible y enamorada, trazando su vida privada y militante al ritmo de su propia voluntad.

Y cuando por fin, en 1865, Nikolái Chernishevski consiguió hacer salir del fondo de su celda el manuscrito de su *¿Qué hacer?*, Lisa, impregnada de lecturas, estaba madura para intentar hacer, de esta novela, su vida.

*

10 Nikolái Alekseiévich Nekrassov, *Femmes russes*, Obras completas.

La iniciación no podía hacerse sino en Vólok y con Alexis Kuropatkin; sus escritos quedan como el principal testimonio de estos años de la vida de Elisabeth. Pero ¿qué parte hay de verdad, qué de autojustificación, qué de estetizaciones hay en las palabras de un viejo general zarista recluido, vigilado por revolucionarios que sólo lo dejaron con vida gracias a su heroísmo de patriota en las guerras pasadas?

En el verano de 1865, Alexis, el compañero más cercano del mayor de los Kusheliiov, cuya casa siempre le estaba abierta, galopó hacia Vólok. Sus amigos no lo vieron durante largos meses. Habían dejado a un adolescente que partía para servir en el ejército. Se encontraron con un oficial con futuro, de buen aspecto, un joven de rostro fino, ornado de un delgado bigote, de ojos almendrados. Fotografiado en medio de su regimiento, destaca por su aspecto sereno. Está por encima, más allá de los demás. Tal vez poseyera ya la seguridad que anunciaba al futuro ministro de guerra, que criticó duramente, y aplastó incluso, las revueltas de Turkestán en 1877; héroe de la guerra de Japón en 1905, en la que había embarcado consigo, para que lo ayudaran a vencer, un vagón de iconos y ofrendas de gente del pueblo. Pero este año de 1865, cuando corría hacia Vólok, sus pensamientos aún no estaban orientados a las conquistas. En su cabeza daban vueltas las ideas que les había enseñado su comandante, a él y a todos los de su regimiento –un hombre cuyo carisma hizo que se volcara a la revolución a un gran número de estos jóvenes al servicio del zar–. Lo que descubrió en las lejanas montañas a las que fuera destinado (ya en Turkestán) quiso compartirlo con su amigo Alejandro. Alejandro estará de acuerdo con él, pero con esa apatía (su única hija repetirá este rasgo de carácter en todas sus cartas) que a menudo impregnaba sus actos y principios. Elisabeth, en palabras de Alexis, ardió de entusiasmo.

Ese verano, Vólok también vio nacer y morir algunos romances. Alexis se había vuelto atrevido y las hermanas de su amigo le gustaban. Primero probó suerte con la mayor, Sofía, a la que las fotos

siempre muestran en lánguidas posturas, pero ella lo rechazó. Él escribirá que se había engañado a sí mismo, que había confundido sus sentimientos. Desilusionado, pero aún conquistador, se dirige a Lisa: ella no tenía aún quince años, pero bebía las palabras del revolucionario, hacía preguntas una y otra vez y ya esbozaba sus propias respuestas. Alexis no se declaró, tenía diecisiete años y Lisa, sólo catorce. En este campo ruso penetrado por la Iglesia y siglos de tradición, a pesar de la promiscuidad del pueblo, el tiempo no puede ser aún el tiempo de los actos. ¿Lo amaba Lisa? ¿Solo ella veía este amor? Alexis escribirá que esta vez no se había engañado, que amó de verdad, incluso que Lisa fue su primer amor, un amor compartido, asegura, aunque platónico. Ella existe ya sobre todo en la mirada de los otros, principalmente de los hombres, que, muy a menudo, serán más minuciosos que las mujeres al describirla.

Como cuando eran niños, sus paseos los condujeron hacia las orillas sombreadas del Seriozha, pero las risas y juegos habían dado paso a las charlas. Lisa era fervorosa. Las palabras acumuladas en el silencio de las bibliotecas de Vólok y San Petersburgo parecían brotar. Alexis —pero no sólo él, también otros después— nunca insistirá lo suficiente en los parlamentos entusiastas de Elisabeth, tan difíciles de interrumpir. Sin duda, ya trataba de hacer realidad conceptos leídos y releídos en libros o periódicos, como la Obshina, la comunidad campesina que los populistas rusos convertían en uno de los fundamentos de su pensamiento; también el Artel, la cooperativa agrícola, fruto también de las tradiciones eslavas. Lisa no cuestionaba la pertinencia de estos intentos de reforma social y económica. Para ella, la cuestión principal ya era la de la acción: ¿cómo llevar a cabo estos proyectos? Sabía que era rica, al menos potencialmente, ya que la fortuna de Luká estaba bloqueada; la parte de cada hijo había sido fijada a fin de apartarla de los derroches de Natalia. Por lo tanto, Lisa sabía el valor de su futura dote y de todo este dinero en suspenso. Creó proyectos al servicio de los demás, pero no bajo las formas caritativas apreciadas por su madre: “Haré un artel para los campesinos de Vólok,

un molino de cereales cooperativo, y así ellos serán felices” declamó ante Alexis. Alexis la escucha atentamente, la aprueba, incluso abunda en ese sentido, argumenta recitándole páginas del *¿Qué hacer?*, que había aprendido en el ejército bajo la dirección del comandante Achenbrenner, al que tan bien se le daba propagar ideas subversivas entre los jóvenes oficiales en formación. Alexis le decía: “Allá, en nuestras montañas de Turkestán, debatimos este libro durante noches enteras. Discutimos constantemente para convencernos de la pertinencia de la actitud del héroe, Lopukhov, hacia la heroína, Vera Pávlovna. Nos preguntamos: ‘Y yo, ¿qué habría hecho?’”.

Alexis no necesitó esforzarse mucho para convencer a Lisa de leer el libro y apropiarse de él, ya que eso era lo que ella quería saber, más allá de “¿qué pensar?”, “¿qué decir?”, preguntas en parte resueltas: “¿qué hacer...?”.

¿Qué hacer? La lengua rusa confiere al verbo utilizado, más que una pregunta, las primeras respuestas... ¡eso era lo que había que hacer!¹¹.

Unos años antes, Nikolái Chernishevski, el hombre que encarnó tras Aleksandr Herzen el movimiento populista ruso, había publicado un pequeño libro, una prolongación de sus trabajos universitarios, *Relaciones estéticas entre el arte y la realidad*. La tesis, que habla menos de estética y más de la vida, había suscitado emoción entre los profesores de la facultad. En este libro, el pensador desarrolla la idea de que, en literatura, la belleza es menos interesante, menos útil que la verdad: un libro “hermoso” no es necesariamente uno que está bien escrito. Llevando su pensamiento más allá, también afirmaba que, para un mendigo, un poema era menos necesario que un par de zapatos. Así, *¿Qué hacer?* es una novela que se basa en esta idea. Los literatos dicen

11 Alexandre Herzen (1812-1870) es considerado por Franco Venturi como el creador del populismo ruso. “Antes de convertirse en un movimiento político, el populismo no se expresó en una doctrina, sino en una vida, la de Herzen”. Franco Venturi, *Les Intellectuels, le Peuple et la Révolution; histoire du populisme russe au XIX^e siècle*, París, Gallimard, 1972 en la traducción al francés.

que no es una “buena” novela. Convencido de antemano de las futuras críticas, Chernishevski maltrata con frecuencia al lector.

“– Yo sé...

– ¿Qué? Una voz familiar... Me doy vuelta, ¡eso es! Es él, el lector perspicaz que acabo de echar descaradamente a causa de su grosera ignorancia de la estética... Y aquí está de nuevo él, con la perspicacia de antes, creyendo de nuevo haber adivinado algo..” ..

El escritor lo repite, la primera exigencia de la estética es describir los objetos de forma tal que “el lector pueda representárselos tal y como son realmente”. Es la edad del realismo. Y esta novela considerada mala será convertida, por la juventud rusa, en libro de culto de un escritor culto.

Un siglo más tarde, el relato (de casi seiscientas páginas) aún se lee de una tirada, sin duda porque conmociona, porque plantea preguntas existenciales y porque sus respuestas son lo suficientemente utópicas para permitir las derivas del sueño. *¿Qué hacer?* es una novela social que propone una respuesta social, una conducta a seguir, una forma de vida económica e íntima. Establece como principio el respeto por los demás (especialmente de los hombres hacia las mujeres), la conquista de la libertad (primero, económica y luego, individual) y la autorrealización como consecuencia de la realización social.

Para los jóvenes en busca de nuevos modelos sociales, los personajes de la novela y su creador se convirtieron en referentes, en representantes de la vida ideal. Chernishevski y su principal cómplice, Dobroliúbov, simbolizaban la aristocracia decadente. Eran hijos de popes, hidalgos de provincia sin dinero, después arruinados por la reforma de la servidumbre. Su nacimiento hizo que condensaran las contradicciones de la sociedad rusa. Elisavieta Lukinitchna, hija ilegítima, podía reconocerse en ellos. Durante sus años de intenso activismo revolucionario, Elisabeth contará y dará a leer siempre que pueda este *¿Qué hacer?*, buscando, segura-

mente, en la trayectoria de la protagonista, Vera Pávlovna, señales para su propio camino.

A la sombra de los abedules, Alexis recitaba y Lisa escuchaba, se impregnaba de los cuatro sueños de Vera, convirtiéndose ella misma en Vera.

“Verotchka se va por la ciudad, ve sótanos, y en estos sótanos están encerradas chicas jóvenes. Verotchka roza los candados y estos saltan en pedazos. ‘Salgan’, y ellas salen. Ve una habitación, y en esta habitación están tumbadas unas jóvenes paralíticas: ‘Levántense’, les dice, y ellas se levantan, caminan, están todas en el campo, corren, saltan; ah, ¡qué felices son! ¡Todas juntas nos divertimos mucho más que solas! ¡Cómo nos divertimos!’”. Lisa registra estas palabras: pronto saldrá, pronto se levantará antes de convertirse en la que “las” haga salir...

Pero el sol decae y el bosque amarillea, signos precursores de las próximas separaciones, de lugares y seres. Alexis debe volver a su cuartel en Turkestán y Lisa, prepararse para el viaje de vuelta a San Petersburgo. En lo sucesivo, para ella, el punto de anclaje se ha desplazado de Vólok a la capital.

*

San Petersburgo era un hervidero. Lisa volvía a una ciudad en ebullición donde todos digerían el *¿Qué hacer?* y trataban de pasar a la práctica. Se formaban en la clandestinidad círculos estudiantiles, casi siempre encubiertos bajo actividades culturales tales como las de los clubes de ajedrez. Pero, entre amigos, las noches se dedicaban a rehacer el mundo. La sociedad rusa, tan despótica, había encontrado de nuevo la forma de enviar a los suyos para que reprimieran violentamente la insurrección polaca de 1863. Esta revuelta social y nacionalista encontró muchas simpatías entre los revolucionarios del país opresor. Algunos nombres aparecían en todas las discusiones, los de los hombres faro cuyas obras, incluso clandestinamente, circulaban sin cesar. Herzen, por supuesto y su *Kólokol* (*La cam-*

pana, editado por primera vez en julio de 1857: debía sonar para hacer un llamamiento a los intelectuales para que vengan desde el extranjero, y se acerquen al pueblo); también Bakunin, cuyos textos, escasamente orientados hacia Rusia (había escrito que la aristocracia rusa era “una nobleza totalmente desmoralizada, impotente y muerta”), eran muy comentados; y, por último Marx, aunque sus escritos llegaban parsimoniosamente a San Petersburgo a través de los inmigrantes. En particular, su *Miseria de la filosofía*, que, traducida apresuradamente, circulaba en forma de edición pirata. A excepción de ese libro, muy pocas de sus publicaciones se habían introducido en la sociedad rusa. En la década de 1860, había entre los rusos (salvo aquellos inmigrantes que ya no pensaban como rusos) y el ideólogo alemán una especie de desinterés recíproco. Marx veía a Rusia como el último país en el que el socialismo tenía posibilidades de triunfar y a los populistas y a los fundamentos de sus reformas, como elementos anclados en la tradición eslava. La élite rusa, que había sido sensible al resplandor cultural occidental (Flaubert, Sand, los pensadores de los siglos XVIII y XIX, los de la Ilustración, Feuerbach, Proudhon en particular, pero también los novelistas de capa y espada, Dumas o Ponson du Terrail) había permanecido impermeable a las ideas del autor de *El capital*. Esta laguna plantea un enigma: ¿cómo pudo la jovencísima Elisabeth (tenía entre quince y dieciséis años) apasionarse por la obra del filósofo de Londres? Los testigos, sin embargo, lo afirman: cuando llegó dos años más tarde a orillas del lago de Ginebra, ya había leído y releído varios de sus textos. A quienes quisieran escucharla, en público o en privado, siempre trataría de ofrecerles una síntesis entre sus dos maestros: Chernishevski y Marx.

Probablemente había aprehendido las ideas de Marx gracias a la revista *Rousskoïe Slovo* (La Palabra rusa). La redacción, que gravitaba en torno al principal organizador, Pisarev, se declaraba materialista y atea.

Por inconformismo o necesidad, nacían comunidades por todas partes. Ya en 1863, recién llegado de Vólok, Modest Músorgski

se había instalado en uno de esos apartamentos comunitarios, por razones ideológicas y económicas. El apartamento se convirtió rápidamente en un lugar de encuentros artísticos: los visitantes se llamaban Turguéniev, el poeta Shevchenko, el historiador Kostomárov y otros. Natalia había querido mantener algún contacto con el músico tras la estancia de este en Vólok y, a veces, lo visitaba en su “comuna”. Y pegada a su sombra, su hija menor, Elisabeth, observaba silenciosamente. Durante estos años, Lisa había sido básicamente una mirada; almacenaba y se apropiaba de todo lo que le enseñaban desde el momento en que eso construía su propia libertad. De espectadora decidió pasar a ser actriz; decidió dejar atrás a su hermano, que se contentaba con palabras, y seguir los caminos abiertos por sus dos relaciones cercanas, Anna y Sofía Korvin-Krukóvskaia.

*

En San Petersburgo, la época era dramática. El movimiento estudiantil, del que Lisa era emuladora, estaba dominado por una exaltación que iba a la par de una cierta mortificación e inclinación permanente al autocastigo. Muchos de estos jóvenes aristócratas creían que tenían que “pagar” incluso antes de considerar la posibilidad de pensar. De este modo, enunciaron principios previos a la acción, a los que la vida debía someterse. Una hipótesis les decretaba entregarse a la causa, aniquilar los deseos personales, rechazar cualquier sentimentalismo. La política del zar había contribuido mucho a que reinara este “ascetismo” revolucionario, manteniendo aislada a esta *intelligentsia* que, para “romper las cadenas”, llegaría al autoodio. Las universidades, antes muy cerradas y exclusivas, se abrieron más tarde de manera repentina. Multitudes de estudiantes se les abalanzaron, a veces mujeres, sobre todo provincianos, mal alimentados y mal alojados. Rápidamente sintieron aversión por estas ciudades en las que recalaban (Kiev, Kazan, Moscú y sobre todo la capital, San

Petersburgo, inmensa carcasa vacía, reino de la burocracia y del ocio), símbolos del exceso y la futilidad. El Tercer Buró (orden y seguridad interior) dio a los profesores de las facultades instrucciones de indulgencia, e incluso de incitación a la borrachera, de cara a esos recién llegados, para desviar a estos de sus pensamientos más subversivos.

Los estudiantes, en cambio, esperaban ciencia, habilidad y disciplina de sus profesores. Incluso llegaron a destituir de sus funciones a algunos de los docentes que no cumplían con sus exigencias mediante una especie de juicios “populares”. No tenían ganas de reír ni de divertirse. Si descuidaban sus ropas y su limpieza era dudosa, esto era sobre todo para denunciar la vanidad de los cuidados personales; pretendían ser espíritus puros. Se realizaban en sus ideales revolucionarios y en la fraternidad que imaginaban permeando sus reuniones, debates y lugares de vida cuando estos eran comunidades.

Este ideal también tenía que alimentarse de mártires; y el poder les dio esos mártires. Chernishevski, pese a su aislamiento, fue el primero en no fracasar. Les había dado el *¿Qué hacer?* Ellos estaban afuera, libres, y pensaban con una mezcla de fervor y culpa en este hombre que había elegido el encierro. No había querido huir a Suiza o a otras localidades, como los otros. De alguna forma, Chernishevski se había entregado al poder. Pero, en este “sacrificio”, el heroísmo no era el único motor. Tal vez las andanzas de su vida privada lo incitaran a eludir cualquier vida pública.

Herzen, por el contrario, instalado en el lujo en el extranjero y entregado a sus pasiones, se ganó la reprobación de estos jóvenes predicadores.

La liberación del mártir se volvió una obsesión y el martirologio llegó al delirio cuando, en la primavera de 1864, el prisionero fue cívicamente ejecutado (ultraje público y simulacro de ahorcamiento durante el cual se privó al condenado de sus derechos ante una multitud ansiosa). Espectadora directa de este espectáculo u oyente de los innumerables relatos de la escena, Lisa, al igual que

otros lectores asiduos, sintió en su propia carne la humillación del proscrito.

“Un policía subió al cadalso. Los soldados se pusieron firmes. El verdugo le quitó la gorra a Chernishevski y empezaron a leer la sentencia. Esto duró al menos un cuarto de hora. Nadie pudo oír nada. El mismo Chernishevski, que ya conocía la sentencia, se interesó en ella menos que cualquier otro. Al parecer, buscaba a alguien, y sin cesar recorría con los ojos la multitud. Hizo dos o tres veces una señal con la cabeza en la misma dirección. Finalmente, la lectura acabó. Los verdugos hicieron que se arrodillara. Le rompieron una espada sobre su cabeza y le pusieron grilletes [...]. El verdugo le puso nuevamente la gorra. Chernishevski le dio las gracias y la ajustó a su cabeza, hasta donde le permitían los grilletes que tenía en las manos y esperó el final de la operación. Entre la multitud se había hecho un silencio de muerte”¹².

Los recuerdos aflúan: el rostro entrevisto en la propiedad vecina, el nombre del ídolo escuchado años atrás, aguzaron su sensibilidad y, así, ella hizo suyo el castigo; ya que antaño lo vi con mis propios ojos, y lo escucharon mis propios oídos

*

Ese mismo año, unos meses después, un segundo mártir entrará en el panteón de los revolucionarios por otra ejecución civil, Nikólai Serno-Soloviévitch, cuyo hermano Alexandre encontrará a Lisa en el exilio. Nikólai Serno-Soloviévitch había sido condenado por fundar un grupo en San Petersburgo, cuyo nombre será retomado unos años más tarde por la nueva generación de revolucionarios, *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad). Aleksandr Kusheliov era demasiado débil como para comprometerse de verdad, pero frecuentó este círculo, atraído por su programa sencillo, especial-

12 Historia de F. Frej, citada por Franco Venturi, *Les Intellectuels, le Peuple et la Révolution*, op. cit.

mente elocuente para un joven propietario de la provincia de Pskov. Nikólai Serno-Soloviévitch, entonces joven funcionario, se había convencido de la urgencia de estas cuestiones al examinar los remilgos del comité frente al problema campesino. *Zemlia i Volia* proponía, sobre todo, redistribuir las tierras siguiendo las reglas de la Obshina y llevar al pueblo a ser consciente de la necesidad de semejante obra; al pueblo, es decir, principalmente, a los campesinos. Lisa y Alejandro, viendo su Vólok, podían imaginar fácilmente cómo llevar de inmediato a la práctica estas propuestas. El problema es que estos proyectos rara vez superaban la fase ilusoria de estos jóvenes terratenientes. Y si éstos querían dirigirse hacia el pueblo, éste, por su parte, no tenía ganas de que fueran hacia él; sobre todo, no quería que lo hicieran estos jóvenes nobles, hijos de sus explotadores; en la mayoría de los casos, este pueblo los odiaba, ellos no les tenían confianza y sólo esperaban su salvación del zar, último escudo contra los aristócratas poseedores del derecho de vida y muerte.

Pero, aunque el momento todavía no era el apropiado, para Lisa todo era posible. Probablemente escuchó a su hermano mencionar otros nombres, como el de Nikólai Utin; una vez llegado aquel momento, ella sabría vincularlo a un proyecto revolucionario ruso, al encontrarse con él unos años más tarde.

Grupos revolucionarios como *Zemlia I Volia* nacían por toda Rusia, en Kiev, Kazan, Saratov, Moscú o San Petersburgo. Eran más bien grupúsculos, pero con una actividad intensa. Una puñalada, detenida en plena acción, en la primavera de 1866 iba a acabar con ellos en Rusia y a dispersarlos a todos por el mundo.

3

Rupturas

El 4 de abril de 1866, la familia Kusheliiov aún se encontraba en San Petersburgo. La primavera no estaba lo suficientemente adelantada y los pomiéchtchiks iniciaban los preparativos de regreso a la tierra. Lisa y los suyos se preparan para el viaje a Vólok. Este mismo 4 de abril, el zar acababa de salir para su paseo diario en un gran carruaje. Un joven, “de rostro pálido y cansado, cabello largo hasta los hombros y ropa descuidada”¹³, dejaba fervientemente el tugurio en el que se alojaba para cumplir el acto último y solemne, el único que según él podía acabar con el absolutismo: matar al zar. Karakósov (es el nombre del joven pálido) había explicado unos días antes este gesto definitivo, pero nadie tomó en serio semejante locura. Difundió en algunos puntos estratégicos de San Petersburgo declaraciones destinadas al pueblo sumiso y pasivo, en las que todo se formula en términos de bien y mal, con una lógica infantil. “He conocido la miserable

13 Dmitry Y. Vladímirovich Karakósov fue descrito por uno de sus profesores en la Universidad de Kazan, Venturi, op. cit., p.606.

vida de los campesinos... He sentido un profundo dolor viendo morir de este modo a mi amado pueblo. Así que he decidido acabar con el malvado zar y morir yo mismo por mi pueblo amado.

“[...] Obreros, sepan que el hombre que escribe estas palabras piensa en su destino; pasen pues a la acción, sin esperar en nadie más que ustedes mismos para forjar su propio destino y liberar Rusia de los ladrones y explotadores”. Pero este 4 de abril, el zar, el “primero de estos nobles perezosos” que viven en “luminosas casas” y “chupan la sangre de los campesinos” no morirá aún. Ni Karakósov... Cuando acababa de errarle al blanco, al salir del jardín de verano gira en dirección a los guardias que lo agarraban y les grita: “¡Idiotas, lo he hecho por ustedes!”. El mismo zar se acercó: “¿Por qué me has atacado?” y oye que se le responde con otra pregunta: “¿Qué tipo de libertad has dado a tus campesinos?”.

El atentado fallido de Karakósov reveló la profundidad de las brechas que carcomían la Rusia zarista; la simple articulación zar-nobleza-pueblo ya no alcanzaba para comprender los mecanismos del desgarramiento. Karakósov, con las limitaciones de la pequeña nobleza arruinada por el ucase de 1861, arrancado de Saratov, su ciudad, se trasladó primero a Moscú y luego a la capital, lleno de odio. Le repugnaban los nuevos ricos que se habían labrado fortunas considerables a costa del pueblo idealizado, sobre las ruinas de la pequeña aristocracia de provincia sacrificada para la emancipación de los siervos. Karakósov, en su desprecio, no veía más que los goces inmediatos consumidos por todos estos ricos. Kropotkin dirá de ellos que “la alegría de vivir –tal vez la alegría de haber sobrevivido– se convirtió en su diosa, desde que la multitud sin nombre (que diez años antes constituía la fuerza del movimiento reformista) rechazó prestar atención a todo este sentimentalismo. Se apresuraron a disfrutar de las riquezas que caían a raudales en las manos de los hombres prácticos”¹⁴.

14 Pierre Kropotkin, *Mémoires d'un révolutionnaire*, París, Scala, 1989.

Habiendo escapado a las húmedas dulzuras del Volga, Karakósov –el pequeño noble empobrecido y obligado a venderse como sirviente para sobrevivir– se convirtió rápidamente en uno de los organizadores de un grupo extremista. Ensalzaban el amor al pueblo y repudiaban al zar y a su corte. Este pequeño grupo se llamaba simplemente “la organización”. Las palabras que utilizaban dicen bastante acerca de sus convicciones: “la felicidad suprema” designa la perfección absoluta de la sociedad por venir; “el infierno”, también, en que se reencontraban los más tenaces, fieles a las teorías del sacrificio sin concesión: “el miembro del infierno debe vivir bajo un nombre falso y romper con todas sus relaciones familiares; no debe casarse; debe abandonar a todos los amigos que tiene y vivir con un solo y único objetivo: el amor infinito que les dedica a la patria y a su bien. Por ella, debe abandonar cualquier satisfacción personal y, en contrapartida, alimentar el odio contra el odio, la maldad contra la maldad, refugiándose en sí mismo. Deberá vivir sintiéndose satisfecho con este aspecto de su existencia”.

Y, en tanto el Infierno se alimentaba de odio, San Petersburgo se balanceaba con los acordes de *La bella Helena*. Como en Londres y en París, la música de Offenbach reinaba como soberana en la capital rusa, muy occidentalizada.

Las palabras de la “profesión de fe” de Karakósov (texto escrito a mano por él, que volvió a ser copiado en su “sótano” en decenas de ejemplares y que fue repartido en lugares cuidadosamente escogidos unos días antes del atentado, en las entradas de las fábricas y en calles comerciales) no fueron leídas ni creídas. El “simple espíritu” ni siquiera rozó al zar con la punta de su cuchillo, pero este gesto sacrílego permitió echar a andar la reacción.

El tiempo galopaba contra el regicida. En unos días, Karakósov fue torturado, juzgado y ejecutado. “Cuando lo sacaron de la cárcel y lo vi en la alta plataforma de la carreta que traqueteaba en el glacis de la fortaleza, mi primera impresión fue que iban a colgar a un muñeco de caucho y que Karakósov ya estaba muerto. La cabeza, los brazos y el cuerpo entero estaban totalmente flácidos,

como si le faltaran los huesos al cuerpo o se encontraran todos partidos [...]. Sin embargo, cuando dos soldados lo bajaron de la carreta, me di cuenta de que movía las piernas y que hacía esfuerzos heroicos para caminar solo y subir los peldaños del cadalso”.

Ningún odio acompañaba al que había querido asesinar al zar. El “pueblo”, la multitud empática, perdonó. Lisa estaba en San Petersburgo. Suponemos que su madre le impidió asistir al ahorcamiento, aunque no pudo colocar una barrera frente a las consecuencias del shock colectivo; ella iba a cumplir dieciséis años, era tan permeable a los principios como a las emociones.

El acto fallido de Karakósov y su ahorcamiento señalaban una fractura no sólo entre ricos y pobres, revolucionarios y conservadores, sino también, en el mismísimo corazón del movimiento de emancipación, entre radicales y reformistas o, simplificando, entre dos generaciones. Chernishevski, a través de uno de los protagonistas de *¿Qué hacer?*, Rajmétov, había esbozado el retrato premonitorio de este tipo de “hombres que no son como los demás”: “Sí, son personas raras esas a las que pertenece Rajmétov, personas muy chistosas. Es a ellas a quienes les digo que son graciosas porque las compadezco, también se lo digo a las almas nobles a las que aquéllos subyugan: oh almas nobles, no los sigan, les digo, ya que el camino que les invitan a tomar carece de alegrías personales. [...] No son mala gente. Tampoco son muchos, pero son los que hacen la vida de todos más hermosa. Sin ellos, languidecería, se marchitaría; no son muchos pero son los que permiten respirar a los demás; sin ellos, se asfixiarían”¹⁵.

Lisa se molestaba, pero debía rendirse ante la evidencia: el atentado de Karakósov no sólo abría un período de gran represión policíaca, sino también el repliegue temeroso de los mayores. Sin duda, la desertión de los mayores fue más dolorosa que “el terror blanco”. Hombres comprometidos, decembristas, populistas y liberales, como los mismísimos Turguéniev o Nekrásov, quisieron

15 N. G. Chernishevski, *Que faire?* Moscú, Ragouda, 1987.

huir y diferenciarse de estos jóvenes exaltados a los que, sin embargo, habían ayudado a forjar la radicalidad. Tras la atracción vino el rechazo, el flujo y luego el reflujo. “Así un abismo se cavaba, no sólo entre ‘padres e hijos’, como Turguéniev describió en su novela, no sólo entre dos generaciones, sino también entre los hombres que habían pasado la treintena y los jóvenes que acababan de cumplir veinte [...]. Me pregunto si alguna vez en la historia existió algo parecido: un ejército de jóvenes que emprendían la lucha contra un enemigo tan tremendo como el absolutismo ruso fueron abandonados por sus padres e incluso por sus hermanos mayores, aunque estos jóvenes sólo se esforzaban por llevar a cabo, en su vida, la herencia intelectual de estos mismos padres y hermanos”, observó entonces el príncipe Kropotkin¹⁶.

Rusia estaba, pues, preparada para aceptar sin demasiados escrúpulos la gran limpieza. Nikolái Muraviov-Amurski, el “intelectual” de la insurrección polaca, designado para la tarea por el zar, prometió “eliminar a toda la chusma radical de San Petersburgo”. Sus esperanzas fueron realizadas por demás, ya que en poco tiempo no existían “grupos capaces de llevar a cabo una actividad clandestina continua y de divulgar sus ideas concediendo resonancia a sus debates internos”.¹⁷

*

¿Qué hacer? Ya no quedaban muchos para responder a esta pregunta. La obra de Chernishevski guardaba silencio sobre las dificultades de la acción clandestina en un país en el que se había erradicado el “mal” revolucionario. ¿Qué hacer? ¿En Rusia? Nada más, concluyó Lisa. Los más resueltos se pudrían en las fortalezas imperiales, estaban en camino a los trabajos forzados siberianos o habían huido al exilio. Desde este remoto Vólok, donde le daba vueltas a “la” pregunta, Lisa vio cómo deportaban a uno de sus

¹⁶ Pierre Kropotkin, op. cit.

¹⁷ Franco Venturi, op. cit.

vecinos, Aleksandr Málikov. En lugar de asustarla, esta represión tan cercana y palpable reforzó sus convicciones, su deseo de acción. Salir, irse para abrir las puertas de los sótanos, le murmuraba Verotchka.

Su círculo se había agrandado. En casa de las hermanas Korvin-Krukóvskaia, de la que era asidua, conoció a los hermanos Kovalevski. Vladímir, el mayor, había viajado y le hablaba de Herzen y otros rusos que debatían sobre la revolución en sus refugios suizos. Incluso les dio a leer *El Dielo* (La Causa). Este periódico narraba las agitaciones de la Primera Internacional, las ideas del líder, Karl Marx, y de los compatriotas que operaban para él en Ginebra. Lisa escuchaba, aprendía y, sobre todo, miraba. Vio a Anna y Sofía abandonar en primer lugar sus sótanos, pretendiendo romper las cadenas gracias al medio preconizado por Lopukhov en *¿Qué hacer?*

No resultaba demasiado difícil romper con las relaciones familiares. Anna, Sofía y su único hermano habían crecido entre un padre autoritario pero justo –sin concesiones hacia sus prójimos ni hacia sí mismo– y una madre superficial, preocupada por su vestimenta y su círculo. El general Korvin-Krukóvskaia, de excelente linaje, había asegurado una cuidadosa educación a sus hijas. Estas consideraban a su madre demasiado dulce y mundana –el ejemplo a no seguir–. La mayor expresó este rechazo mediante la escritura y el aturdimiento social.

Sofía se encerraba. Sentada sobre su cama, rodeando con los brazos sus piernas flexionadas, a la hora de dormir contemplaba a Anna, de pie, radiante de narcisismo ante su imagen en el gran espejo del cuarto.¹⁸ El azar, un papel pintado, le puso bajo los ojos unas líneas de números, secuencias absurdas de operaciones. Le gustó este lenguaje y decidió estudiar matemáticas. Esto suponía infringir la elección paterna, el destino conformista: bailes, boda, alumbramientos, recepciones, aburrimiento, etc.

18 Sofia Kovalevski, *Souvenirs d'enfance*, París, Hachette, 1907.

Anna y Sofía creyeron que el matrimonio blanco sugerido en *¿Qué hacer?* era la manera ideal de escaparse sin peligro. Tras una primera y vana tentativa con una relación incierta, se dirigieron a Vladímir Kovalevski, soltero también él. Para la reunión y la formulación de su objetivo fueron tres: Anna, Sofía y una amiga. Lo exhortaron a que eligiera a aquella que era más valiosa liberar. En lo más íntimo de sí mismas, no tenían ninguna duda: Anna, hermosa y sociable, sería seguramente la elegida. Pero Vladímir Kovalevski prefirió a la joven y torpe Sofía, y se justificó recordando las excepcionales cualidades de la chica. Anna se afligió, pero aprovechó esta decisión, ya que sus padres la nombraron acompañante de la joven pareja en el extranjero.

Eran “libres”, pero la huida sería en parte ilusoria, sobre todo para Sofía y Vladímir, atrapados en las imposibilidades de esta unión ficticia.

Anna estaba en París. Sofía estudiaba ciencias en Heidelberg. Lisa se quedó sola con su madre. La miraba con una clara evidencia: nunca sería esa mujer que primero había vivido para Dios, cuya mirada se detuvo luego en un solo ser —el despótico Luká— y que, tras servirlo y amarlo, se convirtió en un alma caritativa que provocaba el reconocimiento hasta la asfixia. Rusia estaba amorozada, había que salir. Lisa había oído que la revolución se pensaba en Ginebra y decidió ir allí.

*

La puerta de salida era estrecha; la muchacha era joven, tan joven que su madre no podía ni quería dejarla marcharse. A su vez, Lisa buscó al hombre generoso y sincero, al “hermano”, al “doctor” que le abriría la puerta.¹⁹ Consideró a los amigos de su hermano, ofi-

¹⁹ Estos términos están inspirados en el modelo no intencional del héroe de Chernyshevski, Pyotr Bokov, un médico de origen humilde que a principios de la década de 1860 se ofreció a la hermana de un compañero de estudios para casarse formalmente y así permitirle continuar sus estudios.

ciales o estudiantes, pero eran demasiado juguetones y les faltaba madurez. También consideró a los invitados que frecuentaban la casa de su hermana mayor, que casi tenía la edad de su madre y era la última sobreviviente de las primeras hijas de Luká Kusheliov. Lisa pasaba mucho tiempo en el salón de esta mujer viendo a la sociedad petersburguesa de la que Natalia, en su deseo de reconstruir las relaciones familiares disueltas, se había hecho amiga. Y ahora, en cuanto podían, madre, hija e hijastra iban y venían a agradables visitas de cortesía. Adelaida (era el nombre de esta providencial hermanastra) estaba casada desde hacía tiempo con un oficial de gran nobleza e ideas liberales, al que le gustaba darles un giro político a las discusiones. Lisa miraba y escuchaba. Algunas veces intervenía en las conversaciones y sus estallidos de voz agudos dominaban por unos instantes el confuso rumor. Su entusiasmo divertía, a veces también molestaba, pero su juventud excusaba la ingenuidad de sus palabras. El coronel Mijaíl Nikoláievich Tomanovski se conmovió y enterneció. Era el hermano menor del marido de Adelaida; sirvió en un regimiento de granaderos de húsares hasta que la enfermedad se lo impidió apartándolo de la vida militar. La tuberculosis estaba muy avanzada cuando él se reencontra con la capital y los encuentros sociales. Mijaíl Nikoláievich no era muy guapo —quienes lo conocieron, como su sobrino, se complacen recordándolo— pero era dulce, atento y amable. Lisa pronto intuyó que la diferencia de edad (tenía treinta y dos años, el doble que ella) no impediría a este hombre generoso y sincero, de ideas abiertas, ser su Lopukhov.

“Escucha pues, así vamos a vivir, justamente como acabas de decir. En primer lugar, tendremos dos habitaciones, la tuya y la mía, y un tercer cuarto donde tomaremos el té, las comidas y recibiremos a los invitados que vendrán a vernos a los dos, no sólo a tí o a mí. Luego, no entraré en tu habitación para no molestarte [...]. Tú no entrarás en la mía. Es el segundo punto. Ahora el tercero... No puedo interrogarte, cariño. Si quieres, podrás decirme algo de tus asuntos, me lo dirás sin que te lo pregunte. Y viceversa”.

Estas palabras permanecieron en la cabeza de Lisa, le hicieron entrever una vida cuando se atrevió a pedirle al oficial enfermo que la desposara. Y él, ya que la vida se le iba —¿cuántos meses o años tenía aún por delante?—, ¿por qué no iba a ceder a la voluntad de tan hermosa y desconcertante niña? Además, si no lo hacía él, seguramente encontraría a otro, así que sería él. Parece que estaba prendado, así que nadie en la familia sospechó que no fuera un matrimonio por amor. Más tarde, Natalia confesó a una de sus nietas que había creído que este hombre maduro, dulce y tierno podría traer tranquilidad y razón a los pensamientos de su Lisa, su alocada e impaciente hija. Tras unos meses, lo que se reveló como un engaño atrajo mucho rencor hacia la joven esposa; un sentimiento que llegó al paroxismo cuando Mijaíl N. Tomanosvki acabó por sucumbir a los ataques de la enfermedad, solo, mientras Lisa “se abandonaba”... La moral podía esperar. En este año de 1867, había que marcharse, así que rápidamente se fueron.

Se casaron en la pequeña iglesia blanca de Vólok. Las nupcias fueron hermosas y las dos familias reunidas aplaudían emocionadas mirando a los recién casados. Un sobrino de Lisa también escribirá (años más tarde) que ninguno podía imaginar que la boda se había celebrado sin ningún sentimentalismo. ¿Es concebible tanta unanimidad en la ceguera? Sólo un agente del Tercer Buró vio claro y afirmó: “...ignoramos con qué objetivo la hija ilegítima del aristócrata Luká Kusheliiov se dispone a cometer un sacrilegio (una boda ficticia). Pero siguiendo el mal ejemplo de Sofía Kovalevski, la susodicha Elisavieta L. Kusheliova ha convencido a un coronel de la guardia imperial de granaderos de húsares para casarse, escondiendo el carácter ficticio de la boda a los miembros de su familia”²⁰.

Matrimonio por amor, matrimonio blanco, matrimonio de intereses (recíprocos, divididos)... La familia no llevó bien las dudas que iban creciendo. ¿Pero quién puede decir exactamente qué fue

20 Informe de la Tercera Mesa, citado por Piotr E. Cherednichenko, en *Doch Rossii* (Una hija de Rusia), Moscú, 1965.

esta unión? Dieron una imagen de bienestar a quienes se los cruzaron durante su primer viaje por Europa occidental –el primero para Lisa, ya no habría otro para Mijaíl N. Tomanovski–.

Primero hicieron un alto no muy lejos de Novgorod, en las tierras de la familia Tomanovski. Cincuenta años después, un anciano, sobrino del coronel (tenía seis años en ese momento), aún recordaba con embeleso la llegada de los nuevos esposos a la propiedad familiar y a esa hermosa señora que había bajado del coche con los brazos llenos de juguetes caros para el niño que él entonces era.

No se quedaron mucho tiempo, Lisa estaba demasiado impaciente. Había, más allá de las fronteras, ciudades míticas en las que al fin podría demostrar de qué era capaz: Heidelberg, Zúrich, Ginebra, donde tantas jóvenes habían ido ya, casi siempre para realizar estudios científicos. Pero Lisa no tenía coartada académica. El objetivo del viaje era solo uno: llegar a Ginebra para sumergirse en la multiplicación de círculos revolucionarios en los que los rusos jugaban un papel importante.

Fue un viaje de bodas extraño. Para la familia, iban a satisfacer las curiosidades de Lisa y, uniendo lo útil con lo agradable, se paraban un tiempo a respirar el buen aire suizo tan benéfico para los pulmones consumidos de Mijaíl. Por el camino, las ciudades se sucedieron rápidamente, tanta era la prisa que ella tenía: Toropiets, Vilno, Berlín, Leipzig, Fráncfort y, por último, Ginebra, donde llegaron en la primavera de 1868. Elisabeth sabía de antemano cómo entrar en contacto con los revolucionarios rusos, le bastaba con encontrar a Anna Korvin-Krukovskaïa, que en ese momento estaba en Ginebra. No era demasiado difícil: en la ciudad, los revolucionarios de todo tipo abundaban, ocupaban los cafés hasta altas horas en discusiones sin fin, haciendo y deshaciendo el mundo, obligando a vivir también a los ginebrinos –considerados como tranquilos– al ritmo de sus disputas y reconciliaciones.

En Ginebra, Anna había conocido a un francés bastante célebre, al que la justicia del Emperador había expulsado de París, Victor

Jaclard. Se había enamorado de él y, contra todo decoro, vivía con él en unión libre y lo acompañaba en su trabajo político. Lisa se reencontró con su vecina de San Petersburgo, muy comprometida con la lucha revolucionaria. Por ella, se acercó a otra pareja de rusos igualmente exiliados, los Bartiéniev, cuya mujer, Ekaterina, se convertiría en una de las pocas amigas de Lisa, ya que pronto se reveló que ésta prefería la sociedad de los hombres. Los Bartiéniev, a su vez, organizaron un encuentro con el que desempeñaría durante tres años el papel de mentor, sin duda de padre, de amigo y tal vez de amante (una vez más, los soplones inventan certezas... muy inciertas) y, por último, siempre confidente: Nikolái Utin.

Este primer encuentro fue breve y fructífero. Nikolái Isaákievich Utin siempre estaba en busca de buenas voluntades, si no de discípulos; apreciaba trabajar con mujeres y la que tenía frente a él, –acaudalada, entusiasta y manifiestamente hermosa– era bienvenida. Lisa, por su parte, comprendió que este Utin no era uno cualquiera, sino un engranaje importante en los vaivenes políticos del lago de Ginebra. Había oído “amigo de Marx”, y esto le bastaba; además, el nombre de Utin le era familiar, circulaba por San Petersburgo: en el entorno de *Sovrémetik* –la revista impulsada por el autor de *¿Qué hacer?*– en el de *Zemlia i Volia*, y también tenía un hermano famoso, ensayista y abogado “comprometido”. ¿Qué otra cosa podía esperar Lisa que a este hombre que había frecuentado a Nikolái Chernishevski y ahora era amigo de Marx?

Trató de hablar de sus árteles (comunas rusas), describiendo los molinos de la propiedad de Vólok que quería transformar en cooperativas, con esa voz de tonos altos cuyo timbre pronto se haría famoso también en Ginebra. Asimismo dijo que su fortuna, su dote, serían para los campesinos explotados por su padre en otros tiempos. Nikolái Utin supo desviar estos hermosos sueños. Le respondió que, ante todo, había que convencer con propaganda para sacudir a esta Rusia amordazada; que el tiempo aún no era el

del “hacer” sino el del “decir” y que los 50.000 rublos que poseía podrían emplearse con mayor eficacia allí, en Ginebra, en el terreno político. Por último, le dijo: “La Internacional la necesita, yo la necesito”.

A su lado, su marido Mijaíl N. Tomanovski era un chaperón atento y fiel que asistía neutro e impassible a las discusiones, sin intervenir en las decisiones de Lisa. Aunque lo hubiera deseado, posiblemente habría sido inútil. Había entendido que esta joven no dejaba que los demás aprendieran por ella y que, si quería seguir siendo su amigo, lo mejor era mirarla y escucharla. Pero estaba cansado. La enfermedad, lejos de calmarse con el agradable clima alpino, había desencadenado un nuevo ataque. Quiso regresar, ella le dijo: “De acuerdo, marchó con usted, pero no me quedaré; sólo lo acompañaré en este penoso viaje, allí arreglaré mis asuntos y volveré lo antes posible a Ginebra”.

*

Lo dejó en la propiedad de Novgorod, cansado, y enseguida huyó a San Petersburgo. Necesitaba algunos días para besar a su madre, liquidar una parte de su fortuna y finalmente empujar la puerta del mejor fotógrafo de la avenida Nevski. Tal vez tenía intención de irse por mucho tiempo; tal vez eran los demás, las personas cercanas quienes así lo creían y querían un recuerdo (su madre, Natalia, su hermano Alexander y, por último, su marido). La imagen tomada al principio del otoño de 1868 es una de las pocas fotografías que hoy quedan de Elisabeth. Con el cuerpo tapado hasta el cuello con un vestido negro (ese negro que forjará también la leyenda), está de perfil, la cara girada tres cuartos hacia el objetivo; la frente está despejada; el pelo negro, abundante y pesado, está separado por cintas y sujetado por encima de la nuca con un moño. Sus rasgos son regulares, aunque la nariz es un poco gruesa y la barbilla algo deprimida –pero sobre todo su mirada está más allá del fotógrafo, cuando la lente

está por tomarla, ella ya no está más allí—. Dejará una foto en San Petersburgo, otra en Vólok, la última en Novgorod. Y, pasando por Toropiets, Vilno, Berlín, Leipzig, Fráncfort, llegará de nuevo a Ginebra, en noviembre de 1868.

SEGUNDA PARTE

Ginebra - Londres
“Las garras calientes
de la intriga*”

* Expresión utilizada por Jenny Marx-Longuet en una carta al Dr. Kugelman del 21 de diciembre de 1871.

1

Disonancias

Esta ciudad es irreal. En la segunda mitad del siglo XIX, Ginebra era una de las pocas tierras hospitalarias de Europa. Los fugitivos de los países donde reina la represión primero quedan atrapados por el discreto encanto de esta ciudad, su geografía variable, un urbanismo contrastante entre los avances “haussmannianos” y los restos de calles medievales. Las historias de los refugiados que llegaron están llenas de superlativos sobre la belleza de las montañas, la situación idílica de la ciudad helvética, la intensidad de los azules del lago.

“El hombre a quien los acontecimientos políticos han obligado a buscar refugio en Ginebra posa con felicidad sus miradas en las magnificencias de la naturaleza y de la civilización moderna. Su corazón se expande, su imaginación se eleva y, cuando sus ojos se detienen en las divisas viriles y arrogantes que ornán la entrada a los paseos y jardines públicos, el encanto es para él completo”.²¹

21 Aristide Claris, *La Proscription française en Suisse 1871-1872*, Ginebra, 1873.

La dulzura de Ginebra es engañosa. La ciudad es una tierra de asilo y rica, pero detrás de las apariencias de felicidad burguesa, que se adapta sobre todo a los exiliados presentables (con dinero o títulos de nobleza), la violencia estalla. La ciudad, en el año 1868 en el que Elisabeth se instaló allí, es desde hace varios años el escenario de grandes disturbios sociales que permiten, a los socialistas de todo el mundo, intentar sus análisis de laboratorio. Varias corporaciones de trabajadores altamente calificados se han levantado unos tras otros para obtener una reducción en las horas de trabajo y aumentos salariales.

En la primavera de 1868, en su primer viaje, Elisabeth vivió la huelga general de la construcción y, cuando vuelve en el otoño, los feccionistas-tintoreros están en huelga.

En esta Europa de aceleración industrial, los trabajadores suizos forman una especie de aristocracia. Sus salarios son relativamente más altos que en otros lugares, pero las condiciones de trabajo son igual de difíciles, entre doce y diecinueve horas al día. Son una de las vanguardias del auge revolucionario, gracias a la permisividad de la democracia federal. La Asociación Internacional de Trabajadores recluta a 3.000 miembros en Ginebra, 3.000 más en Basilea, 8.000 en todo el país. Pero esta politización es frágil. El fracaso de una huelga casi siempre conlleva la desertión de los miembros.²²

Elisabeth, en este breve período de dos años en Ginebra, vivirá algunos de estos eventos: el éxito de los trabajadores de la construcción en Ginebra, el entusiasmo consecutivo por la AIT, la derrota de los pasamenteros en Basilea y el colapso de la influencia de la Asociación en esta ciudad.

Suiza y, más aún, Ginebra permiten que los refugiados políticos –si estos no caen en la depresión derivada del exilio– confronten la realidad con las teorías. Los exiliados rusos, a diferencia de algunos franceses, por ejemplo, pegados a la frontera esperan un hi-

22 Marc Vuilleumier, *Le Mouvement ouvrier suisse de 1800 à nos jours*, Ginebra, 1970.

potético perdón imperial, y rara vez se hunden en la desesperación. Ginebra, para San Peterburgo, es casi un suburbio en comparación con los lejanos presidios siberianos por los que algunos de ellos han pasado. Muchos de ellos no dudan en hacer idas y venidas clandestinas varias veces por año. Rara vez falta el dinero; su tarea es reflexionar y actuar, con la mirada vuelta principalmente hacia Rusia.

La vida comunitaria, casi sin contacto con el exterior, está organizada: euforia, solidaridad, amistades, amores, pasiones, pero también batallas ideológicas, luchas de poder, políticas. Batallas amorosas o amistosas proporcionan abundante material para rumores y alimentan a la prensa.

*

“El tren bordeaba las orillas del Lago de Ginebra. Ya estaba a la vista su azur, jardines y verdes de opulentos duraznos y albaricokes, villas circundantes, palacios, pero también pequeñas casas y fortificaciones... Sin embargo, no puedo decir que los Alpes produjeran una impresión particularmente profunda en mí”.²³ Así le escribe Ekaterina G. Bartinieva –mayor que Elisabeth y su única amiga constante– cuando intenta reunir los recuerdos de su llegada a Ginebra. La mirada de Elisabeth es, sin duda, aún más indiferente. Los ideales, el deseo de acción son más fuertes que cualquier cosa. La ansiedad y estas riveras suaves siguen sin ser importantes para ella. Podría ser Roma, Viena o cualquier otra Capital. Nunca parece ver los sitios que la albergan. Raros testigos de sus años de silencio, treinta años después en Siberia, informarán este desprecio por las coloridas descripciones de los lugares donde había vivido. El tren, acercándose a Ginebra, la transportaba hacia un objetivo: actuar, hacer. Su obstinación la llevará rápidamente

23 Citado por Nata Iefrëмова, *Doch revoliutsionnoi Rossii* (Una hija de la Rusia revolucionaria), Moscú, Moskovski Rabochi, 1987.

al corazón de este drama suizo del que se convertirá en actriz e incluso en un problema.

*

Durante su primer viaje, unos meses atrás, Elisabeth había podido apreciar ya las posibilidades de aprendizaje en contacto con una clase obrera consciente y fuertemente cimentada –un primer contacto, sin duda alguna, para esta hija de un propietario terrateniente–. Cuando llegó por primera vez en la primavera de 1868, la ciudad sufrió una de las huelgas más grandes de su historia, la de los trabajadores de la construcción. Su aprehensión no sólo es intelectual: los desfiles de huelguistas se despliegan diariamente en las calles. En muchos edificios se izan banderas rojas de la Internacional, las reuniones públicas se llevan a cabo fortuitamente bajo las ventanas de los habitantes de la ciudad, algo asustados.

Con su primer esposo, el hombre del que se decía que era “ficticio”, encontraron a Anna Jaclard, y conocieron a su compañero, el socialista francés Victor Jaclard. A través de estos, Elisabeth y Mijaíl Nicolaievitch son introducidos en el ambiente de esos “trabajadores” que, en Rusia, los muros invisibles, pero particularmente opacos, de la aristocracia terrateniente o petersburguesa les impedía ver, imaginar; los “trabajadores”, ciertamente más numerosos que en Rusia, cuya industrialización es lenta, todavía están ausentes de las novelas rusas realistas de la época. Los autores, también aristócratas, le dieron a la gente la imagen del siervo maltratado, o del pequeño artesano necesitado.

Elisabeth, en memorias del general Kuropatkin, era la heroína soñadora e ingenua, que ofrecía el sacrificio de su persona y su fortuna a “este” pueblo ruso. ¿Qué impulsos tuvo con el espectáculo de estos hombres en una lucha real? En Ginebra, por el azar de su luna de miel, a través del prisma social y combativo, puede tener la certeza de que aquí se ofrecen las posibilidades de entrenamiento y acción revolucionarios.

De Rusia se llevó dinero, la mayor parte de su dote. Esto también es lo que se espera de estos hijos de grandes familias: los medios para hacer avanzar la causa, el nervio de la guerra: el dinero. Elisabeth dona 50.000 rublos, su herencia aumentada con los frutos de la platería y las joyas vendidas.

Imprimir periódicos, distribuirlos, editar libros, apoyar a los huelguistas, vivir; la revolución no es gratis. Los líderes tenían a su “financista”, responsable de encontrar los recursos: Herzen tenía a Ogariov, Bakunin confiaba en Zhukovski, el funcionamiento del dúo de Marx-Engels es bien conocido. Nikolái Utin, elegido por Elisabeth como su guía política, no tiene el carisma de los precedentes, pero, a diferencia de ellos, no necesita un hombre dotado de sentido práctico. Este hijo de comerciante no le tiene miedo al dinero, no le da vergüenza hablar de él o buscarlo. Él sabe cómo encontrarlo; entonces lo hace con Lisa. ¿Sabe que ella es, ante todo, una fuente de ingresos? ¿Se siente amargada por eso? Probablemente no. Otros antes que ella dejaron de lado el sentimiento de culpa por gastar las riquezas, por destruir para construir. Pero su relación con el dinero sigue siendo turbia: sus escasas relaciones de la época de Ginebra y, posteriormente, los biógrafos insisten sobre la modestia de su existencia, en su desinterés por las necesidades diarias, en su desprendimiento. Otros, por el contrario, pero más tarde, subrayan la búsqueda de vestimenta, el estilo descuidado de su apariencia, su estilo de vida principesco. ¿Cómo podemos compartir la amargura, la admiración y el bosquejo de un mito?

Por lo demás, ella rompió las amarras. Ella compartimentaba su vida, materializaba la ruptura modificando su identidad. Elisavieta Lukínichna Tomanóvskaia se desliza hacia un simple nombre de pila: Elizaveta. Durante los dos años siguientes, ella será la ciudadana Elizaveta, Elisavieta Lukínichna está perdida para su familia. Ella no escribirá, no dará ninguna noticia, ni a su madre, ni a su esposo. Este silencio se justifica hoy por las limitaciones de la lucha, la reserva necesaria, la obligación de escapar a

la vigilancia de los espías del zar, esparcidos por toda Suiza. Estos últimos no eran ni muy listos ni muy efectivos. Sin embargo, informaron a sus superiores que “una mujer con el nombre de Elizaveta, de origen noble, que vivía con el llamado Utin” se había unido a un círculo de revolucionarios en Ginebra. Transmitiendo rumores o inventándolos ellos mismos, acreditaron la tesis de una historia de amor entre el llamado Utin y la ciudadana Elizaveta. Esto es para la imaginación, ya que estas mujeres revolucionarias rusas del siglo XIX sabían cómo rodear sus vidas privadas con un velo oscuro y Elisabeth se había convertido en una maestra en este arte.

*

El tiempo es corto, el espacio se reduce. El triángulo Ginebra-Vevey-Zúrich es el punto de encuentro, de concentración de todas las contradicciones. Detrás de Elizaveta quedaron la inmensidad, las distancias infinitas, los años de paciencia que lentamente conducen desde una grieta en la sociedad a la otra.

Suiza es pequeña, una huelga sucede a otra, es una maqueta, un modelo reducido y acelerado. Dos años; ella permanecerá sólo dos años, sobre todo dos años. Nunca viajará más de doscientos kilómetros, la distancia entre Ginebra y Basilea.

El centro de Ginebra, algunos cafés, dos o tres aldeas, tres nombres esenciales: Herzen, Bakunin, Utin, alrededor de los cuales todos los hijos e hijas de la aristocracia rusa se cobijan, a pesar de los odios fugaces, cimentados por el mal del país, a veces aburrimiento, anudando y desenredando todo tipo de intrigas y amistades.

1869-1870. El nombre de Elisavieta, desapareció detrás del de Elizaveta. Fueron dos años de compromisos y de negocios, los de la princesa Obolónskaia, del Fondo Bakhmiétiev, de Netchaiev. Dos años de muertos, Aleksandr Serno-Soloviévich en agosto de 1869 y también de Herzen el verano siguiente. Ella festejará sus

dieciocho, diecinueve y veinte años en Ginebra. Son también dos años de vida afectiva secreta. Mucha tinta para tratar de entender su matrimonio y luego la unión con Utin, las hipótesis son todas satisfactorias e insuficientes. Los amigos de la época, y después de ellos los biógrafos (soviéticos) tenían la certeza de que seguía siendo virgen de su matrimonio. Otros, por el contrario, como Alexis Kuropatkin y la familia, hablaban de un gran amor. Nadie, por supuesto, está con ellos en momentos de intimidad. Sólo los sirvientes pueden ver y escuchar. Nadie puede decir que ella rechazó esta experiencia. Quizás la creencia inquebrantable en un matrimonio blanco es conveniente para dar sentido a esta unión “contra la naturaleza”, con un hombre mucho mayor y enfermo y rápidamente perdido. Corresponde a la moral revolucionaria y una vez más hace posible ver a Lisa como una heroína del libre albedrío al servicio de una causa superior; una heroína que esquiva las contradicciones, los vagabundeos.

Y, sin embargo, había extrañeza, ambigüedad y desavenencias en estos matrimonios. Este acto estuvo lejos de ser una mera formalidad ante un funcionario municipal. Se celebraban con gran pompa, siguiendo todos los ritos ceremoniales, religiosos y tradicionales, acompañados de alegría. Era necesario engañar. Algunos probablemente hicieron esto mejor que otros. Los cónyuges Tomanóvskaia, por lo tanto, tuvieron bastante éxito. Pero muchas de estas uniones se hundieron en el drama cuando uno de los dos finalmente deseó “consumar” (a menudo el esposo, pero no siempre). También sucedió que, más allá de las relaciones sexuales, el marido aristocrático supuestamente “ilustrado” terminara queriendo someter a su esposa a las leyes de familia.

En Suiza, Lisa encontró a Anna Korvin-Krukóvskaia, su vecina de San Petersburgo. Anna parecía feliz junto a Jaclard. Pero las noticias de su hermana menor Sofia eran malas. Sofia, esposa “blanca” de Vladímir Kovalevski, que había preferido Sofia a Anna, justificando su elección por las habilidades intelectuales excepcionales de la joven. Razón ambigua. Quizás estaba enamo-

rado. Se realizó un matrimonio por conveniencia, un matrimonio blanco. Finalmente se amaron, pero en medio de un caos. Vladímir se suicidará.

*

De estas mujeres revolucionarias rusas del siglo XIX, se conoce, sobre todo, la acción. En su tiempo, y en la Revolución de Octubre, sus acciones han sido siempre evocadas, pero raramente se evocan las emociones o los sufrimientos, las enfermedades o las banalidades de la vida cotidiana. Estas mujeres no aman, son insensibles al dolor, no comen... según parece. Simbolizan la libertad apropiada. Aparece el compromiso absoluto, un feminismo radical. ¿Cómo imaginar su relación con el cuerpo, dentro de los límites impuestos por su educación, el entorno social y la acción? Algunos compañeros, como el príncipe anarquista Kropotkin, y el ensayista Stepniak-Kravchinski, les dedicaron páginas, incluso biografías, en forma de vidas de santos. Permanecen sus expresiones, sus sonrisas, sus miradas, reflejos de una belleza interior trascendente.

Quieren poner fin a los ataques del zar, para quien estas mujeres revolucionarias (o nihilistas) son el libertinaje y el amor libre. La misma ecuación “infamante” será decretada por el pueblo de Versalles contra las comuneras. Pero el deseo de establecer otra verdad no lo explica todo. Estas mujeres los desestabilizan. En Zúrich y Ginebra, a menudo viven en comunidades cerradas donde los hombres no pueden entrar. Juntas, parecen alegres, se visten sin cuidado, contra las convenciones.

“Era un ser enigmático cuyas peculiaridades biológicas no me parecían claras: una cara redonda, infantil, con cabellos cortos, peinados hacia un costado, enormes anteojos azules, una cara muy joven, de un tierno rosado, una chaqueta áspera, un pucho en los labios. Todo hacía pensar en un muchacho y, sin embargo, había algo allí que revelaba el efecto deseado. Me asomé por debajo de la mesa y descubrí una falda de algodón que debe de haber

sido de color brillante. No prestó atención a mi presencia y permaneció absorta en la lectura de un libro grande, deteniéndose de vez en cuando para encender un cigarrillo que habría de fumar en unas pocas bocanadas”.²⁴

Sus compañeros de lucha no siempre entienden. Prefieren elogiar la extrema dedicación de sus jóvenes amigas y describir sus exaltadas relaciones como “amistad de internado”.²⁵

Ellas mismas, y Elisavieta-Elizaveta-Lisa en primer lugar, arrojan muy poca luz sobre estas áreas grises. Apenas una pista. En diciembre de 1870, en una carta a Marx (estaba en Londres enferma), se opuso enérgicamente a la posibilidad de consultar a un médico, no por negligencia, sino por negarse a ser examinada por un hombre. ¿Es la expresión del miedo o la feroz afirmación de un feminismo radical?

Tienen diecisiete, dieciocho, rara vez más de veinte. Jóvenes de la aristocracia, van acompañadas de chaperones, maridos más o menos ficticios, a veces se cuidan. Son ignorantes del sexo a pesar de su conocimiento o de sus estudios de medicina. Se formaron por la vida “en el campo”; independientemente de lo que hagan, son observadas por otros, sus familias, sus compañeros, los habitantes puritanos de este país anfitrión. Una mujer de letras ginebrina escribió, hacia el final de siglo, que “es muy difícil hacer el amor en esta ciudad”. Sus vidas están ancladas a los miedos, las prohibiciones. Los amores son breves, a menudo ocultos.

El mayor temor era dar a luz un niño en medio de una vida agitada, a veces peligrosa, sin un lugar seguro. Olga Liubátovich, contemporánea de Elisabeth, llegó a Zúrich a fines de la década de 1860 para estudiar medicina. Experimentó como una especie

24 La descripción es de Fransesca Tibournous, citado por J. Meijer, *Knowledge and revolution: the Russian colony in Zúrich (1870–1873)*, Ámsterdam, Instituto Internacional de Historia Social, 1955.

25 Biografía de Sofía Ilariónovna-Bárdina por Stepniak-Kravtchinsky, Obshina, Ginebra, 1878. Traducción en Marie-Claude Bur-net-Vignel, *Femmes russes dans le combat révolutionnaire*, París, esclavos de las instituciones, 1990.

de autocastigo la muerte prematura de su pequeña hija (tenía dos años) cuando se fue a Rusia para ayudar al padre de la niña arrestado por la policía del zar. “Sí, es un pecado para un revolucionario construir una familia. Como un soldado bajo la lluvia de balas. Debe permanecer solo, ya sea hombre o mujer. Pero, a los veinte, a veces olvidamos que la vida del revolucionario se cuenta en días y horas, no en años”.²⁶

Pocos contarán un momento feliz, como Vera Zasúlich, quien a su vez se refugió en Suiza después de dispararle al jefe de policía en San Petersburgo.²⁷ En términos velados, recordará una escapada de unos días a los Alpes en compañía de Dmitri Aleksándrovich Kléments, también revolucionario. No oculta la tristeza que le sobreviene, su renuncia desprovista de celos, cuando la esposa de este amigo llegó a Ginebra.

*

Los suizos son tolerantes. Sin embargo, su sentido de la familia y de la propiedad entra en pánico cuando las mujeres rusas aparecen por un camino menos “político”, de “inconducta individual”, rompiendo las convenciones.

Liudmila Shelgunova llegó a Ginebra en 1867. Detrás de ella, su marido y un amante quedaron en las cárceles del zar: uno en Siberia y el otro, en la fortaleza de Pedro y Pablo de San Petersburgo. En Rusia, antes de los arrestos, vivía con los dos hombres y con el hijo nacido de uno de ellos. Inmediatamente en Suiza, se mudó con Alexandre Serno-Soloviévitch. También tendrá un hijo. Después de un año de vivir juntos, ella toma el camino

26 Olga Loubatovitch, *Daliókoie i nedávneie* (Lo lejano y lo reciente), Moscú, Byloie, 1906.

27 Vera Zasúlich, que había llevado a cabo un atentado contra el Prefecto Trepoy del que este resultara herido de bala sin llegar a morir, fue apresada, pero fue absuelta por la movilización de apoyo, ya que dicho Prefecto era odiado por sus salvajes represiones y por el asesinato en sala de torturas del estudiante Bogolimkov.

de regreso a Siberia con su primer esposo. Un nacimiento más y los cónyuges Chelgounov nunca se separarán.

Otros ejemplos fueron fuente inagotable de comentarios, ya que tocaron a celebridades locales. Primero, de Herzen, el fundador del famoso Kólokol. Después de la ruptura de su matrimonio (su esposa amaba al poeta Herwegh, un amigo muy cercano de Herzen), se instaló con los cónyuges Ogariov. Nathalie Ogariov se convirtió en compañera de Herzen. Tuvieron varios hijos y fue Ogariov quien los crió.

Las disputas matrimoniales de Bakunin también eran de conocimiento público. Se sabía así que su esposa volvió a dar a luz a un hijo concebido con otro. A Bakunin no le importó. Después de notar, muy poco después de la ceremonia nupcial, las incompatibilidades con su esposa, le “dio su libertad” sin divorciarse.

El imaginario masculino se desmorona. Estas mujeres están más allá de la mujer ideal inventada por ellos. Chernishevski, Dobroliúbov lo escribieron: “por amor a una mujer, el hombre puede superarse, sacar lo mejor de sí mismo. La sensibilidad exacerbada por el amor conduce a una gran capacidad de acción”. El hombre al servicio de la mujer, inspirado en ella, está disponible para la revolución. Todo tipo de influencias han creado las condiciones para este pensamiento cuasi religioso del amor que reaparece en Rusia (estamos pensando en particular en Saint-Simon). De esto se desprende una contradicción esencial: la mujer así concebida es quizás una prisionera. Las ideas y el miedo a apartarse del modelo la encierran, como la sumisión sometió a sus madres y abuelas. El amor se imagina realista y se vive intangible. El lirismo de Tchernychevski no puede ocultar la estupidez de su esposa y cuando Dobroliúbov (este otro hijo de un pope) proclamó que la revolución sin acciones era tan ridícula como el amor sin relación física, se desmintió a sí mismo al señalar, en su diario, que no viviría jamás el amor, y que nunca conocería a una mujer digna de acompañarlo.

Elisabeth se inventaba a sí misma. Lejos de las modas de unos y otros, ella creaba su imagen: la de la ciudadana Elizaveta en Ginebra. Esta joven vestida de negro gustaba y quería gustar. Indiferente a las malas lenguas, se embarca detrás de Nikolái Utin, leal y terca hasta la ingenuidad, haciendo la vista gorda ante los procederres nauseabundos y las calumnias que él tanto difundía y de las que al mismo tiempo era víctima.

2

Dialécticas

Hasta hoy, Nikolái Utin es un personaje muy controvertido. Es porque con él todo se mezcla: afectividad, militancia, luchas de poder. Su reputación, cuando llegó a Suiza, era la de un intrigante, pero adquirió el respeto y la estima de los trabajadores en el transcurso de las grandes manifestaciones sociales del país.

Nikolái Utin, era un hombre atractivo que cuidaba su apariencia. Algunos documentos lo muestran como un joven elegante, con una cara fina y hermosa, con cabellos abundantes y muy trabajados. Uno siente, al observar, un esfuerzo por armonizar la ropa y el aspecto. Sin embargo, este joven con apariencia de aristócrata es sólo un plebeyo.

También hay quizás un elemento de explicación en el conflicto violento que lo opuso al noble Mijaíl Bakunin.

Nikolái Issaakivitch Utin es el hijo menor de un comerciante judío de vinos y alcohol que, habiendo hecho fortuna, se convirtió en banquero. Un hombre ilustrado que empuja a sus hijos a estudiar. Al igual que su hermano mayor, Nikolái será enviado a la Universidad de San Petersburgo y es un estudiante muy brillante,

particularmente en filosofía, disciplina en la que recibirá los más altos honores. Su hermano no lo es menos; se convertirá en un jurista eminente. Ambos están comprometidos en la lucha revolucionaria, pero de diferentes maneras. El mayor pondrá su talento como abogado al servicio de los perseguidos (será uno de los abogados del famoso Necháiev a quien reencontraremos). Nikolái Utin combina agitación y propaganda, la política profesional.

“Nicolái Utin tuvo una gran influencia en la juventud estudiantil de San Petersburgo; era muy talentoso y al mismo tiempo muy orgulloso”. Esta “definición”, un tanto lapidaria, es de Piotr Lávrovich Lavrov.²⁸ Había conocido a Utin en el otoño de 1861. Nikolái Isakievitch acababa de cumplir veintiún años. El padre de Elisabeth estaba muerto y Músorgski iba hacia Vólok. Este año, el inicio del año académico fue particularmente tormentoso. Se abría una década de agitación. Nikolái Utin era entonces uno de los editores del Diccionario Enciclopédico. Brillante orador, rápidamente encabezó la revuelta. Pero el comité estudiantil quedó fuera de acción, sus miembros fueron arrestados y, entre ellos, Nikolái Utin. Su padre pagará un depósito muy fuerte para sacarlo, después de dos meses y medio de encarcelamiento, de la fortaleza de Pedro y Pablo. Esta alerta no fue disuasiva. En 1862, lo encontramos junto a Nikolái Chernishevski (inmediatamente antes de su arresto) en la inauguración de un club de ajedrez ficticio que, en realidad, era la cobertura de un círculo donde se jugaban otros juegos, en dimensiones reales, y donde el papel del rey lo jugaba el zar.

Un año después, Nikolái Utin se lanzó. Fundó con algunos otros, aún en San Petersburgo, una sociedad secreta, “Tierra y libertad”, la primera *Zemlia i Volia*. Advertido de su inminente arresto, huyó a Londres en 1863, dejando artículos y manifiestos vigorosos. Uno comienza con “El gobierno nos arrojó el guante”,

28 Piotr Lavrovich Lavrov era un poco mayor que los revolucionarios de la generación de Utin, la de los años 1860-1870. Esto le dio una cierta autoridad entre los populistas rusos. Es particularmente conocido por sus escritos sobre la educación y el empoderamiento de las mujeres.

una frase utilizada más tarde en un manifiesto de Elisabeth, y termina con un vibrante “¡Energía! ¡Energía! ¡Energía!”. Su estilo es lo bastante personal para ser reconocido detrás de este curioso seudónimo: “Uno de muchos”. Sabe usar las palabras tanto como su puesta en escena.

En Londres, conoce a Herzen y Bakunin. Ninguno de ellos se estableció en Suiza. Mijaíl Bakunin pasará por Italia antes de refugiarse en Tessin. Aquí es donde Utin lo encontrará. Su encuentro tiene los mejores auspicios: el aristócrata de la provincia de Tver y el burgues judío se llevan bien. El conflicto vendrá después. Quizás será aún más fuerte que los lazos de trabajo y amistad que han acercado a los dos hombres durante dos meses.

En 1864, cuando Nikolái Utin ya había decidido establecerse en Suiza, Bakunin se preocupó por él en una carta a uno de sus compañeros más fieles. Quiere conocer su residencia y sus planes de acción.

1867 sigue siendo un año pacífico. La comunidad rusa de Vevey reúne a un grupo de jóvenes, en su mayor parte nobles, que escaparon de las represiones policiales de principios de la década de 1860 y que están unidos en torno a su tenor, Mijaíl Aleksándrovich Bakunin. Entre ellos, Zhukovski, Trúsov, Eldipine y Utin. El tiempo está suspendido, ideal: Utin y Bakunin viven en la misma casa, intercambian experiencias, trabajan. Casi como un milagro, las vidas, las concepciones existenciales de estos dos hombres cambian. Sólo las ideas políticas los unen.

En 1867, Mijaíl Alexandrovich Bakunin, en cierto modo, ya tenía varias vidas detrás de él. Tiene cincuenta y tres años, la edad del padre de Nikolái Utin.

Este hombre es un coloso, tanto física como moralmente; un déspota con los demás, cuya emoción es tan violenta como la decepción; trabaja sin parar, vomitando páginas día tras día, en las que las emociones generan ideas, en un gran desorden, como lo demuestra una simple ojeada a sus obras completas. De esta nobleza terrateniente, muy liberal y de gran cultura, él surge (su

padre era muy cercano a los *Decembristas** de 1825) heredando la ausencia de sentido práctico, el desinterés por las limitaciones materiales de la vida. Sus hermanas, antes discípulas y amigas, sufrieron su compleja tiranía, una mezcla de amor, despotismo y proselitismo.

A los veintiséis años, ya ha recorrido Europa en busca de los filósofos que nutrieron su pensamiento: Hegel, Feuerbach y Proudhon. Regresó a Rusia para construir su obra, que refleja su itinerario. Un análisis económico y social que le deja una parte fundamental al individuo, lo que se llamará “anarquía”. Por estos escritos, Bakunin será deportado a Siberia, donde será sometido a malos tratos hasta que logra huir, atravesando el Extremo Oriente. Cada vez que una revolución comienza en algún lugar, corre, se involucra, juega con la muerte, mientras Marx (ya que a menudo se los opone) observa y analiza desde su exilio de Londres. Marx cierra su puerta, prohibida a los intrusos de su casa, se hace escuchar a través de unos pocos fieles y rara vez aparece en público. Bakunin expone, confronta. Su puerta está abierta para todos los que buscan conocerlo. “Este mosquito de Nikolái Utin...” escribió. Por supuesto, las vidas de los dos enemigos no tienen comparación.

Sin embargo, los dos hombres todavía tienen en común el hecho de que les gusta rodearse de mujeres. Bakunin en su propia casa, buscando lo que parece ser una protección muy maternal y Utin, en la acción. Su esposa es una especie de vendedora ambulante de la revolución, así como Olga Levacheva, Ekaterina Bartiénieva, Anna Jaclard, la princesa Obolónskaia y, por supuesto, “la preciosa amiga”, Elizaveta.

En Vevey, en 1867, Bakunin y Utin acordaron la siguiente estrategia: propagar las ideas de la Internacional en Rusia por medio de un periódico que será el *Narodnoie Dielo* (La causa del pueblo).

El primer número sale en el otoño de 1868, cuando la ciudadana Elizaveta acababa de unirse al grupo de Nikolái Utin. Este primer

* Movimiento por la abolición del zarismo.

número, que trae la idea del porvenir, fue escrito completamente por Bakunin, diseñado por Zhukovski e impreso por Eldipine. Estos omnipotentes llamarán a un golpe de Estado. El segundo número excluirá a Bakunin y será coordinado y escrito por Utin y los suyos e impreso por un tipógrafo anónimo. Este cambio es malo para la propaganda revolucionaria: el número 1, distribuido en miles de copias en Rusia, circulará de mano en mano, será devorado, aprobado. El segundo será prácticamente desconocido. Después de eso, entre los dos hombres, el odio será un hecho y la lucha se abre en el grupo. Se expandirá rápidamente, dividiendo a los internacionalistas en Ginebra en dos clanes. Los golpes son bajos. El control de *Narodnoie Dielo* está en juego, así como el dominio sobre la Hermandad Internacional y sobre una parte de la emigración rusa. En esta guerra fratricida, cada uno toma sus armas. Bakunin escribirá: “Hubo incompatibilidad absoluta, no de ideas, porque estrictamente hablando, Utin no tenía ninguna. Sino de humor, de temperamento y de objetivos”

Utin actúa por detrás, revolucionario de un nuevo tipo, más político y burócrata. Bakunin ataca de frente, con panfletos llenos de odio que expresan su repulsión física y rozan el antisemitismo.

“Nikolái Utin era hijo de un israelita muy rico, comerciaba brandy, el comercio más sucio y lucrativo de Rusia”, denuncia Bakunin en un capítulo del Informe sobre la alianza, titulado: “Utin, el Macabeo y el Rothschild de la Internacional de Ginebra”.²⁹ Utin responde indirectamente atacando a uno de los leales del líder anarquista, el impresor suizo James Guillaume. Su *Manifiesto de un mentiroso injurioso* aparecerá en *Egalité* de Ginebra, en septiembre de 1870.

“El Sr. Utin escuchó mucho, leyó, pero no entendió nada”, continúa Bakunin. Sus ideas están codificadas de la manera más cómica, no tienen conexión entre ellas, y la mayoría de las veces se

29 Mijaíl Bakunin, *Les Prétendues Scissions au sein de l'Internationale*, Escritos y materiales, Obras completas, París, Champs libre, 1974.

anulan mutuamente, de modo que en la misma página podemos encontrar tanto un principio como su negación, lo que significa que, en el análisis final, los conceptos se anulan unos a otros; pero, sobre todo, en esta cadena de palabras inútiles triunfa el “nosotros” del descendiente del rey David. Y más adelante, por otros medios, trata de aplastar al “mosquito de insoportable zumbido”.

“Su forma continua de posar, pintarse y pararse en el podio y sus discursos vanidosamente magnánimos suenan huecos. En una palabra, todo este dramatismo enfático y cómico de un hombrecillo que en vano busca convertirse en algo tiene un efecto repelente en cualquier mente seria, especialmente en los hombres. Por otro lado, este dramatismo con frecuencia ejerce encanto sobre las mujeres en busca de sensaciones y una meta en la vida”. James Guillaume agrega: “Utin, el más chato de los lacayos judíos del Sr. Marx”.³⁰

Algunos han cuestionado el antisemitismo de Bakunin y sus allegados. Se ha dicho que era la tendencia de la época, cabe recordar líneas del propio Marx que están lejos de encontrarse desprovistas de ambigüedades al respecto; cabe recordar incluso a los comuneros, algunos de los cuales serán virulentos enemigos de la causa a favor de Dreyfus. El aire de este tiempo no puede explicar ni justificar la oscuridad de un pensador, por otro lado, lúcido y con visión de futuro. El antisemitismo de Bakunin ha sido comparado con su antigermanismo. Por lo general, se descarta esta cuestión diciendo que él no era el único. Inclusive... Bakunin estuvo un tiempo en el paneslavismo. En Suiza, la rama internacional bajo su influencia también fue parte del antisemitismo. Otra “víctima” fue la ciudadana Elizaveta. Paul Robin³¹ describe a una de las “damas rusas del pequeño cenáculo de Utin, que se arrodillaban ante él”, de la siguiente manera: “Elisabeth Dmitrieff, amiga de Utin, es rusa como él, y digamos, porque es un detalle caracte-

30 James Guillaume, *L'Internationale*, París, Gérard Lebovici, 1985

31 Escrito presentado por la federación Jura de la AIT a todas las federaciones de la Internacional. Asunto de la sección de la Alianza, Ginebra, 1872, p. 199.

rístico, judía como él, como Marx, como Borkheim (colaborador del *Zukunft* de Berlín y el *Volksstaat* de Leipzig), como Moritz Hesse; como Hepner, redactor del *Volksstaat*, como Frankel, miembro de la Comuna de París. La Sra. Dmitrieff, también conocida como la ciudadana Elizaveta, es una admiradora fanática de Marx, a quien llama, al estilo de sinagoga, el Moisés moderno”. Estas líneas están tomadas del reporte de la Federación del Jura presentado a la Asociación Internacional de Trabajadores. Esta rama de la Internacional, en el conflicto entre Marx (vía Utin) y Bakunin, había elegido por unanimidad al teórico anarquista. La violencia de Nikolái Utin no es menor. En un congreso de la Federación francófona, denunció la “profunda inmoralidad” de Bakunin y proclamó que “si alguna vez estuviera en el poder, inmediatamente lo guillotinaría”.³²

*

Se contentarán con palabras. Utin es el instrumento voluntario y eficiente de Marx. Pero estas disputas fundamentales, en las que se oponen dos concepciones del socialismo y la revolución en torno a Marx y Bakunin, tendrán importancia en la Primera Internacional unos años más tarde. Sin Bakunin, que en ese momento estaba moribundo, y sin Utin, que estaba en Rusia dividido entre la lealtad al zar y el trabajo como ingeniero en las minas de los Urales.

Finalmente, quizás sea El príncipe Kropotkin, otro anarquista, el que hará el retrato más preciso de Utin –“este hombre ilustrado, hábil y activo”–, reflejó las ambivalencias políticas de la época, relatando un episodio en el que él fue actor: la manipulación de una reunión de trabajadores suizos. “Utin me hizo comprender que una huelga en este momento sería desastrosa para la elección del abogado M. A... No pude conciliar esta conducta ambigua por

32 Fritz Brupbacher, *Socialisme et liberté*, Neuchâtel, Éd. de la Baconnière, 1955.

parte de los líderes con los ardientes discursos que había escuchado pronunciar desde la tribuna. Me sentí desanimado y le comenté a Utin mi intención de conocer la otra fracción de la Asociación Internacional de Ginebra, cuyos miembros eran conocidos como Bakuninistas [...]. Utin inmediatamente me dio una carta de presentación para otro ruso, Nikolái Zhukovski, que pertenecía a esa sección, y, mirándome directamente a la cara, agregó con un suspiro: ‘Creo que no volverás; te quedarás con ellos’. Había adivinado.”³³

Bakunin es irónico sobre las “mujeres” de Utin: ¿celos de gallo o desprecio de patriarca? Sobre esto, nuevamente, los dos hombres son rivales. Se decía que a ambos les gustaba rodearse de mujeres. Pero, a pesar de sus escritos “feministas”, Bakunin trabaja poco con ellas. Están allí, fuertes, dominantes, maternas, rara vez colaborando. Por lo tanto, es significativo ver a Olga Levacheva, inicialmente en el séquito del pensador anarquista y cuñada de su amigo Zhukovski, seguir a Nikolái Utin y convertirse en el eje de su grupo. André Léo, con la que Elisabeth trabajará más tarde, también denuncia en esos años el despotismo masculino de uno de los principales redactores de *Égalité*, el diario de la Federación Suiza de la Asociación Internacional de Trabajadores. La muy breve colaboración de la escritora feminista y socialista en *Égalité* es en parte el resultado de sus malas relaciones con Bakunin. Ella lo explicará.³⁴

Con Nikolái Utin, más allá del obvio juego de la seducción, las mujeres trabajan, ocupan lugares iguales a los de los hombres. Los pocos rusos que publicarán, en dos años, seis números de un periódico, *Narodnoie Dielo*, y organizarán una sección rusa de la Primera Internacional, se pueden contar con los dedos de ambas manos. La mitad de ellos son mujeres decididas y obstinadas.

33 Pierre Kropotkin, *Mémoires d'un révolutionnaire*, París, Scala, 1989, pág. 286.

34 El 2 de marzo de 1869, André Léo escribió a Bakunin, uno de los principales editores de *Égalité*: “Estoy de acuerdo contigo en el objetivo. A veces diferimos en los medios. Ver André Léo, un periodista de la Comuna”, *Le Lérot réveur*, N° 44, marzo de 1987.

Natalia Ieronímovna Korsini, antes de casarse con Nikolái Utin, era una de las musas de la emancipación de la mujer. Nacida en una familia noble en San Petersburgo, fue una de las primeras estudiantes en ingresar a la universidad a fines de la década de 1850. Su condición de simple oyente (sigue cursos de filosofía) no la satisfacía. Con una compañera, abrió una “escuela dominical para muchachas”. El establecimiento tuvo un gran éxito. Conoce a su esposo durante esta lucha. Dedicada a la causa, pero afortunadamente no proscrita por el zar, juega en Suiza el papel de una especie de vendedora ambulante de la revolución que atraviesa un triángulo cuyos extremos son Londres, San Petersburgo y Ginebra.

Olga Levacheva es mayor. Mujer madura, madre atenta, aunque distante de sus hijos que permanecieron en Rusia, pone su sentido práctico, su calma, su tenacidad al servicio de sus amigos. Es la cuñada del principal colaborador de Bakunin, Zhukovski (con quien, se dice, convivían a escondidas). El príncipe Kropotkin, en cuanto llega a Suiza, asiste a la Sala del Templo único, la Meca de los Encuentros internacionales en Ginebra. Olga capta toda su atención: “El alma de estas reuniones era una mujer rusa muy agradable, conocida entre los trabajadores con el nombre de Sra. Olga; ella era la fuerza activa de todos los comités”. Bajo la influencia de esta reunión, Pierre Kropotkin decide dedicar el resto de su vida a la revolución.

La princesa Zoia Serguéievna Obolónskaia eligió la libertad: de pensar, pero también de actuar tanto en el ámbito privado como en el político. Cuando abandona Rusia, dejando en uno de los palacios más opulentos de San Petersburgo a su príncipe mediocre y conformista, Zoia Obolónskaia lleva a sus dos hijos con ella. No quiere ni institutriz ni tutor; ella misma decidió educar a sus hijos con valores muy poco convencionales, que combinan el respeto por el trabajo de los demás con el culto a la libertad. Por lo tanto, se coloca a la altura de la inconducta, según las convenciones aristocráticas. Después de haber pedido en vano el regreso

de los pequeños príncipes a su padre, que era abúlico pero servil, el zar secuestró brutalmente a los niños para llevarlos de vuelta al redil “peters-burgués”. Este asunto causó revuelo en Ginebra, al reunir a toda la comunidad rusa alrededor de la desafortunada Zoia. Se enviaron peticiones a las autoridades suizas y rusas. Bakunin tronó en líneas intransigentes.³⁵ Toda la emigración rusa firmó un manifiesto de cincuenta páginas. Una breve presentación decía: “El 25 de abril de 1863, la princesa Zoia Serguéievna Obolónskaia decidió ir a Italia con sus hijos, un niño de trece años y una niña de quince. Ella vivía con la familia Bakunin, de la que era amiga. Pero el zar decidió obligarla a volver con su marido”.

La princesa Obolónskaia vivió con Bakunin. Pero en política trabajó con Utin. Otra mujer que está empeñada en defenderla es la autora de la presentación del manifiesto.

Ekaterina Bartiénieva también está cerca de Utin, miembro fundador con su esposo de la sección rusa de la Primera Internacional. Ekaterina Bartiénieva no sólo es buena para redactar y hacer que se firmen peticiones, sino que también sabe cómo organizar trabajos de impresión clandestina, un talento que usará más tarde en Rusia. Es mayor que Elizaveta y siguió a su esposo al exilio; ambos llenarán las columnas de *Narodnoie Dielo*.

Finalmente llega Anna Jaclard, a quien Lisa conoció en San Petersburgo bajo el nombre de Anna Korvin-Krukóvskaia, el hermoso amor perdido de Fiódor Dostoievski, brillante, bonita y también dotada para la escritura. En Ginebra, Anna ya vive con el socialista francés Victor Jaclard. Se casarán en París ante un comunero electo, en una especie de gran comunión sindical revolucionaria. Anna desaparecerá gradualmente en este matrimonio.

Detrás de todas ellas está Elizaveta, la última en llegar, la mejor, que de momento se mantiene al margen. Observa, escucha, ejecuta, pero sobre todo discute. Teje fuertes vínculos, en particular,

35 Zhukovski (seudónimo de Bakunin), *Les Ours de Berne*, Ginebra, 1870.

con Ekaterina Bartiénieva. Las dos mujeres se encontrarán durante la Comuna y más tarde en Rusia: para militar, pero también para intercambiar secretos.

*

De todos modos, Elizaveta ya está aquí. Su nombre se encuentra entre una decena de otros en la lista de fundadores de la sección rusa de la Primera Internacional.

Es un grupo minúsculo, un puñado de hombres y mujeres, en su mayor parte provenientes de la redacción del primer *Narodnoie Dielo*, cuyos principios escritos quieren extender a la acción militante. Así es que se decide la creación de la sección rusa de la Primera Internacional. Otros objetivos políticos también motivarán a algunos de sus iniciadores, en particular a Nikolái Utin; ofrecer a Karl Marx una antena suiza y evitar que Bakunin expanda su influencia a través de sus propias creaciones de secciones autónomas dentro de la Internacional, como su Alianza Fraternal.

Son una docena de emigrantes rusos, no más: seis números de *Narodnoie Dielo*, dos años de existencia para la sección, no más. El periódico oscila entre la revista y la gaceta en contenido y formato. La mayoría de las veces ofrece artículos muy largos (anónimos) en un estilo bastante discreto, y su influencia seguirá siendo muy mediocre en todo el movimiento revolucionario ruso. Y, sin embargo, en la Unión Soviética hay no menos de una decena de estudios y libros sobre este pequeño grupo de hombres y mujeres, una referencia directa del bolchevismo al marxismo. El carácter marxista de esta sección rusa está lejos de ser obvio. Su programa es más bien una mezcla de “bakuninismo” y populismo. Puede parecer bastante divertido que la organización encargada de luchar contra Bakunin lo haga usando un plan bakuninista, pero el Consejo General de la Internacional carente de humor y por la pluma de uno de sus secretarios, Herman Jung, exigirá cambios de línea en la sección.

Prometen lealtad y le piden al propio Marx que sea su representante en el seno de la Internacional. Marx acepta con tanta mejor disposición cuanto que necesita a Utin en Suiza, este “emigrado con intenciones verdaderamente honestas”. La dialéctica de la lucha combina cinismo e ideas, pero raramente emociones.

La referencia al populismo proviene principalmente de Chernishevski. Los miembros de la sección tienen como objetivo dar a conocer el pensamiento del autor del *¿Qué hacer?* en Europa occidental. Elisabeth lo logra particularmente bien con el francés Benoît Malon.

Benoît Malon ya era, en este año de 1869, cuando conoció a Elisabeth en Ginebra, uno de los internacionalistas franceses más ilustres. Entrenado en las ideas de Proudhon, hizo una conexión con el círculo y las ideas de Marx. También contribuye a *Egalité*, el periódico de la Internacional en Ginebra. Por Utin o por Jaclard, no puede dejar de encontrar a Elizaveta. Ella es experta en seducir, a él le gusta ser conquistado. Él la mira y la escucha. De nuevo esta voz alta y apasionada, molesta y fascinante. Malon está fascinado. Probablemente no sepa muy bien si el entusiasmo más fuerte lo lleva a Chernishevski o a Elisavieta-Lisa-Elizaveta. Juntos pasan largas horas debatiendo. Malon se enciende hasta que decide emprender una traducción para que se edite en francés el famoso *¿Qué hacer?* Se ha logrado uno de los objetivos de la sección rusa; la edición francesa aparecerá en 1873. Elizaveta es una buena incorporación. Encontrará a Benoît Malon en París, un año después, al final de un “año terrible”: un juicio político en París (julio de 1870, donde Malón será uno de los condenados), una declaración de guerra (agosto), la proclamación de la República y una revolución masacrada.

Benoît Malon es un hombre del pueblo. Esta definición lapidaria también es un condimento para Elizaveta. Busca a ese pueblo que entrevió en Vólok o en las huelgas de Ginebra. ¿Qué pone ella en esta vaga noción, “el pueblo”? Y Benoît Malon, revolucionario profesional y prolífico polemista, ¿sigue siendo del pueblo? ¿Lo

es más o menos que este otro miembro de la sección rusa, Antón Danílovich Trúsov, que también se elevó por encima de los demás gracias a la obstinación de un padre? Estudió medicina en Moscú, pero trabaja como tipógrafo en París. Y ahora, en Suiza. Sin él, *Narodnoie Dielo* colapsaría. Es el hombre orquesta del periódico, mientras que los demás se contentan con escribir como Utin, los Bartiéniev, con pagar, como Madame Olga y Elizaveta.

A posteriori, se atribuirán a Elizaveta algunos artículos, y en particular un largo desarrollo sobre los problemas agrarios (en el último número de agosto de 1870). También se le atribuye una confrontación directa con Bakunin en una noche de reunión, su voz aguda con una canción busca interrumpir el flujo verbal del “viejo león”. Ella es demasiado ingenua para exponerse así. El incidente hace reír. Se reirán.³⁶ Utin la estimula y la protege. Es el tiempo de confusiones, de negocios, de luchas por dinero, incluido un famoso fondo de Bajmétiev que finalmente cayó en manos de Bakunin, y el sacudón por el paso de Necháiev —el revolucionario puro—, hombre más bien mediocre, pero erigido en mito y definido como “el primero de los bolcheviques”. Un mistificador convertido en un maestro en el arte de manipular a las personas. Un principio lo guía: el fin justifica los medios.

*

Cuando Necháiev llega a Ginebra en enero de 1870, después de haber evitado a la policía del zar y a sus amigos, se dedica a visitar a los emigrados rusos. Utin, desde el principio, desconfía y lo rechaza, así como había desconfiado años antes de los entusiastas representantes de la “Organización”, unos jóvenes aprendices de brujo (el regicida Karakósov era uno de ellos) impulsados por la venganza. Al igual que ellos, Necháiev es un desclasado: no tiene piedad por estos aristócratas ricos, aunque revolucionarios. Utin

36 Informado por P. Tcherednichenko, en *Dotch 'Rossii*, Moscú, 1965.

lo rechaza, pero Necháiev, quien ha hecho de la mentira una forma de vida, no duda en apoyar a la sección rusa para convencer a otros indecisos.³⁷

Bakunin, por el contrario, se deja llevar, lo recibe, lo protege, seguro de haber encontrado a su hijo espiritual. Esta fascinación suena a amor. “¿Has olvidado a mi joven salvaje? Bueno, ha vuelto; ha hecho tales hazañas que no lo creerías. Sufrió horriblemente, luego fue golpeado casi hasta la muerte, y una vez libre recomenzó como el mejor”, confiesa a uno de sus corresponsales.³⁸ Lo llama a su vez “el niño”, “el pequeño” y Necháiev, sin ninguna emoción, se adhiere al exiliado ruso más famoso del momento. Bakunin aprueba, ratifica el catecismo revolucionario, particularmente riguroso de Necháiev. El “pequeño” sin escrúpulos manipula a Bakunin. Este caso se colocará en el “expediente de exclusión” del pensador anarquista. Pero, una vez más, la ambivalencia lo impulsa hacia delante. Bakunin está galvanizado por la presencia de Necháiev. Su paso marca un período de gran productividad.

La desilusión del “padre” tendrá la grandilocuencia del amor perdido: “¡Cuán profundamente, cuán apasionada y tiernamente te amé y te creí!”

Utin triunfa, desprecia este exceso. Y Elizaveta lo sigue siempre a todas partes. Ella es leal, hasta la terquedad –Nicolái Isakievitch Utin está agradecido–, el tiempo del reconocimiento llegó para Elizaveta. El “mosquito” ha urdido un plan asqueroso para abatir al “león” y aprovechar su desconcierto amoroso. Elizaveta cierra los ojos y decide jugar la partida.

*

Utin decide erigir el Consejo General y, por lo tanto, a Marx como árbitro de las divisiones suizas. La sección rusa, bajo su impulso,

37 Jeanne-Marie Gaffiot, *Netchaïeff*, Lausanne, L'Age d'Homme, 1989

38 Carta a Albert Richard, citada por J.-M. Gaffiot, op. cit., pág. 84.

redactó una carta, un informe breve, y designó a un mensajero para llevarlo a Londres:

“9 de diciembre de 1870,

Muy querido y estimado ciudadano

Permítanos recomendar a nuestra mejor amiga, la Sra. Elizaveta Tomanóvskaia, sincera y profundamente dedicada a la causa revolucionaria de Rusia. Estaríamos felices si, a través de ella, pudiéramos conocerlo mejor y si, al mismo tiempo, pudiéramos informarle con más detalle la situación de nuestra sección, de la que ella puede hablarle in extenso. La Sra. Elizaveta nos escribirá lo que Ud. considere necesario comunicarnos y, a su regreso, nos informará de todo y de todas las impresiones que haya acumulado al penetrar en la organización de las sociedades de trabajadores, así como de la vida política y social de Inglaterra. Estamos seguros de que estará dispuesto a guiarla y prestarle su valiosa ayuda...”³⁹

En cuanto se escribió la carta, Elizaveta, la mensajera, ya que de ella se trata, se está preparando para el viaje. Una nueva capital, un nuevo país para ganar. Ella está agradecida con la señorita Betsy por haberle enseñado inglés en Vólok.

Ginebra puede ser olvidada. Ella pasó dos años allí. Deja atrás sus riñas provincianas. Ha enterrado a dos muertos: Herzen, víctima de un resfriado, y Serno-Sóloviévitch, que se había suicidado. Ella no está limitada por nada. Ni amor tiránico, ni falta de dinero. Puede encerrar en el baúl de dama rusa los famosos vestidos negros o morados que le quedan bien, ponerse el sombrero de fieltro y continuar su camino.

39 *Karl Marx, Friedrich Engels et la Russie révolutionnaire*, Moscú, 1967.

“The Russian Lady”

“Muy querido y estimado ciudadano..., Permítanos recomendar a nuestra mejor amiga, etc. Muy querido y estimado ciudadano...”, ella está en camino, está en el tren, mira sin ver todos los paisajes, los Alpes, el Jura, los Vosgos, hasta Bruselas; mira sin ver porque están esas pocas palabras en las que ella sin cesar piensa. “Muy querido y estimado ciudadano, por favor Permítanos recomendar a la ciudadana Elizaveta”. Es ella. Mientras que el muy querido y estimado es él, Karl Marx (tienes que lograr pronunciar estas palabras, con tanto respeto que se cierre la garganta, porque es él, el gran hombre, el ciudadano Karl Marx mismo). Ella está en este tren que primero va a Bruselas, a través de Basilea y Colonia. Con una sucesión de angustias y emociones, con los nervios y el corazón que martillean, pensando que ella no estará jamás a la altura. ¡Qué suerte, qué confianza han depositado en ella!

Algunos han afirmado que sólo el azar la puso en este camino a Londres; otros, por el contrario, lo ven como el resultado de una voluntad obstinada. Como a menudo, puede ser una confluencia del azar, la determinación y la necesidad.

Detrás de ella, a orillas del lago Lemán, se libran combates entre las fracciones de la Internacional. El plan de Bakunin, de crear una nueva Sección, desencadenó la fase aguda de la guerra. Los fieles del Consejo General, y por lo tanto Utin, lo ven como una especie de caballo de Troya introducido en la Internacional para sacar provecho político e ideológico. Los miembros de la sección rusa quieren ser coronados verdaderos representantes de la Internacional, en Ginebra, por el propio Marx.

Enviar una correspondencia habría sido inseguro. Se temen espías de todo tipo y retrasos catastróficos para esta cuestión que parece de suma importancia. De todos modos, están un poco agitados y se ahogan en vasos de agua. A unas pocas decenas de kilómetros de distancia, la Guerra Franco-Prusiana está en pleno apogeo. Francia ha creado una República que danza peligrosamente. París está asediada, hambrienta, pero para ellos nada cuenta, excepto esto: saber quiénes son los representantes de la Internacional en Ginebra. Están equivocados, a la luz de una moral revolucionaria que requeriría que siempre estemos al calor de la acción; pero esta guerra no es la de ellos, es una guerra entre Estados, en perjuicio de los trabajadores. Todavía no perciben la dimensión revolucionaria de ciertos patriotas comprometidos.

Abogan por la eficiencia y quieren poner fin a las luchas intestinas. Pero con su torpeza, sus golpes suaves, ellos no hacen más que avivarlas.

Muy querido y estimado ciudadano... Esa pluma está empapada en bilis.

*

¿Qué puede pensar y entender Lisa sobre las divisiones de la Internacional cuando los partidarios de esta lucha ya no saben muy bien por qué están luchando? Hay juego de poder, eso es seguro. Difícil para dos personalidades como Marx y Bakunin compartir la influencia sobre los militantes. No pueden ocultar sus rivalida-

des. Y sin embargo, son complementarios. Tanto en sus caracteres como en sus análisis. Son diferentes, pero, en lugar de enriquecerse con estas diferencias, se agotan insultándose. A menos que esta controversia sea una fuente de concepciones y acciones.

Su modo de acción no es el mismo. Bakunin ha puesto su vida en peligro varias veces, ha sido encerrado en las cárceles siberianas antes de huir, corre de una reunión a otra, por pequeña que sea, afronta incansablemente los errores de vida y “ofrece” plena libertad a su esposa, tan pronto como se da cuenta del fracaso de su unión, con la condición de que sea recíproca. Finalmente, espera el gran día, se está preparando para la insurrección general que no puede demorarse. Las cuestiones económicas son de menor importancia para él. Realiza cambios sociales de vida, educación, de temas prioritarios para la reflexión. Bakunin está abierto a todos. Se entusiasma con algunos, desprecia a otros. No sufre la falta de dinero. Sabe rodearse de hombres prácticos, pero sobre todo ricos, que, para él, podrán resolver el espinoso “asunto” material. En su tiranía muy doméstica, los dos hombres son distintos.

Marx es el rigor. El hombre varias veces descrito, varias veces diseccionado en su vida cotidiana, aparece como un tirano doméstico, encerrado en una oficina, sabiendo cómo trabajar incluso cuando todo se cae a su alrededor, mujer, niños, dinero; amargado por todo tipo de enfermedades, pero dispuesto al humor. Cascarrabias, mal esposo, atendido por dos adoradoras, su esposa y su doncella, y que tiene una fuerte conciencia de su obra, a su contribución histórica. No se entrega a nadie, se protege de los inoportunos. Es difícil abordarlo, delega las tareas ingratas a su fiel amigo Friedrich Engels. Sobre todo, prefiere pensar en la economía, y describe meticulosamente las etapas sucesivas que conducirán al socialismo.

Los retratos son esquemáticos, se necesitarían páginas y páginas para mejorarlos. Muchos otros ya lo han hecho, revelando la infancia y los orígenes de estos dos monstruos sagrados. Pero, en ese momento, el faro era Karl Marx; antes de la Comuna, en todo

caso. La Internacional ya es un poder considerable en muchos países europeos, Inglaterra, Prusia, Suiza, Bélgica, Francia, y el nombre más conocido de los miembros de la Asociación es, por supuesto, el de Marx.

En Ginebra, la Sra. Elizaveta vio a Bakunin. Incluso sin el hipotético conflicto en el que ella se habría opuesto a él, es seguro que ella lo conoció, ya sea en una reunión, una huelga, un café; él estaba en todas partes. Ella lo conoció en Basilea, al frente de los enfrentamientos de clanes, mientras que Marx, sin aparecer, estaba moviendo los hilos desde su refugio en Londres. Bakunin ya no es un mito para ella; para la mayoría de los internacionalistas en Ginebra, nunca lo fue. El propio Nikolái Utin, antes de romper y luchar contra él, era su amigo. Todos los que desembarcaron de Rusia actuaron, pensaron, encontraron hospitalidad en él. Es mayor que ellos, pero es uno de ellos: un ruso, un aristócrata trataniente como ellos, un refugiado en Ginebra como ellos.

Para Lisa, Marx es un nombre mítico que no resuena como el de Bakunin. Bakunin sigue siendo sólo un líder de fracción, apenas más conocido que Utin. Marx es un nombre que se susurra en Europa de huelga en huelga. Marx es el principal enemigo de los gobiernos. Marx es el diablo.

*

Muy querido y estimado ciudadano... Desde Bruselas, tienes que ir a Ostende o Brujas, rápido, rápido, y ¿qué diré cuando lo vea, cuando esta aburrida historia de luchas entre clanes se agote? Rusia, Chernishevski, ¿*Qué hacer?* De todo esto podrá hablar Elizaveta. Sin duda, ella sabe, por sus amigos de Ginebra, que el pensador alemán está interesado, después de un largo silencio, en el tema ruso.

Diciembre. Hasta Dover, el mar se agita, el barco se balancea; no tanto como el corazón de la ciudadana Elizaveta, preparada para zozobrar ante esta gran expectativa. Más de tres días para

hacer el viaje. Ella lleva pocas cosas, sólo los vestidos, el abrigo negro y los pocos accesorios que tejerán su leyenda, el sombrero de fieltro y la bufanda roja. Viaja sola con su verdadero nombre, la Sra. coronela Tomanóvskaia; es servida con deferencia de acuerdo con su rango y belleza. La coronela es joven, guapa y alta, con modales principescos. Para una joven de su condición, el viaje transcurre sin problemas. Elisavieta Lukínichna Tomanóvskaia está protegida en todas partes por su estatus y su dinero, que todavía no falta.

Muy querido y estimado ciudadano... El tren se dirige a Londres. ¿Ha visto ella por la ventanilla los rastros de guerra?

*

Diciembre de 1870. Elisabeth acaba de celebrar su vigésimo cumpleaños. Según los informantes, ella acusa diez más. Pero sólo tiene veinte años. Descubre Londres, esta ciudad tan vasta, fría o aterradora, silenciosa en su niebla otoñal y bajo la cortina de lluvia. Este otoño fue excesivo en todas partes de Europa. La guerra y el obús caen como una fuerte lluvia en las llanuras francesas, todo es gris. Y en Londres, la lluvia. No importa. Entre estas sombras cambiantes, una certeza: llega a Londres y visita a Marx a principios de diciembre. Para Marx, ella es sin edad, simplemente joven, hermosa; sobre todo, rusa.

Al bajar del tren, en la estación Victoria, no sabemos hacia dónde se dirigió la Sra. Elizaveta. Dos caminos son posibles. El primero conduce a un gran hotel, cerca de la estación, porque ella es la coronela Tomanóvskaia, esposa de un digno oficial que mostró todo su coraje durante la Guerra de Crimea. El dinero no le faltará durante mucho tiempo. Entra a una habitación cómoda, guarda su equipaje allí, mira distraídamente por la ventana. El decorado no le importa. San Petersburgo, Berlín, Ginebra, Londres. El único lugar al que la llevan sus pensamientos es un pueblo lejos de todo, ríos y bosques: Vólok.

En la recepción del hotel donde pudo haberse quedado, Elizaveta le muestra al conserje una dirección; se le llama un carruaje particular. “Está bastante lejos, en lo alto, un nuevo distrito de edificios elegantes y encantadores”.⁴⁰ En el carruaje cerrado, va en camino hacia Modena Villas, N° 1, Maitland Park...

*

Al bajar del tren, Elizaveta avanza, decidida. Ella sabe adónde va. En la estación, el ruido, el ir y venir de viajeros y trenes, la humedad, todo es un poco fantasmal. Detrás de ella camina un maletero; una extranjera hermosa y rica no puede ir sin un maletero. Lo más probable es que esté siendo esperada. Se sube al carruaje de un amigo, o al de una empresa de alquiler y se va. Relajada, mira la ciudad por las ventanas, el paisaje no tiene importancia para ella, sólo lamenta esa maldita lluvia. Tal vez ha viajado con una acompañante. La cuestión de su llegada, en cualquier caso, quedó resuelta.

Cien veces se ha descrito esta casa. Después de tantos lugares sombríos vividos por la familia Marx, el tirano, la esposa, la sirvienta, los niños, muertos y vivos, finalmente están en esta calle, gracias a una fortuna heredada. Esta casa bastante grande es un hogar de pertenencia. Los Marx permanecerán allí durante once años. La Sra. Marx dice con entusiasmo a uno de sus amigos cercanos: “Si tan sólo pudiera mostrarte nuestra sala de estar, o mejor aún, nuestro encantador invernadero decorado con flores y plantas trepadoras que crecen gracias a la excelente atención de Jennychen”.

“Pero antes de introducirla en el sanctasanctorum, debo describir el marco donde se encuentra la casa de Marx. ¿Recuerdan la pequeña iglesia a la entrada del parque? Al lado se construyeron dos casas bonitas y elegantes. La primera es nuestro actual domicilio. Tras atravesar un jardincito, una escalinata ancha y elegante

40 Yvonne Kapp, *Eléonor, Chronique familiale des Marx*, París, Éditions sociales, 1980.

da acceso a la vivienda, cuyo amplio y agradable hall de entrada impresiona a todo el mundo. Compramos el amoblamiento al antiguo inquilino y, en lugar de vernos obligados a amueblar con extrema parsimonia, esta vez usamos un poco más de dinero para muebles y decoración, así podemos recibir a no importa quién sin sentirnos avergonzados”.⁴¹

La Sra. Elizaveta será recibida como “no importa quién”. Elisabeth es una transeúnte. Vino a Londres para una simple misión. Entre las mujeres reinantes de la Villa Marx, la esposa, el ama de llaves y al menos dos hijas, Jenny la mayor, Eleonore, conocida como Tussy, la más joven, Lisa se siente cómoda. En una correspondencia posterior, ella dedicará unas palabras de simpatía y recuerdo a la familia. De este pasaje por Londres, que es la bisagra de su vida, sólo queda un pequeño rastro: un intercambio de cartas con Marx y un apodo. Los biógrafos de Marx, los cronistas de la familia, recuerdan en pocas líneas, apenas unas notas, la efímera visita de la dama rusa, *The Russian Lady*, como le gustaba llamarla a Marx que, tras la partida de la joven, ya no la llamará de otra manera.

Elisabeth en Londres está de tránsito. Reina el invierno, la opaca llovizna envuelve todo. Los tres meses de Lisa en esta atmósfera confusa también son turbios e inciertos.

Conoció a Marx y debatieron sobre política. Si tratamos de imaginar su reunión, debemos navegar entre hipótesis. Siempre se imagina que es del lado de ella que está la ocasión, la sorprendente ocasión de codearse con el gran hombre. Raramente se ha sugerido lo contrario: él también tuvo la ocasión.

*

En esta espaciosa casa, Marx puede retirarse a su estudio y no se priva de hacerlo. Odia salir, mostrarse, enfrentarse con otros. Rara

41 Carta de la Sra. Marx a Ernestine Liebknecht, 16 de julio de 1864.

vez habla en reuniones públicas, está rodeado de “enviados especiales” encargados de representarlo. Él sabe que es un orador débil, conoce los espasmos de su mal carácter. Es irritable, cuida sus forúnculos, cuyos dolores son constantes y finalmente se siente solo y retirado, distante de las disputas que, sin embargo, provoca. Su fuerza está en sus escritos y la manipulación. Su fuerza también está en sus seres queridos, mujer, sirvienta, hijas, pero también en sus discípulos dispuestos a cualquier confrontación por él.

A Marx no le gustan los visitantes desconocidos. Se protege de los visitantes importunos, no deseados; cruzar su puerta es una hazaña. La Sra. Elizaveta tuvo un éxito increíble. De hecho, ella misma tiene poco que ver con eso. El ábrete sésamo fueron dos palabras, y un nombre: hay una dama *rusa*, amiga de Nikolái Utin. Le trae una carta de él y de sus amigos que desea entregarte personalmente.

El primer ábrete sésamo es ciertamente el nombre de Utin. Marx, de hecho, quedó “prendado” de este ruso a quien no conoce más que por correspondencia y artículos del periódico. Pero Utin tiene para él un espíritu claro y leal, le muestra una gran deferencia. Sin hacer trampa ni mentir, Nikolái Utin puede pretender efectivamente a la amistad de Marx. Luego Marx vio la palabra “rusa”.

Cuando Elisavieta Lukínichna llega a Londres, Marx está en su período ruso. Ha pasado el tiempo de desprecio por este país –verdaderamente “el último” en el que la revolución tiene una oportunidad de progresar–. Gracias a traducciones recientes, ha descubierto escritos que respaldan sus análisis. Dos autores lo entusiasman, Chernishevski, por supuesto, y Písarev. Con su bulimia habitual, comenzó a aprender ruso. Lee los textos en la edición original con paciencia y pasión. Hay suficiente convergencia allí con sus preocupaciones del momento: la búsqueda de una conjunción entre reformas generales y la adaptación a las tradiciones sociales y económicas locales. Las teorías de la distribución agrícola de acuerdo con las reglas de la *Obshina* y del *Artel** le parecen pro-

* *Obshina* y *Artel*: dos formas de Comuna agraria en Rusia

fundamente justas. Con frenesí, Marx obtiene materiales para alimentar preguntas, cientos de veces ya reflexionadas por él. Como siempre, el entusiasmo se agotará rápido. Con la partida de Lisa dejará de lado “los papeles rusos”. Pero en ese momento, hay alguien tocando a su puerta, hablando ruso, cerca de Utin, sin duda consciente de las teorías que prevalecen allí. Y, lo que es más, ese alguien es una dama, “*The Russian Lady*”. Sin duda, Utin había insistido a sus compañeros que el mensajero fuera una mujer. Los rumores han informado a Ginebra de las aversiones e inclinaciones de Marx. Utin entendió que una mujer, una joven y bella mujer rusa podría abordarlo más fácilmente. Marx tiene cincuenta y dos años, Elisabeth tiene veinte. La seducción es un juego fácil para ella.

*

Es realmente una oportunidad: cerca de él, una joven bella e inteligente (a él le cuesta precisar su edad y ella cultiva el misterio) se involucra en jueguitos intelectuales. Ella lo mira, lo escucha, se nutre con sus palabras, como antes se había nutrido de otros cientos. Marx construyó a Elisabeth, como otros lo habían hecho antes que él. Es un paso para ella, tres meses de discusiones y quizás de emociones; allí algunos han visto una conexión real. ¿Quizás una nueva relación padre-hija? Pero él ya tiene tres hijas, todas personalidades fuertes. Sobre todo, la necesita. Durante estos tres meses, ella lo visita a menudo, casi todos los días. Si ella falta a una cita, él se impacienta: las notas que le envía muestran su exigencia.

En esta intimidad casi diaria con el muy estimado ciudadano, ella también se complace en frecuentar a las mujeres de la familia, en particular se relaciona estrechamente con Eleonor y Jenny. Con la misma velocidad, entró en contacto con la comitiva “política” de Marx. Los nombres más citados son Robert Applegarth y Hermann Jung. El primero la elogió en una carta a Marx. Con el segundo, más tarde intercambiará correspondencia. Es una vez

más un tiempo de aprendizaje. Con el apoyo de Applegarth, el carpintero, Lisa asiste a muchos mitines de la Internacional. En Londres, muchos trabajadores asisten a las reuniones. Generalmente se llevan a cabo en salas periféricas y con poca o ninguna calefacción. Probablemente fue durante una de estas noches políticas que Lisa contrajo una bronquitis crónica que no la abandonaría hasta su regreso a Rusia.

A diferencia de los dos años en Suiza, Lisa nunca habla en estas reuniones. Ella sólo tiene oídos y miradas, todavía está formándose.

Lisa parece dotada para crear rápidamente relaciones personales, más allá del ámbito político. Este fue el caso, al parecer, con Applegarth, de acuerdo con las enigmáticas cartas del propio militante inglés. Ella habría jugado un papel decisivo en la gestión de sus asuntos familiares, en particular con su hija, que es apenas más joven que Lisa, pero indecisa. No sabemos la naturaleza de su intervención. Applegarth sólo escribirá que ella ayudó a su hija a “asentarse”⁴². ¿Vive Elisabeth en la urgencia, en la conciencia de lo efímero, para introducirse así en la vida de los demás, tan brutalmente?

La Sra. Elizaveta (esto está confirmado) no conoce la discreción. Se acerca a los demás, entera y presente.

*

Con Marx, y quizás también con Engels, recientemente instalado en Londres, el debate es arduo. El objetivo principal ya no es la lucha por el poder en Ginebra, sino las cuestiones teóricas que Marx revisa en torno a su proyecto económico. Marx busca comprender qué es lo que atrae a tantos pensadores populistas rusos de las organizaciones rurales tradicionales de Obshina y Artel. Durante mucho tiempo, Marx pensó que Rusia era un país sin es-

42 Nata Iefréмова, *Rússkaia sorátnitsa Marksa* (Una compañera rusa de Marx), Moscú, 1982.

peranzas para un intento revolucionario. Las estructuras económicas le parecían demasiado arcaicas, y sus intercambios con Herzen (por quien no mostró demasiado entusiasmo) no contradecían sus convicciones. Pero Chernishevski y Písarev llevaron a un nivel más teórico las conjunciones deseables entre las estructuras tradicionales y modernas. De pronto, Marx, sin renunciar al postulado de un desarrollo necesario del capitalismo, visualiza de otra manera las posibilidades de evolución en el Imperio ruso.

El contenido de las conversaciones de Elisavieta Lukínichna con Marx se nos revela gracias a... una enfermedad. Lisa está cansada. Durante dos años se ha entregado sin medida a “la causa”. Y ese invierno de 1870-1871 fue particularmente duro. Desde Manchester hasta Berlín, y desde Copenhague a Madrid. Sus pulmones no pueden soportar la humedad de la niebla de Londres. La bronquitis la desmejora hasta el agotamiento. Y Lisa cae en cama. Marx está preocupado. Se vio privado por un tiempo de esa compañía estimulante y deliciosa. Entonces, en primer lugar, le escribe consejos. Ya que se niega a consultar a médicos, que tome al menos “cloral”. Pero inmediatamente después, incorregible, reanuda sus preguntas. Le pide que escriba lo que piensa de la organización agraria en Rusia. Desde su cama, Lisa responde y se disculpa por su caída. Ella desea que su amigo la visite, y reafirma su negativa a los médicos. Ella sólo aceptaría consultar a una mujer. Uno está tentado de ver en esta objeción la expresión de un feminismo radical. Y unas semanas después, ella será feminista. Pero esta negativa también puede esconder un miedo. No importa... ella responde largamente.

“Londres, 7 de enero de 1871,

Querido señor,

Gracias por su amabilidad y por su interés en mi salud. En cuanto a la alternativa que prevé para el destino de la comunidad rural en Rusia, su transformación en pequeña propiedad individual es, por desgracia, más que probable.

Todas las medidas del gobierno, el aumento aterrador y desproporcionado de los cargos y tarifas tienen el único objetivo de introducir la propiedad privada mediante la abolición de la responsabilidad colectiva. La ley promulgada el año pasado ya suprime la última de las comunas de menos de cuarenta almas (de hombres, porque las mujeres, desafortunadamente, no tienen alma). La prensa oficial y liberal no duda en elogiar las consecuencias de estas medidas a las que considera beneficiosas. En efecto un comienzo tan bueno es promisorio.

Me gustaría enviarle un número de *Narodnoie Dielo* (La causa del pueblo) en el que se aborda esta cuestión. Supongo que no ha podido obtener este diario hasta ahora.

Sin duda está familiarizado con el trabajo de Haxthausen, publicado en 1847, que estudia el sistema de la comuna rural en Rusia. Si por casualidad no lo tiene, avíseme. Tengo un ejemplar en ruso y puedo enviárselo de inmediato. Este libro contiene muchos hechos y datos verificados sobre la organización y administración de la comuna rural. En los artículos sobre propiedad de la tierra que está leyendo actualmente verá que Chernishevski a menudo menciona este libro y cita pasajes.

Obviamente, no me gustaría ocupar su tiempo, pero si el domingo por la noche tuviera algunas horas libres, estoy segura de que sus hijas serían tan felices como yo si Ud. las pasara con nosotras.

Transmita mis saludos a la Sra. Marx y reciba mi sincera consideración.

Elisa Tomanóvskaia⁴³

Debido a esta carta, los biógrafos soviéticos a menudo cayeron en éxtasis. Había tanta madurez, precisión, concisión en el análisis e interpretación. Quizás... También muestre otro aspecto del carácter de Elisavieta más o menos apreciado según los tiempos y las personas. Está segura de sí misma, ya lo sabe todo, y los hombres la apoyan en esta percepción de sí misma. Esta seguridad es una fuerza impulsora y su elocuencia lo expresaba. Pero

43 *Karl Marx, Friedrich Engels et la Russie révolutionnaire*, Moscú, 1967.

la molestia no está lejos; sin duda le falta modestia y gusto por el silencio.

*

El Museo Vólok es rico por una pieza única, un pequeño cuadro que inmortaliza la colaboración de Karl Marx-Elisavieta Lukínichna. El motivo es realista, pero sin pretensiones: Elisabeth está de perfil, muy recta, sus manos expresivas medio levantadas; la suponemos parlanchina y segura de lo que dice. Frente a ella está sentado en un sillón Karl Marx, con la cabeza apoyada en el brazo doblado; escucha atento, casi asombrado. A su alrededor, una mesa de trabajo y libros. Detrás de ellos, una chimenea. De pie está apoyado en la chimenea Friedrich Engels, con mirada protectora sobre los dos oradores. En esta composición, Engels es un intruso, como si hubiera aterrizado sin ser anunciado, interrumpiendo la privacidad de los otros dos. Mijaíl M. Mijaílov había encargado esta pintura al Museo Marx-Engels de Moscú para la inauguración de su exposición, su última pasión. En la primera versión, el pintor había “olvidado” a Engels, basándose en las biografías publicadas en la Unión Soviética. Sin embargo, sin haber sido probada históricamente, la reunión con Engels es probable pero marginal, ya que este último se acababa de mudar a Londres. La mitología marxista-leninista no podía permitir la ausencia de uno de los miembros del tándem idolatrado. El curador del museo Vólok se enojó mucho y exigió una nueva pintura incluyendo a Engels. El pintor se contentó con agregarlo a la vieja pintura. Mijaíl Davidovski Mijaílov, satisfecho, lo colgó en un buen lugar.

*

Agotados los temas rusos y las riñas provincianas, Marx, Elisavieta y el círculo pasarán a otros temas, menos teóricos, más actuales: la situación en Francia, el conflicto franco-prusiano. La

guerra, que ha venido asolando durante diez meses en el este de Francia, es una carnicería. Napoleón III llevó a su pueblo y a su país al desastre para ocultar las impericias, las bancarrotas económicas y la corrupción de un reinado de más de veinte años. La represión política ya había hecho desastres, llevando a pequeños y grandes opositores a aceptar la censura o al exilio.

El desarme de la sociedad imperial había sido consumado en enero de 1870 en el entierro magistral y muy republicano del periodista Victor Noir.* En un largo juicio, a mediados de julio, se acusó a los activistas franceses (o que trabajan en Francia) de la Primera Internacional: Malon, Franckel, Varlin, etc. Cualquiera espíritu un poco ilustrado, socializador, estima (después de seis semanas de guerra catastrófica) que es necesario poner fin al gobierno de Badinguet (apodo de Napoleón III). Desde los monárquicos hasta los blanquistas (la mayoría radicales), el ejército, y en la primera fila la Guardia Nacional, vibra con patriotismo y desprecia a su líder supremo. Y el 4 de septiembre de 1870, se proclamó la República.

La guerra, sin embargo, no ha terminado. La revolución tampoco. A pesar de la terrible hambruna que asfixia a París, del invierno particularmente duro que diezma a viejos y niños, a pesar del barro y los cadáveres, los parisinos se movilizan. En Inglaterra, Bélgica y Suiza, los ojos están puestos en las convulsiones de París. Allí nuevamente los análisis divergen. Marx observa, espera, juzga las condiciones insuficientes para un despertar revolucionario; Bakunin se está preparando una vez más para la revolución y pone toda su esperanza en los trabajadores de Francia. Marx esperará hasta el último momento, nada lo conmueve. Muchos bakuninistas ya han regresado clandestinamente a la capital francesa y otras ciudades importantes, Lyon, Marsella. Marx insta a sus compañeros a ser pacientes: “*Wait and see*”.

* [N. de la T.] Victor Noir, periodista republicano, fue asesinado por el sobrino de Bonaparte. Cuando el juez lo absolvió, estalló una violenta manifestación popular. Su tumba es la más acariaciada de Francia.

También Elizaveta espera. Permanece impassible, mientras el “armisticio de la vergüenza” se firma el 28 de enero de 1871, abriendo las puertas de París al ejército prusiano. Inmóviles, a la sombra de Marx, todos sus compañeros se esconden mientras las revueltas se extienden y resuenan las llamadas de auxilio. Cuando finalmente, el 18 de marzo, los parisinos se apoderaron de su ciudad, Marx ya no pudo cerrar los ojos ni taparse los oídos. La evidencia requiere el envío de representantes del Consejo General a París. Auguste Sérailler es el primer elegido. Es francés e impaciente. Deja a su esposa Jenny en Londres y desaparece hacia París, en una misión de información, como el ojo de Marx, en Francia.

El Consejo, cuidando la eficacia, había decidido mandar dos emisarios. Había que elegir a otro candidato. Durante algún tiempo, el Consejo General –es decir: Marx– dudó. Marx elige a otro fiel, Hermann Jung. Pero una gripe grave lo inmoviliza. Elisabeth no tiene restricciones, no tiene familia, es rica y libre. Ella propone reemplazarlo. Y el 27 de marzo, con la Comuna proclamada, una dama rusa, esposa de coronel, se embarcó para Calais. Su misión es idéntica a la de Sérailler: informar al Consejo General de la Primera Internacional, es decir, a Marx, con la mayor precisión posible sobre el progreso de los acontecimientos parisinos.

*

Londres quedó atrás. ¿Sabía Marx que nunca volvería a ver a la dama rusa? Durante mucho tiempo la citará en sus discursos o cartas; se preocupará por ella, le será fiel más allá de los rumores y las extravagancias de la dama.

San Petersburgo-Ginebra, San Petersburgo-Viena, Ginebra, Bruselas, Londres, y ahora París. Esta vida es también una visita guiada por la Europa revolucionaria en la década de 1870.

PARTE TRES

París
Una bufanda roja

1

La intrusa

El 18 de enero de 1918, un hombre salió del Palacio de Invierno en Petrogrado. Su cara angulosa está desgarrada por la fatiga, pero los ojos expresan cierta alegría. A pocos pasos, el río Neva está congelado. Llegado a la orilla, se pone los patines y salta sobre el hielo. Uno de sus compañeros lo reconoce y le pregunta el motivo de esta emoción. El hombre responde: “¡Hoy 18 de enero, nuestra revolución ha durado un día más que la Comuna de París!”. Y gira con más energía. Vladímir Ilich Uliánov, llamado Lenin, parece haber sentido ese día, el 74° de la Revolución Bolchevique, una alegría infantil.

Una versión menos novelesca (y más probable) de la anécdota muestra al mismo Lenin rebosante de determinación en la galería del Palacio Táuride en Petrogrado:

“¡Camaradas! en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo, debo presentarles nuestro informe de actividad después de dos meses y quince días desde el establecimiento en Rusia del gobierno de los soviets... Tres días más de existencia que el poder anterior de los trabajadores... Después de dos meses y doce días,

la Comuna de París instalada por el proletariado parisino cayó bajo el fuego del ejército francés. Las condiciones en las que nos encontramos hoy son mucho más favorables”.⁴⁴ La referencia es esencial.

Los bolcheviques y parte de sus herederos tuvieron, no setenta y cuatro días, sino setenta y cuatro años. En marzo de 1991, el aniversario de la Comuna (ciento veinte) se celebró en Rusia una vez más (de manera discreta); probablemente, por última vez. En 1991, la Comuna de París, sus participantes y sus seguidores, cambiaron el mundo de “nié khorochié lioudi” (personas malas). Pero, en 1918, la revolución naciente busca modelos. La Comuna es un mito. Unos pocos rusos participaron en la insurrección parisina, principalmente en segundos papeles o como espectadores, excepto una mujer muy joven, ampliamente descrita por sus contemporáneos en sus recuerdos biográficos o en sus informes. En 1926, el Instituto de Marxismo-Leninismo, bajo la dirección de Riazanov, se lanza sobre los pasos de esta enigmática princesa Dmitrieff, esta “khorochii tcheloviek” (persona de bien) que necesita para adornar la galería de retratos y modelos revolucionarios.

Setenta y cuatro días no es mucho tiempo. Para Elisavieta Lukínichna, alias Elisabeth Dmitrieff, que llegó a París el 28 o 29 de marzo, eran diez días menos. Sólo dos meses, especialmente dos meses. Sesenta y cuatro días, como una totalidad de luchas y decisiones tanto como de contradicciones. Elisabeth Dmitrieff condensa en sus acciones, en su imagen y vagabundeos las esperanzas de una revolución única y sublime que fue masacrada. Las palabras entusiastas y amargas de una compañera resumen el flujo y reflujo del ardor revolucionario:

44 Lev Kokin, *Chas búdushego* (La hora del futuro/porvenir), Moscú, The Political Literature Editions, 1984.

“15 de abril de 1871,
Ciudadanos, puse en agenda la siguiente propuesta:

Considerando que la Sra. Elisabeth Dmitrieff se ocupa, con un celo y una energía que están por encima de cualquier elogio del agrupamiento de los Parisinos, de la organización de un Comité Central destinado al aumento de las fuerzas morales y materiales de la defensa;

Considerando que su calidad de extranjera suma mérito a sus iniciativas, la Asamblea General de Miembros de la Unión de Mujeres otorga a la Sra. Elisabeth Dmitrieff el título de ciudadana de París, hasta que la República Universal le otorgue las cartas de naturalización que la harán ciudadana de la humanidad”.

“16 de diciembre de 1875, Kashan, Hungría,

Mi querida Marie,

[...] ¿Sabes que Léo Frankel acaba de ser arrestado en Viena? Creo que él se ha vinculado con no sé cuál movimiento de trabajadores. Quizás recuerdes haberme oído hablar de él durante una reunión de mujeres en la que estuve con André Léo y en la que este miembro de la Comuna dijo palabras totalmente razonables mientras nosotros protestábamos en nombre de la familia contra toda la locura de la Sra. Dmitrieff. Él está detenido. Es un hombre muy joven a quien por su cabello rubio tomé por un prusiano, mientras que en realidad era húngaro”.

“Kashan, 19 de marzo de 1876,

Mi muy querida Marie

[...] Hace cinco años, estábamos al día siguiente de la revolución comunal... Afortunadamente tenemos el recuerdo de nuestros muertos, de estos soldados del progreso, para consolarnos por la debilidad de los sobrevivientes (Varlin, Vermorel, Bourgeois, Delécluze).. Estábamos seguros de que, si continuaba, la democracia lograría el disfrute de todos los derechos a través del espíritu de moderación que sus representantes utilizaron en su nombre. Se me ocurrió que la bella Dmitrieff era una provocadora de la policía rusa

(quiero decir: de la política). Ahora que observo desde la distancia, ese pensamiento se transforma en certeza”.⁴⁵

Sesenta y cuatro días de los que Elisabeth siempre conservará una huella. Sesenta y cuatro días durante los cuales ella se expresa en su entusiasmo y en sus excesos, en las pasiones que inspira y también en las hostilidades.

*

Sin duda, Marx dudó un poco: sí, la necesita por su conocimiento teórico de Rusia y por su juventud. Su francés es excelente y es desconocida para la policía francesa. Esta dama rusa se jugará en los puestos fronterizos. También piensa que esta *Russian Lady*, por ser una mujer, se mezclará más fácilmente con los insurgentes y, por lo tanto, será una buena cronista.

Elisabeth se pone en camino. No conoce París, sólo sabe que los acontecimientos están allí. En Ginebra, y Londres, conocía a suficientes franceses para comprender que todo era posible.

Desde Dover, zarpa hacia Calais. Ella misma indicará su trayecto en una carta. Aún es posible entrar y salir de París a pesar de las fuerzas “regulares” de Versalles y sus socios (el ejército prusiano estacionado cerca de París).

Una semana antes que ella, otra mujer bajó del Norte, pero de Bruselas, para sumergirse en París. Una burguesa, escritora de poca reputación. Augustina Blanchecotte, el 19 de marzo, anota en su diario de viaje en Bruselas:

“El clima es delicioso. El hermoso cielo vierte su paz en este pequeño pedazo de tierra que llamo mi ‘home’, los días de mis cursos belgas. ¡Vamos al Jardín Zoológico! Los animales son algo tan dulce y natural que me encanta hacer amistad con ellos.

45 Esta referencia y estas cartas me fueron encomendadas por Claude Schkolnyk-Glangeaud, autor de una tesis muy rica: *Victoire Tynaire, du socialisme utopique au positivisme Révolutionnaire*, Universidad de París-VII, noviembre de 1991.

”Y, mientras sueño, los hombres, más inquebrantables que las bestias, se vuelven locos; sólo respiran a través del odio. Una nueva revolución ha estallado en París, esta cresta ardiente de la cual brota eternamente el fuego. En Lille (uno de estos grandes terrores provinciales) se hacían planes”.⁴⁶

Hay pocas posibilidades de equivocarse si uno dice que la “dama rusa”, por su parte, no ha visitado ningún jardín zoológico, ni en Lille ni en Bruselas. El 28 de marzo, el clima aún estaba despejado y el viaje probablemente fue agradable. La ciudadana Elizaveta ya está escuchando, registra y también observa este odio provincial contra París. Esta ciudad de la que tiene un conocimiento libresco ahora, después de ocho meses de guerra, registra la agitación prerrevolucionaria, la hambruna y el frío.

El 21 de marzo, Augustina Blanchecotte nuevamente comentó: “El amanecer se perfila, pálido; la ciudad ofrece un aspecto extraño; altas barricadas bloquean las calles. En la Plaza de la Bolsa resuenan los pasos de los soldados. La rue de la Banque está custodiada severamente por soldados. Les Halles está vacío de mercancías, pero está vivo y lleno de gente. Muchos esa noche se quedaron allí; esa noche no durmieron; lo vemos por las luces de las lámparas en las casas. Descubro el Panteón armado con seis cañones. La bandera roja flamea en casi todas partes”.

*

Hermann Jung a Karl Marx,
29 de marzo de 1871,

Querido Marx:

Acabo de recibir una carta de la Sra. Tomanóvskaia, que llegó a París. Sérailler llegó ayer por la mañana. Pero la Sra. Tomanóvskaia dijo muy poco en su carta, probablemente por temor de que caiga en manos de los enemigos. Parece que Malon está en París y actuó de manera doble, no contra el

46 Augustina Blanchecotte, *Les Tablettes d'une femme pendant la Commune de París*, París, 1872.

Comité Central, pero tampoco a favor. “Malon, que fuera elegido miembro de la Comuna, participó sin haber entendido la situación y, a pesar de su extrema honestidad, se acopló en un movimiento de municipios que iba contra el Comité Central”.

“Todo está bien en París, según la carta, pero espero una más detallada, sólo que la Sra. Tomanóvskaia no da una dirección y tendría que escribirle; ¿Me puede dar una dirección en París donde pueda enviarle mis cartas?”⁴⁷

Cuando la Sra. Tomanóvskaia entra a París, la Comuna ya está instalada; han sido electos ya la guardia nacional y los delegados (quienes son, de cierto modo, los ministros). La proclamación se celebró con júbilo y desfiles, bajo un cielo despejado. Esta dama rusa tiene dos nombres en mente, los de dos funcionarios elegidos, y no de los menos importantes. Ella ya conoce bien a uno de ellos. En Ginebra, le había presentado las lecturas de Chernishevski y el proyecto de una traducción del *¿Qué hacer?* que había bosquejado. Benoît Malon, después de los viajes de los juicios de la Primera Internacional, después de la huelga de Creusot, después de la proclamación de la república el 4 de septiembre, después de la guerra y el invierno del hambre, fue elegido, en la Comuna, miembro de varias comisiones fundamentales (incluidos los de trabajo e intercambio) de este gobierno revolucionario. Él fue representante del distrito XVII, Batignolles, Clichy, Saint-Ouen. El mensaje de Jung a Marx atestigua la reunión inmediata de la ciudadana Elizaveta y Benoît Malon. Sin lugar a dudas, desempeñará un papel determinante tanto en la acción política de la joven en la Comuna como en los detalles prácticos de su estancia en París. Al estar su hogar cerca de la avenida de Saint-Ouen, “en una de las callejuelas perpendiculares a este eje”, se podría pensar que fue Malon quien le encontró un alojamiento en su circunscripción.⁴⁸

47 Hermann Jung a Karl Marx, *Lettres de communards et de militants de la Première Internationale à Marx, Engels et autres dans les journées de la Commune de Paris*, París, Bureau d'Éditions, 1934.

48 Mijaíl Petróvich Sajine (Armand Ross), *Souvenirs 1860-1880*, Moscú, 1925.

Léo Frankel fue elegido en el distrito XIII. Elisabeth no lo conoce directamente. Sólo tenía la estima y el elogio de Marx por este joven judío húngaro, también miembro de la Primera Internacional. Apenas elegido por los parisinos, fue el blanco de los versalleses, denunciado como agente extranjero. Pero la Comuna, inspirada en parte por la noción de universalidad, protege a su representante electo, su delegado combativo de la Comisión de Trabajo e Intercambio. La Comuna está bien fundamentada para hacerlo, y la gente de Versalles lo focaliza como enemigo. Léo Frankel será uno de los comuneros más productivos y eficientes. Los nombres de Lisa y Frankel permanecerán vinculados: ideas, trabajo, pero también amor, sangre y derrota.

La Comuna de París también fue una fiesta, rica en personajes coloridos, amantes de la vida, héroes de la comedia más que de la tragedia. Pero Lisa no será una de ellos, tiene más talento para la seriedad y el drama que para las risas y la juerga. Por lo tanto, es impermeable a la alegría. Esta intolerancia romperá viejas amistades. Tal vez llegó a tiempo para asistir a la celebración del matrimonio republicano de su vecina de Petersburgo, Anna Korvin-Krukóvskaia, con otro representante electo de la Comuna, Victor Jaclard, unidos en el ayuntamiento del distrito XVII por Benoît Malon. Quizás ella apreciaba esta legitimación simbólica de su vínculo. Tal vez... Pero en las semanas, los días siguientes, las dos amigas de la infancia estarán lejos la una de la otra, lejos en la acción, en las concepciones políticas. Sucederá lo mismo con André Léo, otra voz famosa de los combatientes de la Comuna, futura compañera de Malon. La colaboración entre las dos mujeres será efímera; aquí se mezclan los sentimientos y la política, la vida privada y la vida pública. Elisabeth también se encontrará con Mijaíl Petróvich Sajine, un adversario ideológico, un anarquista, pero un compañero en esta lucha parisina.⁴⁹ Ella conoce también

49 Mijaíl Pétrovich Sajine, anarquista, era conocido por el seudónimo de Armand Ross. Deportado a Siberia por primera vez al final en la década de 1860, escapó por el Lejano Oriente. Refugiado en Suiza, colabora con Bakunin.

a Piotr Lávrovich Lavrov, pero este contacto se mantendrá más bien en lo teórico.

La presencia de Elisavieta Lukínichna Tomanóvskaia en esta insurrección constituye una suma de paradojas y una muy importante: ¿Cómo una aristócrata rusa, con porte aristocrático y lenguaje aristocrático, con disponibilidad de dinero, en pocos días puede organizar y tomar el liderazgo de una organización de mujeres proletarias francesas, las más importantes en la acción como en las ideas de la Comuna de París?

*

Marx la llamaba “*The Russian Lady*” y, sin duda, es una dama. La tela de su ropa es de alta calidad, el corte es elegante. Ella sabe cómo vestir su abrigo negro con adornos discretos pero elegantes, para aparecer y ser reconocida. Su erudición confirma su apariencia: recibió una educación reservada para personas de calidad. Todos notaban su habilidad para manejar palabras en público. En esta revolución, donde las palabras cuentan tanto como los escritos, donde las realidades triviales, magníficas o irrisorias, disputan con el teatro, la dama rusa estará cómoda. Le gusta tanto la teoría como la representación revolucionaria, como a muchos de los comuneros.

Casi todos los batallones de la Guardia Nacional se lanzan al combate con un uniforme específico, en el que las fantasías no ceden en nada ante lo inverosímil. En las historias, la descripción de los uniformes ocupa un lugar equivalente al de las batallas. Con la misma minuciosidad, se cuenta sobre la ropa de la extranjera, el vestido de mujer, el cinturón rojo y la bufanda con flecos dorados y los pantalones de turco y la chaqueta de húsares.⁵⁰

Más allá de sus atuendos a veces excéntricos, las mujeres de la Comuna desempeñaron un papel considerable. Fueron veneradas

50 Édith Thomas, *Les Pétoleuses*, París, Gallimard, 1971.

por sus compañeros y odiadas por sus adversarios. Las lavanderas, las costureras, las cantineras, las mujeres del pueblo encarnan la revolución. Pero a la cabeza se levanta una especie de reina. Los primeros roles se confían una vez más a muchachas de las clases altas. Sin embargo, Elisavieta Lukínichna hizo esfuerzos para despojarse de su atuendo aristocrático. Pero, por supuesto, nadie se confunde.

Se deshizo de su nombre. En París, no habrá rastro de Madame *la coronela* Tomanóvskaia. Eligió un apellido ruso, sin duda, pero afrancesado y fácil de recordar: Elisabeth Dmitrieff.

*

Benoît Malon la aprueba, la guía, le abre las primeras puertas; las mujeres deben ser organizadas. Hasta este momento, Elisabeth pensó en la revolución, la vivió, la observó durante las reuniones electorales y las huelgas en Ginebra y Londres. Ahora, se trata de actuar y rápidamente en una ciudad asediada, muerta de hambre por los ejércitos, ahora cómplices de adversarios de ayer: prusianos y versalleses.

Actúa y rápido, así que...

La asociación dirigida por Elisabeth y Malon se formó entre el 8 y el 11 de abril. Una llamada vibrante y anónima precedió a una convocatoria para la reunión de fundación. En la noche del 11 de abril, después de varias horas de debate en una sala del Gran Café de las Naciones, en la rue du Temple, se creó la "*Unión de mujeres para la defensa de París y la asistencia de los heridos*". Al día siguiente, un periódico leal a los comuneros, *Le Vengeur*, decía: "Vi tres revoluciones y, por primera vez, vi mujeres involucrarse con resolución, a las mujeres y los niños. Parece que esta revolución es precisamente suya y que, al defenderla, están defendiendo su propio futuro".

En Asamblea se votan los estatutos y la dirección de la Unión de Mujeres. Cada distrito envía a una representante al Comité Central; la elección es obvia pero hay evidencias de la huella de

Elisabeth: I Anna Maillet, costurera; III, Marquant, mecánica; IV, Angéline Sabatier, fabricante de sombreros; V, Victorine Paiesvaux, decoradora; VI, Nathalie Lemel, encuadernadora; VII, Octavie Vataire, fabricante de ropa blanca; VIII, Marie Picot, sin profesión; IX, Bessaiche, costurera; X, Blanche Lefebvre, modista; XI, Marie Leloup, costurera; XII, Foret, costurera; XIII, Sra. Chantraille, sin profesión; XIV, Rivièr, chalequera; XVI, Aline Jacquier, engrapadora; XVII, Aglaé Jarry, sin profesión; XVIII, Blondeau, pulidora de oro; XIX, Jeanne Musset, costurera; XX, Gauvani, cartonera; Elisabeth Dmitrieff, sin profesión, sin barrio.

Elisabeth es una intrusa y cultiva su singularidad. Ha estado allí durante diez días y ya es omnipresente. Su nombre opaca a los de sus compañeras, en otra instancia de gobierno de la Unión, la Junta Ejecutiva, el verdadero gobierno de la asociación. Ella ha estado allí durante diez días y ya asesora, ordena, arenga, escribe. De esta omnipresencia nacerán la leyenda, la adulación y el rechazo. Ella es radical. Ve la oportunidad de la nueva mujer en la vida familiar, laboral y social. Es la Vera Pávlovna del *¿Qué hacer?* y en su tenacidad confunde literatura y realidad. Durante su paso ante el Consejo de Guerra, Nathalie Lemel, una de las líderes sindicales arrestada, define el rol de cada uno: para Elisabeth, el de ideóloga o comisionada política. Para otros, la organización concreta de la Unión, el funcionamiento, acción y conocimiento. Según Nathalie Lemel (y por el examen grafológico de los manuscritos), podemos atribuir los pocos textos editados por la Unión de Mujeres a Elisabeth Dmitrieff.⁵¹

Elisabeth elige a las activistas, diseña los estatutos de la asociación. Muy fuertemente inspirada por la tendencia marxista de la Internacional (se escribirá que será una de los dos únicos “marxistas” en la Comuna), anticipando futuros partidos revolucionarios

51 Nathalie Lemel, encuadernadora de Brest, era mayor que Elisabeth Dmitrieff, de veinticuatro años. Miembro de la AIT, cofundadora con Eugène Varlin de Marmite, un “restaurante” cooperativa, fue respetada en el movimiento revolucionario por su experiencia y compromiso.

rios, impone una unión monolítica altamente centralizada, incluso autoritaria, con objetivos sociales y políticos, pero también militares: “una organización sería destinada a ayudar al trabajo de las comisiones gubernamentales, para el servicio de ambulancias, hornos y barricadas”.⁵²

El artículo 14 hará correr mucha tinta. La gente de Versalles leerá allí la prueba del objetivo final de estas incendiarias: destruir. Arregla la distribución de fondos, después de deducir los costos operativos: apoyo social, posible remuneración permanente y “compra de petróleo (con las que se construían bombas incendiarias) y armas para las ciudadanas que lucharán”.⁵³

Dos semanas, no más. Le habría llevado dos semanas construir, en general, un improbable ejército de... incendiarias. Tan pronto como llega, se prepara para el combate, concentra sus fuerzas en proyectos que se pueden lograr de inmediato y no tolera ninguna disidencia. Adornada con un pañuelo rojo con flecos dorados, corre del club al comité. Todos pueden ver el gran abrigo negro y las pistolas ajustadas a la cintura. ¿Es la hija del gran propietario, director de almas y siervos, quien sabe cómo mandar a los trabajadores tan acostumbrados a obedecer? Está disponible, sin restricciones de tiempo ni de dinero.

La Unión nació de los escombros de la Asociación de Mujeres de Jules Allix, otro comunero electo, antiguo revolucionario, ya candidato “comunista” en 1848, con un eclecticismo amable, que también creía en la emancipación de las mujeres, la transmisión a través de caracoles simpáticos, las virtudes del “dedo prusiano” y la religión de su amigo Babick. La Asociación era entonces un híbrido de activistas internacionales, mecenas e intelectuales.

La nueva Unión de Elisabeth elimina rápidamente las dos últimas categorías. Son intelectuales internacionalistas, pero libertarias. No están satisfechas con el monolitismo y el autoritarismo de su líder. Su dedicación no es menos generosa. Sus creencias

⁵² *Diario Oficial* del 11 de abril de 1871.

⁵³ Estatutos de la Unión de Mujeres, Archivos de Guerra, LY 22.

son igual de profundas. Sus análisis a menudo convergen. Pero mujeres como Louise Michel, Anna Jaclard o André Léo no pueden someterse a ninguna arbitrariedad, incluso a la de otras mujeres. Anna Jaclard y Louise Michel prefieren el Comité de Vigilancia de Montmartre, que está más orientado hacia cuestiones educativas. André Léo se unirá a ellas allí. En los primeros días de abril, la virtuosa polemista de la Comuna se mantuvo en la Unión de Mujeres, probablemente alentada por Benoît Malon. Pero no es excluyente: cuando el comité de vigilancia el 22 de abril llama a las mujeres de Montmartre para organizar ambulancias, André Léo adhiere a esta iniciativa porque los términos son muy parecidos a los utilizados habitualmente por la Unión de Mujeres. Pero la Unión y, por ende, Elisabeth, no aceptan esta bigamia. Se ordena a André Léo que se explique sobre esta traición y se publicará una aclaración del caso.

Esos infantilismos (Elisabeth no llega a los 21 años en esa primavera de 1871) recuerdan los sobresaltos ginebrinos de la Internacional. Pero el compromiso es de otra naturaleza: es la supervivencia de una experiencia revolucionaria excepcional, pluralista y radical; la muerte de hombres, mujeres y niños ha reemplazado las intrigas provincianas.

Además, en silencio, a diferencia del ruido con el que había acompañado su retirada de *La Égalité* y su ataque contra Bakunin, André Léo se retiró de la lucha terrenal para concentrar sus fuerzas en la escritura, donde sobresalió. André Léo no necesita de nadie para escribir y pensar. Elisabeth, por otro lado, tiene menos experiencia en las realidades francesas. A pesar de su confusión, la influencia de la periodista se sentirá en las palabras, en los escritos e incluso en las acciones de Elisabeth.

*

Desde el 18 de marzo, cuando la multitud parisina se apoderó de los cañones de Montmartre y arrestó a los generales Leconte y

Thomas del ejército derrotado, la Comuna se instaló en su diversidad social, política y humana. La Comuna es una cacofonía, un festival de las más diversas motivaciones, nacionalistas o internacionalistas, libertarias y autoritarias, sociales y culturales, individuales o colectivas. Es, por excelencia, una revolución plural: vive y muere en parte por estas contradicciones. Es una mezcla de audacia y legalismo tímido, moralismo escandaloso y ligereza amorosa. París flota a ritmos demasiado lentos o demasiado rápidos. París está asediada y hambrienta, pero se entra y se sale, “Vamos de Bicêtre a Charenton y de Charenton a Bicêtre” por una ruta caótica cercana a la locura. Casi todos los días, agentes dudosos y hombres de negocios hacen el viaje a Versalles u otro lugar. La guerra civil se extendió. Pero en los grandes bulevares los cafés están llenos de curiosos, guardias nacionales o escritores charlatanes. La Comuna es elegida, proclamada, quiere gobernar, pero deja a espías como el coronel Barral de Montaud, un ser oscuro y corrupto que la sabotea. Se hunde en un respeto formal al marqués de Ploeuc, vicegobernador del Banco de Francia, que permanece en su cargo desde el primero hasta el último día. Los espías de todos los países se mueven libremente. El consejero de la embajada rusa, Ókuniev, redactó y enviaba un informe detallado casi a diario a San Petersburgo sin ningún obstáculo.

Algunos inventores angustiados ven la oportunidad de realizar su sueño: el jefe de seguridad de los comuneros recibe diariamente cartas detalladas según las cuales la vida de los ancianos, los excluidos, los niños se organizan en utopías alegres. Nos adornamos y los caracoles simpáticos encuentran oídos atentos. Florecen los uniformes; la Comuna también se instala en un decorado: hay desfiles, fiestas, teatros en patios y jardines. Algunos lanzan todas sus fuerzas a la defensa y la estrategia militar. Otros, los más políticos, entienden la urgencia de afianzar la Comuna, para consolidar las bases contra cualquier vuelta atrás. Benoît Malon, Léo Frankel y Elisabeth están entre ellos. Avanzan, instalan, suprimen, organizan, innovan: sus decisiones son entonces asombrosamente modernas:

la semana de cuarenta horas, la eliminación del trabajo nocturno, la creación de talleres cooperativos, la reorganización del trabajo de las mujeres, la transformación de la familia, especialmente por el reconocimiento del concubinato. Chocan con el rigor, el autoritarismo y la intolerancia que engendrará esta velocidad.

Pero el Sr. Thiers, desde el gobierno de Vesalles, también avanza, apoyado por una Francia atroz, hasta esa semana sangrienta, esa semana púrpura. Sólo setenta y cuatro días.

2

Sanguíneos⁵⁴

Léo Frankel, el delegado de Trabajo, a los parisinos

Decreto sobre el alquiler, 29 de marzo de 1871,
la Comuna de París,

Considerando que el trabajo, la industria y el comercio han soportado todas las cargas de la guerra, y que es correcto que la propiedad haga su parte de sacrificios.

Decreta:

Artículo 1 - La entrega general se hace a los *inquilinos* en los términos de octubre de 1870, enero y abril de 1871.

Artículo 2 - Todas las sumas pagadas por los inquilinos durante los nueve meses serán aplicados a los meses por venir.

*Marqués de Ploeuc, Vicegobernador del Banco de Francia,
libro de registro*

54 Los elementos que componen el capítulo 2 se han extraído de diversas fuentes que se encuentran al final de este libro.

Miércoles 29 de marzo, situación del Banco de Francia hasta la fecha:

Efectivo: 243 millones de francos

Portafolio: 468 millones

Efectos prorrogados: 431 millones

Valores depositados: 120 millones

Lingotes: 111 millones

Joyas depositadas: 7 millones

Títulos depositados: 900 millones

Billetes de banco a librar: 800 millones

Total: 2.980 millones de francos

Vizconde Barral de Montaud, coronel de la legión.

Declaración

El 22 de marzo, estaba en París. Pasaron unos días durante los cuales estuve en Versalles con el gobierno, volviendo por la noche a dormir en París. Nada es más curioso que este viaje; era completamente ignorante de la situación.

Adolphe Thiers, jefe del gobierno de Versalles

Discurso a parlamentarios.

En París, la situación es la siguiente. Doscientos o trescientos mil individuos pasaron varios meses sin hacer nada o con un rifle que no usaban mucho; vivieron con la ayuda de la administración municipal y encontraron esta vida bastante conveniente. A su lado están los revolucionarios, los imitadores de 1793, que dicen que en 1848 habían sido demasiado gentiles y que esta vez debían comportarse de manera diferente. Todavía está la Internacional jugando su papel. Todo esto constituye una fuerza formidable. Tendremos una lucha terrible contra estas personas de todo tipo que se han concentrado en París.

Informe del Asesor de Embajada Ókuniev a Su Alteza, El príncipe Goncharov

29 de marzo,

Al hablarme sobre las elecciones que acaban de tener lugar, el jefe del poder ejecutivo no me ocultó sus molestias. Al tratar de darse cuenta de la verdadera corriente de la opinión pública, había adquirido la certeza, me dijo, de que Francia era mucho más republicana de lo que generalmente se creía y de lo que él mismo había creído.

[...] Puede ser que la profesión de fe del Sr. Thiers sea sincera, pero también puede ser que ella sólo le haya sido dictada por el deseo de darle a la insurrección de París el único pretexto del que puede servirse (esto es lo más probable), el de una supuesta conspiración monárquica tramada por el gobierno de la Asamblea Nacional.

[...] También debo señalar que en este momento sólo los republicanos están mostrando energía y actividad, que sólo ellos parecen unidos mientras que las debilidades y el desánimo parecen apoderarse de las otras partes.

Tengo el honor de ser, con profundo respeto,

Señor canciller,

De Su Alteza

Su siervo muy humilde y obediente.

Vizconde de Barral de Montaud

Reporte

Decidí quedarme en París. Me parece que podría ser útil para el gobierno de Versalles. Así que tengo que acercarme a este mundo, la Comuna, de la cual hasta ahora mis gustos, mis opiniones, mi propia naturaleza me habían alejado profundamente. Encuentro allí los temas de estudio más curiosos: se pueden dividir en tres grupos distintos: agentes extranjeros, republicanos rojos con sus acólitos y seguidores de levantamientos internacionales. Finalmente, en París está toda la escoria de Europa. El humo de la guerra con Prusia, excitando la necesidad de aventura, trajo de repente a la capital muestras de todas las razas europeas. Vemos desfilar en los bulevares a rusos, italianos, griegos, balcánicos, belgas, holandeses, irlandeses, españoles, pero sobre todo a polacos, esos polacos a quienes una vez recibimos con tanta amabilidad y generosidad. Una necedad a la que estamos estúpidamente ligados.

Marqués de Ploeuc

29 de marzo por la tarde,
Partida del gobernador del Banco hacia Versalles, alrededor de las 9 de la mañana. Esta mañana visita de Varlin y Jourde, que piden 250.000 francos. Dijeron: somos la fuerza. Respondí: soy el derecho.

Léo Frankel al marqués de Ploeuc

Señor Gobernador,
Matar de hambre al pueblo de París es el arma utilizada por la parte que dice ser honesta. El hambre no desarma a nadie; sólo empujará a las masas a la masacre y la devastación. Queríamos evitar todos estos males, el Banco podría ayudarnos.⁵⁵
Recogemos el guante que se nos arroja, dejando a quienes no dudan en azuzar la ira popular con la terrible responsabilidad de su conducta.

Marqués de Ploeuc

Todavía no estamos listos para una resistencia seria. El Comité Central iba a venir y tomar 350.000 francos pertenecientes a la ciudad de París. Los agentes escucharon a los guardias nacionales entrar al Banco. Como el cajero estaba ausente, se retiraron, pero con amenazas. Los subdelegados volvieron para tomar los 350.000 francos e incluso se disculparon por las amenazas.

Léo Frankel al doctor Karl Marx, Londres

París, 30 de marzo de 1871
¡Ciudadano muy estimado! Se le informará más o menos exactamente sobre los eventos de aquí. Lamento no tener suficiente tiempo para darle información detallada. Resumiendo brevemente, puedo informarle que, por el momento, la situación es favorable para nosotros.

55 El Banco prefirió ponerse del lado de los hombres que quieren, cueste lo que cueste, hacer triunfar a la república.

Fui elegido, con varios otros miembros de la Asociación Internacional, para la comisión de la Asociación de Trabajadores y este hecho me conduce a esbozar algunas líneas para usted. Mi elección fue validada en la sesión de hoy y es superfluo agregar que, si este acto me agradó, es porque no lo aprecié desde un punto de vista personal, sino única y exclusivamente por su carácter *internacional*.

[...] Si pudiéramos provocar un cambio radical en las relaciones sociales, la revolución del 18 de marzo sería la más fructífera de las revoluciones que la historia haya registrado hasta ahora. También le sustraería todo fundamento a cualquier revolución futura, ya que no quedaría nada por conquistar en el campo social.

[...] Su opinión sobre las reformas sociales que se aplicarán será extremadamente valiosa para nuestro comité. Por lo tanto, le pido, estimado ciudadano, en interés de nuestra gran causa, que me envíe su respuesta lo antes posible. Disculpe mi insistencia, pero el tiempo urge.

Adolphe Thiers

Hay enemigos del orden que dicen que nos estamos preparando para derrocar a la república. Les doy una desmentida formal. Le mienten a Francia, quieren perturbarla y agitarla usando ese lenguaje.

Francia seguirá siendo dueña de sí misma, digna de sus destinos, digna de su pasado y también digna, espero, de su futuro. Ella habrá tenido que atravesar pruebas dolorosas; pero las atravesará, y espero que salga de ellas con su grandeza inmortal, que hasta ahora nada ha lesionado seriamente.

Marqués de Ploëuc

Libro de registro, 31 de marzo

Solicitud de 500.000 francos para el Comité Central para mañana, martes, antes de las 10 de la mañana. Envío inmediato del cajero para declarar que, si fuera una solicitud de gasto imputable al Estado, no se permitiría; que la solicitud sólo podría examinarse si se tratara de una solicitud de gastos imputable a la ciudad de París.

Augustina Blanchecotte

Notas, 1° de abril,

¡Perdónalos Señor porque no saben lo que hacen! Esta revolución, nos guste o no, es más social que política.

El proletariado, como la burguesía en el pasado, anhela la luz; él ve su derecho a las esferas intelectuales. De repente, sin transición, por la sola fuerza de una voluntad desenfadada, quebranta al pie que lo oprime. Así, Versalles, en este momento, para el pueblo enceguecido representa y significa el privilegio de los dueños de cobertores frente a los pobres sin sábanas.

Léo Frankel

Comisión de trabajo y comercio, 1° de abril,

Artículo 1 - Se abre un registro en todos los ayuntamientos en el que cada trabajador debe registrar: por un lado, su profesión; por otro, sus necesidades y el trabajo que ofrece a cambio.

Artículo 2 - también abre, en los ayuntamientos, un registro en el que las empresas, empresarios de todo tipo, fábricas, fabricantes, comerciantes, etc., están llamados a indicar, mediante un pliego de condiciones explicativo, la naturaleza y los beneficios sociales del trabajo que están en condiciones de ofrecer.

Augustina Blanchecotte

Desde las alturas de Trocadero, 4 de abril,

Es un humo como todos los humos: el humo de un tren que pasa, el ligero copo de una nube en el cielo; te hace soñar con un suave paisaje de colinas; y es... es el humo del cañón asesino.

A pocos metros del humo, en una avenida, niños vestidos como soldados corren en sus velocípedos. Si descendes hasta el borde del agua, hay burgueses serios pescan a la línea. En los muelles, bulevares y plazas de París, los jóvenes charlan, analizan la horrible lucha con el cigarrillo en la boca, otro humo.

Elisabeth Dmitrieff, a los ciudadanos de París.

8 de abril

París está bloqueado, París está bombardeado...

Ciudadanos, ¿dónde están nuestros hijos, nuestros hermanos y nuestros esposos?... ¿Pueden oír el rugido del cañón y la alarma sonando en la llamada sagrada?

¡A las armas! ¡La patria está en peligro...!

¿Es el extranjero el que regresa para invadir Francia? ¿Son éstas las legiones de los tiranos de Europa que masacran a nuestros hermanos, con la esperanza de destruir la gran ciudad, el recuerdo de las inmortales conquistas que durante un siglo hemos logrado con nuestra sangre y que el mundo ha llamado libertad, igualdad, fraternidad?...

¡No, estos enemigos, estos asesinos del pueblo y de la libertad son franceses...! Este vértigo fratricida que se apodera de Francia, esta lucha hasta la muerte, es el acto final del eterno antagonismo del derecho con la fuerza, del trabajo con la explotación, y del pueblo con sus verdugos.

[...] Ciudadanos de París, descendientes de mujeres de la gran revolución, que, en nombre del pueblo y de la justicia, marcharon sobre Versalles llevando cautivo a Luis XVI. Madres, mujeres y hermanas de este pueblo francés, ¿aguantaremos más tiempo que la miseria y la ignorancia hagan de nuestros hijos nuestros enemigos?

Padre contra hijo y hermano contra hermano. Vienen a matarse unos a otros ante nuestros ojos por el capricho de nuestros opresores, que quieren la aniquilación de París después de haberlo entregado al extranjero.

Ciudadanos, ha llegado la hora decisiva. ¡Queremos ser libres! Y no es sólo Francia la que se levanta; todos los pueblos civilizados tienen sus ojos puestos en París [...]. ¡La propia Rusia no ve perecer a esos defensores de la libertad sino para saludar a una generación nueva, por su parte preparada para combatir y morir por la república y la transformación social! Ciudadanos, el guante ha sido arrojado, hay que triunfar o morir!

¡Ay de las madres si el pueblo una vez más sucumbe! ¡Serán sus hijos quienes paguen por esta derrota! ¡Ni nosotros ni nuestros enemigos queremos clemencia...! ¡Ciudadanos, todos decididos, todos unidos, garanticemos la

seguridad de nuestra causa! ¡Preparémonos para defender y vengar a nuestros hermanos! ¡A las puertas de París, en las barricadas, en los suburbios! Preparémonos en este momento para unir nuestros esfuerzos con los de ellos. Si los infames que fusilan prisioneros, que asesinan a nuestros líderes, ametrallan a una multitud de mujeres desarmadas... ¡tanto mejor! ¡El grito de horror e indignación de Francia y el mundo completará lo que hemos intentado...! ¡Y si las armas y bayonetas son utilizadas contra nosotros, todavía tendremos adoquines para aplastar a los traidores...!

(Aviso: Se pide a las ciudadanas patrióticas que se reúnan el martes 11 de abril a las 8 de la noche, en el 79 de rue du Temple, en el Grand Café de la Nation para tomar las resoluciones finales y organizar el movimiento de mujeres en relación con la defensa de París).

André Léo, Todos con todos

La Sociale, 12 de abril

Al menos de acuerdo con la reflexión, debe reconocerse que todo gran interés suscita los mismos sentimientos en todo corazón humano, y que, a menos que sean simples fenómenos negativos, en tales crisis las mujeres necesariamente deben experimentar las mismas pasiones que los hombres. Ciegos los demócratas que ignoran este hecho. Es principalmente a través de las mujeres que la democracia ha sido derrotada hasta ahora, y la democracia sólo triunfará con ellas.

En nuestro tiempo, es la idea, más que la fuerza del brazo, la que gana las batallas. Todo ser humano tiene el instinto de autoconservación, y no es la barba la que vence este instinto, sino una pasión superior. Las mujeres parisinas actualmente tienen esta pasión.

Elisabeth Dmitrieff - a la Junta Ejecutiva

Considerando:

Que es el deber y el derecho de todos luchar por la gran causa del pueblo y por la revolución;

Que el peligro es inminente y el enemigo está a las puertas de París;
Que la unión hace la fuerza, y que, en la hora del peligro supremo, todos los esfuerzos individuales deben fusionarse para formar una resistencia colectiva de toda la población, a la que nada podrá resistir;

Que, en la medida en que representa el gran principio que proclama la aniquilación de todos los privilegios, de todas las desigualdades, la Comuna, por esto mismo, está comprometida a tener en cuenta las demandas justas de toda la población, sin distinción de sexo;

[...] En consecuencia, las delegadas de las ciudadanas de París demandan al Comité Ejecutivo de la Comuna:

En primer lugar, dar la orden a los ayuntamientos de mantener a disposición de los Comités de Distrito y del Comité Central de la Unión de mujeres para la defensa de París, un local en los ayuntamientos de los distintos distritos o, en caso de imposibilidad, un local separado donde los comités puedan asentarse permanentemente;

En segundo lugar, establecer una sala grande con el mismo propósito donde las ciudadanas puedan celebrar reuniones públicas;

Tercero, hacer imprimir, a costa de la Comuna, circulares, afiches y avisos que dichos comités consideren necesario propagar.

Vizconde Barral de Montaud

Después de tomar todas las medidas posibles, me registraré en el ayuntamiento del distrito VII, sin ocultar mi nombre ni mi rango. Gracias a un complot, fui nombrado teniente coronel, jefe del Estado mayor. Con un poco de virilidad, rápidamente venceríamos a esta colección de bandidos, a estos tigres de cartón.

Elisabeth Dmitrieff, 11 de abril

Administración del *Comité Central de la Unión de mujeres para la defensa de París y la asistencia de los heridos*:

Artículo 1 - El Comité Central está compuesto por las delegadas de los Comités de Distrito con el poder de agregar y despedir miembros a solicitud

de ocho como mínimo y con el consentimiento de la mitad más uno de todos los miembros del Comité Central...

Artículo 2 - El Comité se asienta en forma permanente...

Artículo 3 - La presencia a todas horas del día y de la noche del tercio más uno de todos los miembros del Comité es obligatoria...

Artículo 4 - Las decisiones sólo pueden tomarse después de una deliberación previa del Comité de reunión y por una mayoría de la mitad más uno de los miembros del Comité...

Artículo 5 - Las reuniones del Comité tienen lugar al menos dos veces en veinticuatro horas; todos los miembros deben estar presentes; en caso de impedimentos mayores, deben notificar al Comité con anticipación...

[...]

Artículo 8 - La palabra sólo puede tomarse durante un máximo de diez minutos y la misma pregunta no puede ser discutida más de dos veces en una sesión por el mismo orador... [...]

Artículo 13 - Los miembros del Comité Ejecutivo tendrán una tarjeta marcada con el sello y firmada por los miembros del Comité Central. Ellas usarán una flor roja en el ojal; toda ciudadana siempre podrá dirigirse a ellas para obtener las informaciones deseadas...

Artículo 14 - Los costos de impresión, correspondencia y administración están cubiertos. El fondo del Comité Central utilizará las sumas que tiene a su disposición para apoyar a los miembros indigentes o enfermos de la Unión, para remunerar a los miembros de los Comités que, por falta de medios, no podría dedicar todo su tiempo a la Unión y a la compra de petróleo y armas para las ciudadanas que lucharán; llegado el caso, las armas serán distribuidas por sorteo...

Administración de Comités de Distrito:

Artículo 1 - Los Comités de Distrito son especialmente responsables de:

Artículo 2 - Registro de ciudadanas listas para servir en ambulancias o en hornos o barricadas...

[...]

Artículo 10 - Los Comités municipales estarán permanentemente...

Artículo 11 - La presencia día y noche del tercio más uno de los miembros del Comité es obligatoria...

Artículo 12 - Los Comités celebrarán al menos una reunión diaria, a la que todos los miembros del Comité deben asistir...

Artículo 13 - La presidencia de las reuniones se será asumida en forma rotativa por los miembros del Comité...

Artículo 14 - Los Comités municipales harán un informe especial cada dos días al Comité Central sobre el estado de sus fondos y devolverán el excedente...

[...]

Artículo 15 - Cada Comité elabora sus reglamentos para su administración interna...

Artículo 16 - Ante la primera solicitud, los Comités de Distrito deben informar al Comité Central sobre sus acciones...

Ókuniev, a Su Alteza, el príncipe Goncharov

12 de abril,

Si estoy bien informado, tres sistemas están actualmente bajo revisión en los consejos gubernamentales: 1. - asalto; 2. - sitio; 3.- corrupción.

El asalto requeriría trabajo de aproximación para hacer brechas a través de las cuales las tropas tomarían el control de una o más de las puertas fortificadas de la ciudad.

Sitiar sería la forma más segura de tomar el control de París sin derramamiento de sangre. Parece que la capital actualmente sólo tiene quince días de comida. Al matarlos de hambre con un bloqueo vigoroso, la insurgencia se vería obligada a deponer las armas en un futuro no muy lejano. [...]

Pero el emprendimiento, para ser efectivo y completo, requeriría la ayuda de las tropas alemanas en el norte y el este de París. [...] Esta colaboración, a juzgar al menos por la actitud benevolente que el general de Fabrice observa hasta ahora, no habría de faltarle al gobierno francés si fuera solicitada por el Sr. Thiers. [...]

Tengo el honor de ser, con profundo respeto,

Señor canciller, de su alteza,

El siervo más humilde y obediente.

Marqués de Ploeu

París, 12 de abril

Al ciudadano Beslay, delegado de la Municipalidad en el Banco de Francia, Soy consciente de que los delegados de la Comuna se presentaron hoy en el banco para tomar posesión de los diamantes de la Corona. Los diamantes de la corona nunca se depositaron en el Banco de Francia, como lo atestiguan las escrituras. El gobernador, actualmente en Versalles, sólo puede dar explicaciones.

Léo Frankel

La Comuna de París,

-Considerando que una cantidad de talleres han sido abandonados por quienes los dirigían a fin de eludir las obligaciones cívicas y sin tener en cuenta el interés de los trabajadores;

-Considerando que, por este cobarde abandono de numerosos trabajos esenciales para la vida comunal se encuentran interrumpidos y la existencia de los trabajadores, comprometida,

decreta:

Las cámaras sindicales son convocadas para establecer una comisión de investigación con el objetivo de:

- 1 - elaborar una estadística de los talleres abandonados, así como un inventario de los instrumentos de trabajo que contienen;
- 2 - elaborar un plan para establecer cooperativas de trabajadores.

Elisabeth Dmitrieff, Unión de Mujeres

12 de abril,

Se informa a las ciudadanas patrióticas que el comité de la Unión de mujeres para la defensa de París y la asistencia de los heridos trabaja desde hoy en el ayuntamiento del distrito XX de 8 de la mañana a 10 de la noche. Los registros de ambulancias, hornos y barricadas, así como los desembolsos se realizan al Comité todos los días.

Vizconde Barral de Montaud, Informe al gobierno de Versalles

Finalmente, no olvidemos el medio de acción más poderoso, que es la Internacional (sección prusiana).

Frankel, uno de sus seguidores más fervientes, miembro de la Comuna, está en la Comisión de Trabajo e Intercambio. Bajo sus órdenes, la Sra. Olga [sic] Dmitrieff (sección rusa) organiza el comité de mujeres en cada distrito. Cada barrio tiene una oficina para mujeres donde, bajo la presidencia de una matrona designada con el título de Secretaria General, se reúne un enjambre de muchachas, todas adornadas con el cinturón rojo.

Sus ocupaciones son pocas; están allí con el pretexto de trabajo o ambulancia; sin embargo, los batallones abundantemente equipados con cantineras rechazan con entusiasmo a estas voluntarias de ambulancia. A falta de trabajo, no hay más que la confección de bolsas con tierra que pueda ocuparlas. A propósito, deajo de lado una gran cantidad de ignominias sobre las que es bueno arrojar un velo.

Estas mujeres fanáticas se encuentran entre los adversarios más peligrosos; obligan a los hombres a marchar, con sus discursos, y muchas veces un batallón ha sido entrenado por estas locas. También está formándose una especie de batallón de “amazonas” y las incendiarias están allí para demostrar que la Internacional actuó hábilmente haciendo vibrar esta cuerda.

Elisabeth Dmitrieff

AVISO

Se informa a las ciudadanas patrióticas que el Comité Central provisional de la Unión de mujeres para la defensa de París y la asistencia de los heridos convoca a su tercera reunión pública para el viernes 21 de abril a las 8 de la noche en la iglesia nueva, calle Ménilmontant, e invita a todas las ciudadanas dedicadas a la causa del pueblo a asistir y unir sus esfuerzos con los del comité para la organización definitiva del trabajo.

Orden del día:

Postulación de miembros para complementar los comités de distrito; explicación del propósito de la organización.

Nikolái Utin, Antón Trúsov y la Asociación Internacional de Trabajadores

Ginebra, sala de Temple unique, 15 de abril,

¡Hermanos y hermanas de París! El inmenso entusiasmo, las cálidas simpatías que despiertan en todos los países entre los trabajadores, les demuestran, de hecho, que su trabajo es imperecedero. Mañana, temblando de asco, la provincia se levantará contra la reacción realista, que, por sus actos, debe congregarnos a todos en un sentimiento de odio; es difícil deshacerse de los verdugos grandes y pequeños que la mantienen atada, como en Lyon, Saint-Étienne y Toulouse, y que la bombardean como en Marsella, Burdeos y otras ciudades, pero encontrarán su impulso revolucionario al darse cuenta de que su destino, como el de los trabajadores de todo el mundo, se está jugando en este momento bajo los muros de París.

Reciban, por lo tanto, pioneros de la revolución social e internacional, el reconocimiento fraterno que les enviamos y la sincera y firme garantía de los trabajadores de que, a pesar de la distancia que nos separa geográficamente, todos estamos a su lado, y dedicamos todos nuestros esfuerzos a garantizar que el triunfo de la reacción no pueda suceder antes de que desaparezca el último de nosotros.

¡Viva la Comuna de París!

¡Viva la revolución de los proletarios!

Elisabeth Dmitrieff

MANDATO

Entregado a la ciudadana Brégère por el Comité Central de ciudadanas a fin de pedirle, al municipio del distrito XI, la autorización para solicitar los bancos y las sillas para esta noche, así como candelabros y velas de la iglesia de Saint-Ambroise.

Para el Comité Central

Firmado Elisabeth Dmitrieff

Nikolái Utin a Karl Marx

Ginebra, 17 de abril de 1871,

Estimado ciudadano Marx,

Me permito dirigirme a usted directamente para preguntarle si, tiene noticias de nuestra joven y preciosa amiga, la Sra. Elizaveta Tomanóvskaia. Desde que me escribió unas líneas hace tres semanas, hablando de su intención de ir a París con Jung durante quince días, no he sabido nada de ella, aunque sé que la correspondencia desde París llega a destino con gran irregularidad. Estaría muy agradecido si pudiera darme alguna información sobre el destino de nuestra amiga; no necesito esconderle a usted, que es tan bueno y se encuentra tan lleno de afecto por ella, que tememos mucho que su coraje y su entusiasmo la lleven a la muerte, y esta muerte será por siempre lamentada... ¡Porque somos muy pocos los que algún día serviremos a la Causa común en Rusia!

No me atrevo a preguntarle demasiado sobre los asuntos de París... Veinte veces pensé que todos deberíamos estar allí, y luego me detuve ante las dudas sobre el éxito final. Me dije a mí mismo que nuestra causa internacional perdería en lugar de ganar si todas las cabezas fueran cortadas de un solo golpe por los monárquicos de Thiers y Cía. Nuestro deber es permanecer en nuestro puesto para continuar el trabajo comenzado.

Mi profunda convicción siempre ha sido y sigue siendo que la lucha contra el orden actual se terminará definitivamente *con sangre*, porque no creo que la burguesía ceda legal y pacíficamente. ¿Cuál será un buen momento para decir que es hora de quemar las naves? ¿Es éste el momento adecuado? ¿Todos los que están listos para apoyar su propaganda por la acción y la vida irán a París? Estas son las preguntas que me inquietan, y usted me perdonará que me dirija a usted, tal vez sin derecho a hacerlo, con esta, pero usted sabrá considerar que esta franqueza es sólo la expresión fiel del respeto y de la confianza que me inspiran su espíritu, su tacto político y su sincera devoción, durante toda su vida, a la Causa que todos servimos y cuya bandera Usted ha creado. No necesito agregar que esta carta es muy privada y personal de mi parte, y agradecería una respuesta antes del sábado, porque me libraré del urgente trabajo asalariado para ese día, e intentaré, de acuerdo

con las circunstancias, partir hacia París, aunque no sé realmente qué camino tomar y a quién contactar cuando llegue allí.

Reciba, querido ciudadano y maestro (¿me dejará llamarle así?), la expresión de mi profundo respeto y mis sentimientos fraternos.

Elisabeth Dmitrieff-Tomanóvskaia a Hermann Jung

24 de abril de 1871

Querido señor,

Es imposible escribir por correo, las comunicaciones se interrumpen, todo cae en manos de la gente de Versailles. Serrailleur, que acaba de ser designado para la Comuna y está bien, envió siete cartas desde Saint-Denis y, sin embargo, parece que no fueron recibidas en Londres. [...]

¿Cómo puedes quedarte allí sin hacer nada cuando París va a perecer a causa de eso? La provincia debe ser agitada a toda costa, para que venga en nuestra ayuda. La población de París está luchando heroicamente (en parte), pero nunca esperábamos ser abandonados así. Sin embargo, hasta ahora mantenemos todas nuestras posiciones. Dombrowski está luchando bien y París es realmente revolucionario. No hay escasez de comida. Usted sabe que soy pesimista y no encuentro nada hermoso; espero morir algún día sobre una barricada. Se aguarda un ataque general. Creo que todo depende de la suerte. Estoy muy enferma, tengo bronquitis y fiebre. Trabajo mucho, sublevamos a todas las mujeres de París. Realizo reuniones públicas, hemos establecido en todos los distritos comités de defensa y, además, un Comité Central. Todo para organizar la Unión de mujeres para la defensa de París y la asistencia de los heridos. Estamos en contacto con el gobierno. Creo que esto funcionará pero ¡cuánto tiempo perdido, y cuánto me pesa ese tiempo! Tengo que hablar todas las noches, escribir mucho y mi enfermedad empeora. Si la Comuna triunfa, nuestra organización se transformará de política en social y formaremos secciones internacionales. La idea prende muy bien, en general la propaganda internacional que hago es para demostrar que todos los países están, como Alemania, en vísperas de la revolución social. Esta propaganda es muy apreciada por las mujeres. Hay hasta tres mil y cuatro mil mujeres en estas reuniones. Lo desafortunado es que estoy enferma y no

hay nadie para reemplazarme. La Comuna está funcionando bien, sólo al principio cometimos muchos errores. Cluseret fue nombrado hace quince o veinte días, a pesar de toda nuestra propaganda, pero Malon se arranca ya los cabellos por no habernos escuchado. Uno de estos días, Cluseret será arrestado.⁵⁶

No hicimos a tiempo el manifiesto para los campesinos, creo que no se hizo en absoluto, a pesar de todo lo que X y yo pudimos decir. El Comité Central no había renunciado de inmediato a sus poderes, hubo historias que debilitaron los partidos. Pero desde entonces todo se ha organizado más firmemente. Creo que hacemos lo que podemos. No puedo decir demasiado (no sea que los “hermosos ojos” del Sr. Thiers vengán a inspeccionar estas líneas). Todavía es una pregunta si el portador de estas líneas, un redactor suizo de Basilea que me trajo las noticias de la Internacional, llegará a Londres con seguridad. Estoy sin dinero; si recibiste el mío, intenta enviármelo con alguien, pero no por correo, no llegaría jamás.

¿Cómo están? Pienso en todos ustedes cuando tengo tiempo, algo que rara vez sucede, por cierto. Te estrecho la mano, así como la de tu familia y la del ciudadano Marx. ¿Qué hace Jenny? Si la posición de París no fuera tan crítica como lo es, me hubiera gustado que Jenny estuviera aquí, hay mucho por hacer.

Lise

PD. Veo poco a Malon y Léo Frankel. Cada uno en su puesto, estamos muy ocupados.

Léo Frankel a Karl Marx

25 de abril.

Muy estimado ciudadano y compañero,

[...] El portador de su carta me dijo que los periódicos ingleses anunciaron que mi elección no había sido ratificada. Es falso. Por otro lado, se dice que soy prusiano y, por lo tanto, enviado de Bismarck –lógica de periodistas reaccionarios–, y ahora todos los enemigos de la Comuna han cantado este

56 El general de la Comuna Cluseret fue acusado de traición y detenido el 15 de abril.

estribillo. Aunque no sea ni prusiano ni alemán, sigo pensando que lo mejor sería dejar a estas aves gritar en los tejados y continuar imperturbablemente mi objetivo.

Durante los últimos días, he sido miembro del Comité Ejecutivo, como delegado del Departamento de Obras Públicas. [...] Estaría muy feliz si de alguna manera quisiera ayudarme con su consejo. Porque ahora, por así decirlo, soy el único responsable de todas las reformas que tengo la intención de introducir en el Ministerio de Obras Públicas. Las pocas líneas de su última carta demuestran que hará todo lo posible para que todos los pueblos, todos los trabajadores, y especialmente los trabajadores alemanes, comprendan que la Comuna de París no tiene nada en común con la famosa comuna rural alemana. Así habrá prestado un gran servicio a nuestra causa. Saludos de su devoto L.F.

Karl Marx a Léo Frankel

Londres, 26 de abril

Querido ciudadano,

[...] El Consejo General publicará en estos días un Comunicado sobre la Comuna. Hasta ahora ha pospuesto la publicación, ya que esperaba información precisa de la sección de París día tras día. ¡En vano! ¡Ni una palabra! El Consejo no podía dudar más tiempo, dado que los trabajadores estaban esperando impacientes nuestras palabras.

Sin embargo, no perdimos nuestro tiempo. Gracias a la correspondencia de los diferentes secretarios de las secciones del continente y de los Estados Unidos, los trabajadores de todas partes obtuvieron una explicación del verdadero carácter de esta sublime revolución de París.

André Léo y Anna Jaclard

ANUNCIO DEL COMITÉ DE VIGILANCIA DE LAS MUJERES DE MONTMARTRE

Las ciudadanas de Montmartre, reunidas en asamblea el 22 de abril, decidieron ponerse a disposición de la Comuna para formar ambulancias para

recuperar los cuerpos atrapados por el enemigo y para sacar a nuestros heroicos defensores de los campos de batalla. Las mujeres de Montmartre, animadas por el espíritu revolucionario, quieren demostrar con hechos su devoción a la revolución.

Elisabeth Dmitrieff, a los Parisinos

ACLARACIÓN

El Comité Central de la Unión de mujeres para la defensa de París y para el cuidado de los heridos, considera necesario informar a todos los miembros de la Unión que la ciudadana André Léo, dando explicaciones sobre los motivos que la habían comprometido a dar su firma a un comité ajeno a nuestra Unión, ahora declaró que no tenía ninguna relación con dicho Comité de vigilancia y expresó su deseo de seguir siendo miembro del Comité del décimo distrito de la Unión de mujeres para la defensa de París y cuidado de los heridos.

Louise Michel, en nombre del comité de vigilancia de los ciudadanos de Montmatre.

Ciudadanos de Montmartre

Ciudadanos miembros de la Comuna,

Instamos a que se establezcan inmediatamente escuelas profesionales y orfanatos laicos en lugar de escuelas y orfanatos de ignorantes para que nuestros hijos ya no vayan en tropilla a las carnicerías de los reyes y que nuestras hijas ya no sirvan de pasto para las pasiones. Queremos que todos tengan educación del Estado, que los campos ya no sean abonados con sangre, ni que el barro de las aceras esté llenas de prostitutas, a fin de que el pueblo libre aclame para siempre la República universal.

¡La República o la muerte!

Por el Comité republicano de vigilancia de los ciudadanos.

La delegada,

Louise Michel, rue Oudot N° 24

Léo Frankel

Considerando que algunas administraciones han utilizado el sistema de multas o deducciones de sueldos y salarios;

que estas multas a menudo se imponen con los pretextos más triviales y constituyen una pérdida real para el empleado y el trabajador;

Prohíbe:

que alguna administración pública o privada pueda imponer multas o deducciones a los empleados, trabajadores, cuyos salarios, pactados de antemano, deben pagarse en su totalidad.

Marqués de Ploeuc

28 de abril, Sr. Gobernador,

Los últimos días, la Comuna ha entrado en un camino que preocupa al Consejo. Sus pedidos adquirieron proporciones que parecen exorbitantes. Pidió un millón para el sábado pasado, un millón para el lunes, un millón para hoy. En este tren, el saldo acreedor que quedaba en la cuenta de la Ciudad pronto quedará extinguido.

El consejo concederá hasta que la suma que pertenece a la Ciudad se haya agotado; pero tiene la mayor renuencia a ir más allá de esto, porque entonces se tratará del dinero del Banco y del público.

Léo Frankel

La Comuna,

Después de consultar a los panaderos, jefes y trabajadores,

Prohíbe:

Artículo único: el trabajo en panaderías no puede comenzar antes de las 5 de la mañana.

Antes de decretar, es necesario saber si es urgente hacer alguna reforma social en un gremio. Hay que explicar por qué hace este intercambio de trabajo nocturno por trabajo diurno. Hay que decir por qué la clase de los trabajadores-panaderos es la más infeliz entre los proletarios. Se dice todos los

días: el trabajador debe instruirse. Pero... ¿cómo quieren que se instruya educarte cuando trabaja de noche?

Este decreto, aunque incompleto, es el único verdaderamente socialista emitido por la Comuna. Estamos aquí no sólo para defender los problemas municipales, sino también para hacer reformas sociales. No he aceptado otro mandato que el de defender al proletariado.

Elisabeth Dmitrieff

EXPROPIACIÓN

El comité de la Unión de Mujeres tiene pleno poder para expropiar dos carruajes tirados por caballos acompañados por sus cocheros para el servicio de dicho Comité (del 2º distrito).

Augustina Blanchecotte

Notas del 30 de abril

Fui a Saint-Denis; desde allí hay que tratar de recibir las cartas; la multitud de parisinos es enorme; en cuanto a los prusianos, están aquí como en casa, hacen de policía y supervisan la circulación de vehículos como verdaderos sargentos de la ciudad; nuestros enemigos fraternizan con la población, se fuma en común una serie de pipas, se comparten los mismos mercados de verduras. Mujeres hermosas son admiradas por su *toilette* de abril. Los prusianos dicen de los parisinos: “¡No es prudente! ¡París! ¡No es prudente! Y hacen canciones con el tema.

Una muchacha de Boulogne-Billancourt – diario íntimo

1º de mayo

Qué noche divina, es la fiesta de la primavera; la guirnalda blanca corre sobre los pilares, cubre las paredes, se enreda en las rejas, cuelga sus finas lianas sobre los penachos de lilas, la luna sonrío. El ruiseñor canta, celebra esta noche tranquila y grandiosa y calma como lo son todas las obras de Dios...

En medio de estos serenos esplendores surge otra imagen, la que pertenece a la Tierra, un triste resultado de sus miserias: es grandiosa, aunque dolorosa. El cañón sigue sacudiendo el aire. Las balas lanzadas desde las murallas silban sobre nosotros y explotan sobre las baterías establecidas en las alturas de Saint-Cloud.

Mókuniev a Su Alteza El príncipe Goncharov, en San Petersburgo,

INFORME

De las confidencias se desprende que el jefe del poder ejecutivo ha querido amablemente comunicarme que el sistema que prevaleció es el del asedio regular. Y al mismo tiempo se ha decidido privar a la ciudad de su subsistencia. Las autoridades alemanas han estado contribuyendo para tomar posesión de todos los bienes de subsistencia destinados a París que cruzarían las líneas Norte y Este. [...] Los líderes militares alemanes siempre consideraron esto como la forma más segura de tomar el control de la capital [...]

Tengo el honor de ser con profundo respeto
Señor canciller, de su alteza,
El siervo más humilde y más obediente.

André Léo, al trabajador del campo

La Sociale, 3 de mayo

Hermano, se te engaña. Nuestros intereses son los mismos. Lo que pido tú también lo quieres. La emancipación que reclamo es la tuya. ¿Qué importa si es en la ciudad o en el campo que el pan, la ropa, la vivienda y la asistencia faltan para quien produce toda la riqueza de este mundo? ¿Qué importa si el opresor se llama terrateniente o industrial? En tu casa, como en la nuestra, el día es largo y duro, y ni siquiera traes algo para saciar las necesidades del cuerpo. Para ti como para mí, faltan la libertad, el ocio, la vida del espíritu y el corazón. Somos ahora y siempre, tú y yo, los vasallos de la miseria.

Durante casi un siglo, campesino, jornalero pobre, te han dicho que la propiedad es el fruto sagrado del trabajo y tú lo crees. Pero abre los ojos y mira a tu alrededor; mírate a ti mismo y verás que es una mentira. Siempre has

trabajado; todos los días has pasado, con la pala o la hoz en la mano, desde el amanecer hasta la noche, y no eres rico, ni siquiera tienes un pedazo de pan para tu vejez. [...]

No es justo. Y esta es la razón por la cual París, que acusas repitiendo palabras de personas interesadas en hacer trampa, está agitada, reclama, se levanta y quiere cambiar las leyes que otorgan todo el poder a los ricos sobre los trabajadores. [...]

Escucha bien, trabajador rural, jornalero pobre, pequeño propietario al que roe la usura, costero, aparcerero, granjero, tú que siembras, cosechas y sudas para que el mejor de tus productos llegue a alguien que no hace nada. Lo que París quiere es la tierra para el agricultor, la herramienta para el trabajador, trabajo para todos.

Léo Frankel

3 de mayo,

Considerando que las leyes y ordenanzas que rigen las casas de empeño constituyen un privilegio a favor de la explotación privada;

Que la Comuna no puede continuar la tradición del antiguo régimen, protegiendo a una institución de crédito en sus operaciones usureras;

considerando que las casas de empeño no pueden reemplazar el derecho de los trabajadores a los instrumentos de trabajo y al crédito; que los recursos momentáneos que encuentran en los préstamos de empeño son a menudo causa de miseria en la familia, que ve desaparecer gradualmente el fruto de sus ahorros;

que es habitual que el comerciante acosado recurra al préstamo de las casas de empeño;

la Comuna decreta:

se ha promulgado la liquidación de las casas de empeño.

Elisabeth Dmitrieff

Discurso a la Comisión de Trabajo e Intercambio
considerando

que la organización del trabajo tendiente a asegurar el producto al productor sólo puede llevarse a cabo mediante asociaciones productivas libres, explotando las diversas industrias para su beneficio colectivo;

que la formación de estas asociaciones, al sustraer el trabajo al yugo del capital explotador, aseguraría por fin a los trabajadores la gestión de sus propios asuntos, al mismo tiempo que facilitaría las reformas inmediatas y esenciales para operar en el mecanismo de producción así como en las relaciones sociales entre los productores, propone:

a) diversificar el trabajo en cada oficio. La repetición continua del mismo movimiento manual ejerce una influencia funesta en el organismo y el cerebro;

b) reducción de las horas de trabajo: el agotamiento de las fuerzas físicas provoca inevitablemente la extinción de las facultades morales;

c) eliminación de toda competencia entre trabajadores de ambos sexos, ya que sus intereses son absolutamente idénticos y su acuerdo solidario es de rigor para el éxito de la huelga definitiva y universal del trabajo contra el capital;

en consecuencia:

1) distribución equitativa de los salarios por un número igual de horas de trabajo,

2) federaciones locales e internacionales de las secciones de oficios para facilitar el flujo y el intercambio de productos y centralizar los intereses internacionales de los productores;

El desarrollo general de estas asociaciones productivas requiere:

1) propaganda entre las masas trabajadoras, como resultado de lo cual cada miembro de estas asociaciones deberá pertenecer a la Asociación Internacional de Trabajadores;

2) Asistencia del Estado para el adelanto de los créditos necesarios para la formación de estas asociaciones: préstamo social reembolsable por anualidad y que comprenda el interés del 5%;

Considerando, además, que en el orden social del pasado el trabajo de las mujeres era el más explotado, necesita la reorganización inmediata.

Que, en presencia de los acontecimientos actuales, la miseria aumenta en proporciones espantosas dada la abolición (sin razones) de todo el trabajo,

es de temer que el elemento femenino de la población parisina, momentáneamente revolucionario, regrese (por las privaciones) a las privaciones continuas y al orden social del pasado. Sería un retorno fatal y peligroso para los intereses revolucionarios e internacionales de los pueblos y, en consecuencia, para la Comuna;

Por estas razones:

El Comité Central de la Unión de Mujeres solicita a la comisión de trabajo e intercambio de la Comuna que se encargue de la reorganización y distribución del trabajo de las mujeres en París, comenzando por otorgarle equipamiento militar; además, en la medida en que este trabajo, naturalmente, no puede alcanzar para la masa de mujeres trabajadoras, se le solicita que ponga a disposición de las asociaciones productivas federadas las sumas necesarias para el funcionamiento de las fábricas y talleres abandonados por la burguesía, e incluya los oficios esencialmente practicados por mujeres, tales como: cepillería, camisería, bordado, armado de paraguas, de abanicos, peluqueras, calentadoras de vidrio (perlas), tipógrafos, aplicadoras vendajes, flores y plumas, tapicería, sombreros de paja, gorras, ilustradoras, chalequeras, botones, lencería, encuadernación, enseñas y banderas, cuidadoras de perros, corsés, corbateras, cartón, confección de moda, folletos de librerías, lavandería, pintura sobre porcelana, fabricación de coronas, vestimentas para muñecas.

Para la Junta Ejecutiva

Su secretaria general

E. Dmitrieff

Diario íntimo de Una muchacha de Boulogne-Billancourt

6 de mayo,

Las detonaciones son más silenciosas y más numerosas. Siguen implacablemente y su violencia a veces resuena más que en mi corazón. Se nos dice que una batería de ochenta y nueve piezas pasará por Boulogne. Por la noche oímos soldados, tropas silenciosas procedentes de Versalles. Se dice que los versalleses están ganando terreno en todas partes.

Unión de mujeres

PETICIÓN

Ciudadanos de la Comisión del Trabajo,
Precisamos necesariamente trabajar, ya que nuestros padres, nuestros esposos, nuestros hijos no pueden mantener a la familia.
Este trabajo debe distribuirse en cada distrito para evitar las corridas, la pérdida de tiempo y el inconveniente mucho mayor de descuidar a nuestros hijos. Nos dirigimos a ustedes con este fin, para que ustedes sean nuestros intérpretes ante los miembros de la Comuna.
Entre otros trabajos inmediatamente ejecutables se encuentran los de cuidar de la vestimenta, equipamiento y acampamiento de la Guardia Nacional.
Por favor, delegados ciudadanos, si eso está en vuestro poder, dennos una solución rápida y reciban nuestros saludos fraternos.

Léo Frankel

Recientemente le dije al delegado de finanzas que las mujeres de París estaban desempleadas en este momento, que la Guardia Nacional sólo tenía para vivir sus treinta monedas, que finalmente la miseria es general para las trabajadoras de París y que yo me ofrecía a organizar talleres. Serían talleres donde se distribuiría el trabajo y donde las mujeres recibirían trabajo para hacer en su hogar, porque, mientras nos ocupamos del trabajo, queremos hacer reformas en el trabajo de las mujeres. Si no obtienes un trabajo, sólo obtendrás un cambio a corto plazo. De hecho, después de que hayamos obtenido los objetos de los prestamistas, pasados quince días, la miseria siempre será la misma.

Adolphe Thiers

Versalles, 7 de mayo
¡PARISINOS!

La Comuna, es decir, la minoría que os oprime y se atreve a cubrirse con la infame bandera roja, pretende imponer su voluntad en Francia. Por sus

obras, podéis juzgar al régimen que ella pretende para vosotros. Viola la propiedad privada, encarcela a los ciudadanos para hacerlos rehenes, transforma sus calles y lugares públicos en desiertos, donde se establecía el comercio del mundo; suspende el trabajo en París, lo paraliza en toda Francia, retrasa la evacuación de los alemanes del territorio y os expone a un nuevo ataque.

Depende de vosotros evitar los desastres que son inseparables de ese asalto. Vosotros sois cien veces más numerosos que los sectarios de la Comuna. Pero si no actuáis, el gobierno estará obligado a tomar medidas más rápidas y seguras.

Marqués de Ploëuc

Al gobernador, en Versalles,

Desde los primeros días de abril, un cierto número de empleados, bajo mil pretextos, se ha ido de París. De un personal de unos quinientos empleados, cuatrocientos cincuenta permanecieron en sus puestos en el Banco de Francia. Sin embargo, debemos restar a aquellos que están regularmente en misión y de los cuales no puedo dar cuenta exacta, porque hay varios de ellos que se encontraban con usted en Versalles, sin que podamos saber la verdad. Una vez restados los discapacitados, los enfermos y los legalmente impedidos, quedan muy pocos hombres para defender el Banco.

Esperaba que todo esto no durara, pero dura y durará.

Unión de mujeres

AVISO

7 de mayo,

El comité de la Unión de ciudadanas para la defensa de París y para el cuidado de los heridos advierte a los ciudadanos patrióticos que está instalada una oficina en el ayuntamiento del distrito I y funciona de 8 de la mañana a 8 de la noche.

Las ciudadanas dedicadas a la causa de la Comuna están invitadas a registrarse en esta oficina.

Recibimos donaciones en especie y en efectivo para los heridos, viudas y huérfanos víctimas de la causa del pueblo.

Un grupo de ciudadanas a las mujeres de París.

PROCLAMA

Las mujeres de París, en nombre de la Patria, en nombre del honor, en nombre de la humanidad, demandan:

ARMISTICIO

[...] ¡Cansadas del sufrimiento, aterrorizadas por las desgracias, esta vez sin gloria, que todavía nos amenazan, apelan a la generosidad de Versalles, a la generosidad de París!

[...] Todas las mujeres, aquellas que tienen niños pequeños, a quienes las bombas pueden alcanzar en sus cunas, aquellas cuyos esposos luchan por convicción, aquellas cuyos esposos o hijos se ganan el pan del día en las murallas, aquellos que hoy son los únicos guardianes de la casa, todas finalmente, las más tranquilas como las más eufóricas, en el fondo de sus corazones, reclaman de París y Versalles ¡LA PAZ! ¡LA PAZ!

Elisabeth Dmitrieff

MANIFIESTO

En nombre de la revolución social que aclamamos, en nombre de la demanda de derechos laborales, igualdad y justicia, la Unión de mujeres protesta con toda su fuerza contra la proclamación indigna dirigida a las ciudadanas, publicada y exhibida anteayer, y que proviene de un grupo anónimo de reaccionarias. Dicha proclamación establece que las mujeres de París apelan a la generosidad de Versalles y exigen la paz a toda costa... ¡La generosidad de asesinos cobardes! ¡Una reconciliación entre libertad y despotismo, entre el pueblo y sus verdugos! ¡No, no es paz, sino guerra al extremo lo que las trabajadoras de París vienen a exigir! [...] La hora suprema ha llegado... ¡lugar para las trabajadoras, retroceso de sus verdugos...! ¡Acciones, energía...! ¡El árbol de la libertad crece regado por la

sangre de sus enemigos! Todas unidas y decididas, crecidas y esclarecidas por el sufrimiento que las crisis sociales siempre traen consigo; profundamente convencidas de que la Comuna, representante de los principios internacionales y revolucionarios de los pueblos, lleva consigo las semillas de la revolución social, las mujeres de París demostrarán a Francia y al mundo que ellas también lucharán, en el momento del peligro supremo, en las barricadas, en las murallas de París. Si la reacción fuerza las puertas, darán como sus hermanos su sangre y su vida. [...]

¡VIVA LA REPÚBLICA SOCIAL Y UNIVERSAL!

¡VIVA EL TRABAJO!

¡VIVA LA COMUNA!

Augustina Blancheotte

Notas del 7 de mayo.

En un primer momento instigadas por los hombres, las mujeres a su vez instigan a los hombres: aquí están en plena lucha. [...]

Armadas de rifles, con el revólver a la cintura, una bufanda roja sobre el hombro, animan y acompañan a los combatientes en su celo patriótico o más bien revolucionario. Las vemos desempeñando el papel de sargentos de la ciudad, deteniendo a ciudadanos tibios o recalcitrantes. Estas suben al púlpito en las iglesias y proclaman el advenimiento de la razón humana. Otras, con certificados profesionales y nominadas por el comité de enseñanza, se instalan en los asilos y expulsan a las hermanas grises. Los niños no quieren a esas maestras laicas, sino que se aferran a las monjas.

Elisabeth Dmitrieff

Proyecto de organización para el trabajo de las mujeres.

La revolución del 18 de marzo fue realizada espontáneamente por el pueblo en medio de circunstancias únicas en la historia del derecho popular, en la lucha implacable contra todas las tiranías, una lucha iniciada por el esclavo, proseguida por el siervo y que el proletariado tendrá la gloria de cerrar con la conquista de la igualdad social. [...]

La Comuna ahora debe cuidar a las familias de los valientes proletarios, los valientes ciudadanos que presentan sus pechos a las balas de Versalles. Hay madres, mujeres y niños que sufren, pero que heroicamente soportan miserias y privaciones. Estas ciudadanas, estas madres carecen de trabajo y recursos.

La asistencia propiamente dicha presenta peligros de otro tipo: tiende a mantener la ociosidad y disminuir la fuerza [...].

El objetivo de la Comuna se lograría mediante la creación de talleres especiales para el trabajo de las mujeres y mostradores para la venta de productos manufacturados.

Cada distrito abriría locales destinados a recibir las materias primas que se distribuirían a las trabajadoras, ya sea individual o colectivamente, de acuerdo con las especialidades de los trabajos. Otras instalaciones, destinadas a la venta o al almacén, recibirían estos mismos materiales después de ser transformados por el trabajo de las mujeres.

Los servicios para la implementación y el funcionamiento de esta organización se colocarían bajo la dirección de un comité de mujeres de iniciativa [...].

El delegado de finanzas asignaría un crédito semanal a cada municipio para la implementación inmediata de la organización del trabajo de las mujeres. Se trata de hacer objetos comerciales, que tengan un precio corriente y que puedan venderse fácilmente. Por lo tanto, se abrirán tiendas donde se venderán los artículos fabricados.

La comisión de compra debe, inmediatamente después de su nombramiento, reunir información sobre los productos más comunes; es decir, sábanas blancas, ligeras y económicas, telas novedosas diferentes, etc. Serán nombradas dos delegadas por especialidad en una comisión destinada a elegir los modelos: lencería común, lencería fina, ropa para niños, canastillas, plumas, flores. Las delegadas deben ir inmediatamente a las tiendas y adquirir los diversos modelos en uso, a menos que ellos mismos puedan crearlos.

Comisión de cajeras-contables a cargo de establecer los precios de costo y las tarifas: este precio incluirá el valor de los bienes utilizados, un tanto por ciento en gastos generales y la tarifa de las trabajadoras. Este precio debe compararse con el de las tiendas más famosas de París para que la competencia no pueda perjudicar a las asociaciones.

Comisión de investigación de locales abandonados: se elegirá uno o más locales en cada distrito para la distribución, confección y recepción de los bienes confeccionados. Asimismo, se elegirán uno o más puntos de venta en la planta baja. Por lo tanto, la comisión será responsable de encontrar las instalaciones abandonadas que podrían utilizarse para el negocio.

Las trabajadoras deben estar preparadas para regresar a su industria primaria. La lencería común y fina es de gran importancia en París. Si eliminamos los conventos y el trabajo en las cárceles, será posible aumentar los salarios. La exportación también vendrá a pedir a la federación (de mujeres) sus productos, porque la provincia y el extranjero han estado privados de artículos de París desde hace mucho tiempo.

Aunque las plumas y las flores son artículos de lujo, es importante preparar un nuevo futuro para esta industria. Los empresarios se convierten en millonarios allí en poco tiempo.

Finalmente, las costureras podrán trabajar en casa, si la sociedad les ayuda a poseer sus instrumentos de trabajo; servirán a la gran división del trabajo que en estos momentos de competencia podrá hacer que los salarios sean suficientes.

(Tirar doscientos ejemplares para el distrito)

Benoît Malon, delegado en el Comité de Trabajo e Intercambio.

Vizconde Barral de Montaud

8 de mayo, informe desde Versalles,

Hoy, el trabajo que desarrollo es demasiado peligroso, estoy muy vigilado, por lo que pido, para continuar, instrucciones y dinero, ya sea para mantener fieles a algunos guardias nacionales o para comprar conciencias

Una muchacha de Boulogne-Billancourt, diario íntimo

Por la mañana, nos despiertan los obuses que silban continuamente sobre nosotros. Por la tarde, por la noche, se puede escuchar el ruido de las tropas que vienen a acampar aquí. Habrá una gran batalla mañana; quizás asalten las murallas. Marchan tristes y misteriosos como sombras. A lo lejos, pode-

mos escuchar los transportes, la artillería y la caballería marchando durante la noche.

Augustina Blanchecotte

Martes 9 de mayo

Tristes, abrumados, restos de batallones descendían de Montrouge. Eran grupos pequeños, aislados, silenciosos.

No estaré con los verdugos. Si sólo pudiera salvar un alma del montón de condenados por los malditos, le extendería mi mano, y no me desanimaría si nadie quiere tomarla.

Una muchacha...

Boulogne esta mañana está cubierta de barricadas. Las hay en cada extremo de la calle. Setenta mil hombres están acampados aquí y en todo el país. Sacaron toda la comida esta mañana y no queda nada. El bombardeo no se ha detenido. Todos los periódicos son eliminados. De París ya no tenemos noticias.

Unión de Mujeres

París, 11 de mayo,

Coronel.

Sería urgente que impida pasar a las compañeras de los guardias, porque esto es completamente perjudicial para la defensa. Los guardias están confusos cuando ven a sus esposas, y esto produce mucho desagrado en el servicio de las trabajadoras de ambulancias ambulancieras que están dedicadas a socorrer a nuestros heridos.

Comuna de París, Inspección general de ambulancias

Nota de servicio

Los comités municipales de la Unión de Mujeres acaban de obtener la ayuda de la comisión de trabajo e intercambio para la creación de talleres estándar para el trabajo cooperativo, y esto, por medio de un crédito de 100.000 fran-

cos por semana, abierto desde hoy. El Comité Central funciona en el ayuntamiento del distrito X bajo la presidencia de la ciudadana Dmitrieff.

Diario íntimo de una muchacha de Boulogne-Billancourt

Nada, siempre bombardeos. Esta tarde la caballería cruza la calle principal. Escuchamos el chasquido de los sables.

Léo Frankel

La Comuna de París decreta:

Artículo 1 – La Comisión de Trabajo e Intercambio está autorizada a revisar los contratos celebrados hasta la fecha por la Comuna.

Artículo 2 – Solicita que los contratos se adjudiquen directamente a las corporaciones y que siempre se les dé preferencia.

Karl Marx a Léo Frankel y Eugène Varlin

(Borrador)

Londres, 13 de mayo de 1871,

Queridos ciudadanos Frankel y Varlin:

¿No sería útil poner en un lugar seguro los documentos comprometedores ante los sinvergüenzas de Versalles? Tal precaución nunca puede ser dañina. Me han dicho desde Burdeos que cuatro internacionalistas fueron elegidos en las últimas elecciones municipales. Las provincias están empezando a fermentar. Lamentablemente, su acción es localizada y pacífica. He escrito varios cientos de cartas para presentar y defender su causa en todos los rincones del mundo en los que tenemos Secciones. La clase trabajadora estuvo en la Comuna desde el principio. Incluso los periódicos burgueses de Inglaterra han retrocedido de su primera reacción feroz. Me las arreglo para introducir párrafos favorables de vez en cuando. Me parece que la Comuna pierde demasiado tiempo en bagatelas y disputas personales. Vemos que hay otras influencias que las de los trabajadores. Todo esto no sería nada si se tuviera tiempo para recuperar el tiempo perdido.

Elisabeth Dmitrieff

AVISO

15 de mayo de 1871,

El Comité Central de la Unión de mujeres para la defensa de París y la asistencia de los heridos informa, a las trabajadoras de todos los oficios, dado que se les ha confiado la organización del trabajo de todos los oficios, que cada comité de distrito es responsable de recibir los registros.

Por lo tanto, las insto a presentarse lo antes posible en sus respectivos distritos.

Diario íntimo de una muchacha...

Se dice que los parisinos hacen barricadas que nunca se podrán tomar. Dieron conciertos en los salones de las Tullerías. Los jardines estaban iluminados con vidrios de colores. Nosotros nunca hubiéramos sospechado que ello ocurriera aquí, donde temblamos por nuestras vidas sin cesar, ya que estamos bajo el fuego cruzado. Al escribir estas líneas, me estremezco con cada disparo. ¡Por la gracia de Dios...! la batalla comienza de nuevo.

Léo Frankel, Benoît Malon y otros...

Por un voto especial y preciso, la Comuna de París abdicó su poder en manos de una dictadura a la que le dio el nombre de Salvación Pública.

La minoría a la que pertenecemos afirma, por el contrario, que la Comuna debe aceptar todas las responsabilidades y no rechazar ninguna, por dignas que sean las manos en las que nos gustaría abandonarlas. Dedicados a nuestra gran causa comunal, por la que tantos ciudadanos mueren todos los días, nos retiramos a nuestros barrios. Convencidos de que la cuestión de la guerra tiene prioridad sobre todas las demás, seremos parte de esta lucha decisiva.

Una muchacha

A la noche las tropas surgen de todas partes y llenan la avenida. Están armados con palas, con bolsas sobre la espalda, acostados sobre las veredas y sin dudas esperando órdenes.

El chirrido de las ametralladoras domina todo, como *cascabeles* siniestros. A la noche cada uno está encerrado en su casa, ni una persiana abierta, ni una luz. Tenemos prohibido encender el gas. Estamos sumergidos en la oscuridad y el silencio. Todo es terrorífico.

Marqués de Ploëuc

Libro de registro del Banco,
El Comité de Salvación Pública ordenó la intervención del Banco, alrededor de las 9 de la mañana, por dos batallones. La circulación está prohibida en los alrededores.

Ókuniev a Su Alteza el príncipe Goncharov

Reporte

La creación del Comité de Salvación Pública no parece indicar, al menos hasta ahora, un incremento de la violencia por parte de los insurgentes. Parece que, al recordar el Terror, la Comuna no tenía otro objetivo que dar satisfacción visible a la parte más avanzada de los disturbios, [...] pero nada parece haber cambiado en el mecanismo de la revolución.

En cuanto a la situación interna de la ciudad, parece estar cada vez más afectada por el éxito del ejército. Delescluze, el miembro más violento de la Comuna, llamado a reemplazar al Coronel Rossel, se hizo cargo de la dirección de las operaciones militares. El verdadero líder del movimiento, aún no ha dado señales de su arribo al poder excepto por la vandalización del hotel del Sr. Thiers, lleno de obras de arte y documentos de gran interés.

Tengo el honor de ser

Con profundo respeto, Señor canciller,

De su alteza,

El siervo más humilde y más obediente.

Adolphe Thiers.

Versalles, 16 de mayo

Mi querido Duvergier,

Gracias desde el fondo de mi corazón por su bondadosa y amigable carta. Estoy feliz de saber que Usted, el más antiguo de mis amigos, está siempre de acuerdo conmigo en una de las circunstancias más dolorosas e importantes de mi vida. Salvo Usted y algunos otros, la mayoría de mis amigos se portan muy mal, por embajadas no entregadas, bastones de mariscales rechazados, por carteras que no arriban, etc. Y, sin embargo, salvé la situación saliendo de París. Las operaciones comenzaron hace dos semanas y tomamos dos fuertes, mientras que los prusianos, en cuatro meses, no habían tomado ni uno. Nos felicitan, mientras que mis viejos amigos me insultan. Yo estoy por encima de todo esto y sigo mi camino. Los legitimistas y orleanistas quieren que les entregue la República. En mi opinión, actualmente sólo es posible la República. Más allá de eso tendremos una terrible guerra civil.

Mi casa ha sido demolida, no tengo casa ni hogar, y esta casa en la que los recibí a Usted y a todos durante cuarenta años ahora está destruida hasta los cimientos. ¡Mis colecciones han sido dispersadas! ¡Agregue un poco de calumnias y tendrá la cuenta de lo que uno gana al servir a su país! Me queda una cuarta parte de los buenos amigos, y eso es todo. Pero es cierto que valen por todos los otros. Adiós, estrecho su mano. Mis homenajes a la Señora Duvergier.

Diario de una muchacha

17 de mayo,

A las 6 en punto se produce una tremenda detonación que lo sacude todo; se cree que una reserva de pólvora ha saltado en París.

Elisabeth Dmitrieff y Léo Frankel

LLAMAMIENTO A LAS TRABAJADORAS

El Comité Central de la Unión de mujeres para la defensa de París y la asistencia de los heridos está a cargo de la Comisión de Trabajo e Intercambio de la Comuna y de la organización del trabajo de las mujeres en París, de la constitución de cámaras sindicales y federales de las trabajadoras unidas; Vista la identidad de las Cámaras Sindicales y Federadas de los trabajadores;

del agrupamiento de las obreras por oficio formando asociaciones libres y federadas entre ellas;

se invita a todas las trabajadoras a reunirse hoy, miércoles 17 de mayo, en la Bolsa, a las 7 en punto de la tarde, para designar delegadas de cada corporación para constituir las cámaras sindicales que, a su vez, enviarán dos delegadas para la formación de la Cámara Federal de Trabajadoras.

Vizconde Barral de Montaud

París, 18 de mayo de 1871, a Adolphe Thiers,

Sr. Presidente de la Junta,

Obligado todos los días a ver, a ordenar, a veces incluso a realizar actos que no me atrevo a calificar, soporto un verdadero martirio. Rodeado de hombres cuya desconfianza siempre está alerta, soy observado en todos mis actos, comandando a hombres que sólo me obedecen siempre que halague su violencia. Igualmente mantengo un orden y una calma relativos.

Marqués de Ploëuc

19 de mayo

El Banco está amenazado de violencias, si no entrega los 700.000 francos solicitados ayer. La posibilidad de empresas hostiles compromete al Banco a bajar a las bóvedas todo lo que no se necesite para prestar servicios durante cuatro o cinco días y para los efectos prorrogados, titulados, etc.

*

21 de mayo

Augustina Blanchecotte

21 de mayo

¡No se puede creer! ¡Todavía hay un concierto hoy! Sí, concierto popular en las Tullerías y en la Place de la Concorde. Hay de todo en la Comuna:

¡truenos y sol! ¡La gente debe divertirse! Y se anuncia para mañana una actuación extraordinaria en la Ópera...

Una muchacha...

21 de mayo, a la tarde,

Los cañonazos y tiroteos han adquirido las proporciones de una terrible batalla. Un regimiento de artillería con los cañones pasa por nuestra calle, los mensajeros se suceden.

Augustina Blanchecotte

11 horas de la noche.

La ciudad adquiere un aspecto siniestro; patrullas apresuradas deambulan por las calles; suena el clarín, el general llama a las armas. Ha llegado la hora de la batalla suprema: ¡Dios, ten piedad de nosotros! Dicen que el ejército entró por Auteuil. ¿Es verdad?...

Adolphe Thiers

11:30 de la noche,

A los prefectos,

La puerta de Saint-Cloud acaba de caer bajo el fuego de nuestros cañones. El general Douai se apresuró y actualmente está entrando en París con sus tropas. Otros cuerpos se pusieron en camino para seguirlo.

*

22 de mayo

Augustina Blanchecotte

Sí, estamos en el último momento. El ejército de Versailles ha entrado en París. ¡Alabádo sea Dios! ¡No habrá asalto! El país espera su liberación con un estremecimiento lleno de terror.

Marqués de Ploëuc

Barricada en la esquina de la rue de la Feuillade. Oficinas y cajas cerradas al público. El personal es consignado, bajo las armas, distribuido en varios puestos. Incendio en el Ministerio de Hacienda. Barricada en la rue Coquillère.

*

23 de mayo

Augustina Blanchecotte

3 de la mañana, bulevar Saint-Michel,
Pasan ambulancias, rojas de sangre. Debajo de las mantas, que son demasiado cortas, bailotean montones de cadáveres: los recogen con carretas. Desde hace dos días soy una prisionera; los pocos transeúntes que tienen el valor de ir a buscar pan tienen que poner sus piedras en las barricadas. A mí me matarán antes que obligarme a hacerlo.

Léo Frankel y la Comuna...

¡Soldados de Versalles!

¡HERMANOS!

¡Ha llegado la hora de la gran lucha de los pueblos contra sus opresores!

¡No renuncien a la causa de los trabajadores! ¡Hagan como sus hermanos del 18 de marzo!

¡Únanse al pueblo, del cual forman parte!

Dejen que los aristócratas, los privilegiados, los verdugos de la humanidad se defiendan ellos mismos, y el estado de Justicia será fácil de establecer.

¡Abandonen sus filas!

Entren a sus casas.

Vengan a nosotros, en medio de nuestras familias. Serán recibidos fraternalmente y con alegría.

El pueblo de la República tiene confianza en vuestro patriotismo. ¡Viva la República!
¡Viva la Comuna!

Elisabeth Dmitrieff

¡Reunión de todas las mujeres para acudir inmediatamente a las barricadas!
¡Al comité del distrito XI!
Por la presidencia, Elisabeth Dmitrieff.

*

24 de mayo

Augustina Blanchecotte

10:30 horas de la mañana, bulevar Saint-Michel,
Los federados se están concentrando; música extraordinaria, apasionada, reúne a los guardias nacionales...
Después de este momento emotivo, subí al techo de la casa para observar el progreso de los incendios. A la izquierda, las Tullerías; del lado opuesto, la prefectura; a la derecha, el ayuntamiento. En medio de los archivos, pereció un manuscrito mío que quedó olvidado en los armarios comunales.

Una muchacha...

A las 3 en punto pasan prisioneros; van a Versalles a pie. Hay 30 °C a la sombra. Durante todo el día, vemos humo rojizo elevándose sobre París y nos cae una lluvia de papeles.

Marqués de Ploëuc

Al Presidente del Ejecutivo, Sr. Thiers.
Señor Presidente,

Después de los días más dolorosos que pueda recordar por el exceso de fatiga y emociones, tengo el honor de informarle que a las 7:30 de esta mañana la brigada del general L'Hérillier apareció en el Banco de Francia.

Después de dos meses sin color alguno, hoy levantamos la bandera de Francia ante los vítores de un personal cuya firmeza y coraje superan cualquier elogio.

NINGÚN ATENTADO CONTRA EL TESORO DEL GRAN ESTABLECIMIENTO DEL BANCO DE FRANCIA.

Soy, con respeto, su servidor respetuoso y devoto.

*

25 de mayo

Augustina Blanchecotte

Hoy se van los omnibus; van por los muertos, barricada tras barricada, para recogerlo todo. Se arrojan lienzos por encima, todo salta, se agita, todo se excede. Los traperos vienen después, recogiendo los libros perdidos, los papeles caídos, las cartas esparcidas, los restos de calcetines, los pedazos de cinturón.

Adolphe Thiers

Somos dueños de París. Las Tullerías están en cenizas, el Louvre está salvado. El Ministerio de Finanzas y el Palacio de Orsay fueron incendiados. Este es el estado en el que París nos fue entregado por los sinvergüenzas que lo oprimieron y deshonraron. Nos dejaron doce mil prisioneros y, ciertamente, tendremos veinte mil. El suelo de París está sembrado de sus cadáveres. El ejército ha sido admirable. Sufrió muy pocas pérdidas.

*

26 de mayo

Ókuniev a Su Alteza el príncipe Goncharov

INFORME

Como tuve el honor de informar a Su Alteza por telégrafo, afortunadamente se ha conservado el hotel de la embajada imperial rodeado por una gran cantidad de edificios en llamas. Una bomba que pasó por una habitación en el segundo piso causó pérdidas insignificantes y fácilmente reparables. Los insurgentes, al verse definitivamente derrotados, habían quemado todos estos edificios con petróleo. Mientras se retiraban, las mujeres encargadas de encender el fuego llevaron a cabo esta monstruosa tarea.

Tengo el honor de ser,

con profundo respeto, Sr. canciller, de Su Alteza,

El siervo más humilde y más obediente.

*

28 de mayo

Una muchacha...

Todo ha terminado. Vemos pasar prisioneros durante todo el día. Ahora hemos regresado a la calma de antaño.

Augustina Blanchecotte

Hoy es el cumpleaños de mi hermano menor. He comprado un ramo de rosas. Es temporada de rosas; ¡es su deber esparcir su aroma y florecer ahora!

Mariscal Mac-Mahon

Cuartel General, 28 de mayo de 1871

PUEBLO DE PARIS

EL EJÉRCITO DE FRANCIA VINO A SALVARTE.

PARÍS SE ENTREGA.

NUESTROS SOLDADOS HAN RECUPERADO A LAS 4 DE LA MAÑANA LAS ÚLTIMAS POSICIONES OCUPADAS POR LOS INSURGENTES.

HOY LA LUCHA HA TERMINADO.
EL ORDEN, EL TRABAJO Y LA SEGURIDAD VAN A RENACER.

*

24 de junio de 1871

Obréskov, consejero de la embajada de Rusia en París

A Su Excelencia, el Señor Conde de Shuválov,
Señor Conde

Las damas de la Comuna, las amazonas y petroleras, tal vez podrían tener el derecho de acusarme de falta de galantería hacia ellas, porque, contradiciendo todas las convenciones modernas, os presenté primero a los caballeros que tumbaron París con fuego y sangre. Hoy quiero reparar mis errores. Me gustaría dar, señor Conde, algunas explicaciones sobre una obra curiosa: un llamamiento patriótico de la Unión de mujeres para la defensa de París y la asistencia de los heridos. Subrayo con lápiz rojo el nombre de Elisabeth Dmitriew [*sic*], una de las firmantes de esta proclama. Al llamar la atención de Su Excelencia, supe que esta mujer peligrosa, una rusa, había estado involucrada durante mucho tiempo en el movimiento socialista; que estaba infinitamente más interesada en las acciones de la Comuna que en los heridos, en su ambulancia, y que tuvo una participación activa en las revoltosas manifestaciones de sus compañeras en el Hôtel de Ville.

El 23 de mayo, durante el ataque contra el ayuntamiento del distrito X por parte del ejército, vimos a Elisabeth Dmitrieff detrás de las barricadas, alentando a los Federados a resistir, distribuyéndoles municiones y a la cabeza de unas cincuenta mujeres. Damos por sentado que ella contribuyó activamente, con palabras y con acciones, a los incendios que asolaron París. ¿Qué ha sido de esta loca? ¿Se la ejecutó sumariamente sin verificar su identidad? ¿Fue transferida a Versalles y de allí a un puerto marítimo con un nombre falso, imaginado por sí misma? Esto ha sido imposible saberlo hasta ahora... Acepte, señor Conde, el homenaje de mis sentimientos profundamente respetuosos.

3

Bajo la mirada del otro

“Esta semana púrpura...” gritará Charles Péguy. La plaza Blanche, una de las últimas en poder de la Comuna, se puso morada con la sangre de los fusilados. Elisabeth apareció y desapareció en esta plaza, sembrada de cadáveres, cuerpos de hombres, mujeres y niños que tuvieron que ser retirados lo más rápido posible por la putrefacción. Al menos veinticinco mil muertos arrojados a las fosas comunes. Una guerra civil ahogada en la historia por omisión o ausencia en la memoria colectiva. Miles de libros, autores famosos o desconocidos, incluso anónimos, en pocos meses, los últimos de 1871: gritos, explicaciones, opiniones, imágenes como para prolongar el evento. Y luego... silencio, y luego... odio. La Comuna fue sepultada por omisión, petrificada en estatua, congelada por la mitificación. Elisabeth también... asesinada por la calumnia, emparedada por la adoración.

*

Una incendiaria, una “enajenada con cabeza de harpía”, comentó el agente del zar. Elisabeth es derrotada dos veces. Como todos, sucumbió, incluso sin morir, en la semana sangrienta. Pero también ha desaparecido detrás de la imagen que ahora se construye sin ella. Imagen y leyenda desarrolladas tanto por sus enemigos como por sus adoradores. La Comuna, para ella, habrá sido un nacimiento y una muerte. Nacimiento de una mujer revolucionaria, impulsada por un socialismo inseparable del feminismo. Pero este mismo surgimiento, asociado con la derrota, la guerra civil, esta increíble masacre, la condujo a la muerte. Elisabeth está desposeída de sí misma, inmediatamente después de la caída de la última barricada. Los periódicos, los libros, la policía, los jueces, pero también los amigos la remodelan a su gusto, de acuerdo con los objetivos a alcanzar: por un lado la loca; por el otro, casi una reina.

La imagen se tornó borrosa porque hemos hecho de esta joven un demonio o un ángel. A veces se matiza el color del cabello, se altera el del vestido, pero su belleza, exaltada por todos, es una prueba para condenarla o magnificarla.

*

Del lado de los adversarios, los más virulentos son sus “compatriotas”, autoridades y periodistas. La apuesta es doble: despejar al gobierno francés de la participación de sus ciudadanas en la insurrección; distorsionar la imagen de esta mujer para que sea un ejemplo negativo para otras chicas rusas, especialmente aristócratas, tentadas por las mismas rupturas. Pero no están mejor informados sobre esta esquiva persona que sus homólogos franceses. En materia de misterio, Elisabeth es una orfebre.

Mayo de 1871, informe de la policía: objeto – Elisabeth Dmitrieff:

“Altura: 1,66 m., cabello y cejas castaños; frente ligeramente despejada, ojos celestes; nariz bien formada; boca mediana; barbilla redonda; rostro relleno; tez ligeramente pálida; marcha viva; habitualmente vestida de negro y siempre vestida de manera elegante”.⁵⁷

El informe antropométrico es seco y preciso, pero la mujer así disecada ha sido despojada de carne. El informante se permitió sólo dos adjetivos viva y elegante—, casi con lirismo. Su informe carece de carne: ¿acaba de contar la historia de su investigación? ¿Por qué no informa nada de la voz, el timbre alto y la velocidad del habla? Los informes de los espías sobre la Comuna y los comuneros son abundantes. Pero no dan nada a entender, a tal punto resulta inasible lo que quieren asir. Y Elisabeth es doblemente extraña para ellos. El mismo asombro, el mismo malentendido surge de las máscaras de miedo y repulsión de algunos corresponsales extranjeros.

4 de mayo de 1871, *The Times*:

“La reunión debía tener lugar en el boulevard d’Italie, un poco más allá de Montrouge, en una especie de pabellón coronado con una bandera roja. Encontramos una habitación en ruinas y maloliente, lleno de mujeres y niños de todas las edades. La mayoría de ellos parecían pertenecer a la clase baja de la sociedad y vestían chaquetas sucias y sombreros arrugados. Al extremo de la sala se encontraba una mesa cubierta de papeles y libros, detrás de la cual había una fila de mujeres, con pañuelos rojos sobre sus hombros y en las cinturas.

Al principio, nadie nos prestó atención, todos estaban demasiado absortos en el discurso de una hermosa joven de cabello largo y negro y ojos extravagantes que hablaba sobre los derechos de las mujeres. ¡Los hombres son cobardes! —gritaba ella—; se hacen llamar señores de la creación y son sólo

57 Publicado por el *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, editado por Jean Maitron, París, Éditions Ouvrières, 1971.

un montón de tontos. Se quejan porque se ven obligados a luchar y no dejan de murmurar sus desgracias; que se vayan con esos vagos de Versalles, y defenderemos la ciudad nosotras mismas. Tenemos petróleo, tenemos hachas y corazones fuertes, y somos tan capaces de soportar la fatiga como ellos. Defenderemos las barricadas y les mostraremos que no queremos que nos pisoteen más. Aquellos que aún estén listos para pelear podrán hacerlo junto a nosotras. ¡Mujeres de París, adelante!

Se sentó sin aliento y bastante confundida, habiendo tenido que soportar muchas burlas sobre la imperfección de su lenguaje y la extrañeza de sus comparaciones; pero se veía muy hermosa y podría haber posado para el retrato de una de las heroínas de la primera revolución; Sin embargo, había algo en su mirada que me hizo pensar, mientras la miraba, que no querría ser su esposo”.⁵⁸

8 de mayo de 1871,

The Golos (La voz), un periódico liberal de San Petersburgo:

“La ciudadana parisina es una especie de frenética con bastante espacio generalizada en la capital de la prostitución y la estúpida reforma. Estas mujeres se comprometieron en cada distrito a establecer Comités de Mujeres para encontrar patriotas dispuestos a salvar la revolución actual. Primero formarán un cuerpo regular de enfermeras (obviamente vestidas con llamativos uniformes) para cuidar a los rebeldes heridos; en segundo lugar, constituirán empresas destinadas a construir barricadas y luchar allí junto a batallones federados para defender los principios vitales de la humanidad: así se atreven a proclamar su papel de ladronas y bufonas de la Comuna de París [...]. La Comuna, obviamente, alienta a estas colaboradoras del sexo bello. Por encima de los Comités de Distrito está el Comité Central, y entre sus miembros encontramos un nombre completamente inesperado, un nombre ruso: la ciudadana Elisavieta Dmítievna. No sé cómo funciona esta organización: ¿está feliz de reclutar voluntarias entre sus miembros o, por el

58 Transcrito en el diario parisino *L'Étoile* del 10 de mayo de 1871.

contrario, así como el Comité Central de los federados, está arrastrando a sus hermanas por los cabellos, reemplazando el argumento de las balas por arañazos, mordiscos, rodetes o torturas más graves de las que son capaces esas mujeres?

La razón oficial de su presencia en el combate se puede leer en la proclama donde afirman que la Comuna está preparando una nueva sociedad, igual para hombres y mujeres, y que son los enemigos de Versalles los que hacen de los patriotas seres ávidos de venganza. La ciudadana Elisavieta adorna esta verdadera declaración de guerra con su nombre. Ella es una agitadora e incluso un parásito que hará tambalear los planes de los comuneros. ¡Ella pide venganza! ¿Contra quién, contra qué? ¿Contra el género masculino! [...] ¡Oh, frase admirable! ¡Oh, pasión inconsciente! ¿Es posible que tu cerebro eslavo esté oscurecido? ¿Es posible que tu naturaleza rusa esté infectada? ¡Esperar una nueva sociedad en esta Comuna de París, que es un grupo de ladrones y que idealiza el socialismo con el único objetivo de legitimar el saqueo general, basado en la mendicidad universal y, como orientación, la dictadura de los bares! Debe suponerse que nuestra pobre compatriota se perdió en este Comité contra el cual protestaron las mujeres honestas, incluidas las escritoras democráticas. Quizás se vio obligada a entrar para escapar de la furia de estas agentes de la pandilla comunal”.

El tono del periodista ruso “liberal” no tiene nada que envidiar a los franceses más sucios; como el hijo de Alexandre Dumas, que denuncia a estas “mujeres de las cuales no diremos nada por respeto a las mujeres a las que sólo se parecen cuando están muertas”.

Se rumorea: este nombre ruso, esta elegancia hacen que algunos imaginen a una baronesa rusa, la nieta de Pushkin vengador contra el barón Dantes. Hay que decirlo de nuevo: detrás del odio se esconde el miedo a lo desconocido, lo inaudito; a una mujer insubmisiva, rebelde contra toda autoridad.

La investigación parlamentaria y judicial también se ha estancado. Por todos lados se evoca a esta “mujer Dmitrieff, bajo el mando de la cual se encontraban todas las cocineras, las enfermeras, las luchadoras de las barricadas...” (declaración del coronel

Gaillard). Las autoridades pidieron al capitán Bricot, sustituto del Cuarto Consejo de Guerra, un informe sobre “el papel de las mujeres durante la lucha de la Comuna”. El capitán enfatiza que: “Todas las mujeres reciben [...] sus instrucciones y su consigna del Comité Central de la Unión de mujeres, asentadas en el ayuntamiento del distrito X bajo la presidencia de la Srta. Demitrieff” [sic]

Asimismo, el espía Barral de Montaud acusó, ante los jueces y parlamentarios, a la Unión de Mujeres y a su efigie de todas las fechorías, comenzando por los supuestos incendios de la Comuna. Sin darse cuenta, Nathalie Lemel, arrestada, interrogada por el Consejo de Guerra, lleva agua al molino de estos detractores al convertir a Elisabeth Dmitrieff en una líder indiscutible.⁵⁹ Pero el archivo permanece vacío, la corte está lidiando con un fantasma.

“29 de agosto de 1872,

Solicitud de información sobre la llamada Elisabeth Dmitrieff, miembro del Comité Central de mujeres:

- 1 – ¿Estado civil de la mujer Dmitrieff?
- 2 – ¿Su hogar durante la Comuna?
- 3 – ¿Sus acciones durante la insurrección y los nombres de las personas que tuvieron que presentar reclamos por causa de ella?

1° de octubre de 1872

Respuesta: “La llamada Dmitrieff Elisabeth, originaria de Rusia, tiene veintiocho años (!). No se la encontró en París, a pesar de las muchas y activas búsquedas de las que fue objeto.

Durante el levantamiento, fundó y dirigió la Unión de Mujeres.

Había sido recomendada a Rossel (jefe de los ejércitos de la Comuna) por el llamado Malon.

59 Nathalie Lemel será ella misma deportada. Se negará a solicitar un indulto (favor otorgado debido a su avanzada edad) por solidaridad con los otros condenados.

No fue posible saber qué estaba haciendo la mujer Dmitrieff hasta el 18 de marzo.

Si se cree a los periódicos de la época, la mujer Dmitrieff usualmente llevaba un vestido de amazona, un sombrero de fieltro decorado con plumas rojas y una bufanda de seda del mismo color, decorada con flecos dorados. Esta bufanda, que llevaba atravesada de derecha a izquierda, era la insignia de su función”.⁶⁰

¿Cómo diablos, en vista de que no saben nada sobre su estado civil, sus orígenes, ni su familia, pueden afirmar tan certeramente su edad, veintiocho años? ¿Recopilaron esta información de otros miembros de la Unión de Mujeres arrestadas (esa sería la suposición más probable)? ¿Elisabeth se hacía pasar por mayor de lo que era ante sus compañeras para reforzar su autoridad? ¿O estos ocho años que le añaden generosamente fueron deducidos de su apariencia (vestimenta, expresión, audacia)?

Obviamente, la policía, los soldados, los hombres no vieron los dos pequeños retratos tomados por un fotógrafo de la Chaussée d’Antin a pocos pasos de su casa. ¿Quién la animó a empujar la puerta de este Sr. A. Liébert, “Fotografía americana, en el primer piso de la rue Saint-Lazare, n° 95”? ¿Fue uno de sus allegados quien insistió en enriquecer los retratos de la Comuna? ¿Vio el cartel, al salir de su casa para bucear por París, y tuvo un deseo infantil? ¿Quería tener un buen recuerdo? Ella no ofreció estos retratos a la Comuna. Puede no haber tenido tiempo. Estas dos imágenes, en las que posa de frente y de perfil, ella sale favorecida: feroz, a pesar de un ligero movimiento de la barbilla.

Es una figura ausente, un vestido vacío de amazona que será juzgado por la corte especial un año y medio después. La sombra de Elisabeth Dmitrieff fue condenada en ausencia por rebeldía el 26 de octubre de 1872, por jurados militares, y condenada a deportación a un recinto fortificado. La decisión fue cambiada por

60 Archives de la guerre, LY 22.

expulsión en 1884, luego de un indulto colectivo. Pero la bella sigue siendo inalcanzable; la policía notifica la nueva decisión a los Estados Unidos, en tanto ella erra desde hace ya mucho tiempo por las blancuras siberianas.

*

¿Es más verdadera Elisabeth desde la perspectiva de sus compañeros de combate? Nada es menos seguro... Las palabras pronunciadas en la derrota y exilio son abundantes y exclaman su amor por la Comuna y sus esperanzas aún vivas. Las palabras son quizás igual de engañosas. Cada libro reproduce el mismo argumento, como si hubieran sido copiados unos de otros, embelleciendo en cada oportunidad el recuerdo. “Ellos”, exclusivamente. Las mujeres, las “escritoras”, André Léo, Louise Michel, no hablarán de Elisabeth Dmitrieff. Edith Thomas, en su biografía de “La Velléda de la anarquía”, sugiere que es por cierto orgullo. A Louise Michel le hubiera gustado asumir toda la obra de las mujeres durante la insurrección y a veces afirmó ser la autora de los manifiestos de la Unión de Mujeres, pero nunca se encuentra su firma allí, excepto en la parte inferior del contrallamamiento que denuncia la moderación de los “honestos parisinos”.⁶¹ Los silencios de André Léo son de otra naturaleza. André Léo es una teórica, y su *Guerra social* de septiembre de 1871, una magnífica síntesis analítica de los días de marzo, abril y mayo, no tiene nombres o retratos. La Comuna fue una obra colectiva.

Algunos han sugerido la amargura y los celos como la razón de esta omisión en la memoria inmediata de las mujeres en la Comuna. Las cartas posteriores de Victoire Tynaire muestran mejor la confusión de sentimientos que una elegante aristócrata rusa, exótica y muy decidida, podría inspirar. Durante la Comuna, Elisabeth es una generala admirable. Con la derrota de la Comuna,

61 Édith Thomas, *Louise Michel, La Velléda de l'anarchie*, París, Gallimard, 1971.

es una extremista peligrosa. En su *Primavera 71*, el dramaturgo Arthur Adamov ciertamente se inspiró en Elisabeth Dmitrieff para el personaje de Sofía Peróvskaia. Sofía-Elisabeth es bella, inteligente, valiente, eficiente pero fría y distante. Ella fascina a los hombres y es odiada por las comuneras. Es la bella extranjera irresponsable, en parte culpable de la derrota de la Comuna. Lista para sacrificar su vida, aparece ante las otras mujeres como que no tiene nada que perder. Sus compañeras están celosas por ello. Al ritmo del cerco de Versalles, el odio aumenta a su alrededor. “¿Recuerdas a esta bella Dmitrieff...?”, escribe Victoire Tynaire desde su exilio húngaro. “Ciertamente, un agente provocador del zar”. Los años y la distancia han incrementado el rechazo.

Prosper Lissagaray, el periodista insignia del *Tribun du Peuple*, no escapa a esta cronología del rechazo. Al vuelo lírico de los “ocho días de mayo” sucederá la amargura del revolucionario fracasado y amargado. Pero la hora de marchitarse aún no ha llegado. El ídolo, Elisabeth, todavía irradia:

“Bruselas, julio de 1871,

Alrededor de las 3 de la tarde, el miembro de la Comuna Frankel llegó al ayuntamiento XI con el brazo en una cabestrillo ensangrentado. Este joven, uno de los miembros más inteligentes de la Comuna, había sido herido en las barricadas de la Bastilla. La Sra. X lo acompañaba. Alta, cabello dorado, admirablemente bella, sonriente, sostuvo al hombre herido cuya sangre se derramó sobre su elegante vestido. Durante varios días, se prodigó en las barricadas, atendió a los heridos y encontró fuerzas increíbles en su generoso corazón.”⁶²

Años más tarde, en una edición completa bajo el título de *Historia de la Comuna de 1871*, un periodista de buena pluma re-

62 Prosper Lissagaray, *Les Huit Journées de Mai*, Bruselas, 1871 (republicado en 1968 por Edhis, París).

vela la identidad de la Sra. X: “Una joven rusa de gran nacimiento, educada, bella, rica, que se hacía llamar Dmitrieff, fue la Théroigne de esta revolución”.⁶³

Entre sus adoradores también estaba Louis Baron, que, al verla, no podía dejar de exclamar, en cada ocasión: “¡Por Dios, qué hermosa es!”. Las palabras escritas expresan el mismo entusiasmo, apenas más discretamente:

“París, martes 23 de mayo de 1871,

Al amanecer, una tropa de mujeres, de guerreras, con rifles colgados en bandolera o sobre sus hombros, o sobre sus espaldas, y en sus peinados una escarapela roja, se ofrecieron para defender la Casa Comunal. A la cabeza, como su capitana, camina la princesa Dmitrieff, su largo cabello ondeando al viento, el pecho atravesado por una bufanda roja. Con voz tierna y fuerte, dijo: ‘Mientras nuestros hermanos luchan en las barricadas, reclamamos el honor de mantener el municipio. Lo defenderemos hasta la última gota de nuestra sangre’. ‘Agradecemos a las valientes hermanas y hermanos de mostrarles a todos y todas el ejemplo de su coraje’. Ellas van por las calles, entre los encogimientos de hombros, las risas burlonas de las comadres”.⁶⁴

Otro la vio, no en el ayuntamiento, sino yendo hacia la plaza Blanche:

“Rue de l’Abbaye, en la esquina del café Sergent, veo pasar a un grupo de mujeres, fusil al hombro, cartuchera al costado, las faldas levantadas y gritando ‘*Vive la Commune!*’”.

Una de ellas sostiene una bandera roja, que ondea febrilmente. Estas mujeres jóvenes, eran alrededor de veinte, están bajo el mando de una joven morena muy bella, con hermoso cabello ri-

63 Prosper Lissagaray, *Histoire de la Commune de 1871*, París, Maspéro, 1983.

64 Louis Baron, *Sous le drapeau rouge*, París, Savine, 1889 (Baron había sido secretario de la delegación de guerra).

zado. Ella es alta, esbelta, bien torneada y lleva gallardamente en la oreja un sombrero tirolés adornado con una larga pluma de gallo y una cocarda escarlata. La tropa se dirige hacia la rue Lepic.

[...] Un poco más tarde, al pie de la rue Lepic, las mujeres, que reencontré, están allí. La barricada es sólida, somos muchos. La joven y bella que comanda a la tropa está parada en la plataforma, con la bandera roja en una mano y la escarapela en la otra. ¡Pero es una locura quedarse allí! Antes de diez minutos, ya no quedará nadie en pie...⁶⁵

Pasaron treinta años cuando Alphonse Humbert cuenta sus recuerdos a su antiguo compañero Maxime Vuillaume. La voz atornadora del *Père Duschène* se vuelve aterciopelada para describir a la dama rusa:

“Nos dirigimos hacia la torre de agua... Un grupo de guardias escolta una camilla en la que descansa un hombre herido, Frankel. Inclined sobre el pálido rostro de Frankel, una rubia alta y hermosa con rasgos enérgicos, con un perfil fino. Una rusa. Señorita Dmitrieff”.

Como una virgen de las barricadas, Gustave Lefrançais, y Arthur Arnould le cantan a Elisabeth... todos la han visto. La silueta es similar a la del niño que ruega a los soldados de Versalles que salven a su padre; no hay una historia que no incluya este episodio, interpretado en su forma más lírica por Victor Hugo. La memoria, por muy precisa que sea, es quizás una obra de imaginación colectiva...

Un siglo después, con motivo del centenario de la Comuna, el mito sigue vivo:

“Sabemos de ella tan poco como podemos ver en este exquisito retrato casi único, donde el cabello es armonioso y flexible, descubriendo el nácar de

65 Sautter-Laumann, *Historia d' un trente sous*, París, Albert Savine, 1891.

las orejas, donde la nariz hacia arriba evoca una impertinencia cortés que desmiente la gravedad de la boca sensual, y donde el leve hundimiento de la barbilla dice que la voluntad tensa de esta vida no estaba en su carácter innato. El pensamiento y revuelta de esta noble niña es el rechazo a la nobleza como una túnica de infamia”.⁶⁶

En el proceso, ese mismo año, algunas mujeres se unieron en un círculo feminista “Elisabeth Dmitrieff”, de orientación trotskista, con el objetivo de promover juntas la causa de las mujeres y la del socialismo.

*

El tributo menos ruidoso, y por lo tanto quizás el más sincero, fue el de su “padrino” comunero, Benoît Malon:

“Por su parte, una joven rusa que firmaba Elizaveta Dmitrieff se puso a trabajar. Seducida por la gran tradición revolucionaria de París y también impulsada por una apasionada devoción por la causa del pueblo, quería reunirse en una liga militante a las trabajadoras de París, a efectos de brindar una valiosa ayuda a la Comuna; y a la emancipación de la mujer, un punto de apoyo”.⁶⁷

“Veo muy poco a Frankel y Malon”, les escribió a sus corresponsales de Londres. Los dos hombres están constantemente asociados a Elisabeth en esta Comuna de París. No es sólo por sus convergencias políticas y su trabajo común. Al primero, se le atribuye una pasión infeliz y no correspondida por la bella dama rusa; al otro, una relación efímera.

*

⁶⁶ *La Raison*, junio de 1971, núm. 158.

⁶⁷ Benoît Malon, *La Troisième Defaite du proletariat français*, Neuchâtel, Guillaume et fils, 1871 (republicado en 1968 por Edhis, París).

Nada se debe al azar. Cuando llegó a París el 28 de marzo, Elisabeth sólo conocía un nombre, el de Benoît Malon. Se conocieron en Ginebra.

Malon es un navegante, está con la Internacional. Primero estuvo cerca de Bakunin antes de alejarse de su Fraternidad Internacional, sólo para volver algún tiempo después. Los dos hombres se habían enemistado, a principios del año 1869, por cuestiones más estratégicas que teóricas y Malon había perdido la confianza de Bakunin. Malon luego se acercó a los círculos adversos y probablemente fue en este año 1869 que Elisabeth lo conoció, antes de partir hacia Francia para tratar de instalar otras secciones de la Internacional. A orillas del lago, ella le explica las ideas de Chernishevski, y él le transmite su experiencia. Él es sólo diez años mayor que ella: en 1869 entra en su vigésimo noveno año de edad. Es un joven fornido, con una frente grande, cejas gruesas, boca y mentón con una barba abundante. Malon es mayor, es un profesional de la revolución y, además, es un trabajador, cualidades esenciales para Elisabeth.

Arribado a París en 1865 de su Auvergne natal, fue uno de los primeros miembros de la Internacional. Luego trabajó como obrero tintorero y realizó maravillas como organizador de una huelga: la de los tintoreros en Puteaux en 1866. Pero Malon tenía otras ambiciones. Devora palabras, libros y periódicos. Muy rápidamente lo ganan la escritura y la acción. Después de un primer paso por prisión (primer juicio a la AIT en 1868), corre de una ciudad a otra, de un país a otro, de una sección a otra, orador y organizador incansable de la Internacional. Lo vemos en Lille, Le Creusot, Marsella, Londres, Lyon y, desde luego, en Ginebra. En julio de 1870, el tercer juicio a la AIT lo envió nuevamente a prisión (sentenciado a un año), pero dos meses después, la República, proclamada el 4 de septiembre, lo liberará el 5 de ese mismo mes.

Durante la Comuna, ocupó cargos importantes en la Comisión de Trabajo e Intercambio; este papel lo llevó a trabajar estrechamente con la Unión de Mujeres de Elisabeth.

Malon es un ser en movimiento. Fluctúa entre la Internacional de Marx y Bakunin, entre libertarios y autoritarios; es bastante voluble, al parecer, tanto en la esfera pública como en la privada. Los contemporáneos comentan pérfidamente sobre su navegación de una mujer a otra. Su pasión es especialmente por André Léo, su compañera más duradera. Un año después de la Comuna, en Suiza, donde se refugiaron, André Léo y Benoît Malon caminan juntos “libremente”. Permanecerán unidos durante seis años. André Léo, diez años mayor que él, saldrá amargada de esta infeliz unión. En el enfriamiento de las relaciones de Elisabeth Dmitrieff-André Léo, algunos han sugerido celos, cuyo objeto supuestamente era Benoît Malon. Pero la hipótesis es débil. Se basa principalmente en el testimonio de un compatriota de Elisabeth, Mijaíl Petróvich Sajine, conocido como Armand Ross en la Internacional. En París, en marzo, abril y mayo de 1871, permanece retirado, sintiéndose bastante inútil, extraño, contemplando a los demás y, en particular, a esta Elisabeth, de quien hablará con pasión en sus memorias:

“Era una morena alta, envuelta en un abrigo negro, rodeada por una bufanda roja en la que guardaba pequeños revólveres. Ella hablaba, el abrigo se abría y todos veían el cinturón y los revólveres.

Estaba muy cerca de Benoît Malon. Malon era conocido por amar a las mujeres, y Dmitrieva era hermosa”.⁶⁸

Todo está escrito. Nada es seguro. Sajine sugiere el mismo rumor... Uno de los biógrafos soviéticos más firmes se opuso enérgicamente a esta afirmación con motivaciones difusas: celos póstumos o preocupación por mantener las buenas costumbres: ¿una revolucionaria rusa debe ser inaccesible y “pura”? Pero a Elisabeth no le preocupan las buenas costumbres. Ella escribió “Veo muy poco a Frankel y a Malon; cada uno por su lado está

68 Mijaíl Petróvich Sajine, *Vospominania* 1860-1880 (Recuerdos), Moscú, 1925.

muy ocupado”. Esta oración no habla más que de la intensidad del trabajo y la presión del sitio. Malon y Elisabeth vivían a pocas cuadras de distancia. Esta conexión improbable y furtiva no es imposible.

*

El enlace termina en la yuxtaposición de nombres. De alguna manera, Frankel es una antítesis de Malon.

En apariencia, parecía tan frágil como sólido Malon. Rostro sereno, negruzco y asimétrico, la mayoría de las veces rasurado. Así era en París en la época de la Comuna.

Son pocos los comuneros que cuenten con el apoyo unánime de todas las tendencias socialistas. Al igual que Eugène Varlin, una figura de mártir (lapidado durante la semana sangrienta), Léo Frankel es uno de ellos. En 1871, tenía sólo veintiséis años y una asombrosa madurez.

Al igual que Elisabeth, ha recorrido un largo camino. Léo Frankel nació en Hungría en la ciudad de Buda-Ujlak, un suburbio de Budapest. Era el quinto hijo del doctor Frankel, un estimado cirujano liberal, y de una mujer apocada, Régine Deutsch. Léo Frankel creció en la comodidad y la cultura de una familia judía abierta al mundo. Apresurado por abandonar el capullo familiar y poco permeable a los estudios intelectuales, aprendió el oficio de la orfebrería y a los dieciséis años partió a recorrer las rutas de Europa: Elisabeth, otra coincidencia, también tenía dieciséis años cuando se fue por primera vez.

Viena, París, Londres, Bruselas... Frankel comenzó su viaje en la tradición de los compañeros, lo continuó como viajero de la Internacional. Hasta el final de su vida, rara vez se quedará más de unos meses, unos años en la misma ciudad.

Después de la insurrección parisina, para él seguirán veinticinco años de vagabundeo y miseria: Londres, Ginebra, Viena y París nuevamente. Tenía cincuenta años cuando se lo llevó la tisis. El re-

volucionario expresó un sólo deseo: que su cuerpo fuera envuelto en una bandera roja y que, en ocasión del entierro, se leyera un breve testamento: “Habiendo vivido como un librepensador, quiero morir de la misma manera [...] no creo en el infierno, ni en el cielo, ni en el castigo o en las recompensas en otro mundo...”.⁶⁹

Al igual que Elisabeth, durante y después de la Comuna, fue blanco del chovinismo francés. Al igual que ella, y con ella, él quería sobre todo instalar la revolución, hacer que el movimiento hacia delante sea inevitable.

Herido gravemente en las barricadas, Frankel fue salvado por Elisabeth. Este evento es quizás para él felicidad y dolor. Léo Frankel amaba a Elisabeth en la época de la Comuna, de eso estamos seguros. Pero esta pasión no fue correspondida y eso le causó un gran sufrimiento, de eso también estamos casi seguros. En los meses y años que siguieron, el amor permaneció oculto, pero aún vivo. En el otoño de 1871, refugiado en Londres, Léo Frankel se aloja en lo de la familia Marx. Durante un entretenimiento bajo la forma del juego de la verdad, las señoritas Marx les piden a sus invitados que escriban los nombres de sus “grandes amores”. En una hoja de papel, Frankel escribe tres nombres: Tussy, Maggie y Elizaveta. Y agrega que lo que más aprecia en una mujer es “el arte de la seducción y la capacidad de disfrutar del amor”.⁷⁰ Elisabeth había demostrado sus habilidades para la seducción, y pronto mostrará sus posibilidades con respecto a la segunda propuesta, pero no con el desafortunado Frankel.

Tussy (Eleonor) es la hija menor de Karl Marx. Maggie, su amiga íntima. Frankel las corteja con entusiasmo. Quizás escribió sus nombres para divertir a las señoritas Marx. Pero el séquito también sabe que el otro nombre, Elizaveta, causa un gran sufrimiento al joven internacionalista. Engels escribe: “Frankel se comporta

69 El testamento se reproduce en la biografía de Frankel, *Dictionnaire biographique du Mouvement Ouvrier Français*, editado por Jean Maitron (1864-1871), París, Éditions Ouvrières, 1971.

70 *Iúmost*, N° 11, Moscú, 1961.

bien, incluso más que bien, porque es muy cariñoso”.⁷¹

Los años pasan. Un día de verano de 1874, Marx le escribió a su hija mayor, Jenny. Como de costumbre, habla de todo y de nada, política y vida cotidiana, salta de un tema a otro y en un párrafo incongruente cierra el drama de Léo Frankel.

Londres, 14 de agosto de 1874,

“Mi querida hija, mi corazón [...]. Ahora otra pintura. Frankel y Utin estuvieron aquí anoche. Este último nos informó que la señora Tomanovski se casó. (Lo que no sabía exactamente es si su parto inminente –esto queda totalmente entre nosotros– ha sido puesto en marcha antes o después de la boda. Además de eso, no tiene más detalles sobre el feliz esposo). Frankel sufrió mucho por este golpe inesperado”.

*

Elisabeth salvó a Frankel de la muerte y del arresto seguro. Juntos huyeron de París. La ciudad estaba llena de soplones y personas odiosas que denunciaban rápidamente, pero aún es posible salir de la capital por rutas seguras. Para ella, puede ser aún más fácil. Basta con despojarse de esta cáscara ahora vacía de Dmitrieff y es la Sra. Coronela Tomanóvskaia quien cruza las líneas prusianas y la frontera suiza. Sus caminos se separan. Leo continúa hacia Londres. Elisabeth se detendrá en Ginebra

71 Marx-Engels. *Correspondance, juillet de 1870-décembre de 1871*, París, Éditions sociales, 1985.

CUARTA PARTE

Moscú – Krasnoiarsk
Exiliados

1

La reina de corazones

“Ginebra, 4 de junio de 1871,

Querido amigo Jung:

Ha pasado mucho tiempo desde que nos comunicamos. Los acontecimientos que ocurren en Francia absorben completamente todo nuestro tiempo e impiden pensar en otra cosa. Tengo el corazón demasiado acongojado después de los acontecimientos de París como para poder escribirle una larga carta. Demasiados de nuestros hermanos han sido asesinados y la existencia de otros está demasiado en peligro, como para que tenga la cabeza serena para escribir. Hace falta algo más que esto: actuar, y es lo que estamos haciendo ahora; somos un pequeño grupo de hombres decididos a hacer todo lo posible para salvar a los últimos sobrevivientes de París. Estamos observando activamente y actuamos con prudencia, pero sin perder tiempo. Hoy no puedo darle otros detalles. Dentro de unos días, y cuando nuestros enviados nos informen completamente, recibirá una larga carta con todo lo hicimos para salvar a París.

Usted juzgará, querido amigo, si sus amigos en Ginebra han funcionado bien para la revolución social, que esperamos ver triunfar; estoy demasiado

afligido con todo lo que está sucediendo para poder escribirle una carta correcta. Mi mano tiembla de ira cuando veo todo lo que está sucediendo en Francia.

Una buena noticia: nuestra querida hermana Elizaveta está a salvo. Dejó París en medio de todo tipo de obstáculos y en medio de proyectiles y balas. Es un milagro que se salvara. La tenemos en Ginebra y la cuidamos preciosamente. Pudo escapar con algunos amigos de esta terrible masacre. Ella tiene que escribirle a Usted.

Los amigos lo saludan: Utin, Grosselin, Dupleix y Becker. Hasta pronto, querido amigo, y cuento con Usted para nuestras solicitudes al Consejo General.

Le estrecho fraternalmente la mano

H. Perret⁷²

Utin dijo “nuestra preciosa amiga”, Perret “nuestra querida hermana”. Para cuidarla muy bien. Elisabeth es como una joya frágil que todos buscan preservar en un ambiente seguro. Pero no se sale ileso de tal revolución, de tal masacre. Elisabeth está cansada, seguramente enferma. Ella podría haber preferido, en su radicalismo, la cárcel a esta dolorosa libertad. Y ahora, apenas fuera del infierno, se le pide que se comprometa nuevamente, para servir a la causa del clan de Utin contra el de Bakunin. Todos los comuneros aterrizan agotados desde París, y están inmediatamente sujetos a esto. Elección de ubicación primero. No todos viven en la misma orilla del lago. Los mismos insultos fluyen a ambos lados. Elisabeth mira con asombro a estos compañeros de antaño, encerrados en sus disputas mientras se sigue fusilando. La elección de Elisabeth será otra y, como siempre, definitiva. Utin está tratando de convencerla: tu lugar está aquí. Allá no es posible ningún resultado político; allá están el fin, la asfixia, el encierro. Elisabeth está escuchando, pero ella ya se encuentra allá. Utin está agitado

72 Citado por Marc Vuilleumier en *Jalons pour une histoire de la Commune*, bajo la dirección de Jacques Rougerie, París, 1973.

y sin aliento. Es en vano. A principios de octubre de 1871, Elisabeth parte hacia San Petersburgo.

*

Hacía mucho que el tren había salido de Ginebra. Atravesó Basilea y la frontera con Alemania. Se dirige a Berlín, después de haber pasado por Colonia. Ella no se detendrá en Berlín. No interrumpe el curso de su fuga. Irá directamente a tomar el transporte a Varsovia. Hasta llegar a la capital polaca ella había vivido casi tres días en los trenes; en primera clase, por supuesto. Es noble, su fortuna aún no está agotada. ¿En qué puede pensar mientras observa cómo se despliega esa planicie infinita? ¿Por qué modificaciones pasan sus pensamientos?

Sólo podemos imaginar el cansancio, la desesperanza y la desilusión mezclados, el cansancio y el desánimo, la aspiración de retirarse “a casa”, en Vólok, donde el cielo es como en ningún otro lugar. La madre, la tierra, la familia. Ella de pronto es muy joven, se encuentra en regresión volver a la crisálida, el retiro familiar. La libertad es amarga.

Cuanto más al Norte va, en este otoño (probablemente a fines de octubre de 1871), más se impone el deseo de llegar a casa. Alrededor de Ginebra, el campo era cálido, el verde de los árboles apenas se desvanecía; entre Berlín y el sur de Polonia, el bosque está resplandeciente. Después de Varsovia, los abedules omnipresentes están sin hojas y, más allá de la frontera con el Imperio ruso, ya es invierno. Árboles desnudos y nieve.

Durante el invierno de 1871-1872, Elisabeth desapareció. Parece haber roto con sus amigos de Ginebra. La correspondencia con Nikolái Utin se reanuda más tarde. Suponemos que su hermano Alexandre está feliz de verla de nuevo, orgulloso de sus compromisos parisinos.

*

También tuvieron lugar, en las noches de verano en San Petersburgo, los reencuentros con su caballero andante de otra época, Alekséi Kuropatkin.

En 1923, bajo arresto domiciliario, el general retirado escribe (tenía setenta y cuatro años). Los revolucionarios le ahorraron la muerte debido a sus hazañas patrióticas pasadas, a diferencia de su viejo amigo Vladímir Lukich Kusheliiov. Pero su tierra le fue confiscada. La época de escuchar a viejas cantantes rusas ha terminado. Alexis escribe ochocientas páginas de recuerdos, escritas a máquina, ordenadas cuidadosamente año tras año, principalmente informando sus hazañas de armas y su filosofía de los asuntos militares, pero también, salpicadas de notas de color, incluso lúdicas. Las líneas para Elisabeth están ahí. El ex jefe de los ejércitos del zar se divierte, en particular cuando recuerda una noche de reunión, un caluroso sábado de verano de 1872.

“Lisa se unió a mí, envuelta en una especie de bata, con la forma de una túnica griega. Su cabello exuberante, suelto caía sobre sus hombros.

Esta aparición fue decisiva y peligrosa para mí.

Lisa ardía, hablaba en mi contra; estábamos de pie, percibí su aliento y respiré los diversos aromas de su perfume. Con frecuencia levantaba sus manos y su brazo aparecía desnudo hasta el hombro a través de una hendidura en la túnica. Yo ya no era un aprendiz inocente y modesto: la bella Lisa me embriagaba, pero sus palabras, no”.⁷³

¿Es consciente Lisa de la atracción que ejerce sobre su amigo? Lo lleva a dar un largo paseo nocturno, a veces deteniéndose en una de las iglesias de San Petersburgo, entregándose a feroces diatribas y refugiándose abruptamente en largos silencios, sincopados por profundos suspiros. Alekséi Kuropatkin sólo puede mirarla y a veces se atreve a tomar su mano, una mano cálida y agitada, escribe además. Ella sólo ve a este joven oficial vestido

73 “*Soixante dix ans de ma vie*”, manuscrito, Archivos históricos de guerra, Fonds 165.

de blanco, aunque su rostro delgado y juvenil ha adquirido una expresión más viril, en el paroxismo de la emoción, según parece recordar ya cerca de los setenta y cinco años. Estas líneas sólo confirman que Lisa era hermosa y de una belleza avasalladora. Tenía veintiún años.

Elisabeth habla con exaltación, suspira, su respiración está agitada. ¿Para quién juega este papel de joven “febril”? ¿Es para embotarlo un poco más el deseo de su “viejo” amigo? El general sólo recuerda un conjunto de gestos, un retazo de piel, un perfume. Atendiendo a sus sentidos él olvidó las palabras. Tal vez habló de la Comuna, de sus amigos que fueron asesinados, de la esperanza masacrada, de las decepciones... Quizás otras imágenes sucedieron a las de los muertos y las ruinas, las de Vólok, la casa, la iglesia, el río, los abedules y una figura masculina sólida.

Probablemente fue durante este mismo año, 1872, que Iván Davidovski terminó su viaje. ¿Los profundos suspiros de esta noche de verano les serían destinados?

*

Más tarde, los hermanos caminan por la Seriozha; se hunden en el bosque; se sientan alrededor de una estufa; siempre hablan. Él hace preguntas y ella responde con largos desarrollos que acompaña con grandes movimientos. A veces se calla bruscamente, en busca de un recuerdo más preciso. Él la escucha con cierta devoción.

Alexandre y Elisabeth Kouchelev no se han visto en tres años. El hermano mayor miraba a esta hermana menor con admiración: ella buscaba poner en práctica sus sueños de un mundo mejor. Le cuenta sobre la Comuna y él, sin duda, restablece vínculos con la hermosa y joven noble rusa perdida en las barricadas parisinas, escarnecida por el corresponsal del Golos de San Petersburgo. Pronto, Alexander, un recién casado, tendrá una hija, la primera, y la llamará Elisabeth.

Esta Elisabeth contará mucho más tarde el origen de su nombre. Fue en homenaje a su tía que había desempeñado un papel destacado en la Comuna de París. La pequeña Elisabeth escuchaba atentamente e intentó darle una realidad pictórica a esta tía desconocida. Elisavieta-Lisa-Elizaveta-Elisabeth, la querida hermana menor de su padre, estaba muy lejos, en el corazón de Siberia, y él quería engañar la ausencia del modelo a través de su hija adolescente. Alexander también podía sentirse un poco culpable: si Elisabeth estaba lejos, en las inmensidades blancas, eso era también era, sin duda, un poco por su “culpa”.

*

Elisabeth no sólo encontró a sus hermanos y a su madre; ella alternaba entre Vólók y las tierras de su marido, el coronel Tomanóvskaia, que luchaba contra su tuberculosis cada vez más invasiva. Después de la segunda partida de Elisabeth hacia Europa en octubre de 1868, la familia Kusheliiov permaneció unida al marido abandonado, el generoso Mijaíl Nicolaevich. Incluso se dice que Alexander aconsejó al coronel en su búsqueda de un nuevo administrador para su propiedad. Le presentó a un hombre de confianza y amigo: Iván Davidovski.

Este año 1873 a veces es mencionado por historiadores o biógrafos como un final, o por lo menos como una ruptura en la vida de Elisabeth. Es que, la mayoría de las veces, aquellos que se habían lanzado tras sus pasos también tenían la intención de convertirla en modelo; ella debía ser *la* mujer revolucionaria. En este sentido, la vida privada no debería dañar la imagen pública, y los historiadores militantes creían que las elecciones amorosas de Elisaveta Loukinichna darían armas a sus adversarios. Así, la mayor parte eludió investigar y comprender.

Tiene veintidós años y algunos hombres la han querido o deseado: Kuropatkin, Benoît Malon, Léo Frankel, Utin quizás e incluso Lissagaray. Hasta entonces, según parece, había soñado. La

derrota de la Comuna de París la despierta brutalmente, enfrenta su utopía con imposibilidades muy sólidas y violentas: el Estado, el ejército, las industrias. Sus fantasías, su extravagancia, ropa, las pistolas colgadas en el cinturón rojo y dorado, dan testimonio de su ingenuidad para vivir su sueño. Los hombres también son sueños, imágenes de sí mismos y seguirán siendo inmateriales.

Al regresar al país, Elisabeth busca nuevos sueños. Primero intenta extender su proyecto político, pero en la propia Rusia. El general Kuropatkin dice que ella le preguntó por los planes de defensa militar en San Petersburgo y que quería convencerlo de difundir el espíritu revolucionario en los regimientos de la capital. Su amiga de Ginebra y París, Ekaterina Bartiénieva, relata en sus memorias su intento de insertarse en una “comuna” social, en Siérpujov, cerca de Moscú, creada por iniciativa de dos narodniks. El lugar estaba destinado a acoger y cuidar a los locos. Vivían juntos, cuidados y cuidadores. Pero no tuvo resultados.

Elisabeth se repliega en las tierras familiares, las de los hermanos, las del esposo. A veces se preocupa por él, realmente triste por su inminente final. Ekaterina Bartiénieva está impresionada por su emoción y “los torrentes de lágrimas” derramados por su amiga ante la muerte del coronel.⁷⁴ Cuando consigna en su diario este episodio más que insignificante, las estancias con su esposo se prolongan. La compasión por él es poca. Elisabeth se enamora del administrador de la tierra de su esposo, el mismo que fuera recomendado por su hermano mayor. El coronel muere y, durante esta agonía, Elisabeth ama a su hombre de confianza; es un amor verdadero esta vez. Ni siquiera se esconden; tal vez tengan derecho a la benevolencia del moribundo, tal vez son inconscientes, tal vez –y esta es la interpretación más corriente– tienen malas intenciones. Infringen todas las convenciones sociales; nacerá una primera niña unas semanas después de la muerte de Mijaíl Nicolaievitch Tomanóvskaia.

74 Diario de E. Bartiénieva, San Petersburgo, Biblioteca ‘Salti–kov–Chitchedrine, Colección Iván Knijnik–Vietrov, No. 352.

A fines de 1873, la tuberculosis finalmente ganó. Elisavieta Lukínichna Tomanóvskaia, joven viuda, llora la desaparición de su “esposo”, de su fiel amigo. Pero nadie, a excepción de su fiel compañero de lucha, cree en su dolor. La condena es unánime. Elisabeth vive un gran amor y para todos eso es una caída, un declive. Uno de sus pretendientes más ardorosos durante el tiempo de las barricadas se erige en juez suyo. En 1897, Prosper Lissagaray escribe en un número especial de la *Revue Blanche*, dedicada a la Comuna de París, líneas despiadadas sobre su antigua musa:

“Otra comunera, que se llamaba Dmitrieff, tenía fantasías sobre un fondo trágico. Ella vino de Rusia, donde había dejado a su esposo... La vimos, durante la Comuna, vestida con un magnífico vestido rojo, su cinturón adornado con pistolas. Tenía veinte años y era muy hermosa. Tenía adoradores. Ya sea porque a ella le gustaba el ‘pueblo de brazos desnudos’, ya sea que el amor era un deporte exclusivamente femenino para ella, nadie podía derretir a esta joven estalactita de hielo. Y fue en la barricada donde ella recibió castamente a Frankel herido. Porque estaba en las barricadas, donde su valentía era encantadora. Notemos su vestimenta: terciopelo negro. [...] Luego regresó a Rusia, se reúne con su esposo, quien murió poco después. Hubo un juicio, donde estuvo como testigo. Aparentemente, él había sido envenenado. El administrador fue enviado a Siberia. Ella se apresuró a unírsele. Ya no tuvimos noticias suyas”.

Prosper Lissagaray, el brillante periodista luchador, escriba de la Comuna, sumerge su pluma en la hiel, perdido por desprecio y celos. En Londres y Ginebra también se alarman. Utin le escribe a Marx, Marx a Engels, cuando Elisabeth anuncia su unión con Iván Mijáilovich Davidovski. Este hombre que “derritió el hielo” es conocido por todo el séquito ruso de Elisabeth. Lo conocemos en Ginebra, Vólok, San Petersburgo y Moscú. Su fama, en su mayor parte, es el desorden. Iván Mijáilovich es un bicho raro.

*

Ninguna foto, muy pocas descripciones, incluso en las crónicas judiciales, aunque detalladas en algunos hechos y fragmentos de su vida. El material para capturar la personalidad de Iván Mijáilovich Davidovski es pocas veces abundante. En la división perpetua que separa el mundo en “personas bien” y “personas que no lo son”, Elisabeth, Nikolái Utin, Bakunin, Marx oscilan de un conjunto al otro. En todas las latitudes y en todo momento, para revolucionarios, contrarrevolucionarios, nacionalistas, internacionistas, Iván Mijáilovich sigue siendo “una persona no bien”. Sólo un viejo geógrafo siberiano, mucho después de haberlo conocido, dibujará un retrato colorido y comprensivo de él.

Cuando Elisavieta Lukínichna conoció a Iván Davidovski en 1871, este joven aún no tenía treinta años. Es “guapo, alto, bien formado, moreno y tiene una abundante barba negra” (como muchos rusos en ese momento).

Es un noble, originario de la provincia de Toulkskaia. Todavía tiene pocas tierras y lo contratan como administrador de propiedades, un papel clave en las estructuras de la tierra de la Rusia entonces agrícola. Tiene un hermano, compañero de todas las fortunas y desgracias. Es un joven viudo de un primer matrimonio de corta duración, amigo de Aleksandr Kusheliiov y administrador de tierras del coronel Mijaíl Tomanóvskaia. Ocupa un lugar especial entre el hermano mayor de Elisabeth y el indulgente esposo.

Como organizador de la producción de tierras, Iván Davidovski tiene un éxito maravilloso: es un negociador emprendedor, modernizador y hábil, uno de estos “nuevos” nobles desposeídos por el zar en 1861, que apuesta por el progreso y la industria. Pero tiene otras actividades y nadie alrededor de Elisabeth parece ignorarlo. Todos se esfuerzan por avisarle (Utin desde Ginebra en particular). Ella no podrá decir: “No lo sabía”, y no lo dirá. Por el contrario, le confiará a Utin sus dudas e incluso, por un tiempo, su resolución de separarse. “Ya no debes hablarme sobre Davidovski. La impresión que me causó fue sólo una ilusión...”. Pero cuando se trata de ilusión, Iván Davidovski es un maestro.

Con este hombre del que, algún día, ya no querrá saber nada, Lisa se unirá durante casi treinta años.

Más tarde, en Londres, Ginebra, San Petersburgo, juntos o por separado concluirán: “¡Pobre Elisabeth!”, como lo hizo antes el corresponsal del Golos de San Petersburgo sobre su compromiso en la Comuna. Siempre hay alguien para denigrar la “elección” de la joven Lisa.

Pero Elisabeth sabe lo que quiere. Las palabras escritas a Utin e informadas por él a Marx: “Me estoy sofocando en Rusia”, pueden interpretarse como una falta de acción y perspectivas políticas, una tesis defendida por sus antiguos compañeros o como un grito de pasión contenida. Lo uno no excluye a lo otro.

*

Cuando Elisabeth conoció a Iván M. Davidovski, éste lideraba desde hacía algunos años un grupo de gentilhombres estafadores: las Sotas de Corazones, de los cuales “Iván Davidovski es el Rey”. En palabras del fiscal, mostrarán su talento durante diez años antes de caer por una denuncia y ser juzgado en uno de los juicios más famosos de la época. Los Sotas de Corazones son, en su mayor parte, jóvenes bien nacidos. La camarilla tenía treinta y seis miembros cuando fue desmantelada, todos hijos de nobles, comerciantes o funcionarios públicos. Su lema: aprovechar la credulidad de los nuevos ricos vendiéndoles viento, siguiendo en esto la profesión de fe de las Sotas de Corazones inventada por Ponson du Terrail, en la cual, según sus propias confesiones, se inspiraron:

“Los agentes secretos de M. le Comte están actualmente siguiendo la pista de una asociación misteriosa y singular que, desde hace dos meses empezó a funcionar en París... Esta asociación parece tener ramificaciones en todos los mundos parisinos. Su cuartel general, sus jefes, sus medios de ejecución, todo es un misterio. Los resultados por sí solos comienzan a ser conocidos únicamente de manera parcial. El objetivo de esta agrupación de

bandidos es aprovechar, por todos los medios, los documentos comprometedores de las familias y ejercer un gran chantaje utilizándolos. Las cartas imprudentemente escritas por una mujer enamorada, que amenazaban con remitirlas a su marido; escritos privados, y que una mano oculta depositaba en el escritorio de un juez de instrucción. Nada se les escapa. El club Sotas de Corazones está en todas partes, adoptando todas las formas y todas las actitudes”.⁷⁵

*

Cuando se abrió el juicio de las Sotas de Corazones en Moscú en febrero de 1877, una multitud se reunió para escuchar estas increíbles aventuras. Con la excepción de algunos incidentes, será decepcionante, tan tediosa es la declaración de las fechorías de estos “chaquetas doradas”. Tanto los testigos como los acusados son aburridos.

El engaño, las estafas se relacionan con cientos de miles de rublos.

Los Sotas de Corazones esquilman a los ingenuos de San Petersburgo, Toulla, Moscú, Tambov y Nizhny Novgorod. Los negocios más fructíferos son las ventas fraudulentas (caballos de raza para el criador Popov en particular), malversación de fondos (más de 100.000 rublos estafados a una pobre joven viuda Ieremiéieva), el alquiler de apartamentos falsos y todo tipo de delitos menores “legales”, cometidos a expensas de víctimas también codiciosas. Iván Davidovski está involucrado en los asuntos más serios y se le asigna un papel de liderazgo. Por todo esto se declarará culpable. Pero hay algo más serio: un asesinato.

*

⁷⁵ Ponson du Terrail, *Les Valets de coeur, Rocambole*, tomo II, París, Éd. du Rocher, 1963.

“Nikolái Utin a Karl Marx, enero de 1877

¡Querido padre!

“Te sorprenderá y entristecerá el contenido de esta carta. Se trata de nuestra querida Lisa y su dolorosa historia... Poco después de su regreso [a Rusia], se unió con el ex mayordomo de su difunto esposo. Este ex intendente, por lo que puedo juzgar por sus cartas, siempre ha sido un sinvergüenza [...] le escribí lo que pensaba al respecto, traté de disuadirla, le aconsejé “rechazar cualquier pensamiento de amor hacia este hombre. Le dije que encontraría un hombre en Rusia que la mereciera, sí necesitaba amar...”.

Elisabeth está en la sala, vestida de negro. Tiene buen aspecto: así la describirán los periodistas presentes. Dejó a sus dos hijas con una niñera para poder seguir el juicio de principio a fin. Davidovski está sentado en la primera de las tres filas de acusados, la del acusado principal. Son 36 los alineados. Se ha citado a 330 testigos, vendrán 284. El juicio atrajo a una densa multitud. La misma multitud que tal vez había venido a ver a los “terroristas”, los 50 en 1872, los 120 en 1876. El juicio de las Sotas de Corazones en febrero de 1877 no es un juicio político, aun cuando algunos jueces y columnistas intentan desacreditar a todo el movimiento revolucionario a través de esta causa judicial. La banda de Sotas de Corazones es vista como un grupo subversivo, y muchos jóvenes de la nobleza admiran a estos otros jóvenes aristócratas que han violado la ley con un cierto esteticismo. Parece que sólo han arruinado a los advenedizos, desclasados. Los Sotas de Corazones no son enemigos de clase... Plejánov escribirá que fueron modelos a seguir para toda una juventud. Pero el espectáculo rápidamente se volvió triste. Un sólo incidente en los primeros minutos prometió un espectáculo alegre: ante la llamada por su nombre, el acusado Schpeier, conocido como el Sultán, se tambaleó, colapsó varias veces con fuertes gritos, hasta que ordenaron evacuar, lo que era el propósito de la maniobra después de todo... Luego, la calma regresó, el acusador público expone los hechos, los testigos se suceden, responden los acusados, con una gran me-

diocridad de palabras y argumentos. Iván Davidovski no es una excepción a esta mediocridad. Quizás la justicia, tan fragmentada, es la que causa aburrimiento. El público se va. Vendrá después el testimonio de Elisavieta Lukínichna Davidóvskaia. Los informes de su intervención serán dados por la prensa. Está tensa, escuchando la última acusación contra su marido, la más grave: la de asesinato. Lo que ella escucha no es siempre agradable.

“Después de haber averiguado, le retraté a este hombre, Davidovski. Ella respondió que él efectivamente le había ‘dejado una cierta impresión pero que esta ilusión ya se había disipado, que ya no pensaba en él, que se estaba sofocando en Rusia’, etc. De hecho, la ilusión se disipó tan poco, que un buen día Elisa se encontró casada con este hombre. Ahora es madre de dos hijas y su esposo está en prisión, acusado de pertenecer a una asociación, no política, sino de delincuentes que obtuvieron dinero mediante malversación de fondos... El juicio tendrá lugar en Moscú, en febrero... Elisa ama ardientemente a su esposo y asegura que, si él fuera condenado, lo seguirá a Siberia... Por lo tanto, debemos creer que este hombre tiene cualidades atractivas... No es menos obvio que la pobre mujer, acostumbrada al lujo y completamente arruinada, creía en los sueños millonarios que la imaginación de su esposo estaba acumulando. Ella ahora está sumida en una extrema necesidad. “¡Y ella es una chica de nuestro regimiento!”

Así Utin la defiende ante Marx.

Los periodistas son codiciosos. Iván Davidovski es un delincuente ideal: guapo, seductor, jugador, vividor y astuto. Elisabeth escucha a estos jóvenes del hampa, falsos, ingenuos o tontos contar la influencia ejercida sobre ellos por el rey de las Sotas de Corazones. Ella puede releer sus declaraciones en la prensa al día siguiente. Pero ella sabe todo. La justicia es distorsionadora, falsa, ella también sabe esto. Difícil de encontrar en las líneas para la solicitud de gracia –redactadas, es cierto, veinticinco años después–, al hombre pervertido, casi demoníaco así presentado. Se encuentra más bien a un espíritu bastante simple, terco, que se declara culpable

de todas las estafas materiales, pero reclama su inocencia por el asesinato. Básicamente, Iván Davidovski está acusado de un delito casi perfecto, un crimen cometido por poder, no ordenado, pero sugerido. La víctima es un abogado corrupto, cercano, incluso asesor legal de la camarilla, y especialmente un compañero de bebidas, juegos y otras cosas. La mano asesina: la de una joven codiciosa, deslizándose entre las Sotas de Corazones, enamorada del abogado corrupto y con celos enfermizos. Este hombre útil para el grupo resultó ser demasiado codicioso. Hubo chantaje y amenazas. La compañera del chantajista fue engañada. Iván Davidovski quiso consolarla. Al menos eso es lo que dijo en la corte.

Iván Davidovski se habría unido a ella en Moscú, habría escuchado sus quejas durante mucho tiempo y habría concordado con ella: “ese Slavichensky a quien amaba realmente no valía la pena”. Cuando se va, le deja una pistola sobre la mesa y desaparece. Ella dice: “Estaba débil, y Davidovski se aprovechó de mi debilidad. Yo estaba como hechizada, era un juguete en sus manos”. “¡Es falso! protesta Davidovski. Sólo vi a esta mujer tres veces en mi vida, y ciertamente no en ese momento [diciembre de 1871]”.

Su defensa fue pobre y Davidovski no obtuvo el permiso de la corte para hacerle preguntas a Bashkírova, esta mujer de ojos muy claros que juega el papel de la virtuosa ofendida.

Elisabeth ha esperado demasiado. Esta acusación puede enviar a su esposo durante décadas a la deportación. Entonces ella pide testificar. Su testimonio es grandilocuente. Apreciado por el público, pero no tendrá ningún efecto en los jueces.

“Elisa fue a la casa de Víktor Bartiéniev para pedirle que se dirigiera a sus viejos amigos del otro lado de la frontera, a través de la señora Olga, para obtener 3.000 rublos, que espera poder devolver en tres años. Ella necesita este dinero para pagarle al abogado que aceptaría defender a su esposo, y los abogados son caros... Este es el caso: ¿ayudaremos o no al “pobre niño perdido”? Creo que deberíamos ayudarlo, y si pensara lo contrario, no sería digno de ser llamado tu hijo. Puedo adelantar 1.000 francos y me esforzaré por enviár-

selos; Olga seguirá mi ejemplo y probablemente le enviará 2.000 francos... pero eso no será suficiente. ¿No podrías contarle a Engels sobre esta historia? Ciertamente querrá ayudarla [...]. Si alguien tiene derecho a nuestra ayuda, es sin duda Elisa. Antaño usaba su fortuna en favor de nuestra causa... [...] Adiós. Te abrazo y sigo dedicado a la revolución inminente.

Nicolái”.⁷⁶

La voz de Lisa se levanta. Hablará más tiempo que los otros testigos. Se lanza en una larga diatriba imposible de interrumpir. La sala se despierta con estas palabras, donde se mezclan la política y el amor.

“Conocí a Iván Davidovski en octubre de 1871. Mi primer esposo, el coronel Tomanóvskaia, se estaba muriendo. Señores del jurado, me gustaría comenzar diciendo una cosa: estoy cansada de escuchar que soy una pobre mujer. Realmente no soy una pobre mujer. Amo a mi esposo y me casé con él a pesar de todas las calumnias que llovieron sobre él. Disculpen, señores del jurado, si no me fiño a los detalles de los cargos. Estas son historias tan antiguas que se remontan a seis años”.

Elisabeth dibujó con pequeños toques un brillante retrato de su esposo. Ella refuerza el carácter favorable oponiéndolo al infame comerciante Popov, cuyos caballos se vendían tan caros.

“Todos los hechos de los que acusan a mi esposo se basan en pruebas falsas. Este proceso está montado pieza sobre pieza. Estas pruebas están fabricadas. Las víctimas son corruptos. La justicia está equivocada.

EL PRESIDENTE: Debe contar sólo los hechos, todos los hechos, pero nada más que los hechos y no dar su opinión.

CIUDADANA DAVIDOVSKAIA: ¿Puedo al menos presentar hechos que muestren el carácter y la moralidad de mi esposo?

EL PRESIDENTE: Debe atenerse a los hechos de la acusación.

76 *Karl Marx et la jeune Russie révolutionnaire*, Moscú, 1965.

CIUDADANA DAVIDOVSKAIA: ¿Cómo pueden los jurados tener una idea justa de mi esposo? Esta prueba está realmente manipulada...”.⁷⁷

Ella es alta, elegante. Se enfrenta a los jueces, está acostumbrada a hablar. El día después de su deposición, el público acudió en masa para ver a esta “pobre Elisabeth” que tan bien había negado ese apodo que le endilgaron durante seis años periodistas, amigos de combate, jueces, familia...

“9 de enero de 1877

Karl Marx al profesor Kovalevski,

Me enteré de que una mujer rusa que ha prestado un gran servicio a la causa no puede encontrar un abogado en Moscú por falta de dinero... Pero dado que el juicio puede terminar con la deportación a Siberia... sería extremadamente importante encontrar ayuda... al menos un defensor... El Sr. Taneiev, a quien Usted conoce y a quien he valorado como un amigo devoto del pueblo, puede ser el único abogado en Moscú que defienda tal causa. Le agradecería mucho que le pida en mi nombre que se ocupe de nuestra amiga, que se encuentra en una situación muy angustiada.

Vuestro Karl Marx⁷⁸

El abogado, un gran nombre en el colegio de abogados de Moscú, acepta el desafío de este juicio perdido. Ella está decaída. Ella misma dice ser la mejor abogada de su esposo, el Rey de las Sotas de Corazones. Pero, frente a la unanimidad de la reprobación, las palabras más sinceras son en vano.

“Yo estaba convencido de la culpabilidad de Davidovski por el asesinato y todos los demás asuntos”, escribió el sobrino del coronel Tomanóvskaia cincuenta años después al biógrafo soviético de la época de Elisavieta Lukínichna Davidovskaia.

*

77 Informes diarios de Nedielia y Moskovski Nóvosti, Moscú, febrero de 1877.

78 *Karl Marx et la jeune Russie révolutionnaire*, op. cit.

El juicio duró tres semanas. Tres semanas de tediosas declaraciones, testimonios y contratestimonios, puntuadas por los alegatos de la defensa y la acusación del Fiscal General Muraviov (el de todos los juicios importantes de esos años). Davidovski aparece allí como el principal acusado, el instigador de todos los casos. El fiscal le lanza: “Davidovski, ¡tú fuiste el rey de Sotas de Corazones!” La pena más severa requerida será para él.

Los acusados tienen derecho a pronunciar una palabra final antes de que el jurado delibere. Davidovski, a diferencia de otros acusados, será muy breve:

“Señores del jurado, a partir de este juicio, de las acusaciones y los alegatos, deben ya saber que no participé en el asesinato de Slavichensky. Está claro que me usaron, que me necesitaban para establecer este negocio”.

Los miembros del jurado responderán “sí” a todas las preguntas:

¿Davidovski es uno de los fundadores de la camarilla de las Sotas de Corazones? Respuesta: sí.

¿Es culpable de falsificación por escrito y malversación de fondos?: Sí.

¿Es culpable de robo y estafas, especialmente contra el comerciante Popov y la heredera Ieremiéieva?: Sí.

¿Es culpable del asesinato de Slavichensky?: Sí.

Sentencia: Davidovski fue sentenciado a deportación, primero a prisión, ocho años, luego a exilio “simple”, y a ser privado de sus derechos civiles (a perpetuidad).

“¡Pobre Elisabeth! Ella tiene mucho dolor. Sin embargo, ella no es culpable de nada. Nunca ha tenido nada bueno”. Natalia Iegórovna, la curvilínea madre de Lisa, demasiado buena y caritativa, se echaba a llorar ante cada evocación de su hija perdida.

“Delante de mí estaba una mujer alta, bien formada, vestida con un abrigo negro de buen corte. Todo en ella era notable y llamaba la atención su espeso cabello castaño peinado con cuidado, un rostro de tinte fresco, rasgos profundos y regulares”.

Faltaba un año para el juicio. El invierno de 1875-1876 había sido prematuro y particularmente duro. Algunos jóvenes se habían reunido para una áspera discusión política. Allí había *narodniks* y partidarios de las tesis de Marx. Entre ellas dos mujeres: seguramente Vera Figner y probablemente Elisabeth Dmitrieff. Sesenta años después, la primera recuerda a la segunda, Dmítrievna, muy familiarizada con las tesis marxistas; no ha existido otra Dmítrievna marxista, hermosa, con un abrigo negro. Era Elisabeth sin duda, pero no la pobre mujer llorosa, maltratada por la vida, sobre la cual los demás se lamentaban tanto.

“Según ella, en Rusia, las condiciones no están maduras para la propaganda socialista que involucre a la juventud rusa en el contexto económico actual, porque en Rusia no hay industria desarrollada, ni una clase trabajadora en tales industrias. La propaganda revolucionaria no puede atraer a nadie. Sólo implica el sacrificio de los propios propagandistas. Sólo el proletariado, cuando exista, garantizará el éxito de la propaganda socialista. Estas opiniones le parecían increíbles, incluso heréticas a la *narodnitsa* que yo era”.⁷⁹

*

Elisabeth se enfrenta a una evidencia. No tiene otra opción. Han pasado cuatro años desde que regresó a Rusia. Había prestado un gran servicio a la causa revolucionaria a fines de la década de 1860, en palabras de Utin y de Marx. Pero ahora está en silencio, políticamente inerte. La discusión con Vera Figner lo confirmaría: ella no creía en una posibilidad de acción en su país natal. Sus

79 Vera Figner, *Ouvres complètes*, Moscú, 1932.

pocos intentos activistas fallaron. Inicialmente había querido volver a conectarse con el ejército a través de su antiguo amor Kuropatkin, pero este último tenía otras ideas en mente: prestigio, gloria y orden. Incluso la miró desconcertado y con lástima cuando ella le preguntó por el plan de defensa de la ciudad de San Petersburgo.

Luego, Elisabeth siguió a su amiga Ekaterina Bartiénieva a un campo cerca de Moscú, un pequeño pueblo a escala rusa, Sekhpourov. Allí, amigos habían instalado una comunidad abierta a los débiles de espíritu, a los locos. Ellas habían pensado ponerse al servicio de este intento que combinaba trabajo útil y reflexión política. Pero eran sólo invitadas: tampoco las necesitaban aquí. Llegaron demasiado tarde. Se quedaron durante tres días, admiraron el trabajo realizado y se fueron, ociosas y decepcionadas.

El vacío político la había aplastado. “Me estoy sofocando en Rusia”, escribió a Utin. Ella se asfixia por demasiada inacción. Iván Davidovski está allí, guapo, emprendedor, tanto en asuntos turbios como legales. Es jugador y seductor. La vida con él puede ser rica y plena. Elisabeth estaba allí para que alguien la llevara, él se la llevó. Cuatro años después, el panorama no ha cambiado. La represión abunda en Rusia con la misma dureza. Los procesos se suceden: cincuenta, ciento veinte, ciento noventa y tres. Todos los que son acusados de terrorismo y condenados a penas severas se parecen a Lisa, especialmente las jóvenes apenas salidas de la adolescencia. Permanecer en Moscú, Vólok o San Petersburgo con sus dos hijas le promete un aburrimiento seguro entre su madre afligida, un hermano ávido y severo y otro amoroso, pero sin personalidad. Partir es un riesgo menor; hay al menos algo de desconocido. No tiene otra opción.

2

Lejano Este

Al comienzo hay silencio y sombra. Iván Davidovski pasa ocho meses en aislamiento. La sentencia fue pronunciada. Ningún ruido le llega a su celda de Moscú, nadie se encuentra con él, ni siquiera su esposa. Es hora de pensar, es hora de que Lisa se vaya, a pesar de los esfuerzos de su familia, especialmente de su madre, para retenerla. Y en el otoño de 1877, el hombre va adelante, rodeado de custodios, pero no muy maltratado, debido a su condición social. Elisabeth y las niñas detrás. El destino del viaje es Ieniseisk, un pueblo a orillas del Ienissei, al norte de Krasnoiarsk. De este gran pueblo donde pasaron 15 años y al que llegaron por barco, casi no hay rastro. Sólo una sombra, la de Elisabeth flanqueada por sus dos hijas, deslizándose a lo largo del río, hacia la oficina de correos: “Casi todas las mañanas, ella salía con sus dos hijas a dar un paseo por las magníficas orillas del río Ienissei, y a menudo se detenía en la oficina de correos donde yo trabajaba. S. A. Elmatievski, miembro de *Narodnoie Volia* (La voluntad del pueblo), estaba fascinado; nunca veía nada, generalmente estaba encerrado en sus escrituras. Se animó incluso a preguntarle quién era

ella; mi hija también estaba loca por ella, deslumbrada por su conocimiento de idiomas extranjeros y su porte de reina; avanzaba tan recta, con sus manos abrigadas en un manguito.”⁸⁰

Octubre de 1991. El viaje en tren para llegar a Krasnoiarsk en cincuenta y siete horas parece... una farsa. Moscú-Krasnoiarsk, miles de kilómetros de estepa. A lo largo de las vías del ferrocarril pasan ciudades, pueblos, bosques, mesetas peladas de los Urales, altos hornos donde estuvo el ingeniero Utin, bendecido por el perdón del zar. Grupos de isbas (chozas) grises, la estepa, nuevamente la estepa. Los nombres entrecruzados: Zagorsk, Yaroslav, Kírov (por cuántas semanas aún), Perm, Ekaterimburgo, Tiumén, Novosibirsk, Omsk y Tomsk, Krasnoiarsk. Finalmente, las montañas rojas, nombre que data del siglo XVII, las venas rojas de los acantilados, en cuyas oquedades se extiende la ciudad.

Dos días y medio en tren cuando hacían falta treinta para cubrir esa distancia a fines del siglo anterior.

Coches cama; coches para dormir, beber y comer. Todo se mezcla, se comparte, los olores, las botellas de vino o vodka, los sonidos de las zapatillas arrastrándose por el pasillo, el sudor, las risas, el lamento.

El tiempo del tren es un tiempo otro: tiempo perdido. El día y la noche se confunden, el espacio ya no tiene sentido; estamos avanzando... Elisabeth también está avanzando: el tren a Ekaterinburg, luego el camino áspero que cruza los Urales. Frente a ella hay dos niñas de cuatro y dos años. También hay una anciana, pero ¿quién? El ama de llaves, tal vez la niñera... Otros han sugerido a la suegra.

Fue un invierno seco...

En cada etapa surgía la misma viajera:

“¡Rápido! ¡Vuelvan a colocar los caballos!”

Y repartía ducados a manos llenas.

80 *Ienissei*, N° 1, 1965, Ieniseisk.

¡Pero qué camino tan difícil! En apenas veinte días ganaron Tiúmén.

Otros diez días para galopar.

“Pronto veremos el Ienissei, ni el zar puede ir por este camino...” dijo el secretario de la princesa.⁸¹

A veces hay gritos, risas, lágrimas, y largos períodos de silencio cuando Vera e Irina duermen. Sueños, al dormir y en la vigilia. Detrás de ellos, Moscú. Lejos, a días de distancia, Krasnoiarsk y Ieniseisk, medio continente para cruzar. Elisabeth tiene veintiséis años, dos niñas pequeñas, el hombre que ama partió antes que ella hacia la prisión. Nada la obligaba a embarcarse detrás de él para un exilio voluntario.

*

No fue sólo “la prueba de amor” como se ha escrito con demasiada frecuencia. No necesitaba demostrarlo: su emoción, su pasión habían despertado a una audiencia dormida y a un tribunal durante el juicio de febrero. También se va sola porque sabe que quedarse es aún menos interesante que irse a esta hostil Siberia. Allá no habrá muerte blanca; menos que en Vólok o San Petersburgo, con su hermano enemigo, el joven Vladímir, celoso de sus prerrogativas de *poniechtchik* que ha retomado la explotación familiar; tampoco estarán su madre y sus intervenciones protectoras de abuela. Siberia es lo desconocido, en parte. Es posible adivinarlo a partir de las historias de fugitivos o fantasmas. Es un mundo por descubrir, tan repulsivo como atractivo. Elisabeth nunca tuvo miedo de seguir adelante, de ir hacia lo nuevo, así que, a pesar de los años difíciles por venir, los del cautiverio de su esposo, partir es una oportunidad.

Once mujeres rebeldes habían soñado antes que ella con conquistar estas tierras del Este, impulsadas por el aburrimiento, el

81 Nicolai Nekrassov, *Les Femmes russes, œuvres complètes*, Moscou, 1952.

deseo de descubrir, el miedo o el amor. Era 1825; sus esposos, conspiradores del grupo de decembristas, habían sido desterrados. Estas mujeres fueron cantadas en todos los tonos: el del ideal amoroso, el de la emancipación femenina, el de la revolución en progreso. Se ha visto en ellas la esencia de una mujer mítica rusa, se las reunimos bajo el rótulo de “emigración amorosa” y se ha santificado el sacrificio casi religioso de sus actos.

Pero, para Elisabeth, nada de esto. Su vida narrada a menudo se detiene aquí, en esta decidida partida hacia el exilio, resumida en una concisa proposición: ¡ahora se consagra a la vida familiar! Si su esposo hubiera sido otro, los aplausos habrían sido innumerales. Con algunos años de distancia, Olga Liubátovich abandona a una niña pequeña y a sus amigos para rescatar a su compañero deportado. Su gesto se considera admirable y desinteresado, pero el hombre es un “auténtico revolucionario” reconocido por sus compañeros. Iván Davidovski es un estafador, un jugador, un deportado por el derecho ordinario. Elisabeth está machnada por la infamia que golpea a su esposo. Estos años siberianos son rechazados, aun en su plenitud.

*

Primero viven a distancia. Iván Davidovski recordará el confinamiento solitario durante nueve meses. La primera residencia de Elisabeth y sus dos hijas fue la ciudad de Ieniseisk, en el valle del Krasnoiarsk, donde Davidovski fue confinado en un penal.

Es casi invierno entre noviembre y diciembre. El río no está congelado y todavía es navegable. Es la forma más segura de llegar al pequeño pueblo de Ieniseisk. El Ieniseisk es potente y rápido, a veces peligroso; a los hombres les gusta lanzarse a una especie de desafío, los cuerpos se encuentran cientos de metros más abajo.

El puerto de Krasnoiarsk es imponente, su campanario domina el valle. Desde allí van los grandes botes con ruedas hacia el norte. Varios días para completar los doscientos cincuenta kilómetros

hasta Ieniseisk, dos semanas de lucha contra la corriente. Hoy, el río es una sombra de este pasado salvaje. Está domesticado con decenas de presas y centrales térmicas durante las últimas décadas. El Ienissei es tranquilo, de aguas grises. Elisabeth Dmitrieff está en suspenso. En San Petersburgo, Vólok y Moscú, lamentan su destino o la condenan. En las orillas del Ienissei, durante diez años espera a su esposo en silencio y en el olvido, absorbida por sus dos hijas aún pequeñas y los dulces que puede llevar a “su” rey de las Sotas de Corazones. Es la esposa de un prisionero de delitos comunes, con el debido desprecio. Algunos más tarde, en su deseo de pintar a Elisabeth como una revolucionaria ideal, harán de Davidovski un prisionero político no reconocido: un Proudhonista-Blanquista,⁸² escribirá uno; un Bakuninista, afirmará otro.⁸³ La realidad en su banalidad es difícil de admitir.

*

En estos años de soledad, Elisabeth es una sombra, una figura fugaz flanqueada por sus dos hijas. Ella es la elegante dama de negro, sus manos enterradas en un manguito de piel. Casi todos los días se desliza a lo largo del río, Irina y Vera detrás de ella, en dirección a la oficina de correos. La mujer caída no se encuentra totalmente abandonada: le llegan paquetes, cartas; 1876-1885, el mundo parece reducido a un correo y dos hijas. La esposa de Davidovksy es excluida de los círculos de deportados de su clase, los políticos.

Y entonces, finalmente, él sale. A los años de penal suceden los años de exilio simple, de relegación. La familia Davidovski está bajo arresto domiciliario en una aldea, en otras; lentamente, se aproximan a Krasnoiarsk, la ciudad.

82 Iván Knijnik-Vietrov, *Jeunesse et enfance d'Élisabeth Dmitrieff*, Katorga i ccyłka, Moscú, 1930.

83 Cathy Porter, *Pères et filles, femmes dans la révolution russe*, París, Éd. des Femmes, 1976.

Desde hace siglos, más allá de los Urales comienzan la muerte blanca de la deportación o la aventura de la tierra virgen. Iván Davidovski ya ha probado el letargo en el penal de Ieniseisk. Al aire libre, con su incansable espíritu emprendedor, está listo para otros descubrimientos. Él no es el primero. Ya en el siglo XVII, Siberia dio la bienvenida a los buscadores de metales preciosos o minerales: oro, cobre, hierro, carbón, etcétera. Para Iván Davidovski, primero será la trementina. Siberia es rica en árboles y, por lo tanto, en savia. Iván Davidovski espera enormes riquezas de la extracción de la esencia de trementina. Y así es como el marido de Elisabeth es inmortalizado por primera vez, buscando trementina: la extrae, la refina y la vende.

En la curva de un camino, es común ver aparecer a un hombre solitario, guiando su caballo y un carro –tanque, mitad barril– enganchado detrás. Está un poco sucio, pero casi siempre de buen humor. Sus vecinos lo encuentran un poco original aún no se había visto un buscador de trementina en esos parajes.

En este pueblo de Arieski, los habitantes están impresionados por esta extraña familia: el marido un poco loco siempre por las calles y la bella esposa, misteriosa, retraída en la educación de sus hijas.

Los viajes de ida y vuelta al correo son legendarios en cada etapa (desde unos pocos meses hasta algunos años). En esta primera parte de la vida siberiana, Elisabeth se apega a la oficina de correos.

“Ella encargaba libros de Krasnoiarsk, del famoso librero P. I. Makounine. Ella decía que eran para sus dos hijas, de dieciséis y dieciocho años. Tenía un aspecto impresionante, era hermosa, con modales nobles. Su escritura era muy elegante. Nunca he vuelto a conocer a una mujer tan bella y tan bien educada”.

El hombre habla con nostalgia. Ayer leyó un texto en su periódico habitual, firmado por el director del Instituto de Marxismo-

Leninismo, Riazanov, el 29 de mayo de 1931. En mayo de 1931, Riazanov aún no había sido secuestrado por los secuaces de Stalin y es posible aún conmovirse con los buenos modales de la aristocracia rusa caída en desgracia. El mensaje era un aviso de búsqueda: se pedía a las personas que conocieran a Elisavieta Dmítrievna o Tomanóvskaia o Koucheleva, o Davidóvskaia y que pudieran testificar sobre su existencia siberiana, que se presentasen. El ex empleado de correos Chilov responde rápidamente. Pero ya es demasiado tarde: la situación ha cambiado. Los héroes del estalinismo victorioso ya no son los populistas rusos, nobles o incluso burgueses, del siglo anterior. Su respuesta será publicada treinta años después.

Más tarde, los coches de correo se detendrán en otro patio, otra aldea, Emelianovo. Frente a una casa grande, una de las más imponentes del pueblo, de madera, por supuesto, pero de un piso, una niña de doce años ve llegar equipajes. En uno de los autos, maletas. En el otro, en silencio, toda una familia: un hombre todavía joven y vigoroso, una mujer hermosa un poco distante, dos niñas, niñas casi adolescentes (como ella, la espectadora), y una abuela. Se presume que es la madre de la bella dama. La familia desciende, negocia con el anfitrión de esta casa y se quedará allí por varios años.

El pueblo no se parece a nada: una especie de corredor largo de varios kilómetros, apodado los “siete kilómetros”, a lo largo del cual se han acumulado isbas. La iglesia está plantada en el centro, el pueblo se extiende por ambos lados con un gran sentido de la simetría.

El campanario ha desaparecido. La nave, en el otoño de 1991, todavía se usaba como granero. A la izquierda de la iglesia, los pastos altos han tomado posesión de un pequeño cementerio del cual emergen dos tumbas imponentes: las de un decembrista y su esposa que murió en el exilio con él. A la derecha del edificio religioso, hay un terreno baldío, la superficie de la casa donde vivió Elisabeth, barrida después de años, la guerra civil, la revolución:

no se sabe mucho sobre esto. Una herencia única del siglo precedente: aquí se vive de la tierra, como antaño.

La familia Davidovski, por lo tanto, también vivía de la tierra.

*

“Lisa era una mujer educada. Siempre se vestía como para una fiesta. En verano usaba sombreros de plumas y en invierno, con las manos envueltas en un manguito de piel, venía a nuestra casa a comprar pan o *pietchenie* (ravioles siberianos) que no sabía cómo hacer. ¡Era muy inexperta para todas las tareas domésticas y no lo ocultaba! Le pedía ayuda a mi madre para que le mostrara cómo manejar una casa. Había decidido prescindir de los sirvientes y quería hacer todo ella misma”.

Elisabeth tiene su casa en esta vieja construcción de dos pisos encajada contra la iglesia. La cocina y la sala principal están en la planta baja, y el primer piso está dividido en cuatro dormitorios. Ella circula entre sus hijas, su esposo y, como siempre, tiene a la vieja niñera. Con sombreros de plumas o vestidos elegantes, compra carne, leche, crema, huevos, etcétera a su propietario. La familia Davidovski es para este hombre un buen negocio. Cuando no está cocinando, Elisabeth educa a sus hijas. Este frenesí de actividad puede parecer molesto. Esperamos suspiros lánguidos ante el recuerdo de la vida mundana distante. Quizás no tenía otra opción, toda su riqueza había sido absorbida por el juicio de su esposo o las nuevas exploraciones de éste en busca de trementina. Quizás simplemente a falta de activistas que organizar, de proclamas que orquestar, recurre a su familia. Elisabeth es una reina, tanto en el dominio público como en el privado.

Ella es omnipresente tanto en el hogar como en los negocios de su esposo. Elisabeth reina: ella ha organizado a los comuneros con una felicidad ambigua; hace de madre de su esposo y sus hijas, ordena su casa, y también se dedicará a los negocios.

En la oficina de correos, aparentemente, Elisabeth no iba a buscar otra cosa que comida espiritual. El asistente de Emelianovo recuerda las bolsas de papas para consumo familiar, pero también para nuevos intentos comerciales. Vladímir, el hermano de Elisabeth, las enviaba desde Vólók sin filantropía; esperaba encontrar una oportunidad siberiana para sus cultivos. La papa germinada era plantada; incluso hoy se cosecha, en la granja colectiva local, la “Davidovskaia”, una especie particularmente resistente.

Pero Elisabeth se aburría en esos pueblos. Durante varios años, envió una solicitud tras otra para instalar a su familia en Krasnoiarsk. Desde Ieniseisk descendieron regularmente hacia el Sur y Emelianovo está a sólo unos diez kilómetros de Krasnoiarsk, en el camino a Novosibirsk.

A fines de 1898, se materializó la esperanza: se permitió a los Davidovski establecerse en Krasnoiarsk, uno de los grandes centros de la región. Este cambio se llevará también la cohesión familiar.

*

La ciudad es siempre hermosa, en su desmesura y en su cacofonía. La historia del continente se cuenta allí. Krasnoiarsk, en el camino a Vladivostok y Pekín, es una encrucijada estratégica. En el siglo XVII, sus comerciantes eran famosos; en el siglo XIX lo eran también sus nobles deportados (Lenin vivió allí en 1897); la revolución de octubre obtuvo allí una victoria decisiva sobre el ejército blanco. En los últimos años, la ciudad estuvo prohibida para los extranjeros, proyectiles transcontinentales apuntaban a Oriente y Occidente.

La ciudad es gris y oxidada. Krasnoiarsk, el “desfiladero rojo”; rojo como las colinas rocosas a su alrededor. A veces, las opulentas ciudades del siglo XIX muestran su lujo con un revoque amarillo, verde o azul. Pero predomina el gris, el de los rascacielos y en las isbas; el de los bosques de abedules y el río, pesado pero apático;

el gris del cielo de noviembre y, sobre todo, del barro. En Siberia, el lodo unifica ciudades, carreteras, pueblos y ríos.

La casa a la que se mudó la familia Davidovski también era gris y oxidada. Baja y modesta, pero de piedra, sus tres ventanas se abren a una calle central, entre el río y la arteria principal. Dos paralelepípedos de diez pisos, construidos a cada lado, la aplastan hoy en día. La casa tenía sólo tres habitaciones, una cocina y un pequeño edificio anexo (destinado a los sirvientes), pero su ubicación central era muy ventajosa para los recién llegados.

*

Diez veces, veinte veces en un sólo año, el de 1899, Elisabeth tomó la pluma: las mismas palabras, siempre repetidas para un único destinatario, el gobernador de Krasnoiarsk.

“El 19 de septiembre de 1899,

Solicitud,

En julio de este año, se envió una solicitud de autorización para la explotación de mineral de cobre a la autoridad administrativa de la provincia de Ieniseisk, ‘En mi nombre, la propietaria Elisavieta Lukínichna Davidóvskaia, y por poder, en representación del Consejero de Estado Vladímir Lukich Kouchelev y a nombre de Vera e Irina Davidovski’”.⁸⁴

Antes del cobre, habían sido oro y el lignito; luego buscarán hierro. Hay que actuar rápidamente, adelantarse a los posibles competidores, ocupar la mayor cantidad de tierra posible. Elisabeth sabe que ya tienen mucho a su propio nombre, a nombre de su hermano –tan lejano, pero tan fácil de engatusar también–, a nombre de sus hijas ahora adultas, a nombre de una misteriosa pareja que no aparece sino en los documentos oficiales; posiblemente un testaferro de Iván, que todavía está privado de sus dere-

84 Archivos de la ciudad de Krasnoiarsk, Fonds No. 401.

chos civiles. Hay que actuar rápidamente, el tren se acerca, la batalla industrial ha comenzado. La estación anterior a Tiumén en los Urales va a ser inaugurada, a ochocientos kilómetros de distancia. Hay que actuar rápidamente, el tren avanza.

“Esta solicitud de autorización se refiere a siete parcelas situadas en terrenos públicos libres de la región Voznesiensk, distrito de Krasnoiarsk, cinco de los cuales se encuentran al borde del río llamado Kantat y dos en el borde del Albar. Los primeros cinco están a unas treinta o cuarenta verstas del pueblo de Chelnokovoï; las otras dos, a diez verstas de Kuskin. El comisario rural del Volost, distrito de Vozniessiesk, recibió de la administración de los dominios públicos la orden de ir a verificar la vacancia de las tierras. Ahora bien, por el camino recorrido, me pidió 13 kopeks por versta, lo que equivale a 57 rublos y 17 kopeks”.

Gran parte de la fortuna ya se ha ido en las diversas combinaciones de trementina y papas. Sigue llegando el dinero de Vladímir, el hermano enemigo, tentado por los resultados previstos para sus negocios.

Pero el dinero se agota y siempre se necesita más: para cada operación administrativa, solicitud de explotación o prospección, para cada anuncio en la prensa local a fin de encontrar tierras libres y promisorias para la comercialización futura. Finalmente, Elisabeth se enfurece. Ella está convencida y decidida. Al menos veinte veces, le escribe al gobernador para hacer valer sus derechos, veinte cartas cuidadosamente clasificadas en un archivo en la ciudad de Krasnoiarsk, los últimos (y casi únicos) manuscritos de Elisabeth Dmitrieff.

“Dado que cinco de estas parcelas son contiguas, por un lado, del Kantat, y que los otros dos están en el Albar, creo que el cálculo del comisario es incorrecto, ya que requiere el pago de dos caminos diferentes en cada ocasión. Por lo tanto, le pido a Su Excelencia que me autorice a ir a caballo a esos lugares para tener una idea del lugar preciso de estas tierras y conocer a las autoridades locales de la aldea”.

La autorización se otorgará siempre que se trate de tierras no ocupadas ni trabajadas por campesinos. Elisabeth sostiene que son libres. En otra ocasión son dos para reclamar las mismas tierras: la familia Davidovski y un misterioso Marqués de Vassal-Montviel. En cada ocasión, Elisabeth cabalga para no perder la oportunidad. A veces hay que seguir sobre esquíes por los pantanos. Elisabeth es una mujer de negocios tan inteligente como fue una revolucionaria decidida. Pero los resultados no estarán a la altura de las expectativas y del capital invertido.

Una tras otra, se retiran las autorizaciones de exploración, explotación y comercialización. Una de las correspondencias oficiales en el archivo menciona un incumplimiento de las reglas, en términos más bien evasivos; es una invasión de tierras que pertenecen (o están destinadas) a los campesinos.

*

Elisabeth vuelve a escribir. En ese momento, la enfermera María Ossipovna, una *narodnitsa* que llegó a la gente al convertirse en asistente de enfermería, visitaba regularmente el hogar Davidovski. Cuando evoca sus recuerdos treinta y cinco años después, cree que la paciente era Elisabeth. Cada vez que llega, su paciente está inclinada sobre una hoja de papel y escribe. María Ossipovna no sabe lo que está escribiendo Elisabeth. Ella imagina recuerdos, o líneas literarias.

Una pequeña novela se ha construido sobre esta hipótesis. Cuando terminó el manuscrito, Elisabeth lo habría confiado a Guennadi Vassilievich Iudin, cuyos salones eran conocidos por ser el eje de la vida política y cultural de Krasnoiarsk. Dos años antes de la llegada de Lisa a la ciudad, un hombre aún joven y deportado, cierto Vladímir Ilich Uliánov, alias Lenin, pasó allí días enteros de trabajo.

Iudin era un tipo de hombre paradójico, pero no tan raro. Oficial superior de los ejércitos del zar, se defendió particularmente bien

en el comercio de todo tipo y, en su tiempo libre, era un mecenas. Tenía una de las bibliotecas más bellas del país. Su casa había sido construida al estilo de las casas burguesas opulentas de la segunda mitad del siglo XIX, grande y aireada, adornada con color y estuco. Por su negocio, por sus intereses, Elisabeth frecuentaba la Maison Iudin (incluso tiene su dirección legal allí). ¿Pero las páginas de Elisabeth son algo más que sus reiteradas solicitudes al gobierno local? La respuesta no se puede encontrar. En 1907, Guennadi Vassiliévitch Iudin experimentó serios reveses de fortuna y por 40.000 dólares vendió ochenta mil volúmenes de su lujosa biblioteca, incluidos manuscritos, a la Biblioteca del Congreso de Washington. Pero nadie ha encontrado a Lisa allí todavía...

*

En Krasnoiarsk, Elisabeth también reanudó el contacto con la vida política, pero enmascarada. Los demás deportados por motivos políticos mantienen distancia respecto de su marido. Con Raísa Lvovna Tiútcheva, esposa de un descendiente del poeta decembrista, se alistó en ayuda humanitaria y se unió a la Cruz Roja local. La actividad principal de los miembros de la asociación es ayudar a los deportados con un poco de consuelo, pero también con comida variada y, si es necesario, medicamentos, libros, cartas, etcétera. Elisabeth se mudará allí para moverse más fácilmente; apartando no sólo la mala reputación de su esposo, sino también a los espías, se hace llamar Nadiezhda Fortunátova. El seudónimo puede no ser fortuito; recuerda a un personaje evanescente de la novela de Chernishevski, *¿Qué hacer?*, la “prometida de todos los novios”, la musa, la libertaria, la amante.

Un día, se enteró de la llegada de un nuevo convoy de prisioneros. Ella conoce los nombres y entre todos se detiene en el de Mijaíl Petrovich Sajine, un compañero en los días de la Comuna y las acciones políticas de Ginebra. A pesar de sus diferencias, se

estimaban mutuamente, ya que habían pasado las peores horas de la *sangrienta semana juntos*. Desde su llegada, Lisa podría obtener un doble beneficio: la alegría de ver a un viejo camarada y obtener, gracias a él, el reconocimiento como uno de los suyos por parte de los otros exiliados políticos. Pero nuevamente, tal vez por falta de convicción en relación con los guardias, por falta de dinero, por falta de suerte, el proyecto fracasó.

“Cuando la mayoría de nosotros, los presos políticos de dos centros penitenciarios en la provincia de Kharkov, nos reunimos, fuimos trasladados al este de Siberia, en deportación. En Krasnoiarsk, me enteré de que Elisavieta Dmítrievna había intentado en vano contactarme en prisión”.

El último testigo de los años revolucionarios de Lisa es llevado más al Este, a Itskoursk, y con él se desvanece la posible rehabilitación. Elisabeth está condenada a la dualidad, una vez más; una vez más, bastardeada por su marido de imagen dudosa y aspiraciones ideales.

3

Una silla en Siberia

En 1899, Elisavieta Lukínichna Davidovskaia reunió sus últimas fuerzas para salir del aburrimiento y darle sentido a su vida. Durante meses fue una emprendedora obstinada, navegó incansablemente por los meandros de la burocracia imperial en beneficio de ella, de su esposo, de sus hijas y de la lejana familia rusa. Pero los esfuerzos fracasaron, el dinero se desperdició, devorado por trámites, licitaciones para la compra y venta de terrenos y de metales diversos. No son los primeros buscadores de oro o hierro en fracasar. Sus ambiciones fueron más allá de sus recursos. Puede que a Elisabeth se le hayan acabado las fuerzas. Y este año de 1899 está llegando a su fin. Sus hijas ya son mayores, tienen más de veinte años, son adultas, ya no la necesitan.

El siglo está llegando a su fin de una manera muy incierta. Las palabras tambalean, la investigación se evapora y los recuerdos de los pocos testigos se vuelven borrosos. Algunos incluso afirman que –tan confusa es la memoria– que 1899 es el año de su muerte. Ven la casa de Krasnoiarsk, al padre Davidovski y sus dos hijas. Pero la imagen que se impone es la de la desolación, de un hombre

solitario encerrado en sí mismo, que vive en reclusión con sus dos hijas, dos mujeres jóvenes que nunca tuvieron el brillo de su madre. En este cuadro, la esposa está ausente. Por eso se dice que murió a causa de las normas morales. Se nos impide imaginar una versión más inquietante, la de una mujer noble de casi cincuenta años, todavía bella, que huye hacia la capital y deja atrás a una familia, sus hijas, y su esposo deportado. Y, sin embargo, Elisabeth no estaba muerta en 1899. Ciertamente, vivirá casi veinte años más.

*

Antes de esta desaparición, los contemporáneos de reminiscencias fluctuantes pintan, por el contrario, otra secuencia muy precisa. De día, Elisabeth busca oro, hierro, cobre... Cuando no está directamente en el campo, escribe para obtener nuevas concesiones. Necesita más, siempre más, para contar con la perspectiva de extraer algunos materiales y obtener ingresos. Elisabeth concentra su energía en esta búsqueda, a caballo en las marismas o doblada sobre una hoja blanca. “Yo, la suscrita E. L. Davidóvskaia, solicito autorización...”; pero el botín es escaso; la aventura, monótona. Los testigos recuerdan poco. Cuando ven a Elisabeth, es probablemente de noche y en verano. Pero hay uno que la recuerda en una noche casi glacial, habla de una casa blanca y baja, en una oscuridad ya avanzada. La puerta principal se abre y la silueta negra de Elisabeth se destaca contra el revoque claro. Ella está sosteniendo un objeto voluminoso, es una silla. La coloca en el pequeño patio interior, se sienta y mira al cielo. De eso todos los testigos siberianos están seguros: Elisabeth sentada en una silla miraba la noche boreal. Se lo escribieron al biógrafo principal de Elisabeth, el historiador Iván Knizhnik-Viétrov, en 1929, 1930 y 1931. Pero sólo esto. Ninguno quería tratar de desentrañar el misterio de esta silla y del cielo estrellado siberiano. Dejaron la responsabilidad de la interpretación a los historiadores, y debe reconocerse que esta silla vacía o llena causó gran discordia.

El primero imaginó un regreso a Dios; los dos siguientes vieron un gran interés en las ciencias del futuro: la astronomía y el cosmos; otro finalmente resolvió el problema por la edad avanzada (¡apenas cincuenta años!) y la senilidad inherente a las personas de edad. Estas diferentes interpretaciones no deben nada al azar. La personalidad de los biógrafos (la mayoría de ellos, soviéticos), el contexto social y político en el que escriben, los nutrió.

*

El 4 de marzo de 1897, en la Plaza Kazanskaya en San Petersburgo, cuatrocientas personas caminan en círculo en una especie de murmullo permanente e incomprensible. Es un nombre que es salmodiado así: un solo nombre, que aparece a veces escrito en pequeñas pancartas: María Fiedósevna Vietrova. Un nombre, portador en sí mismo de esta esencia que mueve a los jóvenes reunidos: *viéter*, el viento; y en el viento sopla la libertad. Esta asociación de palabras quizás aumenta su fervor.

El 4 de marzo de 1897, Elisabeth busca oro, planta papa, a miles de kilómetros de la capital, en la lejana Siberia. María Fiedósevna Vietrova es mucho más joven. Nació en 1870 en Ucrania y, aunque su nacimiento tiene cierta semejanza con el de Elisabeth, su destino es mucho más trágico. Al igual que Elisabeth, ella es bastarda de un noble y una criada. Pero mientras Lisa es criada y luego “adoptada” por su padre, María nunca será reconocida por el gentilhombre responsable de su nacimiento. Al convertirse en maestra, fue confinada a trabajos de baja categoría; María Vietrova navegó entre una fe mortal y un compromiso político más colectivo, hasta su arresto en diciembre de 1896 por propaganda de obras subversivas. Sin familia, sin un entorno amistoso o emocional, María Vietrova morirá a causa del aislamiento en la prisión a la que fue condenada. En febrero de 1897, se quemó viva en su celda. Las autoridades concluyen que hubo una inmolación, pero los compañeros combatientes sospechan asesinato.

Al Sur, muy al Sur, en la capital de Ucrania, Kiev, un estudiante de historia y filosofía se siente abrumado por la noticia de esta muerte. Iván Knijnik tiene diecinueve años; como María Vietrova, es ucraniano, de condición muy modesta y de origen judío. Conservó una gran sensibilidad frente a la injusticia y al antisemitismo. Como María Vietrova, él es profundamente creyente y no tardará en convertirse al catolicismo. La desaprobación manifiesta de esta muerte insoportable no es suficiente para él. Iván Serguéievich Knijnik quiere ofrecerle la posteridad a María Fiedósevna Vietrova. De ahora en adelante, se llamará Iván Serguéievich Knizhnik-Viétrov.

Treinta años más tarde, este judío convertido al catolicismo, militante anarquista cercano al príncipe Kropotkin, después de haber conocido arrestos, deportaciones y luego exilio y guerra, se puso del lado de los bolcheviques. Decidió poner su compromiso al servicio de la historia. Su primer tema lo lleva a la Comuna de París. En el curso de su investigación, leyó un artículo, luego el relato autobiográfico de un viejo anarquista bakuninista, Mijaíl Petróvich Sajine. Piotr M. Sajine evoca allí una figura inolvidable de la Comuna para él, una dama rusa, cierta Elisabeth Dmitrieff. En 1899, en Krasnoiarsk, estaban cerca, de un lado y del otro del muro carcelario, pero no se produjo el encuentro.

Así es como Iván Knizhnik-Viétrov “cae” sobre Elisabeth. Esta reunión presenta todos los síntomas de un amor a primera vista. Es un vínculo muy intenso que comienza con sus momentos de gran felicidad y sus dramas, sus ausencias, una vida de casi cuarenta años. En 1928, publicó un primer artículo al respecto en *Anales del Marxismo*, con el apoyo entusiasta de su editor en jefe, el muy lúcido y erudito Riazanov. Varios más se sucederán en esta misma revista y en otra, *Katorga i cylka* (Cárcel y exilio). El arresto y desaparición de Riazanov en 1931 –un decreto firmado por el propio Stalin en 1935– prohibirán todas las publicaciones y ordenarán la destrucción de las obras de Iván Sergueevich Knizhnik-Viétrov, calificado de historiador “burgués”.

Impedido de publicar, amordazado, el historiador recurre al trabajo académico y, en este retiro, encuentra a Elisabeth. En 1945, defendió su tesis sobre “Una activista rusa en la Comuna de París” ante el instituto pedagógico Alexander Herzen en Leningrado. Pero incluso en el entorno silencioso de la universidad, el tema no es adecuado. En 1947, Iván Knijnik fue deportado a Siberia y su tesis, destruida en 1949 en 6 Institutos de Leningrado. Sólo se guardará una copia.⁸⁵

En 1955, un anciano alto con abundante cabello blanco regresó a la Academia de Ciencias. Diez años después, unos meses antes de su muerte, tendrá la alegría de ver aparecer su libro sobre esta compañera imaginaria hacia la que, sin duda, la heroína mártir María Vietrova lo había guiado. Durante casi cuarenta años, Iván Serguéievich había perseguido a Elisabeth, interrogando a testigos, haciendo llamadas a periódicos de todo el país, buscando recuerdos, cartas y escritos de familiares. Elisabeth había sido bella, revolucionaria, bastarda y, además, le permitió combinar dos de las principales referencias de su construcción interior, la revolución socialista y el cristianismo. Iván Knijnik también afirmó su pertenencia al judaísmo al preocuparse constantemente por el destino reservado a los judíos. Y esta silla usada en las noches de Krasnoiarsk por su heroína le ofrecía la oportunidad de demostrar la posibilidad de una doble pertenencia, a la revolución y a la religión. En un plano más teórico, sus ensayos sobre el populista Piotr Lavrov, cuyo itinerario se había cruzado con el de Elisabeth varias veces, lo autorizaban a hacer la misma cosa.

85 Esta copia se guarda en la Biblioteca Dom Plekhanova, Saltikov-Chtchedrine, leagjo N° 352. Un historiador israelí, Mijaíl Agurski, escribió una memoria sobre Iván Knizhnik-Viétrov, *A millenarian Pilgrim's progress through the Russian révolution, Jew, Religions Anarchist, Catholic, Bolshevik, Historian*, marzo de 1989, Universidad Hebrea de Jerusalén. Míjail Agursky preparaba una biografía de Iván Knizhnik-Viétrov. Murió antes de completar su proyecto, el 19 de agosto de 1991, en Moscú, unas horas después del comienzo del golpe de Estado. Había llegado el día anterior para participar de un congreso sobre emigración. Era su primer regreso a su país natal después de más de veinte años de exilio...

“Pasaba noches enteras en su patio, en el frío, mirando las estrellas. Mirar las estrellas durante noches enteras puede parecer algo anormal... Tenía casi cincuenta años. La iglesia estaba cerca de la casa. María Ósipovna Shebálina, una narodnitsa, había llegado al pueblo como enfermera. La familia Davidovski estaba entre sus numerosos pacientes y se unió muy íntimamente con ellos. En la casa de Krasnoiarsk, María Ósipovna vió iconos. Por lo tanto, tal vez Elisabeth había recuperado la fe”.⁸⁶

En la primavera de 1965, este caballero de ochenta y siete años, judío, anarquista religioso, católico, bolchevique y finalmente historiador, murió. Ese mismo año, apareció otra biografía de Elisabeth. La silla se usa allí de manera bastante diferente. La nueva versión seguirá siendo oficial hasta mediados de la década de 1980.

*

“Elisavieta quería darles a sus hijas armas para permitirles adaptarse a su siglo. Ella nunca dejó de perfeccionarse. Estaba interesada en todas las nuevas ciencias, incluida la astronomía. En la ciudad, la vimos a altas horas de la noche, saliendo de su casa y mirando durante mucho tiempo el cielo estrellado”.⁸⁷

Nata Pávlovna escribió estas líneas con convicción. Para ella, esta explicación “positivista” es obvia. Cuando lo anunció, a mediados de la década de 1970, la periodista-historiadora tenía cincuenta años; su nacimiento, su educación, su formación política a través de la jerarquía del partido comunista la llevaron a esta falsa certeza: si Elisabeth era una verdadera revolucionaria, y lo era, esta silla oculta un sentido revolucionario, el de la ciencia.

86 Iván Knijnik-Vietrov, *Elizaveta Dmítrievna, une héroïne de la Commune de Paris*, Moscú, Les Annales du marxisme, 1928.

87 Nata Iefremova, *Rousskaïa soratnitsa Marxa* (Una compañera rusa de Marx), Moscú, 1982, Moskovskii Rabotchii.

Nata Pávlovna se hizo especialista en revolucionarias rusas del siglo XIX, políticas pero también “pioneras”: primera doctora (Nadiezhdá Prokófievna Súslova), primera jurista (Ekaterina Abrámovna Fleishits), primera matemática (Sofia Vasílievna Kovalévskaja)... Durante años, trazó retratos en las columnas de la *Mujer Soviética*, hasta ese año de 1991 en que los modelos habían cambiado, en que las primeras mujeres de negocios, comerciantes e ingenieras barrieron a las madres y abuelas de la Revolución de Octubre.

Moscú, octubre de 1990, Nata Pávlovna, pequeña y dulce, sonríe, envuelta en esponjosa lana morada, come caramelos y bebe un pequeño vaso de jerez bien azucarado. Ha desplegado sus tesoros de historiadora y de biógrafa, docenas de cartas y cuadernos, notas, fotos, publicaciones. Sin siquiera ordenar, recoge todo y se los ofrece al nuevo biógrafo. No hay sombra de celos o exclusividad en ella; su lucidez la guía: “En cualquier caso, de ahora en adelante, todo este material me es inútil, aquí ya no se quiere saber nada más sobre ellas”.

Su cara es cristalina y amable. A menudo sonríe cuando habla de Elisabeth, del viaje a Vólok, del otro a Leningrado, de los pocos días en París experimentados como un sueño, en un cuadro estrictamente turístico. Aun así, se las arregló para conocer a una sobrina nieta de Elisabeth, otra anciana bonita, pero mucho más exuberante. Sólo hay un tema en el que su rostro se cierra: la privacidad de su heroína, su matrimonio “inadecuado” con el rey de las Sotas de Corazones. Ella deja de lado la cuestión con un definitivo: “Ella extrañaba su vida privada. Muchas de estas mujeres revolucionarias han perdido su privacidad. Tenían demasiada personalidad para poder tener éxito en una vida afectiva”.

Nata Pávlovna recomenzó con ternura. El recipiente de caramelos estaba sobre la mesa de la única habitación de su departamento de Moscú. Detrás de ella, sobre el lecho, se extiende en su trono un pachá. El hombre, una antigua autoridad del Ministerio de Cultura de Rusia, que ahora disfruta del ocio de la jubilación.

Esta habitación, la antesala, la cocina están cubiertas de bibliotecas. Pero uno solo puede adivinar los libros. Las ventanas que los encierran están tapizadas de fotos de mujeres desnudas con carnes pálidas: el “culto a las mujeres”, proclamó el burócrata. Y, entre la carne ofrecida, Nata, una ardiente feminista, abre sus archivos y afirma: “Ellas perdieron su vida privada”.

*

La última biografía soviética de Elisabeth Dmitrieff (1984) se publicó en una prestigiosa colección de una editorial de renombre.⁸⁸ En 1990, el autor, un hombre mayor, encorvado y sin aliento, tenía el rostro tenso por la preocupación y la incompreensión. La vida ficticia de Elisabeth, titulada *Time for the Future*, que apareció justo antes de la era de la perestroika, ahora sonaba como una sentencia de muerte del pasado. “¿Eres miembro del partido comunista?” Fue su primera pregunta. No sin humor, había enumerado en su introducción los ingredientes que eran atractivos para un escritor soviético: la reunión con Marx, la Comuna de París y... un marido dudoso. Pero de este marido escribirá muy poco y de la silla, aún menos. Se redujo a la senilidad de su heroína. El “declive” de Elisabeth, de 1876 a 1918, más de cuarenta años, es demasiado “indigno” de ser contado. Y en este fin, la figura se perdió lentamente entre los archivos bien ordenados de la biblioteca histórica de Moscú.

*

Elisabeth está sentada en su silla. Obviamente, no sospecha que, sobre esta silla, uno tras otro, sus “enamorados” póstumos volverán a delirar. Ella simplemente disfruta, bajo las estrellas, de este momento de silencio y soledad. La noche del Norte es clara.

88 Lev Kokin, *Le Temps de l'avenir*, Moscú, Politizdat, 1984.

Ninguna figura cristiana la contamina. Detrás de ella, en la casa, hay un hombre. Quizás todavía esté desarrollando nuevos proyectos: ¿el desarrollo de una remolacha revolucionaria, el descubrimiento de una mina de esmeraldas a cielo abierto, la comercialización a gran escala de ravioles siberianos? Ella está cansada.

Todos estos castillos en el aire, inacabados, la han cansado. Irina y Vera son grandes. Su mirada en las estrellas, sus pensamientos fluyen de regreso a un pedazo de tierra con un clima más templado al sureste de Pskov-Vólok. Lentamente, en el repliegue de la oscuridad, al abrigo de su marido, hace madurar su plan: tomar el camino de regreso, hacia el Oeste. Legalmente, ningún obstáculo puede interponerse en este plan. Ella todavía es joven, apenas cincuenta años.

Cuando Chéjov, que regresa de las islas Sajalín, cruza Krasnoiarsk, la decisión de Elisabeth ya es irrevocable. Es sólo cuestión de ponerla en práctica. Ella le pidió un punto de apoyo en San Petersburgo. Inmediatamente, Antón Chéjov telegrafió a su esposa. En un pueblo pequeño y animado como Krasnoiarsk, el paso de un escritor tan famoso como Antón Chéjov no pasa desapercibido. Existe toda una sociedad de exiliados intelectuales de muy buenas familias. De alguna manera, algunas ciudades siberianas condensan los distritos de lujo de la capital. Cuando se encontraba en ruta para su expedición septentrional, Chéjov había amado Krasnoiarsk: “A orillas del Ienissei, Krasnoiarsk es una de las ciudades más agradables y bellas de Siberia. Las montañas de alrededor me recuerdan al Cáucaso, son también de color gris ahumado y aptas para los sueños. Lamenté que se hubiera abierto una universidad en Tomsk y no en Krasnoiarsk”.⁸⁹

El escritor probablemente se detuvo en el palacete del comerciante, militar, y mesenas: Iudin. Todos se detienen ahí, donde, además de la suntuosa biblioteca de varios miles de volúmenes y

89 Chéjov, *Ouvres complètes: “De Sibérie”* 1882-1904, Moscú, 1955.

de innumerables cuadros, hay una mesa abierta. La llegada de Chéjov es una celebración. Su breve paso condujo a recepciones y celebraciones, a las que se invita a “todo Krasnoiarsk”. Elisabeth es de ese grupo y por lo tanto está allí. ¿Lleva su vestido negro con solapas blancas? ¿Su voz ha adquirido entonaciones más graves con el tiempo? ¡Poco importa! Elisavieta Lukínichna Davidovskaia, como una mujer madura y exitosa de cincuenta años, probablemente se dirige al dramaturgo muy directamente. Dígame, por favor, ¿adónde podría ir en San Petersburgo, a quién podría recurrir cuando llegue allí? Elisabeth sigue siendo hermosa: su porte es noble; sus modales, también. Por lo tanto, Chéjov la envía directamente a su esposa, la actriz Olga Leonárdovna Knípper. Y por Tomsk, Omsk y Novosibirsk, Elisabeth regresa a San Petersburgo.

La fecha es confirmada por el general Kuropatkin, que recuerda haber visto a Elisabeth por última vez en 1898 o 1899. Él era entonces ministro de Guerra y ella le había pedido que intercediera en favor de su esposo, para obtener su regreso y un perdón anticipado.

Ella no los ha olvidado allí. Pero ¿qué saben ellos? Irina, Vera y su padre, después de la partida de su madre y su esposa, se retiraron, se llamaron “a reclusión”.

Declinaciones rusas

En 1901, Iván Davidovski finalmente resolvió escribir un memorando de solicitud de perdón. Envía una copia a la oficina editorial de los *Dramas Judiciales*. El texto será publicado por el periódico con un recordatorio del asunto de los Sotas de Corazones. La súplica del esposo de Elisabeth es ingenua y confusa. “No soy culpable porque no soy culpable”, quiere ser escuchado y cuenta su historia, enrevesando fechas y hechos.⁹⁰

Un año después, el perdón se otorga y, sin demora, Iván, con sus dos hijas, emprende por su parte el camino a Moscú. Detrás de ellos dejaron la silla vacía de Elisabeth, la casita de piedra roja y blanca en la cual, en 1904, la policía desmantela una sala de tipografía secreta del Partido Socialdemócrata de los Trabajadores de Rusia, caldo de cultivo de los futuros bolcheviques. Algunos lo vieron como una coincidencia muy imprudente y se aventuraron a afirmar que la imprenta databa de la era Davidovski. Nada es menos probable; estaban entonces demasiado absorbidos por el oro, el cobre y el hierro.

La casa en la calle Lébédéva ahora alberga un museo de turismo que publicita los encantos de escalera roja y la navegación en el Ienissei, el aire libre y la camaradería franca garantizados. Pero los anfitriones del museo también saben hablar de Elisabeth, erigida en gloria local desde el centenario de la Comuna de París,

90 Sudiebnie Drami, *L’Affaire des Valets de coeur*, mayo de 1902.

en 1971. El museo de la ciudad le dedicó una pequeña exposición permanente, que incluía un hermoso retrato muy clásico pintado por un artista de Omsk, una ciudad vecina. No es un trabajo hecho por encargo. El pintor dijo que se había “inspirado” en la vida de su modelo. Cada año, entre marzo y mayo, para honrar la memoria de la insurrección parisina, los estudiantes realizan el “Tour Elisabeth Dmitrieff”, desde un pueblo donde vivió a otro, desde una reliquia a otra. ¿Por cuánto tiempo más?

*

“21 de septiembre de 1899

Moscú,

Olga Leonárdovna Knípper a su esposo, Antón Pávlovich Chéjov, [...] Su protegida, E. Tomanóvskaia, ha llegado a Petersburgo. Ella nos lo informó mediante un telegrama y le agradece todo”.

Koucheleva - Tomanóvskaia - Dmitrieff - Davidovskaia - Tomanóvskaia— una vez más juega con sus identidades. Elisabeth recuperó el nombre de su primer esposo. ¿Preocupación por la respetabilidad? ¿O consagración del divorcio?

Este retorno es un final y un reinicio. En primer lugar, hay tres años de vacío hasta la muerte de Natalia Iegórovna, la madre. Luego, la violenta disputa con el hermano menor Vladímir sobre la herencia, la furiosa cabalgata entre los robles centenarios de Vólok y la partida, sin regreso esta vez, del pueblo natal. Vladímir ya no quiere hablar de Elisabeth, se niega a pronunciar el nombre de su segundo esposo, Davidovski, con quien permanece en el negocio hasta 1902, el año de su vuelta a Moscú. Los pagarés en los archivos de Krasnoiarsk dan fe de esto. El único gesto fraternal de Vladímir será recibir a sus sobrinas Irina y Vera en Vólok en su primer verano “ruso”: no conocían otra región que Siberia, tenían dos y tres años cuando su madre las había llevado consigo.

En 1902, habiendo renunciado a Vólok, Elisabeth se instaló en Moscú. Sus hijas se unirán a ella. Desarraigadas, no saben adónde ir y, aunque adultas y educadas, continuarán viviendo con su madre, acompañándola en su “decadencia”. Iván Davidovski también se detuvo en Moscú. Vivió allí hasta la revolución, a pocas calles de su esposa y sus hijas.

Sólo un testigo se acordará de estos años moscovitas, la sobrina de Elisabeth, hija de su hermano mayor: esta otra Elisabeth, así llamada en honor de la tía aventurera.

“La conocí en Moscú, donde se había establecido para sobrevivir. Tenía mala salud, pero era una mujer bien conservada y a los cincuenta años todavía era muy hermosa. La vi un par de veces y decidí preguntarle por qué había ido a la deportación, pero desviaba la conversación en cada oportunidad y no respondía. El departamento donde vivía Elisavieta Lukínichna era muy pequeño y estaba mal amueblado. Ella vivía allí con sus dos hijas, Irina y Vera que también tenían una educación dilatada”.⁹¹

Según este único testigo, Elisabeth y sus hijas vivían del trabajo de costura a domicilio. Ante las otras, Elisavieta Lukínichna Koucheleva era, por lo tanto, una aristócrata desclasada. El absolutismo zarista y su corte dirigente de grandes terratenientes ya habían desaparecido. Algunos trataban de reformar sus tierras para frenar el movimiento. La revuelta de 1905 sirvió como detonador.

Así, el intratable hermano de Elisabeth, Vladímir, había invertido en equipos modernos y había establecido un proyecto de cooperativa con los campesinos, de los cuales, por supuesto, siguió siendo el patrón incuestionable. Construyó un puente de hierro sobre la Seriozha, en lugar del antiguo puente de troncos, un puente de estilo “Eiffel”, el primero en la región, atravesado por los bolcheviques en 1918, por los alemanes en 1940, todavía en

91 Carta de Elizaveta Siélijova a Iván Knizhnik-Viétrov, Colección Knizhnik-Viétrov N° 352, Biblioteca Saltikov-Chtchedrine, San Petersburgo.

pie hoy con el nombre de puente Kusheliiov. Vladímir había recogido estas ideas modernistas durante los viajes por Europa occidental: por Francia, por Inglaterra. También había traído a su segunda esposa, una señorita de Tours, bonita, valiente y poco complicada. Para disgusto de Vladímir, su hija mayor, nacida en 1910, era la viva imagen de esta tía desconocida, de esta revolucionaria indigna, Elisabeth, a la que mantenía oculta. La curiosidad que despierta este ocultamiento dará paso más tarde a la veneración...

Pero los esfuerzos de esta nobleza dirigente en curso de disolución fueron inútiles. El movimiento era demasiado poderoso. En 1917, todo fue barrido, en Vólok y en todas partes. Vladímir Kouchelev fue arrestado en 1918; en 1920 se pierde todo rastro de él.

Dos versiones relatan su muerte: ejecutado por sus campesinos a instancias de su principal hombre de confianza; o deportado y muerto en una prisión siberiana.

“Vólok, 29 de diciembre de 1918,

Fernande Kouchelev al general Kuropatkin

Estimado general,

Me gustaría verlo, pero la falta de caballo y la enfermedad de mis hijos me impiden ir. Se enfermaron hace un mes y hasta el presente su temperatura no es normal. Por la mañana, 37,2° C; por la noche, 38° C. Alexandre Lukich ha estado viviendo con nosotros durante dos semanas, lo que me hace sentir mucho menos solo y un poco menos triste.

Me ofrecieron el puesto de profesor de francés en Vólok, en *nuestra casa*. Acepté, pero aún no he recibido mi designación.

Alexandre Lukich se une a mí, en ocasión del año nuevo, para transmitirle nuestros deseos de felicidad. En nuestra biblioteca ha encontrado sus libros y pasa sus días leyéndolos”.⁹²

92 Cartas de Fernande Kouchelev al General Kuropatkin, Fondo Kuropatkin, N° 165, Archivos históricos de guerra, Moscú.

En diciembre de 1918, Vladímir había desaparecido ya de la casa de Vólok. En 1923, uno de los dos hijos murió...

“Vólok, 6 de septiembre de 1923,

Querido general,

[...] Desde que tuve el placer de verlo, he sufrido muchas vicisitudes; cada día me trae nuevos inconvenientes. Las condiciones de vida en Vólok se vuelven absolutamente imposibles de soportar. Estoy luchando en medio de muchas dificultades. Hace dos semanas recibí dos hectáreas, una mitad para mí y la otra para el sovkhoz; en estos días, sin ninguna razón, me quitaron esta pradera, ¡para que no pueda alimentar a mi vaca este invierno! ¡Mis últimos pequeños recursos se escapan! ¡Me temo que me veré obligado a dejar Vólok! Estimado Alexei Mijaílovich, ¿cómo está su hogar? ¿Estás satisfecho con tus cultivos? Estimado Alexei: ¿No podrías ser tan amable de escribirme para decirme el valor estimado de la alfombra oriental? Tengo algunas que vender e ignoro completamente su precio.

Fernande Kouchelev.”

La dama de Tours y su hija de catorce años finalmente abandonaron Vólok, los primeros días de 1924, sin esperanzas de retorno. El esplendor de los Kusheliovs de Vólok se extinguió.

*

En 1916, la guía mundial *Vsi'a Moskva* (“Toda Moscú”) todavía enumeraba las direcciones de Elisavieta Lukínichna Davidovskaia y su esposo, Iván Davidovski. En 1919, Praskovia Nalierova conoció a la hija mayor, Vera Ivánovna Davidovskaia, en Moscú. Ella era entonces enfermera y siguió siéndolo al menos hasta 1922. Nalierova también era enfermera. Según ella, Vera no parecía tener una familia. En 1919, finalmente, en la casa donde vivía Iván Davidovski se instaló un almacén de municiones. El edificio fue destruido. De Elisabeth e Iván, Vera e Irina, estos son los últimos rastros, las últimas pistas.

Entre 1928 y 1932, el historiador Knizhnik-Viétrov dirigió al menos diez cartas, a Leningrado, a Moscú, a Krasnoiarsk. Las respuestas volvieron a él relativamente rápido. Una de la oficina de registro civil de Leningrado, la otra de las autoridades municipales de Moscú (el sóviet), y otros de los comités de vecindario, finalmente llegó un telegrama desde Siberia. Todos estos membretes oficiales comienzan invariablemente con la misma fórmula: “En 1918, no encontramos ningún rastro, ni dirección en Leningrado (Moscú o Krasnoiarsk) de Elisavieta Lukínichna Koucheleva o Tomavskaïa o Davidovskaïa”.

La terquedad del biógrafo se ha convertido en agresividad. Iván Knizhnik-Viétrov arrancó una hoja de papel de su cuaderno. Y con lápiz negro bramó en letras grandes estas dos preguntas inquietantes:

“EN 1918, ¿DÓNDE ESTABA ELISAVIETA DMÍTRIEVNA?
¿CUÁNDO Y DÓNDE HA MUERTO?”

Pero en 1965, el viejo bolchevique cristiano, antiguo historiador de Elisabeth, murió sin saber las respuestas. La guerra civil se había llevado todo, la burocracia quizás también... Elisabeth Dmitrieff está muerta, esa es la única certeza. ¿Vio ella la Revolución de Octubre? ¿Sabía lo feliz que estaba Lenin por durar un día más que los comuneros de 1871? Al parecer, ella había sido testigo pasivo de los disturbios de 1905. Como muchos populistas rusos de la década de 1870, se encuentra en retirada. La nueva clase de revolucionarios los asombra, se les escapa. La intelectualidad de los años 1860-1880 formó un grupo social relativamente homogéneo. Los recién llegados son más diversos: nobles, burgueses, trabajadores. Las mujeres radicales de las décadas anteriores, con algunas excepciones, experimentan las nuevas estructuras y orientaciones políticas con cierta inquietud. Entonces, se retiran... Como Vera Figner, cuya mirada se agudiza hacia las críticas de estos nuevos hombres nuevos. Como Olga

Liubátovich, que desaparece cuando abandona la prisión en 1905. Muchos han muerto antes que ella, en los campos o en las deportaciones. Los sobrevivientes están cansados. Prisión, exilio, niños muertos, amor perdido...

La mayoría de las veces están en silencio, pero su silencio aún habla.

Fuentes principales

Bibliografía

I – Obras generales

En ruso:

E. A. PAVLIUCHENKO, *Zhenshini v rússkom osvobodítelnom dvizhenii, ot Marii Volkonskoi do Veri Frigner*, Moscú, Muisl, 1988.

Svetlana K Aidash, *Sila slabij. Zhenshini v istorii Rossíi (IX-XIX vv.)*, Moscú, Soviétskaia Rossía, 1989.

En francés:

Marie-Claude BURNET-VIGNIEL, *Femmes russes dans le combat révolutionnaire, l'image et son modèle à la fin du XIX^e siècle*, París, IMSECO, IES, 1990.

Christine FAURE, *Terre, terreur et liberté*, París, Maspéro, 1979.

Jeanne-Marie GAFFIOT, *Netchaleff*, Lausana, L'Age d'Homme, 1989.

James GUILLAUME, *L'Internationale, documents et souvenirs*, París, Stock, 1909 (reeditado en 1985 por Gérard Lebovici, París).

LEROY-BEAULIEU, “*L'Empire des tsars et les Russes*, Lausanne,” Lausanne, L'Age d'Homme, 1988 (primera edición publicada en la *Revue des Deux Mondes*, entre 1881 y 1889).

Nicolai G. CHERNISHEVSKI, *Que faire?*, Moscú, Ed. Radouga, 1987 para la traducción al francés.

Franco VENTURI, *Les Intellectuels, le peuple et la révolution; Histoire du populisme russe au XIX^e siècle*, París, Gallimard, 1973

En inglés:

- Vera BROIDO, *Apostles into terroristes, Women and the revolutionary Movement in the Russia of Alexander II*, Nueva York, Viking Press, 1977.
- Woodford D. MCCLELLAN, *Revolutionary files. The Russians in the First Internationale and the Paris Commune*, Londres, Franck Cox, 1979.
- J.M. MEUER, *Knowledge and Révolution, the Russian Colony in Zurich, 1870-1873*, Ámsterdam, Instituto Internacional de Historia Social, 1970.
- Irina PAPERNO, *Chemychevsky and the âge of realism, a Study in the Semiotics of Behavior*, Standford University Press, 1988.
- Richard STITES, *The Women 's Libération movement in Russia. Femi- nism, Nihilism, and Bolchevism, 1860-1930*, Nueva York, 1978.
- Cathy PORTER, *Fathers and Daughters, Russian Women in Révolution*, Londres, Virago Limited, 1976.

II – Publicaciones sobre Elisabeth Dmitrieff

En ruso:

- Nata P. IEFREMOVA, N. IVÁNOV, *Rouskaia soratnitsa Marxa*, Moscú, Moskoskii Rabotchii, 1982.
- Iván KNUNIK-VIETROV, *Russkie diéiatelni tsi Piérvogo Internatsionala i Parizhskoi Kommuni*, Moscú, Naúka, 1964.
- Lev M. KOKIN, *Tchas Boudouchtchevo*, Moscú, Politizdat, 1984.
- P. TCHEREDNITCHENKO, *Dotch 'Rossii, Sovietskaya Rossia*, Moscú, 1958.

En francés:

- Yvonne SINGER-LECOQ, *Rouge Elisabeth*, París, Stock, 1976.

III - Suiza

- Fritz BRUPBACHER, *Socialisme et Liberté*, Neuchâtel, Éditions de la Baconnière, 1955.
- Michel BAKUNIN, *Œuvres complètes*, París, Champs libre, 1974.
- Marc VUILLEUMIER, “Les Proscrits de la Commune”, París, Le Mouvement

social, n° 28, enero-marzo de 1962.

Marc VUILLEUMIER *Révolutionnaires et exilés du xnf siècle, autour d'Alexandre Herzen*, París, Droz, 1973.

ZHUKOVSKI (seudónimo de Bakunin), *Les Ours de Berne*, Zúrich, 1870.

Pierre KROPOTKIN, *Mémoires d'un révolutionnaire*, París, reeditado por Scala, 1989.

STEPNIAK-KRAVCHINSKI, *La Russie souterraine*, París, Jules Levy, 1885.

M. P. SAJIN, *Vospominania*, 1860-1880, Vsiesoiúznoie óbshestvo politícheskij katorzhán i ssilno-posieléntsev, 1925.

W. D. MCCLELLAN, “¿Marxist or populist? The Russian Section of the First International”, París, Cahiers de l'ISEA, agosto de 1964.

Boris ITENBERG, *Rússkaia siektsia i rievoliutsónnaia Rossía*, Moscú, 1964.

I – Londres

Correspondance Marx-Engels, volúmenes 1-12, trad. Gilbert Badia y Jean Mortier, París, Éditions sociales, 1985.

Yvonne KAPP, *Eleanor, chronique familiale des Marx.*, París, Éditions sociales, 1980

H. F. PETERS, *Jenny la Rouge*, París, Mercure de France, 1985

V – Sobre la Comuna de París 1871

Nos limitaremos indicar aquí, en vista de la abundancia de publicaciones, algunas obras generales o dedicadas más particularmente a las mujeres en la Comuna de París.

Arthur ADAMOV, *Le Printemps 71*, París, Gallimard, 1968.

Jean BRUHAT, Jean DAUTRY, Émile TERSEN, *La Commune de 1871*, París, Éditions sociales, 1970.

Marcel CERF, *Édouard Moreau, l'âme du Comité central*, París, Denoël, 1971.
“André Léo, une journaliste de la Commune”, *El soñador Le Lérot*, N° 44, marzo de 1987.

Henri LEFEBVRE, *La Proclamation de la Commune*, París, Gallimard, 1965.

- Gustave LEFRANÇAIS, *Souvenirs d'un révolutionnaire*, Bruselas, Biblioteca de los nuevos tèmps, 1902.
- Prosper LISSAGARAY, *Histoire de la Commune de 1871*, Bruselas, Kistemaekers, 1871 (París, Maspéro, 1967 para reedición).
- Benoît MALON, *La Troisième Défaite du prolétariat français*, Neuchâtel, G. Guillaume fifs, 1871 (París, EDHIS, 1968 para reedición).
- Jean MAITRON (bajo la dirección de) *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français*, París, Éditions Ouvrières, 1971.
- Jacques ROUGERIE (bajo la dirección de), *Jalons pour une histoire de la Commune*, París, 1971.
- Eugène SCHULKIND (testimonios recopilados e introd. por), *The Paris Commune of 1871> The View from the left*, Londres, Jonathan Cape, 1971.
- Edith THOMAS, *Les petroleuses*, París, Gallimard, 1971.
- Les Murailles politiques*, vol. II – *Les Affiches de la Commune*, París, Lechevalier, 1874.

Los elementos que componen el capítulo 2, “Sanguíneos”, de la tercera parte de este libro, se han extraído de las siguientes fuentes:

- Dossier Union des femmes, Archives de la guerre, LY 22.
- Dossier personnel, Archives de la guerre, Conseil de guerre, VI, 683.
- Journal officiel de la République française, 20 mars-24 mai.
- Les Murailles politiques*, tome II, París, Lechevalier, 1874.
- Lettres de communards et de militants de la Première Internationale à Marx, Engels et autres dans les journées de la Commune de Paris*, París, Bureau d'Éditions, 1934.
- Léo Frankel :
- Procès-verbaux de la Commune de Paris de 1871, édition critique par Georges Bourdin et Gabriel Henriot, París, 1924, A. Leroux pour le tome I, et París, 1945, A. Lahure pour le tome II
 - *Lettres de communards et de militants de la Première Internationale à Marx, Engels et autres dans les journées de la Commune de Paris*, París, Bureau d'Éditions, 1934.
 - Journal officiel de la République française, 20 mars-24 mai.

– *Les Murailles politiques*, tome II, Paris, Lechevalier, 1874.

Marquis de Ploec :

– Papiers du marquis de Ploec, Archives nationales, 272 AP 18-25.

Barrai de Montaud:

– Enquête parlementaire sur l’insurrection du 18 mars 1871, Archives nationales 138 AP 250 à 254 et notes journalières sur l’état de Paris pendant la Commune, Paris, Paul Dupont, 1871.

Adolphe Thiers :

– *Les Murailles politiques*, *op. cit.*

– *Notes et souvenirs (1870-1873)*, Paris, Calmann-Lévy, 1901.

– Textes de ses lettres, annotées et commentées par Gaston Bou– niols, Paris, Delagrave, 1921.

Augustine Blanchecotte :

– *Les Tablettes d’une femme pendant la Commune de Paris*, Paris, 1872.

– Une jeune fille de Boulogne-Billancourt, journal intime anonyme, Archives nationales, AB XIX 3569 dr 5.

Le conseiller russe Okouneff:

– Rapports conservés à l’ex-Institut du marxisme-léninisme, Fonds Commune de Paris, n°230, op. n°2.

Obrescow, conseiller russe:

– Fonds Knijnik-Viéetrov, n° 352, Bibliothèque Saltikov Chtchedrine, Saint-Pétersbourg.

Karl Marx:

– *Correspondance 1870-1871*, Éditions Sociales, Paris, 1985.

André Léo:

– *La Sociale*, mars, avril, mai 1871.

– *Le Vengeur*, mars, avril, mai 1871.

Louise Michel:

– Lettre manuscrite, Dossier Union des femmes, Archives de la guerre, LY 22.

Nicolas Outine:

– *Journal officiel*, *op. cit.*

– *Lettres de communards*, *op. cit.*

Mac-Mahon:

– *Les Murailles politiques*, *op. cit.*

Agradecimientos

En Rusia

A Alla Serguéievna Namázova del Instituto de Historia Universal de Moscú, por su cálida ayuda:

A Iván Nikoláievich Kuznetsov del antiguo Museo Marx-Engels, antes Museo de Historia Social Contemporánea, actualmente cerrado;

A Nata Iefréмова, historiadora;

A Mijaíl Mijáilovich Mijáilovde Vólok; en Ksenia Kusheliova (San Petersburgo);

A Valentina Ivánovna Paramónova, directora del Museo de Krasnoiarsk.

En Francia

Al historiador Marcel Cerf que me enseñó sobre la Comuna; Vladímir y Anne-Marie Duchemin, sobrinos nietos de Elisabeth; Claude Schkolnyk-Glangeaud; Françoise Rambaud y Muriel Renaud por su ayuda; Sylvie Marcovitch; Esther y Sarah, por la paciencia

